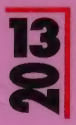
El candor del padre Brown

G. K. Chesterton

Alianza Editorial

13/20

Otros títulos en



Bram Stoker
Drácula

Las Mil y Una Noches
Antología

Mijaíl Bulgákov
El maestro y Margarita

Charlotte Brontë
Jane Eyre

Herman Melville
Moby Dick

Stendhal
Rojo y negro

Charles Dickens
Oliver Twist

Emily Brontë
Cumbres Borrascosas

Jane Austen
Orgullo y prejuicio

John Steinbeck
Las uvas de la ira

Amin Maalouf
León el Africano

Naguib Mahfuz
El Cairo Nuevo

E. M. Forster
Pasaje a la India

Yasmina Khadra
El atentado

Yukio Mishima
Sed de amor

Gerald Durrel
Mi familia y otros animales

Gustave Flaubert
Madame Bovary

Honoré de Balzac
La piel de zapa

ary
Verne

DORSET COUNTY LIBRARY
205122870 R

El candor del padre Brown

The Library
HMP The Verne
Portland
Dorset
DT5 1EQ

PV - VERNE
PRISON

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/elcandordelpadre0000gkch

G. K. Chesterton

El candor del padre Brown

Traducción de
Alicia Bleiberg

PV - VERNE
PRISON

ALIANZA EDITORIAL

ALBERT COUNTY LIBRARY HQ
19 JUN 2018

Título original: *The Innocence of Father Brown*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright by The Royal Literary Fund
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 1994, 1996, 1998, 2002, 2005, 2010
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-7989-1
Depósito legal: B. 45.037-2009
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Cayfosa, S.A.
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

1. La cruz azul

Entre la cinta plateada de la mañana y la reluciente cinta verde del mar, el barco arribó a Harwich y soltó un enjambre de personas como moscas, entre las cuales no destacaba en absoluto, ni deseaba hacerlo, el hombre al que debemos seguir. No había nada notable en él, excepto un leve contraste entre sus desenfadadas ropas de vacaciones y la gravedad oficial de su rostro. Llevaba una chaqueta ligera, de color gris pálido, un chaleco blanco y un sombrero de paja blanca con una cinta gris azulada. Su cara delgada resultaba, en contraste, oscura, con su recortada barba negra que parecía española y sugería una golilla isabelina. El hombre iba fumando un cigarrillo con la seriedad del ocioso. Nada en él indicaba que la chaqueta gris escondía un revólver cargado, que en el chaleco blanco había una tarjeta de policía, o que el sombrero de paja cubría uno de los cerebros más poderosos de Europa. Porque este hombre era nada menos que Valentin, el jefe de la policía de París y el investigador más famoso del mundo, y venía de Bruselas con destino a Londres para proceder al arresto más importante del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido las huellas del gran criminal por fin desde Gante hasta Bruselas, de Bruselas hasta el Hoek van Holland; y se conjeturaba que se aprove-

charía de alguna forma de la confusión y el desconocimiento que creaba el Congreso Eucarístico, que en esos momentos se celebraba en Londres. Probablemente viajaría disfrazado de funcionario de poca categoría o de secretario relacionado con el Congreso; pero, por supuesto, Valentin no estaba seguro: nadie podía estar seguro de nada referente a Flambeau.

Hace ya muchos años que este gigante del crimen cesó repentinamente de agitar el mundo con sus actividades; y cuando lo hizo, como se dice que ocurrió tras la muerte de Roldán, descendió una gran paz sobre la tierra. Pero en sus mejores tiempos (peores, quiero decir, naturalmente) Flambeau era una figura tan colosal y tan célebre internacionalmente como el Káiser. Prácticamente a diario los periódicos anunciaban que había eludido las consecuencias de un crimen extraordinario cometiendo otro nuevo. Era un gascón de estatura gigantesca y de gran valentía física; se contaban las historias más increíbles acerca de sus arranques de humor atlético: cómo había puesto patas arriba al *juge d'instruction*, apoyándolo sobre la cabeza «para despejarle la mente», cómo había corrido por la Rue de Rivoli abajo con un policía bajo cada brazo. Hay que reconocer que empleaba su fantástica fuerza física en general para hazañas incruentas aunque humillantes para los demás; sus verdaderos crímenes, llenos de ingenio, se ceñían al campo del robo a gran escala.

Pero cada uno de sus robos era casi un nuevo pecado y constituiría una historia independiente. Él fue quien dirigió la gran Compañía Lechera Tirolesa en Londres, sin lecherías ni vacas, ni carros ni leche pero con unos mil clientes a los que servía por el sencillo

procedimiento de retirar las lecheras de las puertas de otras personas y colocarlas a las puertas de sus propios clientes. Él fue quien mantuvo una inexplicable e íntima correspondencia con una damisela cuyas cartas eran interceptadas siempre, mediante el extraordinario sistema de fotografiar sus mensajes reducidos a un tamaño increíblemente pequeño sobre los portaobjetos de un microscopio. Sin embargo, muchos de sus experimentos eran de una sencillez asombrosa. Se dice que una noche cambió todos los números de una calle simplemente para hacer caer a un viajero en una trampa. Es seguro que fue él quien inventó el buzón portátil, que colocaba en las esquinas de las calles de barrios tranquilos, para hacerse con los giros postales que ocasionalmente depositaban en él los transeúntes. Finalmente, tenía fama de ser un acróbata sorprendente: a pesar de su gigantesco tamaño, podía saltar como un saltamontes y desaparecer entre las copas de los árboles como un mono. Por ello, el gran Valentin, cuando se dispuso a encontrar a Flambeau, sabía perfectamente que sus aventuras no terminarían cuando lo encontrara.

Pero ¿cómo iba a encontrarlo? Sobre este punto, el gran Valentin no tenía todavía las ideas muy claras.

Había una cosa que Flambeau, a pesar de su capacidad para el disfraz, no podía ocultar y era su estatura excepcional. Si Valentin, con su aguda percepción, se hubiera tropezado con una verdulera alta, o un granadero alto o incluso con una duquesa de altura considerable, podría haberlos arrestado allí mismo. Pero en todo el tren no había nadie que pudiera ser un Flambeau disfrazado, del mismo modo que un gato no puede ser una jirafa disfrazada. En lo que se

refería a la gente del barco, ya se había asegurado, y los que se habían incorporado en Harwich a lo largo del viaje eran sólo seis. Había un funcionario de ferrocarriles de corta estatura que viajaba hasta la última estación, tres hortelanos más bien bajos que subieron dos estaciones después, una dama viuda muy bajita que iba a Londres desde una pequeña ciudad de Essex y un sacerdote católico también muy bajo que procedía de un pequeño pueblo de Essex. Cuando analizó este último caso, Valentin lo dejó por imposible y estuvo a punto de echarse a reír. El curita era la quintaesencia de las llanuras del Este: tenía una cara tan redonda e inexpresiva como un buñuelo de Norfolk, su mirada era tan vacía como el mar del Norte; llevaba varios paquetes envueltos en papel de estraza que no lograba sujetar. Sin duda alguna, el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, ciegas y desamparadas, como topos que salieran a la luz. Valentin, al severo modo francés, era un escéptico y no sentía el menor afecto por los curas. Pero podía apiadarse de ellos y este cura en particular podría haber suscitado piedad a cualquiera. Llevaba un amplio y usado paraguas, que se le caía constantemente al suelo. No parecía saber qué hacer con su billete de ida y vuelta. El cura explicó a todos los ocupantes del compartimento con una sencillez bobalicona que tenía que tener cuidado, porque llevaba algo de plata auténtica «con piedras azules» en uno de sus paquetes de papel de estraza. Su pintoresca mezcla de paletería de Essex y de sencillez beata fueron un continuo motivo de diversión para el francés hasta que el sacerdote logró llegar a Stratford con todos sus paquetes y

regresó a buscar su paraguas. Cuando lo recogía, Valentin tuvo incluso la bondad de advertirle de que no cuidara de la plata hablando de ella a todo el mundo. Pero hablara con quien hablase, Valentin seguía buscando a otra persona: buscaba cuidadosamente a cualquiera, rico o pobre, hombre o mujer, que midiera unos seis pies; porque Flambeau medía cuatro pulgadas por encima de esa talla.

Valentin se bajó en la estación de Liverpool Street, sin embargo, completamente seguro de que hasta ese momento no se le había escapado el criminal. De allí fue a Scotland Yard para regularizar su situación y dejar arregladas las cosas en caso de necesitar ayuda; luego encendió otro cigarrillo y salió a dar un largo paseo por las calles de Londres. Según caminaba por las calles y plazas más allá de Victoria, se detuvo de repente y se quedó quieto. Estaba en una plaza pintoresca y tranquila, muy londinense, sumida en una quietud accidental. Las casas que lo rodeaban, altas y de tejados planos, parecían al mismo tiempo prósperas y deshabitadas. El macizo cuadrado que había en el centro parecía tan desierto como un verde islote del Pacífico. Uno de los cuatro lados era mucho más alto que el resto, como si tuviera un estrado; y la línea de ese lado quedaba interrumpida por uno de esos admirables accidentes de Londres: un restaurante que parecía haberse escapado de Soho. Era algo irracionalmente atractivo, con plantas enanas en macetas y largas persianas a rayas de color amarillo limón y blanco. Estaba situado a bastante altura de la calle y en la forma habitual de añadidos de Londres, había una escalinata desde la calle hasta la puerta principal, de modo semejante a como una escalera de incendios

llegaría hasta la ventana del primer piso. Valentin permaneció fumando ante las persianas amarillas y blancas, mirándolas pensativamente durante largo rato.

Lo más increíble de los milagros es que ocurren. Ocurre que unas pocas nubes en el cielo se unen para formar el llamativo dibujo de un ojo humano. Ocurre que un árbol destaca en el paisaje de un viaje incierto y adopta la forma exacta y compleja de un punto de interrogación. Yo mismo he visto ocurrir esas dos cosas hace pocos días. Nelson muere efectivamente en el instante de la victoria; y un hombre llamado Williams asesina de manera totalmente accidental a un hombre llamado Williamson; parece una especie de infanticidio. En resumen, en la vida hay un elemento de coincidencia mágica que las personas que apuestan por lo prosaico pueden no percibir jamás. Como queda bien expresado en la paradoja de Poe, la sabiduría debería contar con lo inesperado.

Aristide Valentin era profundamente francés, y la inteligencia francesa es inteligencia pura y simple. No era una «máquina pensante»; ésa es una frase estúpida del fatalismo y del materialismo modernos. Una máquina sólo es una máquina porque no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y un hombre elemental al mismo tiempo. Todos sus maravillosos éxitos, que parecían magia, eran el resultado de una lógica machacona, del pensamiento francés claro y vulgar. Los franceses conmueven al mundo no por ofrecer una paradoja sino por llevar hasta sus últimas consecuencias una perogrullada. Llevan muy lejos la perogrullada, como, por ejemplo, en la Revolución Francesa. Pero justamente porque Valentin comprendía la razón, también comprendía los límites de la

misma. Sólo un hombre que no sabe nada de motores habla de motores sin gasolina; sólo un hombre que no sabe nada de la razón habla de razones sin principios básicos firmemente establecidos e irrefutables. En este caso Valentin no tenía principios básicos firmes. No había dado con Flambeau en Harwich; y si estaba en Londres, podía ser cualquier cosa, desde un vagabundo de elevada estatura en Wimbledon Common hasta un alto maestro de ceremonias en el Hotel Métropole. En semejante estado de ignorancia, Valentin tenía un punto de vista y un método propios. En esos casos se apoyaba en lo inesperado. En esos casos, cuando no podía seguir el hilo de lo razonable, seguía fría y cuidadosamente el hilo de lo irrazonable. En vez de ir a los lugares adecuados, bancos, comisarías, lugares de encuentro, iba sistemáticamente a los lugares inadecuados: llamaba en todas las casas vacías, examinaba todos los *cul-de-sac,* recorría todos los senderos bloqueados de basura, seguía todas las vías que lo apartaban inútilmente de su camino.

Valentin defendía esta loca manera de actuar con toda lógica. Decía que si uno tenía una pista, ése era el peor sistema; pero si uno no tenía la menor pista, era el mejor, porque había la posibilidad de que algo raro que llamara la atención del perseguidor pudiera ser lo mismo que hubiera llamado la atención del perseguido. Uno debe empezar en alguna parte y más valía que fuera donde otro se detendría. Había algo en las escaleras que conducían al restaurante, en la quietud y peculiaridad del establecimiento que excitó la infrecuente fantasía romántica del detective y le hizo decidirse a probar al azar. Subió la escalera y, sentándose junto a la ventana, pidió un café solo.

Era ya media mañana y Valentin no había desayunado; los restos de otros desayunos sobre la mesa le recordaron el hambre que tenía, así que, añadiendo un huevo pasado por agua a su encargo, procedió meditabundo a poner azúcar al café, pensando todo el tiempo en Flambeau.

Recordaba cómo Flambeau había escapado, una vez gracias a un par de tijeras de uñas y otra gracias a una casa incendiada, otra vez pagando una carta sin franquear y otra consiguiendo que la gente mirara por un telescopio a un cometa que podría destruir el mundo. Valentin consideraba que su cerebro de detective era tan bueno como el del criminal, lo cual era cierto. Pero se daba cuenta claramente de su desventaja. «El criminal es el artista creador, el detective es sólo el crítico», dijo con una sonrisa amarga y se llevó la taza de café a los labios lentamente y la volvió a dejar con rapidez. Le había puesto sal.

Valentin miró el recipiente del que había sacado el polvo blanco. Era, sin duda, un azucarero. Su propósito, indiscutiblemente, era contener azúcar, igual que una botella de champán contiene champán. Se preguntó por qué habían puesto sal en el azucarero. Miró a ver si había recipientes más ortodoxos. Sí había dos saleros llenos. Quizá había algún condimento especial en los saleros. Lo probró: era azúcar. Entonces miró a su alrededor, con un renovado aire de interés, para ver si había otros signos de ese singular gusto artístico que coloca el azúcar en los saleros y la sal en el azucarero. Con la excepción de una curiosa salpicadura de un líquido oscuro en una de las paredes empapeladas en blanco, todo el restaurante parecía en orden, alegre y corriente. Llamó al camarero.

Cuando éste llegó apresuradamente, con el pelo revuelto y los ojos algo turbios a esa hora temprana, el detective (que no carecía de la capacidad para apreciar las formas sencillas del humor) le pidió que probara el azúcar y viera si estaba a la altura de la reputación del establecimiento. El resultado fue que el camarero bostezó de repente y se despertó.

–¿Gastan ustedes esta delicada broma a sus clientes todas las mañanas? –inquirió Valentin–. ¿Nunca les aburre la broma de cambiar la sal y el azúcar?

El camarero, cuando entendió la ironía, le aseguró tartamudeando que el establecimiento no tenía esa intención en absoluto: debía de tratarse de un error extrañísimo. Cogió el azucarero y lo miró; cogió el salero y lo miró, con aire cada vez más sorprendido. Finalmente se disculpó y se alejó apresuradamente, volviendo unos segundos después con el propietario. Éste examinó también el azucarero y el salero y mostró la misma sorpresa.

De repente el camarero empezó a soltar una larga parrafada casi ininteligible.

–Creo –tartamudeó afanosamente–, creo que fueron los dos sacerdotes.

–¿Qué dos sacerdotes?

–Los dos sacerdotes –dijo el camarero– que arrojaron caldo a la pared.

–¿Que arrojaron caldo a la pared? –repitió Valentin, seguro de que eso debía de ser alguna metáfora italiana.

–Sí, sí –dijo excitadísimo el camarero, señalando a la oscura salpicadura que había sobre el papel blanco de la pared–, lo arrojaron allí en la pared.

Valentin miró interrogante al propietario, quien vino en su ayuda con información más completa.

–Sí, señor –dijo–, es cierto, aunque no creo que tenga nada que ver con el azúcar y la sal. Vinieron dos sacerdotes, tomaron un caldo muy temprano, cuando acabábamos de abrir. Eran personas muy tranquilas y respetables; uno de ellos pagó la cuenta y salió; el otro, que parecía más torpe, tardó unos minutos más en reunir todas sus cosas. Pero al fin salió. Lo único es que, un instante antes de salir a la calle, cogió deliberadamente su tazón, que estaba medio lleno, y lanzó su contenido contra la pared. Yo estaba en la habitación de atrás, lo mismo que el camarero, así que aunque acudí a toda prisa, sólo llegué a tiempo de ver la pared salpicada y el local vacío. No fue un desperfecto muy grande, pero me pareció que era de un descaro increíble. Traté de alcanzar a los hombres. Sin embargo, estaban ya demasiado lejos; sólo pude ver que doblaban la esquina hacia Carstairs Street.

El detective se puso en pie como un rayo, con el sombrero puesto y el bastón en la mano. Ya había decidido que en la universal oscuridad de su mente lo único que podía hacer era seguir la primera y extraña indicación, y esta indicación era de sobra extraña. Pagó la cuenta y dejando caer tras él precipitadamente las puertas de cristal salió a toda velocidad hacia la otra calle.

Era una suerte que en momentos de tensión su vista se mantuviera serena y aguda. En una tienda por la que pasó, algo se le apareció como un mero destello; sin embargo, retrocedió para ver de qué se trataba. La tienda era una frutería popular, con una exposición de productos al aire libre, marcados con los nombres y los precios. En los dos cajones más destacados había dos montones, uno de naranjas y otro

de nueces. En el montón de nueces había un trozo de cartón, sobre el que estaba escrito en llamativa tinta azul «naranjas, mandarinas superiores, dos por un penique». Sobre las naranjas aparecía la misma descripción clara y exacta: «Nueces del Brasil de calidad suprema, cuatro peniques la libra». Valentin miró los dos carteles y se le ocurrió que se había encontrado con esa forma tan sutil de humor antes y no hacía mucho de eso. Llamó la atención al sofocado frutero, que miraba con aire bastante malhumorado calle arriba y abajo, sobre la inexactitud de sus carteles. El frutero no dijo nada, pero puso cortantemente cada cartel en el lugar adecuado. El detective, apoyándose elegantemente sobre su bastón, continuó observando detenidamente la tienda. Finalmente dijo:

–Perdone mi aparente impertinencia, señor mío, pero me gustaría hacerle una pregunta sobre psicología experimental y la asociacion de ideas.

El congestionado tendero le miró amenazadoramente, pero Valentin continuó alegremente, balanceando su bastón.

–¿Por qué –prosiguió–, por qué hay dos carteles mal colocados en una frutería como un sombrero de teja que hubiera venido de vacaciones a Londres? O, por si no me explico bien, ¿cuál es la asociación mística que conecta la idea de nueces marcadas como naranjas con la idea de dos sacerdotes, uno alto y el otro bajo?

Al frutero casi se le salieron los ojos de las órbitas, por un instante pareció que se iba a lanzar sobre el desconocido. Finalmente tartamudeó enfadado:

–No sé qué tiene usted que ver con ello, pero si usted es amigo de ellos, les puede decir de mi parte que

les partiré la cabeza, curas o no curas, si vuelven a descolocarme las manzanas.

–Ah, ¿sí? –preguntó el detective con gran simpatía–, ¿le desordenaron las manzanas?

–Uno de ellos lo hizo –respondió el acalorado tendero–. Las hizo rodar por toda la calle. Lo habría pillado si no fuera que tuve que recogerlas.

–¿En qué dirección se fueron esos sacerdotes? –preguntó Valentin.

–Por la segunda calle a la izquierda y luego cruzaron la plaza –contestó el otro rápidamente.

–Gracias –dijo Valentin y se esfumó como un espíritu. Al otro lado de la segunda plaza encontró a un policía y le dijo:

–Esto es algo muy urgente, guardia. ¿Ha visto usted a dos sacerdotes con sombrero de teja?

El policía empezó a reírse ruidosamente:

–Los he visto, señor y si quiere que le diga, uno de ellos estaba borracho. Estaba en medio de la calle tan perplejo que...

–¿Por dónde se fueron? –cortó Valentin.

–Tomaron uno de esos autobuses amarillos que paran allí –respondió el agente– de los que van a Hampstead.

Valentin sacó su tarjeta oficial y dijo muy deprisa:

–Llame a dos de sus hombres para que vengan conmigo tras ellos. –Y cruzó la calle con tan contagiosa energía que el voluminoso policía obedeció casi con agilidad. En un minuto y medio se unieron al detective francés, en la acera de enfrente, un inspector y un policía de paisano.

–Bien, señor –empezó el primero, con una sonrisa de importancia–. ¿Y qué puedo...?

Valentin señaló de repente con su bastón:

–Se lo diré en lo alto de ese ómnibus –dijo, lanzándose a través del tráfico. Cuando los tres, jadeantes, se encontraron sentados en los asientos del piso de arriba del autobús amarillo, el inspector dijo:

–Podríamos ir cuatro veces más deprisa en un taxi.

–Muy cierto –replicó plácidamente su guía–, pero sólo si supiéramos adónde vamos.

–Bien, ¿adónde va usted? –preguntó el otro asombrado.

Valentin aspiró su cigarrillo con el ceño fruncido durante unos segundos y luego, apartándolo, dijo:

–Si uno *sabe* lo que hace un hombre, hay que precederlo; pero si uno quiere averiguar lo que está haciendo, hay que mantenerse detrás de él. Hay que vagar cuando él vaga, detenerse cuando él se detiene; moverse con la misma lentitud que él. Entonces puede uno ver lo que él vio y puede actuar como él actuó. Todo lo que podemos hacer es mantener los ojos bien abiertos ante algo bien extraño.

–¿Qué clase de cosa extraña quiere usted decir? –preguntó el inspector.

–Cualquier clase de cosa extraña –respondió Valentin. Y se sumió en un silencio obstinado.

El ómnibus amarillo subió trabajosamente por las calles del norte de la ciudad durante lo que parecía un tiempo interminable; el gran detective no se dignaba dar más explicaciones y quizá sus ayudantes sentían una duda callada y creciente respecto de su misión. Quizá, también, sentían un callado y creciente deseo de almorzar, porque ya había pasado la hora normal del almuerzo y las largas calles de la parte norte de Londres parecían alargarse como un infernal telesco-

pio. Era uno de los viajes en que uno siente constantemente que ahora, por fin, ha llegado al final del universo, para encontrarse con que sólo ha llegado al principio de Tufnell Park. Londres fue apagándose, mostrando sucias tabernas y malezas deprimentes y luego renació inexplicablemente, lleno de calles importantes brillantemente iluminadas y de llamativos hoteles. Era como atravesar trece ciudades corrientes separadas pegadas unas a otras. Pero aunque el crepúsculo invernal ya amenazaba la carretera que tenían delante, el detective parisino seguía callado y alerta, mirando las fachadas a ambos lados de las calles cuidadosamente. Cuando ya habían dejado atrás Camden Town, los policías estaban casi dormidos; al menos, se sobresaltaron cuando Valentin se levantó de un salto, colocó firmemente una mano sobre los hombros de los policías y gritó al conductor que se detuviese.

Bajaron las escaleras a trompicones y se encontraron en la calle sin darse cuenta de por qué los habían sacado de su sitio; cuando miraron a su alrededor para ver qué pasaba encontraron que Valentin señalaba con aire de triunfo hacia una ventana en la acera izquierda de la calle. Era una ventana amplia, que formaba parte de la larga fachada de una fonda llena de adornos dorados, de aire palaciego; era la parte reservada para cenas de respeto y ostentaba un cartel que decía «Restaurante». Esta ventana, como las restantes que había en la fachada del hotel, era de cristal esmerilado decorado con figuras, pero en el medio presentaba un golpe, como una gran estrella negra sobre hielo.

–¡Por fin, una pista! –exclamó Valentin, agitando su bastón–. ¡El edificio de la ventana rota!

–¿Qué ventana? ¿Qué pista? –preguntó su ayudante principal–. ¿Qué prueba hay de que eso tenga nada que ver con ellos?

Valentin, furioso, casi rompió su bastón de bambú.

–¡Prueba! –gritó–. ¡Dios mío! ¡Este buen hombre busca pruebas! Por supuesto, existe una posibilidad entre veinte de que esto tenga algo que ver con ellos. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No se da usted cuenta de que no podemos hacer otra cosa que seguir esa única y remota posibilidad o si no, irnos a la cama? –Entró dando un portazo en el restaurante, seguido por sus compañeros y pronto se encontraron sentados en una mesita para tomar un tardío almuerzo, contemplando la estrella de cristal rajado desde el interior. La verdad, no es que les suministrara una gran información en esos momentos.

–Veo que tienen ustedes una ventana rota –dijo Valentin al camarero, mientras pagaba la cuenta.

–Sí, señor –contestó el camarero, inclinado con aire diligente sobre el cambio, al que Valentin, silenciosamente, añadió una propina enorme. El camarero se enderezó con suave pero inconfundible animación.

–Ah, sí, señor –dijo–. Una cosa muy extraña, señor.

–¿Ah, sí? Cuéntenos –dijo el detective con descuidada curiosidad.

–Bueno, vinieron dos señores vestidos de negro –dijo el camarero–. Dos de esos sacerdotes extranjeros que andan por ahí. Tomaron un almuerzo barato, tranquilamente, y uno de ellos pagó y salió. El otro se disponía a unirse a él cuando miré de nuevo el cambio y me di cuenta de que me había pagado casi tres veces de más. «Oiga», le dije al tipo que ya estaba casi fuera del restaurante, «han pagado ustedes de más».

«Ah», dice, tan tranquilo, «¿hemos pagado de más?». «Sí» le digo y cojo la cuenta para enseñársela. Bueno, me quedé de piedra.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó su interlocutor.

–Pues que yo habría jurado sobre siete biblias que había puesto cuatro chelines en esa cuenta. Pero vi que había escrito catorce chelines, tan claro como el agua.

–¿Y bien? –exclamó Valentin, moviéndose lentamente pero con ojos iluminados–. ¿Qué pasó?

–El sacerdote que estaba ya en la puerta me dice con toda tranquilidad: «Lamento confundir sus cuentas pero servirá para pagar la ventana». «¿Qué ventana?», digo yo. «La que voy a romper», contesta, y golpeó ese bendito vidrio con su paraguas.

Los investigadores expresaron su asombro y el inspector murmuró:

–¿Acaso perseguimos a unos locos escapados del manicomio?

El camarero continuó, regodeándose en la absurda historia:

–Me quedé paralizado como un tonto durante un segundo, incapaz de moverme. El individuo salió tan tranquilo del local y se unió a su amigo justo a la vuelta de la esquina, luego subieron por Bullock Street tan aprisa que no los pude alcanzar, aunque tomé un atajo a toda velocidad para intentarlo.

–Bullock Street –dijo el detective. Y echó a correr por esa calle arriba tan rápidamente como la extraña pareja a la que perseguía.

El viaje los llevó ahora por caminos de ladrillo visto semejantes a túneles; calles con pocas luces y menos ventanas; calles que parecían construidas a base de las ciegas partes traseras de algún lugar fantasmagórico.

La oscuridad se iba intensificando y ni siquiera a los policías londinenses les resultaba fácil adivinar en qué dirección se movían exactamente. El inspector, sin embargo, estaba bastante seguro de que finalmente toparían con alguna zona de Hampstead Heath. De repente, un escaparate abultado e iluminado con luz de gas rompió el azul crepúsculo como una linterna de ojo de buey; y Valentin se detuvo un instante delante de una confitería pequeña y llamativa. Tras un momento de vacilación, entró en la tienda. Rodeado de los chillones colores de los dulces y con un aire de absoluta seriedad, eligió con cierto cuidado trece cigarrillos de chocolate. Estaba claro que buscaba una manera de entablar conversación: pero no la necesitó.

Una joven angulosa, de aspecto envejecido, que atendía en la tienda, había mirado su elegante aspecto con una actitud interrogadora puramente automática; pero cuando vio la puerta bloqueada por el azul uniforme del inspector, sus ojos parecieron animarse.

–Oh –dijo–. Si han venido ustedes por el paquete, ya lo he mandado.

–¡El paquete! –repitió Valentin, mostrándose a su vez interrogador.

–Me refiero al paquete que dejó el caballero, el clérigo.

–Por lo que más quiera –dijo Valentin, adelantándose con su primera verdadera manifestación de vehemencia –por el amor de Dios, díganos qué ocurrió exactamente.

–Verá usted –dijo la mujer, algo dubitativa–: los sacerdotes entraron hará una media hora y compraron unas pastillas de menta, charlaron un poco y luego salieron en dirección al Heath. Pero un segundo

después, uno de ellos regresa a la tienda y dice: «¿Me he dejado un paquete?». Yo miré en todos lados y no vi nada; así que él dijo: «No importa, pero si apareciera, por favor envíelo usted por correo a esta dirección». Y me dejó la dirección y un chelín por el favor. Y, en efecto, aunque creí que había buscado en todos lados, encontré que se había dejado un paquete envuelto en papel de estraza, así que lo envié por correo a las señas que me dijo. No las recuerdo ya, pero era a alguna parte de Westminster. Pero como el asunto parecía tan importante, pensé que quizá la policía había venido por ello.

–Y así es –dijo Valentin tajantemente–. ¿Está cerca de aquí Hampstead Heath?

–Sigan de frente durante quince minutos –respondió la mujer– y saldrán justo allí. –Valentin salió disparado de la tienda y echó a correr. Los otros detectives lo siguieron con un trote desganado.

La calle por la que se abrían paso era tan estrecha y sombría que cuando se encontraron de repente en el parque vacío bajo el amplio cielo se sorprendieron de ver que todavía hubiera tanta luz en el atardecer. Una cúpula perfecta de color verde azulado se hundía entre oros entre los árboles que se oscurecían y las distancias de profundo color violeta. Los brillantes tonos verdes eran lo bastante oscuros como para permitir distinguir como puntos de cristal una o dos estrellas. Todo lo que quedaba de luz del día yacía en un resplandor dorado al otro lado del borde de Hampstead Heath y esa hondonada popular que lleva el nombre de «Valle de la salud». Los visitantes que discurren por esa zona aún no se habían dispersado del todo: en algunos bancos se veían las siluetas informes de algu-

nas parejas y aquí y allá se oían aún las risas de una muchacha distante en uno de los columpios. El cielo se hacía más profundo y oscuro, en toda su gloria, en torno a la sublime vulgaridad del hombre. Mirando desde la ladera a través de la llanura, Valentin vio lo que buscaba.

Entre los grupos oscuros que se deshacían en esa distancia había uno particularmente negro que no se deshacía: un grupo de dos figuras vestidas de clérigos. Aunque parecían tan pequeñas como insectos, Valentin pudo ver que una de ellas era mucho más pequeña que la otra. Aunque ésta tenía la espalda encorvada del erudito y un aire poco llamativo, Valentin se dio cuenta de que se trataba de un hombre de más de seis pies de altura. El detective apretó los dientes y prosiguió su camino, haciendo molinetes impacientes con el bastón. Cuando la distancia se redujo sustancialmente, agrandando las dos negras figuras como en un enorme microscopio, Valentin pudo percibir otra cosa; fue algo que le sorprendió y que, sin embargo, había esperado en cierto modo. Fuera quien fuese el sacerdote alto, no cabía duda sobre la identidad del bajito. Era su amigo del tren de Harwich, el rechoncho curita de Essex al que había advertido a propósito de sus paquetes de papel de estraza.

Hasta aquí todo encajaba definitiva y racionalmente. Valentin había averiguado esa mañana que un tal padre Brown, de Essex, traía a Londres una cruz de plata con zafiros, una reliquia de considerable valor, para enseñarla a los sacerdotes extranjeros que participaban en el Congreso. Eso era sin duda la «plata con piedras azules». Y el padre Brown era también sin duda el pequeño simplón del tren. Ahora bien, no había

nada extraordinario en que lo que Valentin había averiguado; lo hubiera averiguado también Flambeau: Flambeau lo averiguaba todo. Tampoco había nada extraordinario en el hecho de que cuando Flambeau se hubiera enterado de la existencia de una cruz con zafiros tratara de robarla. Era lo más natural del mundo. Y, sin la menor duda, no había nada de extraordinario en el hecho de que Flambeau se saliera con la suya con un tontaina como el tipo del paraguas y los paquetes. Era el tipo de hombre al que se podía llevar con una cuerda hasta el Polo Norte; no era sorprendente que un actor como Flambeau, disfrazado de sacerdote, lo pudiera llevar hasta Hampstead Heath. Hasta ahí el asunto parecía bien claro. Y el detective, al tiempo que compadecía al cura por su indefensión, casi despreciaba a Flambeau por rebajarse a tratar con una víctima tan crédula. Pero cuando Valentin pensó en todo lo que había ocurrido entre tanto, en todo lo que le había llevado hasta su triunfo, se estrujó el cerebro tratando de encontrar el menor sentido o razón en ello. ¿Qué tenía que ver el robo de una cruz de plata y piedras azules a un sacerdote de Essex con lanzar sopa contra una pared? ¿Qué tenía que ver con llamar nueces a las naranjas o con pagar ventanas primero y romperlas después? Había llegado al final de su persecución: sin embargo, se había perdido la parte central de la misma. Cuando fracasaba (lo que ocurría rara vez) generalmente había logrado hacerse con la pista, pero se le había escapado el criminal. Aquí había atrapado al criminal, pero no podía entender la pista.

Las dos figuras a las que seguían se arrastraban como negras moscas a través de la gigantesca ladera de

una colina. Estaban evidentemente absortas en su conversación y quizá no se daban cuenta de hacia dónde iban; pero ciertamente iban hacia las partes más altas y agrestes del parque. A medida que se acercaban a ellas, los perseguidores tenían que usar las poco elegantes actitudes de los cazadores al acecho, agachándose detrás de los árboles e incluso arrastrándose entre la alta hierba. Mediante estas torpes artimañas los cazadores se acercaron lo bastante a su presa como para oír el murmullo de la conversación, pero no podían entender más que la palabra «razón», que era repetida frecuentemente por una voz aguda y casi infantil. Una vez, encima de una brusca caída del terreno y una densa maraña de matorrales, los detectives llegaron a perder de vista a las dos figuras a las que seguían. Durante diez agónicos minutos no encontraron el rastro y cuando lo lograron, los llevó en torno a la gran cúpula de una colina que dominaba como un anfiteatro crepuscular un escenario multicolor y desolado. Bajo un árbol, en este impresionante aunque descuidado lugar, había un viejo banco de madera todo destartalado. En él estaban sentados los dos curas, sumidos en su seria conversación. El horizonte se iba oscureciendo, aunque todavía quedaban prendidas en él espléndidas tonalidades verdes y doradas, pero la bóveda iba transformándose de verde en azul noche y las estrellas destacaban cada vez más como sólidas joyas. Con un mudo gesto hacia sus compañeros, Valentin logró arrastrarse detrás del gran árbol lleno de ramas y desde allí, en total silencio, oyó por primera vez las palabras de los extraños sacerdotes.

Tras haber escuchado durante un minuto y medio, se sintió asaltado por una duda terrible. Quizá había

arrastrado a los dos policías ingleses hasta la nocturna desolación de un parque con un propósito no más cuerdo que el de pedir peras a un olmo.

Porque los dos sacerdotes hablaban exactamente como sacerdotes, piadosamente, en erudición y tranquilidad, sobre los más sutiles enigmas de la teología. El curita de Essex era quien hablaba con más sencillez, con su redonda faz levantada hacia las estrellas cada vez más visibles; el otro hablaba con la cabeza inclinada, como si no fuera digno siquiera de mirarlas. Pero no se podría haber escuchado una conversación clerical más inocente en un claro claustro italiano o en una oscura catedral española.

Lo primero que oyó Valentin fue el final de una frase del padre Brown, que decía: «...lo que en realidad significaba en la Edad Media decir que el cielo era incorruptible».

El sacerdote alto asintió con la cabeza inclinada y dijo:

–Ah, sí, estos fieles modernos apelan a su razón; pero ¿quién puede contemplar esos millones de mundos y no sentir que bien podría haber sobre nosotros mundos maravillosos donde la razón fuera completamente irracional?

–No –dijo el otro cura–. La razón es siempre razonable, incluso en el último limbo, en la frontera perdida de las cosas. Sé que la gente acusa a la Iglesia de menospreciar a la razón, pero ocurre justo al contrario. En toda la tierra, sólo la Iglesia hace de la razón lo verdaderamente supremo. Sólo ella afirma que el propio Dios está limitado por la razón.

El otro cura levantó su austera faz hacia el rutilante cielo y dijo:

–No obstante, ¿quién sabe si en ese universo infinito...?

–Sólo es infinito en un sentido físico –dijo el curita volviéndose bruscamente en su asiento–. No es infinito en el sentido de escapar a las leyes de la verdad.

Detrás del árbol, Valentin se mordía las uñas con silenciosa furia. Casi le parecía oír las burlas de los detectives ingleses a los que había llevado hasta tan lejos por una absurda corazonada sólo para oír la charla metafísica de dos viejos y apacibles clérigos. Su impaciencia le hizo perderse la respuesta igualmente elaborada del cura alto y cuando pudo volver a escuchar, el padre Brown hablaba de nuevo.

–La razón y la justicia alcanzan hasta la más remota y más solitaria de las estrellas. ¿No parecen diamantes y zafiros? Pues bien, puede usted imaginarse la flora o las faunas geológicas más fantásticas que quiera. Imagine bosques diamantinos con hojas de brillantes. Imagine que la luna es azul, un único y gigantesco zafiro. Pero no vaya usted a creerse que toda esa loca astronomía supondría la menor diferencia para la razón y la conducta justa. Sobre llanuras de ópalo, bajo acantilados de perlas, aún encontraría usted un cartel que dijera «no robarás».

Valentin estaba a punto de abandonar su postura rígida y acuclillada y de desaparecer calladamente, postrado por la única y enorme estupidez que había cometido en su vida. Pero algo en el silencio mismo del sacerdote alto le hizo esperar a que éste hablara. Cuando por fin lo hizo dijo sencillamente, con la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas:

–De acuerdo, pero yo sigo pensando que otros mundos podrían quizá estar por encima de nuestra

razón. El misterio del cielo es insondable y yo, al menos, sólo puedo postrarme con humildad.

Y entonces, con la cabeza aún inclinada y sin cambiar en absoluto de actitud o de voz, añadió:

–Limítese a darme esa cruz de zafiros que tiene, ¿me oye? Estamos solos y podría hacerle a usted trizas.

El hecho de que ni la voz ni la actitud manifestaran el menor cambio añadía una extraña violencia al sorprendente contenido de sus palabras. Pero el custodio de la reliquia apenas pareció girar la cabeza unos milímetros. Parecía seguir con su bobalicona cara vuelta hacia las estrellas. Quizá no había comprendido. O, quizá, había comprendido y estaba paralizado de terror.

–Sí –dijo el cura alto, con la misma voz baja y en la misma postura inmóvil–. Sí, yo soy Flambeau.

Después, tras una pausa, añadió:

–Vamos, ¿me va usted a dar esa cruz?

–No –dijo el otro. Y el monosílabo tenía un extraño sonido.

Flambeau abandonó de repente su actitud pontificadora. El gran ladrón se echó hacia atrás en el asiento y se rió largamente, en el mismo tono bajo.

–¡No! –exclamó–. No me la va a dar usted, orgulloso prelado. No me la va a dar, pequeño bobalicón célibe. ¿Le digo por qué no me la dará? Porque ya la tengo en el bolsillo de mi chaqueta.

En la penumbra el hombrecillo de Essex se volvió hacia Flambeau, y lo miró con cara de asombro. Luego dijo, con la tímida ansiedad del secretario particular:

–¿Está usted... seguro?

Flambeau gritó encantado:

–La verdad, es usted tan divertido como una comedia en tres actos –exclamó–. Sí, bobalicón, estoy completamente seguro. Tuve el buen sentido de hacer un duplicado del paquete adecuado y ahora, amigo mío, usted tiene el duplicado y yo tengo las joyas. Un viejo truco, padre Brown, un truco muy viejo.

–Sí, ya he oído hablar de ese truco antes.

El coloso del crimen se inclinó sobre el curita rural con una especie de súbito interés.

–¿Usted ha oído hablar de ese truco ?–preguntó–. ¿Dónde lo ha oído?

–Pues no le puedo decir el nombre, claró está –dijo el hombrecillo con sencillez–. Se trataba de un penitente ¿comprende? Había vivido prósperamente durante veinte años gracias a los paquetes de papel de estraza duplicados. Así que, cuando empecé a sospechar de usted, me acordé en el acto de aquel pobre hombre y de sus manejos.

–¿Que empezó usted a sospechar de mí? –repitió el ladrón con creciente intensidad–. ¿Tuvo usted realmente la perspicacia de sospechar de mí porque le traje hasta este rincón apartado del parque?

–No, no –dijo el padre Brown con aire de disculpa–, verá usted, sospeché en cuanto lo vi por primera vez. Fue por ese bultito en la manga donde llevan ustedes la pulsera de clavos.

–¿Cómo diablos –exclamó Flambeau– ha podido usted oír hablar de la pulsera de clavos?

–Ah, pues verá usted, gracias a mi pequeño rebaño –dijo el padre Brown arqueando las cejas con aire ausente–. Cuando ejercí en Hartlepool, había tres personas con pulseras de clavos. Así que, como sospeché de usted desde el principio, ¿comprende?, me aseguré

de que la cruz quedara a salvo en cualquier caso. Me temo que le he estado vigilando a usted. Por eso, finalmente le vi cambiar los paquetes. Y entonces, ¿comprende usted?, los volví a cambiar. Y después dejé atrás el paquete auténtico.

–¿Lo dejó atrás? –repitió Flambeau. Y por primera vez había otra nota en su voz, además de la de triunfo.

–Pues verá usted –dijo el curita, con el mismo tono sencillo–, fue así: volví a la confitería aquella y pregunté si había olvidado un paquete y les di unas señas concretas por si aparecía. Bien, yo ya sabía que no lo había olvidado; pero cuando me fui de nuevo, lo dejé. Así que, en vez de correr a buscarme con ese valioso paquete, lo han enviado rápidamente a un amigo que tengo en Westminster. –Luego continuó, con tono triste–: Eso lo aprendí también de un pobre hombre en Hartlepool. Solía hacerlo con los bolsos que robaba en las estaciones de ferrocarril, pero ahora está en un monasterio. La verdad es que uno aprende cosas, ¿comprende? –añadió frotándose la cabeza con la misma actitud de desesperada disculpa–. No podemos evitar ser curas. La gente viene y nos cuenta esas cosas.

Flambeau sacó precipitadamente un paquete de papel de estraza del bolsillo interior de su chaqueta y lo hizo pedazos. No había más que papel y unas barras de plomo en su interior. Se puso en pie de un salto con un gesto desmesurado y exclamó:

–No le creo a usted. No creo que un palurdo como usted haya podido arreglárselas en absoluto. Creo que todavía tiene usted la cruz encima y si no me la entrega, como estamos solos, se la quitaré por la fuerza.

–No –dijo sencillamente el padre Brown, poniéndose también en pie–. No me la quitará usted por la fuerza. Primero, porque es cierto que no la tengo. Y segundo, porque no estamos solos.

Flambeau, que ya se precipitaba hacia el padre Brown, se detuvo.

–Detrás de ese árbol –señaló el padre Brown– hay dos fuertes policías y el mejor detective del mundo. ¿Se pregunta usted cómo llegaron hasta aquí? Pues porque yo los traje, naturalmente. ¿Cómo lo hice? Si quiere, se lo digo. ¡Por Dios!, los que trabajamos con criminales tenemos que saber montones de trucos semejantes. Yo no estaba seguro de que fuera usted un ladrón y no hubiera sido conveniente armar un escándalo contra un miembro de la propia institución de uno. Así que le puse a usted a prueba para ver si había forma de que se delatase. En general, la gente monta una pequeña escena si encuentra que su café está salado. Si no lo hace, es porque hay alguna razón para guardar silencio. Yo cambié la sal y el azúcar y usted guardó silencio. Uno generalmente protesta si la cuenta es tres veces mayor de lo debido. Si la paga, tiene algún motivo para no llamar la atención. Yo alteré la cuenta y usted la pagó.

El mundo parecía esperar que Flambeau saltara como un tigre. Pero parecía que un hechizo lo hubiera inmovilizado; estaba paralizado por la más profunda curiosidad.

–Así pues –continuó el padre Brown con implacable lucidez–, como usted se negaba a dejar rastros para la policía, alguien tenía que hacerlo. En cada sitio que visitamos tuve buen cuidado de hacer algo que motivara que nos recordaran durante el resto del día. No ocasioné grandes daños (una pared salpicada, unas

manzanas caídas por la calle, una ventana rota). Pero salvé la cruz, porque la cruz siempre será salvada. Ahora está ya en Westminster. Me pregunto por qué no paró usted todo eso con el Silbido del Asno.

–¿Con qué...? –preguntó Flambeau.

–Me alegra que no lo conozca usted –dijo el cura, con gesto de desagrado–. Es algo muy feo. Estoy seguro de que es usted un hombre demasiado honrado para ser un silbador. Yo no podría haberle vencido ni siquiera con los Soplones; no tengo las piernas lo bastante fuertes.

–¿De qué diablos está usted hablando? –preguntó el otro.

–Pues, la verdad, creí que conocería usted lo de los Soplones –dijo el padre Brown, agradablemente sorprendido. ¡Ah, no puede usted haber caído muy bajo, entonces!

–Pero ¿cómo demonios conoce usted todos esos horrores? –exclamó Flambeau.

La sombra de una sonrisa cruzó el redondo y vacuo rostro de su clerical antagonista.

–Ah, gracias a ser un bobalicón célibe, me imagino –dijo–. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar que un hombre que apenas hace otra cosa que escuchar los verdaderos pecados de los hombres no puede ignorar totalmente la maldad humana? Pero, en realidad, otro aspecto de mi trabajo, también, me confirmó que no era usted un sacerdote.

–¿Cual? –preguntó el ladrón, boquiabierto.

–Atacó usted a la razón –dijo el padre Brown–. Eso es mala teología.

Y justo cuando se volvía para recoger sus cosas, los tres policías salieron de entre los árboles en sombra.

Flambeau era un artista y un buen perdedor. Dio un paso atrás e hizo una gran reverencia a Valentin.

–No se incline usted ante mí, *mon ami* –dijo Valentin, con voz clara y argentina–. Saludemos ambos a nuestro maestro.

Y los dos se quitaron el sombrero y permanecieron quietos un instante, mientras el curita de Essex parpadeaba buscando su paraguas.

2. El jardín secreto

Aristide Valentin, jefe de la policía de París, se retrasaba y algunos de sus invitados a cenar empezaron a llegar antes que él. Sin embargo, Ivan, su criado de confianza, los tranquilizó. Ivan era un viejo con una cara casi tan gris como sus bigotes, atravesada por una cicatriz, que siempre estaba sentado a una mesa en el vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas de armas. La casa de Valentin era quizá tan extraña y célebre como su dueño. Era una casa vieja, con paredes altas y altos álamos que casi colgaban sobre el Sena; pero la mayor peculiaridad y quizá el valor policial de su arquitectura era la siguiente: no había más salida que la de la puerta principal, protegida por Ivan y su armería. El jardín era grande y cuidado y había muchos accesos a él desde la casa. Pero no había salida desde el jardín al mundo exterior. Estaba rodeado de un elevado muro, liso e inescalable, con pinchos en lo alto. No era un mal jardín, probablemente, para que pudiera meditar en él un hombre al que unos cien criminales habían jurado matar.

Ivan explicó a los invitados que su anfitrión había telefoneado que se veía retenido unos diez minutos.

Para decir la verdad, estaba ultimando ciertas cuestiones sobre ejecuciones y otros desagradables asuntos, y aunque estos deberes le resultaban profunda-

mente repulsivos, siempre los desempeñaba con precisión. Implacable en la persecución de los criminales, era muy indulgente en cuanto a su castigo. Desde que había mostrado su superioridad absoluta en los métodos policiales franceses y, en gran medida, europeos, había aplicado honorablemente su gran influencia para mitigar las sentencias y mejorar las cárceles. Era uno de los grandes librepensadores franceses humanitarios; y lo único malo de esas personas es que convierten la misericordia en algo aún más frío que la justicia.

Cuando llegó, Valentin venía ya vestido de etiqueta con el botón rojo; era la suya una figura elegante, con su negra barba salpicada de canas. Atravesó la casa hasta su estudio, que daba al jardín. La puerta de acceso a éste estaba abierta y después de guardar cuidadosamente bajo llave su maletín en su lugar oficial, permaneció durante un momento en la puerta abierta mirando hacia el jardín. Una luna nítida peleaba por vencer los restos evanescentes de una tormenta y Valentin la contemplaba con una actitud pensativa infrecuente en las naturalezas científicas como la suya. Quizá esas naturalezas científicas tienen alguna premonición psíquica de lo que se va a convertir en el más tremendo problema de sus vidas.

Pero si tal era su talante oculto, el hecho es que se recuperó muy pronto, porque sabía que era tarde y que sus invitados habían empezado a llegar. Una ojeada al entrar en el salón le bastó para asegurarse de que, en cualquier caso, su principal invitado no estaba allí. Vio a los otros pilares de la reunión: Lord Galloway, el embajador inglés, un viejo colérico con una cara rojiza como una manzana, que llevaba la cinta

azul de la Orden de la Jarretera. Vio a Lady Galloway, delgada como un hilo, de pelo plateado y rostro sensible y altivo. Vio a su hija, Lady Margaret Graham, una muchacha pálida y bonita con cara de diablillo y cabello cobrizo. Vio a la duquesa de Mont St. Michel, opulenta dama de ojos negros, y con ella a sus dos hijas, también opulentas y de ojos negros. Vio al doctor Simon, un típico científico francés, con gafas, castaña barba puntiaguda y una frente surcada de esas arrugas paralelas que son el precio de la altanería, ya que se producen de tanto levantar las cejas. Vio al padre Brown, de Cobhole, Essex, a quien había conocido hacía poco en Inglaterra. Vio –quizá con más interés que a los demás– a un hombre alto de uniforme, que había saludado con una inclinación cortés a los Galloway sin que éstos le correspondieran muy calurosamente y que ahora se dirigía solo a presentar sus respetos al anfitrión. Era el comandante O'Brien, de la Legión Extranjera Francesa. Era un hombre delgado, con aire algo fanfarrón, completamente afeitado, de pelo negro y ojos azules y, como correspondía a un oficial de un regimiento célebre por sus victoriosos fracasos y por sus logrados suicidios, tenía un aspecto a la vez animoso y melancólico. Por nacimiento era un caballero irlandés y de muchacho había conocido a los Galloway, especialmente a Margaret Graham. Había abandonado su país a causa de una acumulación de deudas y ahora manifestaba su absoluto menosprecio de la etiqueta británica exhibiéndose por todos lados de uniforme, con sable y espuelas incluidos. Cuando saludó a la familia del embajador, Lord y Lady Galloway se inclinaron fríamente y Lady Margaret miró para otro lado.

Pero fueran las que fuesen las razones por las que esa gente pudiera tener, desde hacía mucho tiempo, un interés mutuo, su distinguido anfitrión no se sentía especialmente interesado por ellos. Ninguno de ellos, al menos desde su punto de vista, era el invitado de honor. Valentin esperaba, por razones especiales, a un hombre de fama mundial, cuya amistad había logrado durante uno de sus viajes triunfales como gran detective por los Estados Unidos. Esperaba a Julius K. Brayne, un multimillonario cuyos colosales e incluso aplastantes donativos a credos religiosos de menor cuantía habían originado fácil diversión y entretenimiento y una aún más fácil celebración en la prensa americana y británica. Nadie sabía con certeza si el señor Brayne era ateo o mormón o partidario de la ciencia cristiana; pero estaba siempre dispuesto a llenar de dinero cualquier recipiente intelectual, siempre que se tratara de algo nuevo. Uno de sus pasatiempos era esperar la aparición del Shakespeare americano, un pasatiempo que requería más paciencia que la pesca con caña. Admiraba a Walt Whitman, pero pensaba que Luke P. Tanner, de París (Pensilvania), era muchísimo más «progresista» que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía «progresista». Valentin le parecía «progresista», con lo que le hacía una grave injusticia.

La sólida aparición de Julius K. Brayne en la sala fue tan decisiva como una campana que anunciara la cena. Tenía la gran cualidad, de la que muy pocos podemos jactarnos, de que su presencia fuera tan notoria como su ausencia. Era un individuo gigantesco, tan grueso como alto, vestido con traje de etiqueta negro, sin que leontina o sortija alguna animaran el

conjunto. Su cabello era blanco y lo llevaba cepillado hacia atrás como los alemanes. Su rostro era congestivo, ardiente y angelical, con un oscuro mechón de pelo bajo el labio inferior que daba un aire teatral e incluso mefistofélico a un rostro que, sin él, habría parecido infantil. Sin embargo, los ocupantes del salón no pudieron contemplar durante mucho tiempo al célebre americano: su retraso había creado ya un problema doméstico y fue conducido a toda velocidad al comedor con Lady Galloway del brazo.

Los Galloway eran amables y sencillos salvo en lo que concernía a una sola cuestión. Mientras Lady Margaret no tomara el brazo del aventurero O'Brien, su padre se mostraría satisfecho. Y no lo había hecho, sino que había entrado decorosamente del brazo del doctor Simon. Sin embargo, el viejo Galloway se mostraba inquieto y casi maleducado. Durante la cena, se mostró suficientemente diplomático, pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los hombres más jóvenes –Simon, el médico, Brown, el cura, y el menoscabado O'Brien, el exiliado de uniforme extranjero– desaparecieron para unirse a las damas o fumar en el invernadero, el diplomático inglés empezó a mostrarse muy poco diplomático. Cada sesenta segundos le atenazaba el temor de que el bribón de O'Brien podría estar haciendo alguna seña a Margaret; prefería no pensar cómo. Se había quedado solo tomando café con Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones y con Valentin, el francés, de cabellos grises que no creía en ninguna. Ambos podían discutir entre sí, pero ninguno de los dos podía apelar a él. Al cabo de un rato, ese juego dialéctico «progresista» se había vuelto absolutamente tedioso. Lord Galloway se le-

vantó y buscó el salón. Se perdió durante unos seis o siete minutos por largos pasillos, hasta que oyó la voz aguda y didáctica del médico y luego la voz apagada del cura, seguidas de una risa general. Ésos también estaban probablemente discutiendo sobre «ciencia y religión», pensó con profundo fastidio Galloway. Pero en cuanto abrió la puerta del salón sólo vio una cosa: vio lo que no había. Vio que el comandante O'Brien estaba ausente y que Lady Margaret también estaba ausente.

Galloway salió impacientemente del salón, como antes lo había hecho del comedor y recorrió a grandes zancadas el pasillo una vez más. La idea de proteger a su hija de ese inútil de irlandésargelino se había convertido en algo fundamental e incluso obsesivo para él. Cuando se dirigía hacia la parte de atrás de la casa, donde estaba el estudio de Valentin, le sorprendió encontrarse con su hija, que pasó rápidamente junto a él, con rostro pálido y desdeñoso, lo cual constituía un segundo enigma. Si había estado con O'Brien, ¿dónde estaba O'Brien? Si no había estado con O'Brien, ¿dónde había estado? Con una especie de sospecha senil y apasionada, caminó a tientas hacia la oscura parte trasera de la mansión y finalmente encontró una puerta de servicio que daba al jardín. La luna, con su forma de cimitarra, había rasgado el cielo y barrido todo rastro de la tormenta. La luz plateada iluminaba el jardín entero. Una alta figura vestida de azul atravesaba el césped hacia la puerta del estudio: el brillo de un plateado rayo de luna sobre las bocamangas de su uniforme revelaba que se trataba del comandante O'Brien.

O'Brien desapareció por la puerta del estudio, dejando a Lord Galloway de un humor indescriptible, a

la vez furibundo y confuso. El jardín, de plata azulada, como una escena de un teatro, parecía burlarse de él con toda esa ternura tiránica contra la que su autoridad mundana luchaba. Los pasos largos y elegantes del irlandés lo llenaban de rabia como si él fuese un rival en vez de un padre, la luz de la luna le irritaba profundamente. Se sentía prisionero, como hechizado, en un jardín de trovadores, un paisaje de Watteau. Galloway, deseoso de sacudirse todas esas tiernas imbecilidades mediante la palabra, siguió rápidamente los pasos de su enemigo. Al hacerlo tropezó con un árbol o una piedra en la hierba y miró hacia abajo primero con irritación y luego con curiosidad. Un instante después la luna y los altos álamos contemplaron un espectáculo insólito: un anciano diplomático inglés que corría a toda velocidad gritando y aullando al mismo tiempo.

Sus roncos gritos atrajeron a la puerta del estudio la faz pálida, los anteojos relucientes y el ceño preocupado del doctor Simon, que oyó las primeras palabras inteligibles del aristócrata. Lord Galloway gritaba:

–¡Un cadáver en la hierba, un cadáver manchado de sangre! –Por lo menos, se había olvidado por completo de O'Brien.

–Debemos informar en el acto a Valentin –dijo el médico, cuando el otro le hubo descrito entrecortadamente todo lo que se había atrevido a examinar.

–Es una suerte que esté aquí. –No bien acababa de decir esas palabras cuando el gran detective entró en el estudio, atraído por los gritos. Resultó casi divertido observar su típica transformación: había entrado con la preocupación normal de un anfitrión y de un caballero, temiendo que un invitado o un sirviente hubie-

ran enfermado. Cuando se le informó del sangriento suceso, su gravedad adquirió inmediatamente aspecto inteligente y oficial. Pues esta situación, aunque repentina y horrible, le competía.

–Es extraño, caballeros –dijo, mientras se apresuraban a salir al jardín– que yo, que he investigado misterios por todo el mundo, me encuentre ahora con uno en mi propia casa. Pero ¿cuál es el lugar?

Atravesaron el césped con menos facilidad, ya que había empezado a levantarse una ligera bruma desde el río. Sin embargo, guiados por el trastornado Galloway encontraron el cuerpo hundido en la alta hierba: el cuerpo de un hombre muy alto y de anchas espaldas. Yacía boca abajo, de manera que sólo podían ver que estaba vestido de negro y que su gran cabeza era calva, con la excepción de un mechón o dos de pelo castaño que se adherían a su cráneo como algas mojadas. De su rostro caído reptaba una serpiente escarlata de sangre.

–Por lo menos –dijo Simon, en tono profundo y extraño– no es nadie de nuestro grupo.

–Examínelo, doctor –exclamó con tono bastante cortante Valentin–. Quizá no esté muerto.

El doctor se inclinó:

–Aún no está frío del todo, pero no cabe duda de que está muerto. Ayúdenme a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente una pulgada del suelo y todas las dudas sobre si estaba realmente muerto se disiparon inmediatamente y de una manera horrible. La cabeza cayó por separado. Había sido completamente arrancada del cuerpo. Quienquiera que le hubiera cortado la garganta se las había arreglado para cortar el cuello también. Incluso Valentin parecía ligeramente espantado.

–Debía de tener la fuerza de un gorila –murmuró.

Con un estremecimiento, a pesar de estar acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon levantó la cabeza. Tenía unos ligeros cortes en torno al cuello y la mandíbula, pero la cara no presentaba heridas sustanciales. Era una cara grande, amarillenta, a la vez hundida e hinchada, con nariz aguileña y párpados pesados: parecía la cara de un perverso emperador romano, con algo que, quizás, recordaba también a un emperador chino. Todos los presentes parecían mirarla con la total frialdad del desconocimiento.

No había más que señalar sobre el cadáver excepto que, al levantar el cuerpo, habían visto el blanco brillo de una pechera manchada del rojo brillante de la sangre. Como el doctor Simon había dicho, el hombre no había formado parte del grupo de invitados. Pero bien podría haber tratado de unirse a él, ya que había venido vestido para la ocasión.

Valentin se arrodilló y examinó la hierba y el terreno con la mayor atención profesional en una extensión de unas veinte yardas en torno al cuerpo con la ayuda menos hábil del médico y, de una manera difusa, del aristócrata inglés. Su rastreo no produjo el menor resultado, excepto unas pocas ramas, rotas o cortadas de muy pequeño tamaño, que Valentin recogió para examinarlas un momento y luego desechó.

–Ramas –dijo gravemente–, ramas y un completo desconocido con la cabeza cortada; eso es todo lo que hay en el césped.

Se produjo un silencio casi inquietante y luego el desconcertado Galloway exclamó súbitamente:

–¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí junto a la pared del jardín?

Una figura pequeña, con una cabeza absurdamente grande, que oscilaba a la luz de la luna se les acercaba. A primera vista parecía un trasgo, pero resultó ser el inofensivo curita a quien habían dejado en el salón.

–Qué curioso –dijo suavemente–, ¿se han dado cuenta de que no hay puertas en este jardín?

Valentin había fruncido sus negras cejas algo enfadado, como siempre le ocurría, por principio, a la vista de una sotana. Pero era un hombre demasiado justo para negar lo adecuado de la observación.

–Tiene usted razón –dijo–; antes de averiguar cómo lo mataron, tendríamos que averiguar cómo llegó hasta aquí. Escúchenme, caballeros. Si esto se puede hacer sin detrimento de mi posición y mis deberes, estarán ustedes de acuerdo en que sería mejor que ciertos nombres importantes no aparezcan relacionados con esta situación. Hay damas, señores, y un embajador extranjero. Si se determina que se trata de un crimen, entonces tenemos que investigarlo como tal. Pero hasta ese momento puedo actuar según mi propia discreción. Yo soy el jefe de la policía, una figura tan pública que me puedo permitir el lujo de actuar privadamente. Por Dios que eliminaré toda sospecha sobre cada uno de mis invitados antes de llamar a mis subordinados para que busquen al culpable. Caballeros, por su honor, permanecerán ustedes en esta casa hasta mañana al mediodía. Hay habitaciones suficientes para todos. Simon, creo que usted sabe dónde encontrar a mi criado, Ivan, en el vestíbulo. Es un hombre de confianza. Dígale que deje de guardia a otro criado y que venga aquí inmediatamente. Lord Galloway, usted es la persona más indicada para decir a las señoras lo que ha ocurrido e impedir el pánico. Ellas

deben quedarse también. El padre Brown y yo nos quedaremos con el cuerpo.

Cuando Valentin se manifestaba con toda su autoridad, era obedecido como a toque de corneta. El doctor Simon atravesó la armería y localizó a Ivan, el detective privado del detective público. Galloway fue al salón y dio la noticia con suficiente tacto, de modo que cuando el grupo se completó, las señoras ya se habían asustado y tranquilizado de nuevo. Entre tanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían a la cabeza y a los pies del muerto inmóviles a la luz de la luna, como estatuas que simbolizaran sus dos posturas filosóficas ante la muerte.

Ivan, el hombre de confianza de la cicatriz y los bigotes, salió disparado de la casa y atravesó corriendo el césped hasta llegar a Valentin, como un perro que acude junto a su amo. Su rostro lívido aparecía muy animado por esta doméstica historia detectivesca y había en él un ansia casi desagradable al pedir permiso a su amo para examinar los restos.

–Sí, mire usted si quiere, Ivan –dijo Valentin–. Pero no se entretenga. Tenemos que entrar y estudiar esto a fondo en la casa.

Ivan levantó la cabeza y casi la dejó caer.

–Pero –exclamó sin aliento– si es..., no, no es, no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

–No –dijo Valentin con indiferencia–. Será mejor que entremos.

Entre varios llevaron el cadáver hasta un sofá del estudio y luego se dirigieron al salón.

El detective se sentó ante un escritorio lentamente e incluso con cierta vacilación. Pero su mirada era la férrea mirada de un juez en un tribunal. Hizo unas rá-

pidas anotaciones en un papel que había ante él y luego dijo bruscamente:

–¿Está todo el mundo aquí?

–Falta el señor Brayne –dijo la duquesa de Mont St. Michel, mirando a su alrededor.

–No –dijo Lord Galloway, con voz ronca y áspera–. Y tampoco el señor Neil O'Brien, me parece. Yo vi a este caballero caminando por el jardín cuando el cuerpo estaba todavía caliente.

–Ivan –dijo el detective–, vaya usted y haga venir al comandante O'Brien y al señor Brayne. Este último, me consta, está acabando un cigarro en el comedor. Creo que el comandante O'Brien está paseando arriba y abajo por el invernadero, pero no estoy seguro.

El fiel servidor se apresuró a salir de la habitación y antes de que alguien pudiera moverse o hablar, Valentin procedió a su exposición con la misma marcial rapidez.

–Todos ustedes saben que ha aparecido un cadáver en el jardín, con la cabeza completamente separada del cuerpo. Doctor Simon, usted lo ha examinado: ¿cree usted que cortar la garganta de un hombre de esa forma requeriría una gran fuerza física o quizá sólo un cuchillo muy afilado?

–Yo diría que no se podría hacer con un cuchillo en modo alguno –dijo el médico, que estaba pálido.

–¿Tiene usted alguna idea –continuó Valentin– de con qué instrumento podría hacerse?

–Dentro de las probabilidades actuales, la verdad es que no –dijo el médico arqueando las cejas penosamente–. No es fácil cortar un cuello aunque sea torpemente y aquí se trata de un corte muy limpio. Se

podría hacer con un hacha de guerra, o con una vieja hacha de verdugo, o con una espada antigua de las que se manejaban con las dos manos.

–Pero, por Dios –exclamó la duquesa, casi histérica–. Aquí no hay espadas de dos manos ni hachas de guerra.

Valentin seguía con el papel que tenía ante sí.

–Dígame –exclamó, mientras seguía escribiendo con rapidez–, ¿podría haberse hecho con un sable largo francés de caballería?

Se oyeron unos golpes suaves en la puerta que, por alguna razón absurda, helaron la sangre a los presentes, como los golpes en *Macbeth*. En medio de ese helado silencio el doctor Simon logró decir:

–Un sable... sí; supongo que se podría.

–Gracias –dijo Valentin–; entre, Ivan.

El hombre de confianza abrió la puerta e hizo entrar al comandante O'Brien, al que había encontrado por fin paseando de nuevo por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo en el umbral, desafiante y descompuesto.

–¿Qué es lo que quieren de mí? –exclamó.

–Siéntese, por favor –dijo Valentin, con tono sereno y afable–. Ah, no lleva usted su espada. ¿Dónde está?

–La dejé sobre la mesa de la biblioteca –dijo O'Brien, con un acento irlandés más pronunciado, debido a su alteración–. Era un fastidio, se enganchaba...

–Ivan –dijo Valentin–, por favor, traiga la espada del comandante de la biblioteca.

Luego, cuando el sirviente desapareció, dijo:

–Lord Galloway le vio a usted abandonando el jardín justo antes de encontrar el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer precipitadamente en una silla.

–Oh –exclamó, con puro acento irlandés–. Admiraba la luna. Comulgaba con la naturaleza, muchacho.

Se produjo un pesado y largo silencio hasta que volvieron a oírse los golpes en la puerta. Ivan reapareció, llevando una vaina de acero vacía.

–Esto es todo lo que he encontrado –dijo.

–Colóquelo sobre la mesa –dijo Valentin, sin levantar los ojos.

Se produjo un silencio inhumano en la habitación, semejante a la oleada inhumana de silencio que rodea el banquillo del asesino condenado a muerte. Las débiles exclamaciones de la duquesa hacía ya rato que habían cesado. El inmenso odio de Lord Galloway se sentía satisfecho e incluso calmado. Se oyó una voz completamente inesperada.

–Creo que yo puedo decírselo –exclamó Lady Margaret, con esa voz clara y temblorosa con la que habla en público una mujer valiente–. Le puedo decir lo que el señor O'Brien hacía en el jardín, ya que él se siente obligado a callar. Me pedía en matrimonio. Yo lo rechacé. Dije que en mis circunstancias familiares sólo le podía ofrecer mi respeto. Se enfadó un poco al oírme. Mi respeto no le parecía gran cosa. Me pregunto –añadió con una tenue sonrisa– si ahora lo apreciará. Porque ahora se lo ofrezco. Juraré en cualquier parte que nunca hizo una cosa así.

Lord Galloway se había acercado a su hija y la increpaba en lo que creía ser un tono de voz muy bajo:

–Cállate, Maggie –dijo con un potente murmullo–. ¿Por qué habrías de proteger a ese tipo? ¿Dónde está su espada? ¿Dónde está su maldita...?

No acabó la frase debido a la peculiar mirada que su hija le lanzó, una mirada que atrajo a todo el grupo como un terrible imán.

–¡Viejo imbécil! –dijo ella en voz baja, sin la menor compasión–. ¿Qué te crees que tratas de probar? Te digo que este hombre es inocente mientras estuvo conmigo. Pero si no es inocente, seguía estando conmigo. Si asesinó a un hombre ¿quién es la persona que debió haberlo visto, que debió al menos saberlo? ¿Tanto odias a Neil como para poner a tu propia hija...?

Lady Galloway gritó. Todos estaban inmóviles, estremecidos por su proximidad a una de esas tragedias satánicas que han ocurrido antes a los enamorados. Vieron los orgullosos y pálidos rostros de la aristócrata escocesa y de su enamorado, el aventurero irlandés, como viejos retratos en una casa oscura. El largo silencio estaba lleno de amorfos recuerdos históricos de esposos asesinados y amantes envenenadores.

En medio de ese silencio enfermizo una voz inocente dijo:

–¿Era un cigarro muy largo?

El cambio de tema fue tan brusco que tuvieron que volverse para ver quién había hablado.

–Me refiero –dijo el diminuto padre Brown, desde una esquina de la habitación–, me refiero al cigarro que está terminando de fumar el señor Brayne. Parece casi tan largo como un bastón.

A pesar de lo absurdo de esas palabras, Valentin levantó la cabeza con asentimiento a la par que irritación.

–Tiene usted razón –observó cortante–. Ivan, vaya a buscar de nuevo al señor Brayne y tráigalo aquí inmediatamente.

Una vez hubo salido su factótum, Valentin se dirigió a la joven con una seriedad desconocida.

–Lady Margaret –dijo–. Todos sentimos, estoy seguro, tanto gratitud como admiración por su acción de no considerar su propia dignidad y explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda un espacio de tiempo sin explicar. Según entiendo, Lord Galloway se cruzó con usted entre el estudio y el salón y hasta unos minutos más tarde no encontró el jardín y al comandante paseando todavía por él.

–Tiene usted que recordar –replicó Margaret, con una leve ironía en su voz– que yo acababa de rechazarlo, así que no era fácil que regresáramos juntos. En cualquier caso, él es un caballero y se quedó atrás. Y por eso ahora lo acusan del asesinato.

–En esos pocos minutos –dijo gravemente Valentin– realmente él podría...

Volvieron a oírse los golpes en la puerta e Ivan asomó su rostro lleno de cicatrices.

–Perdón, señor –dijo–, pero el señor Brayne ha abandonado la casa.

–¡Abandonado la casa! –exclamó Valentin, poniéndose en pie por primera vez.

–Se ha ido. Se ha largado. Evaporado –replicó Ivan en tono chistoso–. Su sombrero y su abrigo se han evaporado también. Y le diré algo que lo remata: corrí fuera de la casa para buscar algún rastro de él y encontré uno y bien grande, por cierto.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó Valentin.

–Se lo enseñaré –dijo el criado. Y reapareció con un desnudo y reluciente sable de caballería, manchado de sangre en la punta y en el filo. Todos los mira-

ron como si fuera un rayo. Pero el experto Ivan continuó tranquilamente:

–Lo encontré –dijo– tirado entre los arbustos a cincuenta yardas en la carretera hacia París. En otras palabras, lo encontré justo donde su respetable señor Brayne lo arrojó cuando huía.

Otra vez se hizo un silencio, aunque diferente al anterior. Valentin cogió el sable, lo examinó, reflexionó con natural concentración y luego se volvió respetuosamente hacia O'Brien.

–Comandante –dijo–, confío en que estará usted dispuesto a entregar esta arma si se necesita para un examen policial. Entre tanto –añadió, colocando el acero de nuevo en la sonora vaina– permítame que le devuelva su espada.

Los presentes a duras penas pudieron abstenerse de aplaudir ante el simbolismo militar de la acción.

En verdad, para Neil O'Brien el gesto representó un cambio radical en su existencia. Cuando volvió a vagar por el misterioso jardín a la luz del amanecer, la trágica futilidad que habitualmente reflejaba su semblante había desaparecido. Ahora era un hombre con muchas razones para sentirse feliz. Lord Galloway era un caballero y le había presentado sus disculpas. Lady Margaret era algo más que una dama. Era una mujer al menos y quizá le había dado algo mejor que una disculpa, mientras paseaban entre los viejos macizos de flores antes del desayuno. Todo el grupo se mostraba más aliviado y humano, porque aunque el misterio de la muerte seguía existiendo, la sospecha ya no recaía sobre ninguno de ellos y se alejaba a toda velocidad hacia París con el extraño millonario, un hombre al que apenas cono-

cían. El demonio había sido expulsado de la casa, se había expulsado a sí mismo.

Sin embargo, el misterio permanecía y cuando O'Brien se dejó caer en un banco del jardín junto al doctor Simon, este dedicado y científico personaje volvió sobre él inmediatamente, sin gran participación de O'Brien, cuyos pensamientos eran de un tipo más agradable.

–Francamente, no puedo decir que el asunto me interese mucho –dijo el irlandés–, especialmente ahora que todo parece bastante claro. Al parecer Brayne odiaba por alguna razón a este extraño, lo atrajo al jardín y lo mató con mi espada. Después huyó a la ciudad, tirando la espada al irse. A propósito, Ivan dice que el muerto llevaba un dólar americano en el bolsillo. Así que era un compatriota de Brayne y eso parece probarlo. No veo ninguna dificultad en el asunto.

–Hay cinco dificultades colosales –dijo el médico con tono calmoso– como altos muros cercados por otros muros. No me entienda usted mal. No dudo de que Brayne lo hiciera. Su huida, pienso, lo prueba. Pero ¿cómo lo hizo? Primera dificultad: ¿por qué había de matar un hombre a otro hombre con un pesado y enorme sable cuando casi podría matarlo con una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar? Segunda dificultad: ¿por qué no hubo ruidos ni gritos? ¿Es frecuente que un hombre vea que alguien se le acerca agitando una cimitarra y se quede tan tranquilo? Tercera dificultad: un sirviente vigiló la puerta principal toda la noche y en el jardín de Valentin no puede entrar ni una rata por ningún otro acceso. ¿Cómo entró el muerto en el jardín? Cuarta dificul-

tad: dadas esas mismas circunstancias, ¿cómo salió Brayne del jardín?

–¿Y la quinta? –dijo Neil, con los ojos fijos en el cura inglés que avanzaba lentamente hacia ellos por el sendero.

–Supongo que es una minucia –dijo el médico–, pero es algo extraña. Cuando vi por primera vez cómo había sido cortada la cabeza, supuse que el asesino había asestado más de un golpe. Pero cuando la examiné encontré muchos cortes a través de la sección truncada. En otras palabras, esos cortes se produjeron después de que la cabeza hubiera sido cortada. ¿Odiaba Brayne tan encarnizadamente a su enemigo que se quedó junto al cuerpo golpeándolo con el sable a la luz de la luna?

–¡Horrible! –dijo O'Brien, estremeciéndose.

Brown, el curita, había llegado mientras hablaban y había esperado, con su característica timidez, a que hubiesen terminado. Luego dijo torpemente:

–Oigan, siento interrumpir. Pero me han enviado para que les dé la noticia.

–¿Noticia? –repetió Simon, y lo miró trabajosamente a través de sus anteojos.

–Sí, lo siento –dijo el padre Brown suavemente–. Ha habido otro asesinato.

Los dos hombres se levantaron de un salto, haciendo tambalear el banco.

–Y lo que es más extraño aún –continuó el cura, con sus apagados ojos fijos en los rododendros– es que es de la misma repugnante especie. Es otra decapitación. Encontraron la segunda cabeza sangrando en el río, a unas pocas yardas de la ruta de Brayne hacia París, así que suponen que el...

–¡Dios mío! –exclamó O'Brien–. ¿Es Brayne un obseso?

–Hay *vendettas* americanas –dijo sin inmutarse el sacerdote. Luego añadió:

–Quieren que vayan ustedes a la biblioteca para verla.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el lugar de la investigación, sintiéndose claramente mareado. Como soldado, le producía horror toda esa carnicería clandestina. ¿Cuándo iban a parar todas esas horribles amputaciones? Primero arrancaban una cabeza y luego otra: en este caso (se decía a sí mismo amargamente) no era cierto el dicho de que dos cabezas salen más que una. Al atravesar el estudio casi se tambaleó ante una coincidencia espeluznante. Sobre la mesa de Valentin yacía el dibujo coloreado de una tercera cabeza sangrante. Y era la cabeza del propio Valentin. Un segundo vistazo le hizo darse cuenta de que se trataba solamente de un periódico nacionalista, llamado *La guillotina,* que presentaba cada semana a uno de sus oponentes políticos con los ojos en blanco y los rasgos distorsionados después de la ejecución. Valentin era un anticlerical bastante notorio. Pero O'Brien era un irlandés, con una especie de castidad hasta en sus pecados; y le subió una náusea ante esa gran brutalidad del intelecto que sólo pertenece a Francia. Sintió a París como un todo, desde las figuras grotescas de las catedrales góticas hasta las burdas caricaturas de los periódicos. Recordó las gigantescas burlas de la Revolución. Vio la ciudad entera como una fuerza repelente, desde el sanguinario dibujo sobre la mesa de Valentin hasta el lugar donde, sobre una montaña y un bosque de gárgo-

las, el gran demonio sonríe con una mueca horrible sobre Notre Dame.

La biblioteca era larga, baja y oscura; la escasa luz que entraba se filtraba por unas persianas bajas y todavía tenía los tintes rosados del amanecer. Valentin y su sirviente Ivan los esperaban a la cabecera de un escritorio largo y ligeramente inclinado, sobre el que yacían los despojos mortales, que parecían enormes en la penumbra. El negro y voluminoso cuerpo y el rostro amarillento del hombre hallado en el jardín no parecían haber cambiado sustancialmente. La segunda cabeza, que había sido rescatada de entre los juncos del río esa mañana, yacía goteando a su lado. Los hombres de Valentin seguían tratando de recuperar el resto del segundo cadáver, que suponían flotaba por algún lado. El padre Brown, que no parecía ser en absoluto tan impresionable como O'Brien, se acercó a la segunda cabeza y la examinó cuidadosamente con su típico parpadeo. Era poco más que una maraña de pelo blanco mojado, ribeteado de fuego plateado a la luz roja y uniforme de la mañana.

La cara, que parecía de un tipo poco agraciado, purpúreo y quizá criminal, había sufrido muchos golpes contra los árboles y las piedras mientras se revolvía en el agua.

–Buenos días, comandante O'Brien –dijo Valentin con tranquila cordialidad–. Supongo que está usted enterado del último experimento en carnicería de Brayne.

El padre Brown seguía inclinado sobre la cabeza de pelo blanco y, sin levantar los ojos, dijo:

–Supongo que es totalmente seguro que Brayne cortó también esta cabeza.

–Bueno, parece de sentido común –dijo Valentin, con las manos en los bolsillos–. Asesinado de la misma manera que el otro. Encontrado a pocas yardas del otro. Y cortado con la misma arma que sabemos se llevó consigo.

–Sí, sí ya lo sé –replicó sumisamente el padre Brown–. Sin embargo, sabe usted, dudo que Brayne haya cortado esta cabeza.

–¿Por qué no? –preguntó el doctor Simon, con su mirada racional.

–Pues bien, doctor... –dijo el sacerdote, levantando sus ojos parpadeantes–. ¿Puede un hombre cortar su propia cabeza?

–No lo sé.

O'Brien sintió como si un universo enloquecido le aplastara los oídos. Pero el doctor saltó hacia delante con impetuoso sentido práctico y echó hacia atrás el húmedo cabello blanco.

–Ah, no hay la menor duda de que es Brayne –dijo el cura calmosamente–. Tenía exactamente esa hendidura en la oreja izquierda.

El detective, que había estado mirando al sacerdote fijamente con ojos relampagueantes, abrió su apretada boca y dijo con tono cortante:

–Parece usted saber mucho de él, padre Brown.

–Así es –dijo el hombrecillo con sencillez–. Lo he visto con frecuencia durante unas cuantas semanas. Estaba considerando hacerse católico.

Los ojos de Valentin brillaron con el fulgor del fanatismo. Se aproximó al sacerdote con los puños cerrados.

–Y quizá –exclamó violentamente con un gesto de desprecio–, quizá estaba considerando también dejar todo su dinero a su iglesia.

–Quizá lo estaba –dijo sin inmutarse Brown–; es posible.

–En ese caso –exclamó Valentin con una horrenda sonrisa– puede usted en efecto saber mucho de él. De su vida y de su...

El comandante O'Brien puso una mano sobre el brazo de Valentin y dijo:

–Abandone usted esas tonterías calumniosas o puede que aún haya más espadas.

Pero Valentin, bajo la firme y humilde mirada del sacerdote, ya se había recuperado.

–Bien –dijo cortantemente–. Las opiniones privadas de la gente pueden esperar. Ustedes, caballeros, están aún obligados a permanecer aquí, según prometieron.

»Tienen que cumplir y hacer cumplir esa promesa. Ivan les dirá cualquier otra cosa que deseen saber. Yo tengo que trabajar y escribir a las autoridades. No podemos silenciar esta situación por más tiempo. Estaré escribiendo en mi estudio, por si hay más noticias.

–¿Hay alguna otra noticia, Ivan? –preguntó el doctor Simon, mientras el jefe de policía abandonaba la habitación.

–Sólo una cosa más, creo, señor –dijo Ivan, con un gesto que acentuaba aún más las arrugas de su avejentado y grisáceo rostro–; pero es importante también, a su modo. Se refiere al pobre idiota ese que encontraron en el jardín –y señaló sin fingir el menor respeto al grueso cuerpo negro de cabeza amarilla–. Hemos averiguado quién es, por lo menos.

–¡Cáspita! –exclamó el asombrado médico–. ¿Y quién es?

–Su nombre era Arnold Becker –dijo el ayudante del detective–, aunque usaba muchos alias. Era un bribonzuelo errabundo y se sabe que estuvo en América. Así es cómo Brayne entró en relación con él. Nosotros no tuvimos mucho que ver con él, porque trabajaba fundamentalmente en Alemania. Hemos estado en comunicación con la policía alemana, por supuesto. Pero, curiosamente, había un hermano gemelo suyo, llamado Louis Becker, con quien sí tuvimos mucha relación. De hecho, nos vimos en la obligación de guillotinarlo ayer mismo. Bien, es una cosa rara, caballeros, pero cuando vi a ese tipo tirado en la hierba, me llevé el mayor susto de mi vida. Si no hubiera visto a Louis Becker guillotinado, con mis propios ojos, hubiera jurado que él era quien yacía en el césped. Luego, claro está, me acordé de su hermano gemelo de Alemania, y siguiendo la pista...

Ivan interrumpió sus copiosas explicaciones por la excelente razón de que nadie lo escuchaba. El comandante y el médico miraban fijamente al padre Brown, que se había puesto dificultosamente en pie y se apretaba las sienes como un hombre aquejado de un dolor súbito y violento.

–¡Pare, pare, pare! –exclamó–. Deje de hablar un minuto, porque entreveo la verdad. ¿Me dará Dios la fuerza que necesito? ¿Dará mi cerebro el salto adecuado para verla entera? ¡El cielo me ayude! Yo solía pensar bastante bien. Hubo un tiempo en que podía parafrasear cualquier página de Santo Tomás de Aquino. ¿Se me partirá la cabeza o lograré ver? Veo sólo a medias, sólo a medias.

El padre Brown hundió la cabeza en las manos y se mantuvo en una especie de rígida tortura de pensa-

miento o de oración, mientras que los otros tres sólo podían seguir mirando este último prodigio de las últimas absurdas doce horas.

Cuando el padre Brown apartó las manos de la cara, ésta apareció fresca y seria, como la de un niño. Dio un gran suspiro y dijo:

–Acabemos con todo esto lo más rápidamente posible. Miren, ésta será la manera más rápida de convencerlos a todos ustedes de la verdad. Se volvió hacia el médico y dijo:

–Doctor Simon, usted tiene una buena cabeza y esta mañana le oí plantear las cinco preguntas cruciales sobre este asunto. Bien, si quiere usted hacer de nuevo esas preguntas, yo le responderé.

Lleno de dudas y de asombro, el doctor Simon dejó deslizar los anteojos por la nariz, pero respondió inmediatamente:

–Bien, la primera pregunta, como usted sabe, es por qué un hombre mataría a otro con un sable difícil de manejar cuando podría haberlo matado con una daga.

–Un hombre no puede decapitar a otro con una daga –respondió tranquilamente el padre Brown– y, en este crimen, la decapitación era absolutamente necesaria.

–¿Por qué? –preguntó interesado O'Brien.

–¿Y la siguiente pregunta? –dijo el padre Brown.

–¿Por qué no gritó el hombre ni nada? –preguntó el médico–. Los sables no son frecuentes en los jardines.

–Las ramitas –dijo el sacerdote sombríamente. Y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del crimen–. Nadie entendió lo de las ramas. ¿Por qué estaban en ese césped (mírenlo) tan lejos de cualquier ár-

bol? No habían sido quebradas, sino cortadas. El asesino entretuvo a su enemigo haciendo demostraciones con el sable, mostrando cómo podía cortar una rama en el aire y cosas así. Luego, cuando su enemigo se inclinó para ver los resultados, un tajo silencioso y la cabeza rodó.

–Bueno –dijo lentamente el médico–. Eso parece bastante plausible. Pero las dos siguientes preguntas desafiarán a cualquiera.

El sacerdote seguía mirando críticamente por la ventana y esperando la pregunta.

–Usted sabe que el jardín estaba cerrado como una cámara hermética –continuó el médico–. Pues bien, ¿cómo logró entrar en el jardín ese extraño?

Sin volverse, el curita respondió:

–Nunca hubo un extraño en el jardín.

Se produjo un silencio y luego un cacareo repentino de risa casi pueril alivió la tensión. Lo absurdo de la observación de Brown provocó las burlas de Ivan.

–¡Ah! –exclamó–, entonces ¿no arrastramos un cadáver bien gordo hasta un sofá la noche pasada? ¡Supongo que no había entrado en el jardín!

–¿Entrado en el jardín? –repitió el padre Brown con tono reflexivo–; no, no del todo.

–Pero, bueno –exclamó Simon–, o se entra o no se entra en un jardín.

–No necesariamente –dijo el cura con una leve sonrisa–. ¿Cuál es la siguiente pregunta, doctor?

–Yo creo que está usted enfermo –exclamó cortante el doctor Simon–, pero le haré la siguiente pregunta si quiere: ¿cómo salió Brayne del jardín?

–No salió del jardín –dijo el cura, que seguía mirando por la ventana.

–¿No salió del jardín? –estalló Simon.

–No del todo –dijo el padre Brown.

Simon sacudió los puños en un frenesí de lógica francesa.

–Uno sale de un jardín o no sale –gritó.

–No siempre –dijo el padre Brown.

El médico se puso en pie de un salto.

–No tengo tiempo que perder en conversaciones tan insensatas como ésta –dijo enfadado–. Si usted no puede entender que un hombre esté en un lado o en el otro de un muro, no le molestaré más.

–Doctor –dijo el cura con mucha suavidad–. Siempre nos hemos llevado muy bien usted y yo. Aunque sólo sea en nombre de nuestra vieja amistad, deténgase y hágame la quinta pregunta.

El impaciente Simon se hundió en una butaca próxima a la puerta y dijo brevemente:

–La cabeza y los hombros tenían cortaduras extrañas que parecían producidas después de la muerte.

–Si –dijo el cura, inmóvil–, se hizo así para que usted aceptara la única y sencilla falsedad que, en efecto, aceptó usted. Se hizo así para que usted diera por supuesto que la cabeza pertenecía al cuerpo.

Las fronteras del cerebro, donde se crean todos los monstruos, se movieron de manera horrible en el celta O'Brien. Sintió la caótica presencia de todos los hombres caballo y mujeres pez que la fantasía antinatural del hombre ha concebido. Una voz más antigua que la de sus primeros padres parecía decirle al oído «Apártate del monstruoso jardín donde crece el árbol de doble fruto. Evita el jardín del mal donde ha muerto el hombre con dos cabezas». Sin embargo, mientras estas atroces formas simbólicas atravesaban el antiguo espe-

jo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado estaba completamente alerta y miraba al extraño cura tan estrecha e incrédulamente como los demás.

El padre Brown se había vuelto hacia ellos al fin y permanecía contra la ventana, con el rostro en una densa sombra; pero incluso en esa sombra podían ver que estaba blanco como el papel. Sin embargo, habló muy sensatamente, como si no hubiera almas celtas en la tierra.

–Caballeros –dijo–: ustedes no encontraron el cuerpo extraño de Becker en el jardín. No encontraron ningún cuerpo extraño en el jardín. Frente al racionalisno del doctor Simon, yo sigo afirmando que Becker sólo estaba presente en parte. ¡Miren! (señaló hacia el bulto negro del misterioso cadáver): ustedes no han visto a ese hombre nunca. ¿Han visto alguna vez a este hombre?

Rápidamente, el padre Brown hizo rodar a un lado la cabeza amarillenta y calva del desconocido y puso en su lugar la cabeza de blanca cabellera que estaba a su lado. Y allí, completo, unificado, inconfundible, yacía Julius K. Brayne.

–El asesino –prosiguió suavemente el padre Brown– segó la cabeza de su enemigo y lanzó la espada lo más lejos posible por encima del muro. Pero fue demasiado inteligente para lanzar sólo la espada. Lanzó también la cabeza por encima del muro. Entonces sólo tuvo que adosar otra cabeza al cuerpo y (como insistió en una investigación privada) todos ustedes imaginaron que se trataba de un hombre totalmente diferente.

–¡Adosar otra cabeza! –dijo O'Brien asombrado–. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no crecen en los setos de los jardines ¿no le parece?

–No –dijo el padre Brown con voz apagada y mirándose las botas–. Sólo hay un sitio donde crecen. Crecen en el canasto de la guillotina, junto al cual estaba el jefe de la policía, Aristide Valentin, apenas una hora antes del crimen. ¡Oh, amigos míos! Escúchenme un momento más antes de hacerme trizas. Valentin es un hombre honrado, si es que estar loco por una causa discutible es honradez. Pero ¿no han visto ustedes en esos fríos ojos grises suyos que está loco? Sería capaz de hacer cualquier cosa, *cualquier cosa*, para acabar con lo que él llama la superstición de la cruz. Ha luchado por ello y pasado hambre por ello y por ello ha matado ahora. Los absurdos millones de Brayne, hasta ahora, se habían esparcido entre tantas sectas que no amenazaban con alterar el equilibrio de las cosas. Pero Valentin oyó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos de cabeza de chorlito, se iba orientando hacia nosotros. y eso era una cosa totalmente diferente. Brayne proporcionaría fondos a la empobrecida y luchadora Iglesia de Francia, apoyaría seis periódicos nacionalistas como *La guillotina*. La batalla se desequilibraba y el fanático se inflamó ante el riesgo. Decidió destruir al millonario y lo hizo como uno esperaría que el mayor detective del mundo cometiera su único crimen. Se apoderó de la cabeza cortada de Becker, con algún pretexto criminológico y la trajo aquí en su maletín oficial. Tuvo aquella última discusión con Brayne, cuyo final no oyó Lord Galloway. Al fallar su conversación, llevó a Brayne hasta el jardín cerrado, le habló de esgrima, ilustró con un sable y las ramas su discurso y...

Ivan el de la cicatriz se puso en pie de un salto.

–¡Loco! –aulló–. ¡Va a ir usted a ver a mi amo, aunque tenga que llevarlo a usted...!

–Por supuesto, ahora mismo iba a ir allí –dijo pesadamente el padre Brown–. Tengo que pedirle que confiese y todo eso.

Conduciendo al desdichado Brown ante ellos como un rehén o una víctima propiciatoria, entraron todos juntos en tropel en la repentina quietud del estudio de Valentin.

El gran detective estaba sentado a su escritorio, aparentemente demasiado ocupado para oír su tumultuosa entrada. Se detuvieron un momento y luego algo en el aspecto de aquella erguida y elegante espalda hizo que el médico corriera hacia él de repente. Nada más tocarlo y mirarlo, vio que había una cajita de pastillas junto al codo de Valentin y que éste estaba muerto en su asiento. Y en el rostro ciego del suicida había más orgullo que en el rostro de Catón.

3. Las extrañas pisadas

Si usted se encuentra con un miembro de ese exclusivo club, «Los doce pescadores auténticos», entrando en el Hotel Vernon para la cena anual del club, observará, cuando se quita el abrigo, que su traje de etiqueta es verde, en vez de negro. Si usted (suponiendo que tenga la audacia que desafía a los hados de dirigirse a tal persona) le pregunta por qué, probablemente le dirá que lo hace para evitar ser confundido con un camarero. Entonces usted se retirará abrumado. Pero dejará detrás un misterio hasta ahora sin resolver y una historia que merece ser contada.

Si, para seguir en la misma vena de conjeturas improbables, usted se encontrara un curita de aspecto pacífico y trabajador, llamado padre Brown, y le preguntara cuál creía que era el hecho más afortunado que le había acaecido en la vida, probablemente le respondería que en conjunto su mayor golpe de suerte se había producido en el Hotel Vernon, donde había evitado un crimen y, quizá, salvado un alma, por el mero hecho de haber escuchado unas cuantas pisadas en un pasillo. Se siente quizá un poco orgulloso de esa loca y maravillosa conclusión suya y es posible que aluda a ello. Pero como es enormemente improbable que usted se eleve lo suficiente en el mundo social para encontrar a «Los doce pescadores auténticos» o

que descienda lo bastante a los barrios bajos y al mundo criminal para encontrar al padre Brown, me temo que nunca se enterará de la historia a no ser que yo se la cuente.

El Hotel Vernon, en el que «Los doce pescadores auténticos» celebraban sus cenas anuales, era una institución como sólo puede existir en una sociedad oligárquica que se ha vuelto casi loca en lo que se refiere a los buenos modales. Era ese tipo de extravagante producto que recibe el nombre de empresa comercial «exclusiva». Es decir, era algo que producía dividendos no por atraer a la gente sino justamente por rechazarla. En el corazón de una plutocracia, los comerciantes se vuelven suficientemente astutos como para ser más exigentes que sus clientes. Crean deliberadamente dificultades de modo que sus ricos y aburridos clientes gasten dinero y dotes diplomáticas para superarlas. Si hubiera en Londres un hotel de moda en el que no pudiera entrar ningún hombre que midiera menos de seis pies, la sociedad, sumisamente, organizaría cenas de seis personas de más de seis pies de estatura en ese hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por un mero capricho de su propietario, sólo estuviera abierto los jueves por la tarde, estaría lleno hasta los topes los jueves por la tarde. El Hotel Vernon se alzaba, como por accidente, en la esquina de una plaza de Belgravia. Era un hotel pequeño. Y muy poco cómodo. Pero sus mismas incomodidades eran consideradas muros protectores de una determinada clase. Había una incomodidad en particular que era considerada de vital importancia: el hecho de que prácticamente sólo veinticuatro personas podían cenar en el hotel a la vez. La única mesa grande para cenar era la famosa mesa

de la terraza, emplazada al aire libre en una especie de veranda que daba a uno de los más exquisitos y viejos jardines de Londres. De este modo, incluso las veinticuatro sillas de esta mesa sólo podían ser utilizadas con tiempo cálido lo que hacía que disfrutar de ellas, al ser más difícil, resultara aún más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever, quien había sacado un millón del hotel a base de hacer difícil entrar en él. Naturalmente, combinaba esta limitación en el alcance de su empresa con la más exquisita y pulida ejecución. Los vinos y la cocina eran tan buenos como los mejores de Europa y la conducta del servicio un espejo fiel de los modales rígidos de la clase alta inglesa. El propietario conocía a la perfección a todos sus camareros, que eran quince en total. Era mucho más fácil llegar a ser miembro del parlamento que camarero en ese hotel. Cada camarero se movía en completo silencio y con la mayor suavidad, como si fuera el criado de un caballero. Y, en realidad, generalmente había por lo menos un camarero por cada caballero que cenaba en el hotel.

El club de «Los doce pescadores auténticos» no habría consentido en cenar en ningún otro lugar, ya que insistía en disfrutar de una intimidad lujosa y se hubiera sentido muy perturbado por la mera idea de que otro club estuviera cenando en el mismo edificio. Durante la celebración de la cena anual, los pescadores tenían la costumbre de exhibir sus tesoros, como si estuviesen en una casa particular, especialmente el famoso juego de tenedores y palas de pescado que eran, por así decir, las insignias de la sociedad; cada uno de los cubiertos estaba exquisitamente labrado en plata, en forma de pez, con una gran perla en el cuerpo. Esta

cubertería se sacaba siempre para el plato de pescado que era por supuesto el más suntuoso de ese suntuoso banquete. La sociedad tenía una gran cantidad de ceremonias y rituales, pero no tenía ni historia ni propósito. Eso es lo que la hacía tan aristocrática. Uno no tenía que ser nada para ser uno de los doce pescadores. A menos que uno fuera ya un determinado tipo de persona, uno ni siquiera habría oído hablar de ellos. El club llevaba funcionando doce años. El presidente era el señor Audley. Su vicepresidente era el duque de Chester.

Si he logrado comunicar en alguna medida el ambiente de este pasmoso hotel, el lector puede sentir una curiosidad natural sobre cómo llegué a saber de él e incluso puede preguntarse cómo una persona tan corriente como mi amigo el padre Brown llegó a encontrarse en aquella galería dorada. En lo que a eso se refiere, mi historia es sencilla o incluso vulgar. Existe en el mundo un alborotador y demagogo de avanzada edad que irrumpe en los más refinados retiros con la terrible información de que todos los hombres son hermanos y donde quiera que este igualador aparecía sobre su pálido caballo correspondía al padre Brown seguirlo. Uno de los camareros, un italiano, había sufrido un ataque de parálisis esa tarde; y su patrón judío, sintiendo alguna extrañeza ante tales supersticiones, había consentido en hacer venir al sacerdote católico más próximo. Qué confesó el camarero al padre Brown es algo que no nos atañe, por la excelente razón de que el clérigo se reservó el asunto; pero, al parecer, tuvo como consecuencia que escribiera una nota o una declaración para llevar a alguien un mensaje o enmendar algún yerro. Por tanto, el padre

Brown, con el manso atrevimiento que habría mostrado igualmente en Buckingham Palace, pidió que se le proporcionara una habitación y recado de escribir. El señor Lever estaba indeciso. Era un hombre bondadoso y también poseedor de esa mala imitación de la bondad que consiste en sentir desagrado ante cualquier dificultad o escena. Al mismo tiempo, la presencia de un insólito extraño en su hotel esa noche era como una mancha de suciedad en algo recién limpiado. No había una zona fronteriza o antecámara en el Hotel Vernon ni gente esperando en el vestíbulo ni clientes que llegaran por casualidad. Había quince camareros. Había doce invitados. Sería tan chocante encontrar un nuevo huésped en el hotel esa noche como encontrarse con un nuevo hermano desayunando o tomando el té en la propia familia de uno. Además el aspecto del sacerdote era más bien pobretón y su sotana estaba manchada de barro. Si se dejaba ver, aunque fuera de lejos, podría producirse una crisis en el club. Por fin el señor Lever dio con un plan que podría ocultar, ya que no eliminar, la desdichada situación. Cuando se entra en el Hotel Vernon (cosa que nunca hará usted), se pasa por un corto pasillo decorado con unos cuantos cuadros deslucidos aunque importantes, y se llega al vestíbulo principal y al salón que da, por la derecha, a unos pasillos que conducen a las dependencias públicas y, por la izquierda, a un pasillo similar que lleva a las cocinas y a las oficinas del hotel. Inmediatamente a la izquierda está la esquina de una oficina acristalada contigua al salón, una casa dentro de otra casa, por así decirlo, como el antiguo bar de hotel que probablemente hubo en el pasado en ese mismo sitio.

Ocupaba esta oficina el representante del propietario (en este lugar nadie aparecía en persona si podía evitarlo) y justo pasada la oficina, camino de la zona de servicio, estaba el guardarropa de los clientes, la última frontera del territorio de los señores. Pero entre la oficina y el guardarropa había una pequeña habitación privada sin otra salida, usada a veces por el propietario para asuntos delicados e importantes, tales como prestar mil libras a un duque o negarse a prestarle seis peniques. Es señal del generoso espíritu de tolerancia del señor Lever el que permitiera que este lugar sagrado fuera profanado durante una media hora por un simple sacerdote, que escribía apresuradamente sobre un pedazo de papel. La historia que el padre Brown estaba escribiendo es muy probable que fuera mucho mejor que ésta, pero nunca se sabrá. Lo único que puedo señalar es que era casi tan larga y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos interesantes y absorbentes.

Porque fue justo cuando llegó a ellos cuando el cura permitió que sus pensamientos vagaran un poco y sus sentidos animales, que eran generalmente agudos, se despertaron. Se acercaba la hora de la oscuridad y la cena; su propio cuartito olvidado carecía de luz y quizá la penumbra que se iba acentuando aguzaba el sentido del oído. Mientras escribía la parte última y menos importante de su documento, el padre Brown se pilló a sí mismo escribiendo al ritmo de un ruido exterior repetido del mismo modo en que uno a veces acompasa sus pensamientos a la melodía de un ferrocarril.

Cuando tuvo conciencia de ello encontró de qué se trataba; no era más que el ruido normal de unas pisa-

das delante de la puerta, lo cual no es un hecho insólito en un hotel. Sin embargo, se quedó mirando al techo en sombras y escuchó el sonido. Tras unos segundos de escucha distraída, se puso en pie y escuchó atentamente, con la cabeza un poco inclinada a un lado. Luego se volvió a sentar y se cubrió la frente con las manos, no sólo escuchando sino escuchando y pensando al mismo tiempo.

En un momento dado, las pisadas del exterior eran como las que uno podía oír en cualquier hotel. Y, sin embargo, había algo muy extraño en ellas. No había otras pisadas. El hotel era siempre un lugar muy silencioso porque los pocos huéspedes habituales se dirigían inmediatamente a sus habitaciones y los eficaces camareros tenían instrucciones de ser casi invisibles hasta que se los necesitara. Uno no podría concebir un lugar donde hubiera menos razones para captar algo irregular. Pero esas pisadas eran tan raras que uno no podía decidir llamarlas regulares o irregulares. El padre Brown siguió su ritmo con el dedo en el borde de la mesa, como quien trata de sacar una melodía en el piano.

Primero había una carrera larga de pisadas rápidas y cortas, como podría producir un hombre ágil que ganara una competición de marcha rápida. En un momento dado se detenía y se convertían en una especie de marcha lenta, con la cuarta parte de pisadas que antes, pero durante el mismo periodo de tiempo. En el momento en que terminaba el eco de la última pisada larga, volvía de nuevo la carrera de pisadas ligeras y apresuradas y luego de nuevo el sonido sordo del caminar pesado. Todo ello lo producían ciertamente las mismas botas, en parte porque, como ya se

ha dicho, no había otras botas en esa zona y en parte porque crujían débil pero inconfundiblemente.

El padre Brown tenía el tipo de mente que no puede evitar el hacer preguntas. Y esta pregunta aparentemente trivial casi le partía la cabeza. Había visto hombres que corrían para saltar. Había visto hombres que corrían para patinar. Pero ¿por qué diablos correría un hombre para caminar? O, al revés ¿por qué caminaría para correr? Sin embargo, no había otra descripción para las absurdas actividades de ese invisible par de piernas. El hombre o corría muy deprisa medio pasillo para caminar muy despacio por la otra mitad o bien caminaba muy despacio en un extremo para disfrutar del enorme placer de caminar deprisa en el otro. Ninguna de esas explicaciones tenía mucho sentido. El cerebro del padre Brown se oscurecía más y más, como la habitación.

Sin embargo, a medida que pensaba firmemente, la propia negrura de su celda parecía hacer sus pensamientos más vívidos. Empezó a ver como en una especie de visión los fantásticos pies que hacían cabriolas por el pasillo con actitudes no naturales o simbólicas. ¿Se trataba de una danza religiosa pagana? ¿Era una forma completamente nueva de ejercicio científico? El padre Brown empezó a preguntarse con más precisión qué sugerían las pisadas. Primero el paso lento: ciertamente no era el paso del propietario. Los hombres de su tipo caminan con un rápido paso de pato o se sientan bien quietos. No podía tratarse de un sirviente o mensajero esperando instrucciones. No sonaba así. Las clases más pobres (en una oligarquía) a veces se tambalean cuando están ligeramente bebidas, pero en general, y especial-

mente en ambientes tan lujosos, permanecen en pie o se sientan en actitud reprimida. No. Esa pisada lenta y al mismo tiempo ágil, con una especie de descuidado énfasis, no particularmente ruidosa, pero sin importarle si hacía ruido, pertenecía sólo a uno de los animales de esta tierra. Se trataba de un caballero de Europa occidental y probablemente un caballero que nunca había trabajado para ganarse la vida.

Justo cuando acababa de llegar a esta conclusión bien fundada, el paso cambió al más rápido y corrió delante de la puerta tan febrilmente como una rata. El escucha observó que aunque este paso era mucho más rápido era también mucho menos ruidoso, casi como si el hombre caminara de puntillas. Sin embargo, no lo asociaba mentalmente con algo secreto, sino con algo diferente, algo que no podía recordar. Le perturbaba extraordinariamente uno de esos recuerdos a medias que hacen que un hombre se sienta medio tonto. Seguro que había oído en alguna parte esa extraña y rápida forma de caminar. De repente se puso en pie de un salto y se dirigió a la puerta con una nueva idea en la cabeza. Su habitación no tenía salida directa al pasillo, sino que por un lado daba a la oficina acristalada y por el otro al guardarropa que estaba más allá. Trató de abrir la puerta que daba a la oficina y la encontró cerrada. Luego miró a la ventana, que era ahora un paño cuadrado lleno de nubes purpúreas partidas por el lívido crepúsculo, y durante un instante olió el mal igual que un perro huele las ratas.

Su parte racional (fuera o no la más sagaz) recuperó la supremacía. Recordó que el propietario le había dicho que tendría que cerrar con llave la puerta y que

más tarde vendría a abrirle. Se dijo que veinte cosas que no se le habían ocurrido podrían explicar los extraños sonidos del exterior; se recordó a sí mismo que había la luz suficiente todavía para terminar lo que era su verdadero trabajo. Acercó el papel a la ventana para aprovechar los últimos rayos de luz de esa tarde tormentosa y se sumió resueltamente una vez más en el informe ya casi concluido. Llevaba escribiendo unos veinte minutos, cada vez más inclinado sobre el papel a la luz declinante de la tarde. De repente se enderezó. Había oído una vez más las extrañas pisadas.

Esta vez presentaban un tercer aspecto extraño. Antes, el hombre desconocido había caminado, con ligereza e incluso a la velocidad del rayo, pero había caminado. Esta vez, iba corriendo. Se podían oír las rápidas y suaves pisadas que saltaban, como las patas de una pantera corriendo y saltando a toda velocidad. Se tratara de quien se tratase, era un hombre muy fuerte y ágil, lleno de devastadora excitación. Sin embargo, cuando el sonido hubo barrido la oficina como una especie de torbellino susurrante, cambió de repente al paso anterior, lento y fanfarrón.

El padre Brown tiró su papel y sabiendo que la puerta de la oficina estaba cerrada con llave, se dirigió inmediatamente al guardarropa, al otro lado. El encargado del guardarropa estaba ausente en ese momento, probablemente porque los invitados estaban cenando y su trabajo era una canonjía. Después de abrirse camino por un bosque gris de abrigos, el padre Brown vio que el guardarropa, que estaba en penumbra, daba a un pasillo iluminado mediante una especie de mostrador o media puerta, como la mayor parte de los mostradores a través de los cuales hemos

entregado paraguas y recibido resguardos. Justo encima del arco semicircular de esta abertura había una luz, que no alumbraba mucho al propio padre Brown, quien parecía un mero trazo oscuro contra la oscura ventana de poniente que había tras él. Pero arrojaba una luz casi teatral sobre el hombre que estaba fuera del guardarropa, en el pasillo.

Era un hombre elegante con un traje de etiqueta muy severo; alto, pero con aspecto de no ocupar mucho espacio. Daba la sensación de que podría deslizarse como una sombra donde muchos hombres de menos talla habrían llamado la atención. Su rostro, echado hacia atrás a la luz de la lámpara, era moreno y vivaz, de aspecto extranjero. Tenía una buena figura y modales agradables y llenos de seguridad. Un crítico sólo podría decir que su chaqueta negra estaba una pizca por debajo de su figura y de sus modales e incluso parecía abultada y deformada de una manera extraña. En el momento en que vio la negra silueta de Brown contra el sol poniente, dejó caer sobre el mostrador un trozo de papel con un número y dijo con amable autoridad:

–Deme mi abrigo y mi sombrero, por favor. Tengo que irme inmediatamente.

El padre Brown cogió el papel sin decir palabra y obedientemente fue a buscar el abrigo. No era el primer trabajo servil que había hecho en su vida. Lo trajo y lo puso sobre el mostrador; mientras tanto, el extraño caballero, que había estado hurgando en el bolsillo de su chaqueta dijo, riendo:

–No tengo monedas de plata. Puede usted quedarse con esto –y arrojó medio soberano y luego cogió su abrigo.

La figura del padre Brown seguía oscura y quieta. Pero en ese momento perdió la cabeza. Su cabeza resultaba siempre de máximo valor cuando la perdía. En esos momentos sumaba dos y dos y obtenía cuatro millones. A menudo la Iglesia Católica (que está desposada con el sentido común) no aprobaba al padre Brown. A menudo él mismo tampoco se aprobaba. Pero era una verdadera inspiración –importante en crisis infrecuentes– si el que perdía la cabeza al mismo tiempo la salvaba.

–Creo, señor –dijo educadamente–, que tiene usted algo de plata en su bolsillo.

El caballero alto lo miró.

–Pero bueno –exclamó–. Si le doy oro, ¿por qué se queja usted?

–Porque a veces la plata es más valiosa que el oro –dijo el sacerdote tranquilamente–. Es decir, en grandes cantidades.

El desconocido lo miró curiosamente. Luego miró aún más curiosamente al pasillo en dirección a la entrada principal. Luego miró a Brown de nuevo y luego miró muy cuidadosamente a la ventana tras la cabeza de Brown, todavía iluminada con el resplandor crepuscular de la tormenta. Luego pareció tomar una decisión. Puso una mano en el mostrador y saltó sobre él con la facilidad de un acróbata, alzándose amenazadoramente sobre el sacerdote, a quien sujetó por el cuello con una mano enorme.

–Quédese quieto –dijo en un murmullo seco–. No quiero amenazarle, pero...

–Yo sí quiero amenazarle a usted –dijo el padre Brown con voz tonante–. Quiero amenazarle con el gusano que no muere y con el fuego que nunca se apaga.

–Es usted un empleado de guardarropa muy raro –dijo el otro.

–Soy un sacerdote, Monsieur Flambeau –dijo Brown– y estoy preparado para oír su confesión.

El otro se quedó sin respiración unos instantes y luego se dejó caer, tambaleándose, sobre una silla.

Los dos primeros platos de la cena de «Los doce pescadores auténticos» se habían sucedido con tranquilo éxito. No poseo un ejemplar del menú y si lo tuviera no iluminaría a nadie. Estaba escrito en una especie de superfrancés empleado por los cocineros pero incomprensible para los franceses. Había la tradición en el club de que los *hors d'oeuvres* fueran variados y complicados hasta la locura. Se trataban con toda seriedad porque eran reconocidos como extras inútiles, como toda la cena y todo el club. También existía la tradición de que la sopa fuera ligera y sencilla, una especie de austera vigilia para el festín del pescado que había de seguirla. La conversación era esa extraña y superficial conversación que gobierna el Imperio Británico, que lo gobierna en secreto y, sin embargo, apenas habría iluminado a un inglés corriente si hubiera podido oírla. Se aludía a los ministros de ambos lados por sus nombres de pila con una especie de benignidad aburrida. El ministro de Economía, un radical, a quien todo el partido conservador maldecía, supuestamente, por su dureza, era alabado como poeta menor o por lo bien que montaba en las cacerías. El líder conservador, a quien se suponía odiado por todos los liberales por ser un tirano, era objeto de análisis y, en conjunto, de alabanza, por su liberalismo. Daba la impresión de que, por alguna razón, los políticos eran muy impor-

tantes. Y, sin embargo, cualquier cosa que se refiere a ellos era importante, excepto su política.

El señor Audley, el presidente, era un hombre afable y mayor, que aún llevaba cuellos a lo Gladstone. Era una especie de símbolo de toda aquella fantasmal y sin embargo inmutable sociedad.

Nunca había hecho nada, ni siquiera algo mal hecho. No era disipado; no era ni siquiera especialmente rico. Simplemente está situado donde convenía y eso lo significaba todo. Ningún partido lo podía ignorar y si hubiera deseado formar parte del gabinete, ciertamente lo habrían colocado en él. El duque de Chester, el vicepresidente, era un político joven en ascenso.

Es decir, era un joven agradable, de pelo rubio y liso, con una cara pecosa, una inteligencia moderada y unas fincas enormes. En público, sus apariciones eran siempre un éxito y lo conseguía de una manera bien simple. Cuando se le ocurría un chiste, lo contaba y se decía de él que era brillante. Si no se le ocurría ningún chiste, decía que no era el momento para gastar bromas y se decía que era muy capaz. En privado, en un club de su propia clase social, era sencillamente agradable, franco y bobo como un colegial. El señor Audley, como nunca había sido político, los trataba un poco más seriamente. A veces incluso ponía a los asistentes en una situación algo embarazosa al sugerir que había cierta diferencia entre un liberal y un conservador. Él mismo era un conservador, incluso en su vida privada. Tenía una melena gris que caía sobre su cuello como algunos estadistas anticuados y visto por detrás parecía el hombre que necesitaría el Imperio. Visto por delante parecía un suave y autocomplaciente solterón, con una *suite* en el Albany. Y eso es lo que era.

Como ya se ha señalado, había veinticuatro sillas en la mesa de la terraza y sólo doce miembros en el club. Así podían ocupar la terraza de la manera más opulenta, colocados en el lado interior de la mesa, sin nadie enfrente, con una vista ininterrumpida del jardín, cuyos colores destacaban aún vívidamente, a pesar de que la noche caía de una manera algo sorprendente para la época del año. El presidente ocupaba el centro de la fila y el vicepresidente estaba en el extremo derecho de la misma. Cuando los doce invitados se dirigían a sus puestos era costumbre (la razón se desconoce) que los quince camareros estuvieran alineados contra la pared como una tropa que presenta armas al rey, mientras el gordo propietario del hotel saludaba con una reverencia al club, con un radiante aire de sorpresa, como si nunca hubiera oído hablar de ellos antes. Pero antes de que se oyera el menor choque de cuchillo y tenedor, este ejército de sirvientes había desparecido y sólo permanecían uno o dos, los necesarios para recoger y distribuir los platos, moviéndose de manera absolutamente silenciosa. Naturalmente el señor Lever, el propietario, había desaparecido un buen rato antes entre convulsiones de cortesía. Sería exagerado e incluso irreverente decir que alguna vez volvía a aparecer positivamente. Pero cuando el plato principal, el de pescado, aparecía, había –¿cómo lo diría yo?– una sombra vívida, una proyección de su personalidad, que indicaba que no andaba muy lejos. El sagrado plato de pescado consistía (a ojos de la gente vulgar) en una especie de budín monstruoso, aproximadamente del tamaño y forma de una tarta nupcial, en el que había perdido finalmente la forma que el Creador les había dado un nú-

mero considerable de interesantes peces. «Los doce pescadores auténticos» cogieron sus famosos cubiertos de pescado y lo atacaron con tanta seriedad como si cada pulgada del budín costara tanto como el tenedor de plata con que la comían. Y a lo mejor así era, aunque no me conste. Este plato era devorado seria y silenciosamente. Y sólo cuando su plato estuvo casi vacío, el joven duque observó como era ritual:

–Sólo aquí se puede hacer esto.

–Sólo aquí –dijo el señor Audley, con voz de bajo profundo volviéndose hacia el hablante y asintiendo con su venerable cabeza varias veces.

–Sólo aquí, no cabe duda. Me han insinuado que en el Café Anglais...

Aquí se interrumpió, algo agitado incluso, mientras le retiraban el plato, pero luego volvió a coger el valioso hilo de sus pensamientos.

–Me han insinuado que lo mismo se podría obtener en el Café Anglais. Pero no hay nada parecido a esto, no –dijo sacudiendo la cabeza inmisericordemente como un juez que sentenciara a un reo a la horca–. No hay nada parecido a esto.

–Se sobrevalora ese lugar –dijo un cierto coronel Pound, quien, por su aspecto, hablaba por primera vez en meses.

–¡Ah, no lo sé! –dijo el duque de Chester, que era un optimista–. Tienen algunas cosas estupendas. No se les puede superar en...

Entró un camarero rápidamente en la habitación y se paró en seco. Su detención fue tan silenciosa como su pisada, pero todos esos difusos y amables caballeros estaban tan acostumbrados a la total suavidad de la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas,

que un camarero que hiciera algo inesperado les producía sorpresa y sobresalto. Se sintieron como usted y yo nos sentiríamos si el mundo inanimado se rebelara, si una silla, por ejemplo, huyera de nosotros.

El camarero se quedó quieto con una mirada fija durante unos segundos, mientras que en los rostros de los comensales se reflejaba cada vez más profundamente una extraña vergüenza que es totalmente típica de nuestra época. Es la combinación entre el moderno humanitarismo y el horrible abismo moderno entre las almas de los ricos y las de los pobres. Un verdadero aristócrata histórico habría lanzado cosas contra el camarero, empezando por las botellas vacías y terminando con dinero muy probablemente. Un verdadero demócrata le habría preguntado, con claridad amistosa, qué diablos estaba haciendo. Pero estos plutócratas modernos no podían soportar a un pobre cerca de ellos, ya fuera como esclavo o como amigo. Que ocurriera algo malo a los sirvientes era simplemente una circunstancia aburrida y enormemente embarazosa. No querían ser brutales y les aterraba la necesidad de ser benévolos. Querían que terminara esa situación, fuese la que fuese. Y terminó. El camarero, después de permanecer rígido, como cataléptico, unos segundos, dio la vuelta y salió corriendo como loco de la habitación.

Cuando volvió a ella, o mejor dicho, al umbral de la habitación, lo hizo con otro camarero, con el que había hablado en susurros y gesticulado con vehemencia meridional. Luego el primer camarero se fue, dejando al segundo camarero, y reapareció un tercero. Cuando un cuarto camarero se hubo unido a este apresurado sínodo el señor Audley sintió que era ne-

cesario romper el silencio por razones de tacto. Tosió ruidosamente, en sustitución del martillo presidencial, y dijo:

–Qué gran trabajo está haciendo el joven Moocher en Birmania. Está claro que ninguna otra nación en el mundo...

Un quinto camarero se había dirigido a él como una flecha y murmuraba en su oído:

–Lo lamento mucho. Es muy importante. ¿Podría el propietario hablar con usted?

El presidente se volvió agitadamente y con asombro vio que el señor Lever venía hacia ellos con su pesada rapidez. El modo de caminar del propietario era el habitual en él, pero su rostro no era en absoluto el habitual. Generalmente tenía un color cobrizo suave y ahora era de color amarillo enfermizo.

–Perdóneme, señor Audley –dijo sin aliento, como un asmático–. Tengo un gran temor. ¡Los platos del pescado se retiran con el cuchillo y el tenedor sobre ellos!

–Eso espero –dijo el presidente, algo irritado.

–¿Usted lo vio? –preguntó anhelante el propietario–. ¿Vio usted al camarero que los retiró? ¿Lo conoce usted?

–¿Que si conozco al camarero? –respondió indignado el señor Audley–. Naturalmente que no.

El señor Lever abrió las manos en un gesto de agonía.

–Yo no lo envié –dijo–. No sé cuándo ni por qué vino. Yo envié a mi camarero a retirar los platos y se encontró con que ya los habían retirado.

El señor Audley tenía un aspecto demasiado perplejo como para ser realmente el hombre que el Imperio

necesita; ninguno de los presentes lograba decir palabra, excepto el hombre de madera –el coronel Pound– que parecía galvanizado por una energía sobrenatural. Se puso rígidamente en pie, mientras el resto permanecía sentado, se ajustó el monóculo y dijo con una voz baja y áspera, como si hubiera medio olvidado cómo hablar:

–¿Quiere usted decir –preguntó–, que alguien ha robado nuestra cubertería de plata?

El propietario volvió a hacer el mismo gesto con una impotencia aún mayor. Y de golpe todos los comensales se pusieron en pie.

–¿Están aquí todos sus camareros? –preguntó el coronel con la misma voz baja y ronca.

–Sí, están todos aquí. Yo mismo me he dado cuenta –exclamó el joven duque acercando su rostro juvenil al círculo interior–. Siempre los cuento a medida que entran. ¡Tienen un aspecto tan peculiar alineados contra la pared!

–Pero seguro que no puede uno recordar con precisión –empezó el señor Audley, lleno de dudas.

–Yo lo recuerdo exactamente –exclamó muy excitado el duque–. Nunca ha habido más que quince camareros en este lugar y esta noche no había más que quince, lo puedo jurar. Ni más ni menos.

El propietario se volvió hacia él, graznando con una especie de parálisis de sorpresa.

–¿Dice usted... dice usted –tartamudeó– que vio a mis quince camareros?

–Como de costumbre –asintió el duque–. ¿Qué es lo que hay de extraño?

–Nada –dijo Lever con acento grave–, sólo que no puede ser. Porque uno de ellos está muerto arriba.

Durante un instante todo se quedó sorprendentemente quieto en la habitación. Es posible (tan sobrenatural es la palabra «muerte») que cada uno de esos hombres desocupados mirara durante un segundo a su alma y la viera como un pequeño guisante seco. Uno de ellos –el duque, creo– incluso dijo con la estúpida amabilidad de la riqueza:

–¿Podemos hacer algo?

–Tuvo la asistencia de un sacerdote –dijo el judío, algo conmovido.

Entonces, como si hubieran oído las campanas de la muerte, se despertaron y cayeron en la cuenta de lo que les ocurría. Durante unos pocos y fantasmagóricos segundos, habían sentido como si el decimoquinto camarero hubiera sido el fantasma del hombre que yacía muerto arriba. Esa sensación opresiva les había paralizado, porque, para ellos, los fantasmas eran algo embarazoso, como los pobres. Pero el recuerdo de la plata rompió el hechizo de lo milagroso. Lo rompió abrupta y bestialmente. El coronel apartó de golpe su silla y se dirigió a la puerta.

–Si había aquí un decimoquinto hombre, amigos míos –dijo–, ese decimoquinto individuo era un ladrón. Hay que cerrar inmediatamente la puerta principal y la de atrás y toda forma de salida. Luego hablaremos. Merece la pena recuperar las veinticuatro perlas.

El señor Audley al principio parecía dudar si era propio de caballeros darse prisa por algo; pero al ver que el duque se lanzaba escaleras abajo con ímpetu juvenil, lo siguió con movimientos más mesurados.

En ese momento entró un sexto camarero y declaró que había encontrado la pila de platos de pescado sobre un aparador, sin rastro de la cubertería.

El conjunto de comensales y sirvientes que se había precipitado desordenadamente por los pasillos abajo se dividió en dos grupos. La mayoría de los pescadores siguió al propietario hacia el salón de la entrada para preguntar si alguien había salido. El coronel Pound, junto con el presidente, el vicepresidente, y uno o dos más, se lanzó por el pasillo que llevaba a la zona de servicio, como el más probable camino de huida. Al hacerlo, pasaron delante del sombrío recinto o caverna del guardarropa y vieron una figura pequeña, vestida de negro, probablemente un encargado, que estaba un poco retirado a la sombra del guardarropa.

–¡Eh, usted! –exclamó el duque–. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

La breve figura no contestó directamente a la pregunta, sino que se limitó a decir:

–Quizá yo tengo lo que buscan ustedes. –Se detuvieron, confusos y vacilantes mientras el hombrecito se dirigía silenciosamente hacia el fondo del guardarropa y regresaba con ambas manos llenas de plata brillante, que extendió sobre el mostrador tan calmosamente como un vendedor. Eran doce tenedores y doce cuchillos delicadamente labrados.

–Usted... usted –empezó el coronel, que por fin había perdido la serenidad. Luego miró dentro del oscuro cuartito y vio dos cosas: primero, que el hombrecito vestido de negro llevaba ropas de sacerdote; y, segundo, que la ventana del fondo de la habitación estaba rota, como si alguien hubiera pasado violentamente a través de ella.

–Son cosas muy valiosas para depositarlas en un guardarropa, ¿no? –observó el sacerdote con expresión alegre.

–¿Robó... robó usted esas cosas? –tartamudeó asombrado el senor Audley.

–Si lo hice –dijo amablemente el clérigo–, por lo menos los devuelvo.

–Pero no lo hizo –dijo el coronel, que seguía mirando a la ventana rota.

–Para decir la verdad, no lo hice –contestó el cura, con cierto humor. Y se sentó gravemente en un taburete.

–Pero usted sabe quién lo hizo –dijo el coronel.

–No sé su verdadero nombre –dijo el cura plácidamente–. Pero sé algo de su peso como luchador y mucho de sus problemas espirituales. Me hice una idea de su físico cuando trató de estrangularme y de lo espiritual cuando se arrepintió.

–¡Oh, vamos, arrepentirse! –exclamó el joven Chester, con una risa como un graznido.

El padre Brown se puso en pie, con las manos a la espalda.

–Raro, ¿verdad? –dijo–, que un ladrón y un vagabundo se arrepienta, cuando hay tantos hombres que son ricos y están a salvo y siguen siendo duros y frívolos, sin dar fruto ni para Dios ni para el hombre. Pero en eso, si ustedes me perdonan, están allanando un poco mi territorio. Si dudan ustedes de la penitencia como hecho práctico, ahí están sus cuchillos y sus tenedores. Ustedes son «Los doce pescadores auténticos» y ahí están sus peces de plata. Pero Él me ha hecho pescador de hombres.

–¿Cogió usted a ese hombre? –preguntó, frunciendo el ceño, el coronel.

El padre Brown miró fijamente la ceñuda cara del coronel.

–Sí –dijo–, lo cogí, con un anzuelo invisible y con un sedal invisible lo bastante largo como para dejarlo vagar hasta los confines de la tierra y poder hacer que vuelva con sólo un tirón en el hilo.

Se produjo un largo silencio. Los otros hombres presentes se fueron para llevar la plata recuperada a sus camaradas o para consultar al propietario sobre la extraña situación. Pero el coronel, con rostro ceñudo, seguía sentado de lado en el mostrador, balanceando sus largas y flacas piernas y mordisqueándose el oscuro bigote.

Al fin dijo suavemente al cura:

–Debe de haber sido un tipo inteligente, pero me parece que conozco otro que lo es más.

–Era un tipo inteligente –respondió el cura–, pero no estoy seguro de a qué otro se refiere.

–A usted me refiero –dijo el coronel, con una brusca risa–. No quiero que el tipo vaya a la cárcel; no se preocupe usted por eso. Pero daría muchos tenedores de plata por saber exactamente cómo se vio usted metido en este asunto y cómo logró sacarle el botín. Pienso que es usted el demonio más informado de todos los presentes.

Al padre Brown parecía agradarle más bien la melancólica sinceridad del soldado.

–Bueno –dijo sonriendo–, no le puedo decir nada de la identidad del hombre ni de su propio relato, por supuesto. Pero no hay ninguna razón especial por la que no pudiera contarle simplemente los hechos externos que yo mismo descubrí.

Saltó el mostrador con inesperada agilidad y se sentó al lado del coronel, golpeando sus cortas piernas como un muchacho en una valla. Empezó a contar la

historia con la misma facilidad con que se la contaría a un viejo amigo junto a la chimenea navideña.

–Verá usted, coronel –dijo–. Yo estaba encerrado en aquel cuartito escribiendo unas cosas, cuando oí un par de pies en este pasillo que ejecutaban una danza que era tan extraña como la danza de la muerte. Primero venían unos pasitos cortos y extraños, como un hombre que caminara de puntillas por alguna apuesta; luego venían unos pasos lentos, descuidados y sonoros, como los de un hombre de gran tamaño que caminara fumando un cigarro. Pero las pisadas pertenecían a los mismos pies, de eso estaba yo seguro, y se alternaban: primero la carrera, luego el paseo y luego de nuevo la carrera. Me pregunté, al principio distraídamente y luego vehementemente, por qué un hombre representaría esos dos papeles a la vez. Una de las formas de caminar la conocía; era exactamente como la suya, coronel. Era la forma de caminar de un caballero bien alimentado que está esperando algo, que pasea más porque se encuentra físicamente en forma que por estar mentalmente impaciente. Yo sabía que también me era familiar la otra forma de caminar, pero no recordaba a qué correspondía. ¿Qué salvaje criatura había yo encontrado en mi camino que se desplazaba de puntillas de tan extraordinaria manera? Entonces oí un ruido de platos en alguna parte y la respuesta se me apareció tan clara como la basílica de San Pedro. Era la forma de caminar de un camarero, con el cuerpo inclinado hacia adelante, los ojos bajos, los dedos de los pies rozando apenas el suelo, y con los faldones del frac y la servilleta flotando al viento. Luego pensé un poco más. Y creo que vi en qué forma se podía producir el

delito, tan claramente como si lo fuera a hacer yo mismo.

El coronel Pound lo miró, interesado, pero los apacibles ojos grises del hablante estaban fijos en el techo con un aire pensativo casi ausente.

–Un delito –dijo lentamente– es como cualquier otra obra de arte. No se sorprenda usted; los delitos no son de ninguna manera las únicas obras de arte que salen de un taller infernal. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene una característica indispensable. Quiero decir que el núcleo es sencillo, por muy complicado que sea el desarrollo. Así, en *Hamlet*, digamos, lo grotesco del sepulturero, las flores de la muchacha loca, las fantásticas galas de Osric, la palidez del fantasma y la mueca de la calavera son todo cosas extrañas en una especie de enmarañada corona de flores en torno a la sola y sencilla figura trágica de un hombre vestido de negro. Pues bien, ésta –dijo, deslizándose de su asiento con una sonrisa–, ésta es también la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí –continuó, viendo que el coronel lo miraba con cierta extrañeza–, toda esta historia gira en torno a una chaqueta negra.

»En esto, como en *Hamlet*, hay unas excrecencias muy rococó: ustedes, digamos. Está el camarero muerto, que estaba allí cuando no podía estar allí. Está la mano invisible que arrebató la plata de su mesa y desapareció sin dejar rastro. Pero todo crimen inteligente se funda en última instancia en algún hecho muy sencillo, un hecho que no es en sí mismo misterioso. El engaño estriba en cubrirlo, en alejar de él los pensamientos de los hombres. Este delito de gran alcance y sutileza y, si todo hubiera seguido su curso

normal, de lo más provechoso, se basó en el sencillo hecho de que el traje de etiqueta de un caballero es igual al de un camarero. El resto era pura representación y muy buena, por cierto.

–De todos modos –dijo el coronel, poniéndose en pie y mirando ceñudo sus botas–, no estoy seguro de comprender.

–Coronel –dijo el padre Brown–. Le digo que este arcángel de atrevimiento que robó sus cubiertos caminó arriba y abajo veinte veces por este pasillo a plena luz, a la vista de todo el mundo. No se escondió en rincones sombríos donde la sospecha podría haber ido a buscarlo. Se mantuvo constantemente en movimiento en pasillos iluminados y donde quiera que fue, parecía estar allí por derecho propio. No me pregunte qué aspecto tenía. Usted mismo lo ha visto seis o siete veces esta noche. Usted estaba esperando con toda esa gente importante en el salón de recepción al final del pasillo, con la terraza justo detrás. Cada vez que aparecía entre ustedes, los caballeros, pasaba a la velocidad del rayo de los camareros, con la cabeza inclinada, la servilleta ondeando y pies ligeros. Salía disparado a la terraza, hacía algo en el mantel y volvía a salir corriendo hacia la oficina y la zona de camareros. Cuando estaba a la vista del empleado de la oficina y de los camareros, se transformaba completamente en otro hombre, mediante cada uno de sus gestos instintivos. Paseaba entre los sirvientes con la distraída insolencia que todos habían visto en sus clientes. No era nada nuevo para ellos que un tipo importante de la cena recorriera cualquier rincón de la casa como un animal en el zoológico. Ellos saben que nada distingue tanto a la clase alta como el hábi-

to de pasear por donde se le antoja. Cuando estaba grandiosamente cansado de caminar por ese pasillo, daba la vuelta y pasaba delante de la oficina hasta la sombra del arco, donde se transformaba como por arte de magia y se apresuraba a moverse entre «Los doce pescadores» como un obsequioso servidor. ¿Por qué habrían de fijarse esos caballeros en un camarero cualquiera? ¿Por qué habrían de sospechar los camareros de un caballero de la mejor clase que paseaba? Una o dos veces se permitió las mayores frescuras. En la zona privada del propietario pidió descuidadamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Dijo afablemente que él mismo lo llevaría y lo hizo. Lo llevó rápida y correctamente en medio de todos ustedes, convertido en un camarero con un encargo evidente. Naturalmente, la representación no podía haberse mantenido durante mucho tiempo, pero bastaba con que se mantuviese hasta finalizar el plato de pescado.

Su peor rato fue cuando los camareros se alinearon contra la pared; pero aun entonces se las arregló para apoyarse en la pared justo en un extremo, de tal manera que durante ese momento importante los camareros creyeron que era un caballero, mientras que los caballeros creyeron que era un camarero. El resto fue como la seda. Si algún camarero lo pillaba lejos de la mesa, ese camarero veía a un lánguido aristócrata. Sólo tenía que cronometrarse dos minutos antes de que se retirara el servicio de pescado, convertirse en un rápido camarero y retirarlo él mismo. Puso los platos en un aparador, metió la plata en el bolsillo de su chaqueta, que quedó algo abultada, y corrió como una liebre (yo lo oí venir) hasta el guardarropa. Aquí

sólo tenía que convertirse en un plutócrata, un plutócrata que tenía que irse repentinamente a atender algún asunto. Sólo tenía que dar su resguardo al encargado del guardarropa y salir elegantemente como había entrado. Lo único... lo único es que resulté yo el encargado del guardarropa.

–¿Qué le hizo usted? –exclamó el coronel con inusitada intensidad–. ¿Qué le dijo él?

–Perdóneme –dijo el sacerdote firmemente–, aquí termina la historia.

–Y aquí es donde empieza la parte interesante de la misma –masculló Pound–. Me parece que entiendo su ardid profesional. Pero no creo dominar el de usted.

–Tengo que irme –dijo el padre Brown.

Caminaron juntos por el pasillo hasta el vestíbulo de entrada donde vieron el rostro fresco y pecoso del duque de Chester, que se precipitaba animadamente hacia ellos.

–Venga usted, Pound –exclamó sin aliento–. Le he estado buscando por todas partes. La cena se está desarrollando maravillosamente bien y el viejo Audley tiene que pronunciar un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Queremos empezar alguna nueva ceremonia para conmemorar la ocasión. Y como en realidad usted recuperó los cubiertos, ¿qué sugiere usted?

–Pues bien –dijo el coronel, mirándole con una cierta aprobación sardónica–. Yo sugeriría que de ahora en adelante usemos levitas verdes en vez de negras. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir si uno se parece tanto a un camarero.

–¡Qué absurdo! –dijo el joven–. Un caballero nunca se parece a un camarero.

–Y tampoco un camarero a un caballero, supongo –dijo el coronel Pound con la misma risa contenida en el rostro–. Reverendo señor, su amigo debe de haber sido muy inteligente para poder representar a un caballero.

El padre Brown se abotonó hasta el cuello su vulgar abrigo, porque la noche era tormentosa y cogió su vulgar paraguas del paragüero.

–Sí –dijo–, debe de ser un trabajo muy duro ser un caballero. Pero, ¿sabe usted?, a veces he pensado que podría ser casi tan trabajoso ser camarero.

Y dando las buenas noches, abrió las pesadas puertas de ese palacio de los placeres. Las verjas doradas se cerraron tras él y caminó a paso rápido por las húmedas y oscuras calles en busca de un ómnibus cuyo billete costaba un penique.

4. Las Estrellas Errantes

–El más hermoso delito que cometí –gustaba de recordar Flambeau cuando era ya un anciano virtuosísimo– fue también, por una coincidencia curiosa, mi último delito. Ocurrió en Navidad. Como artista que era, siempre traté de acomodar mis delitos al momento del año o a los paisajes que me rodeaban, escogiendo esta o aquella terraza o aquel jardín para una catástrofe, como si se tratara de un escenario para una obra de arte. De esa manera, los señores debían ser estafados en largas habitaciones de paredes cubiertas de madera de roble. Los judíos, por otro lado, deberían encontrarse inesperadamente sin un céntimo en medio de la luz y las mamparas del Café Riche. De esa manera, en Inglaterra, si deseaba liberar a un deán de sus bienes (lo cual no es tan fácil como usted podría suponer), mi deseo sería estafarlo, si usted me entiende, en los verdes céspedes y las grises torres de una ciudad catedralicia. Del mismo modo, en Francia, cuando tenía que sacarle el dinero a un rico y malvado campesino (lo cual es casi imposible), me resultaba muy gratificante conseguir que su indignada cabeza destacara contra una fila gris de talados álamos y en esas solemnes llanuras de la Galia donde cavila el poderoso espíritu de Millet.

»Pues bien, mi último delito fue un delito navideño, un delito alegre, hogareño, de clase media inglesa. Un delito dickensiano. Lo cometí en una vieja casa de calidad, cerca de Putney, una casa con una entrada de carruajes en forma de media luna, una casa con unas caballerizas en un lado, una casa con el nombre en las dos hojas de la puerta exterior, una casa con una araucaria. En fin, basta, ya sabe a qué estilo me refiero. La verdad, creo que mi imitación del estilo de Dickens fue hábil y literaria. Es casi una lástima que me arrepintiera aquella misma noche.

Flambeau solía entonces proceder a contar la historia desde dentro. E incluso desde dentro resultaba extraña. Vista desde fuera era perfectamente incomprensible y desde fuera es como las personas ajenas a ella deben estudiarla. Desde ese punto de mira, se podría decir que el drama comenzó cuando las puertas de la casa con las caballerizas se abrieron al jardín con su araucaria y salió por ellas una muchacha que llevaba pan para dar de comer a los pájaros la tarde del día siguiente a Navidad, cuando se dan los aguinaldos. Tenía un bonito rostro y retadores ojos castaños, pero su figura era imposible de adivinar, porque iba tan cubierta de pieles marrones que era difícil saber dónde terminaba su pelo castaño y dónde comenzaban las pieles. Si no fuera por su atractivo rostro, podría haber sido un pequeño osezno.

La tarde de invierno iba cayendo entre fulgores rojizos y una luz de rubí bañaba los macizos sin flores, llenándolos, por así decir, con los fantasmas de las rosas muertas. A un lado de la casa se levantaban las caballerizas, en el otro un camino bordeado de laureles llevaba al jardín, más amplio, que había detrás. La da-

misela, una vez hubo esparcido las migas para los pájaros (por cuarta o quinta vez en el día, porque el perro se las comía) pasó sin llamar la atención por el camino de laureles hasta una plantación apenas visible de árboles de hoja perenne. Aquí lanzó una exclamación de sorpresa, verdadera o ritual, y mirando al alto muro del jardín que la dominaba, observó que a horcajadas sobre él había una figura algo peculiar.

–¡Oh, no salte usted, señor Crook! –exclamó algo alarmada–. Es demasiado alto.

El individuo que cabalgaba el muro de separación como un caballo aéreo era un joven alto y anguloso, de pelo oscuro y tieso como un cepillo, de rasgos inteligentes e incluso distinguidos, pero con una tez cetrina como de extranjero, que destacaba aún más porque llevaba una agresiva corbata roja, única parte de su atuendo a la que parecía prestar alguna atención. Quizá era un símbolo. No hizo el menor caso del consejo de la joven y saltó como un saltamontes dejándose caer junto a ella, a riesgo de romperse las piernas.

–Creo que nací para ser un ladrón –dijo plácidamente– y sin duda lo habría sido, de no haber nacido en esa agradable casa de al lado. No veo nada malo en ello, en cualquier caso.

–¿Cómo puede usted decir esas cosas? –le regañó ella.

–Bueno –dijo el joven– si uno nace en el lado malo del muro, no veo que sea malo saltar.

–Nunca sé lo que va usted a decir o hacer a continuación –dijo ella.

–A menudo yo mismo no lo sé –replicó el señor Crook–, pero es que ahora estoy en el lado bueno del muro.

–¿Y cuál es el lado bueno del muro? –preguntó la joven.

–Aquel en el que esté usted –dijo el joven llamado Crook. Mientras caminaban juntos entre los laureles hacia la parte delantera del jardín, se oyó tres veces la bocina de un automóvil, cada vez más cerca y en seguida un coche muy veloz de líneas elegantes y color verde pálido pasó como un pájaro hasta la puerta principal donde se detuvo sin parar el motor.

–¡Vaya, vaya! –dijo el joven de la corbata roja–, aquí hay alguien que ha nacido en el lado bueno, en cualquier caso. No sabía, señorita Adams, que su Santa Claus fuera tan moderno.

–Oh, es mi padrino. Sir Leopold Fischer. Siempre viene el día de los aguinaldos.

Luego, tras una inocente pausa, que inconscientemente traicionaba cierta falta de entusiasmo, Ruby Adams añadió:

–Es muy amable.

John Crook, periodista, había oído hablar de ese eminente magnate de las finanzas y no era culpa suya si el magnate no había oído hablar de él. Porque en ciertos artículos en *The Clarion* o *The New Age,* Sir Leopold había sido tratado duramente. Pero el joven no dijo nada y miró con gesto torvo cómo descargaban el coche, lo que fue un proceso bastante largo. Un chófer corpulento y de cuidado aspecto, con uniforme verde, se bajó de la parte delantera, y un criado vestido de gris, de la parte de atrás, y entre los dos depositaron a Sir Leopold en el escalón de la puerta y empezaron a desenvolverlo como si fuera un paquete cuidadosamente hecho. Una a una empezaron a quitarle las mantas suficientes como para abastecer un

bazar, pieles de todos los animales de bosque y bufandas de todos los colores del arco iris, hasta que apareció algo semejante a un ser humano: la forma de un anciano de aspecto amistoso pero extranjero, con una canosa barba de chivo y una sonrisa radiante que se frotaba las manos cubiertas con grandes guantes de piel.

Mucho antes de que se hubiera completado esta revelación, las dos grandes puertas del porche se habían abierto y el coronel Adams (padre de la joven cubierta de pieles) había salido para invitar a entrar a su eminente visitante. Era un hombre alto, de tez bronceada, muy silencioso, que llevaba un bonete rojo como un fez, lo que le daba un aspecto de oficial inglés colonial en Egipto. Con él estaba su cuñado, que había llegado recientemente del Canadá, un joven terrateniente bastante bullicioso con una barba rubia, llamado James Blount. También estaba a su lado la figura más insignificante del párroco de la cercana iglesia católica. La difunta esposa del coronel había sido católica y los hijos, como es costumbre en esos casos, habían sido educados en la fe católica. No había nada que destacara en el cura, ni siquiera su nombre, que era Brown; sin embargo, el coronel siempre había encontrado en él algo acogedor y lo invitaba con frecuencia a esas reuniones familiares.

En el amplio vestíbulo de la casa había sitio bastante incluso para Sir Leopold y la retirada de sus envolturas. En realidad, el porche y el vestíbulo eran desproporcionadamente amplios en relación con la casa y constituían, por así decir, una espaciosa habitación, con la puerta principal en un extremo y el pie de la escalera en el otro. Delante de la gran chimenea del

vestíbulo, sobre la cual colgaba la espada del coronel, se completó el proceso y el grupo, incluido el taciturno Crook, fue presentado a Sir Leopold. Este venerable financiero, sin embargo, parecía seguir luchando con algunas partes de su forrado atuendo y por fin logró sacar de un recóndito bolsillo de los faldones de su levita un estuche negro ovalado que, según explicó con expresión radiante, era el regalo de Navidad para su ahijada. Con sencilla vanagloria que tenía algo de conmovedor, colocó el estuche a la vista de todos y lo abrió de golpe pulsando un cierre y todos se quedaron medio cegados. Era como si una fuente de cristal hubiera brotado ante sus ojos. En un nido de terciopelo color naranja yacían, como tres huevos, tres diamantes blancos y tan luminosos que parecían prender fuego al propio aire que lo rodeaba. Fischer sonreía encantado, disfrutando de la sorpresa y el éxtasis de la joven, la torva admiración y el agradecimiento áspero del coronel y la sorpresa de todo el grupo.

–Los volveré a guardar ahora, querida mía –dijo Fischer, volviendo a esconder el estuche en los faldones de su levita–. Tuve que tener mucho cuidado con ellos al venir. Son los tres grandes diamantes africanos llamados «Las Estrellas Errantes», porque los han robado muchas veces. Todos los grandes ladrones van tras ellos, pero incluso los vulgares rateros de la calle y de los hoteles apenas habrían podido contenerse. Podría haberlos perdido en el camino hacia aquí. Era muy posible.

–Muy natural, diría yo –gruñó el hombre de la corbata roja–, y yo no se lo reprocharía si lo hubieran hecho. Cuando piden pan y no se les da ni una piedra, creo que tienen derecho a coger ellos mismos la piedra.

–No le consiento que hable usted así –exclamó la joven, curiosamente ruborizada–. Sólo habla usted así desde que se ha convertido usted en... cómo se llama eso. Ya sabe a lo que me refiero. ¿Cómo se llama a un hombre que quiere abrazar al deshollinador?

–Un santo –dijo el padre Brown.

–Creo –dijo Sir Leopold, con una sonrisa altanera– que Ruby quiere decir un socialista.

–Un radical no es un hombre que vive de raíces –observó Crook, con cierta impaciencia– y un conservador no quiere decir un hombre que hace conservas de mermelada. Tampoco, les puedo asegurar, un socialista es un hombre que desea una reunión social con el deshollinador. Un socialista es un hombre que quiere que todas las chimeneas sean deshollinadas y todos los deshollinadores pagados por ello.

–Pero no le permitirá a usted –dijo el cura en voz baja– ser el dueño de su propio hollín.

Crook lo miró con interés e incluso respeto.

–¿Quiere uno poseer hollín? –preguntó.

–Podría querer –respondió Brown, con aire pensativo–. He oído que los jardineros lo usan. Yo una vez hice felices a seis niños cuando el malabarista no vino gracias solamente al hollín, aplicado exteriormente.

–Ah, maravilloso –exclamó Ruby–. Me encantaría que nos lo hiciera usted a nosotros.

El bullicioso canadiense, Blount, manifestaba en voz muy alta su aprobación a la idea y el atónito financiero levantaba la suya con cierto menosprecio cuando se oyó llamar a la puerta. El sacerdote la abrió y vieron a través de ella de nuevo el jardín delantero con sus árboles verdes, la araucaria y todo, sumiéndose ahora en la penumbra contra un maravilloso cre-

púsculo violeta. La escena así enmarcada era tan colorista y delicada, como el decorado de una obra de teatro, que por un momento olvidaron a la insignificante figura que había en la puerta. Tenía un aspecto polvoriento y una chaqueta gastada, como corresponde evidentemente a un vulgar mensajero.

–¿Es alguno de ustedes el señor Blount? –preguntó, tendiendo una carta con aire dudoso. El señor Blount hizo un gesto de sorpresa y dio un grito de asentimiento. Desgarró el sobre con evidente asombro y leyó la nota que contenía. Su rostro se ensombreció y luego se aclaró y se volvió hacia su cuñado y anfitrión.

–Lamento causar tal molestia, coronel –dijo con el alegre tono convencional de las colonias–, pero ¿le molestaría mucho si un viejo conocido mío me visitara esta noche aquí para un asunto de negocios? De hecho, se trata de Florian, el famoso acróbata y actor cómico francés. Lo conocí hace años en Canadá (es franco-canadiense, de nacimiento) y parece querer tratar algún asunto conmigo, aunque no puedo imaginar de qué se trata.

–Por supuesto, por supuesto –replicó descuidadamente el coronel–, cualquier amigo suyo, mi querido Blount. Sin duda será una buena adquisición.

–Se pintará la cara de negro, si es a eso a lo que se refiere –exclamó Blount, riéndose–. No me cabe duda de que pintará de negro los ojos de todo el mundo. No me importa. No soy un hombre refinado. A mí me gustan las viejas y divertidas pantomimas en las que un hombre se sienta en su sombrero de copa.

–No en el mío, por favor –dijo Sir Leopold Fischer con dignidad.

–Bueno, bueno –dijo Crook con ligereza–, no nos peleemos. Hay bromas más viles que sentarse sobre un sombrero de copa.

A Fischer no le gustaba el joven de la corbata roja, no sólo por sus opiniones radicales, sino también por su evidente intimidad con su bonita ahijada, por lo que se vio impulsado a decir, con su tono más sarcástico y pomposo:

–Sin duda usted ha encontrado algo mucho más vil que sentarse sobre un sombrero de copa. ¿Puede saberse qué es?

–Dejar que un sombrero de copa se siente encima de uno, por ejemplo –dijo el socialista.

–Vamos, vamos –exclamó el granjero canadiense, con su brusca benevolencia–, no estropeemos una velada divertida. Propongo que hagamos algo todos. No pintar de negro las caras ni sentarse sobre sombreros de copa, si no les gustan esas cosas, pero algo parecido. ¿Por qué no hacemos una típica pantomima inglesa, con payasos, colombina y el resto? Yo vi una antes de salir de Inglaterra, a los doce años, y la tengo grabada en la memoria desde entonces. Volví a la patria el año pasado y me encuentro con que ya no se representan pantominas. Sólo hay un montón de cuentos de hadas sentimentales. A mí me gusta un atizador caliente y un policía convertido en salchichas y lo que me ofrecen son princesas haciendo reflexiones moralizantes a la luz de la luna, pájaros azules de la felicidad o cosas así; Barba Azul es lo que me gusta más y lo que más me gusta es que se convierta en Pantalón.

–Yo estoy completamente a favor de convertir a un policía en salchichas –dijo John Crook–. Es una defi-

nición del socialismo mejor que otras que he oído recientemente. Pero el montaje de todo eso sería muy complicado.

–En absoluto –exclamó Blount, lleno de entusiasmo–. Una arlequinada es lo más rápido que podemos organizar, por dos razones. Primero, uno puede inventar bromas sobre la marcha y, segundo, todos los objetos que se usan son cosas de la casa, mesas, toalleros, cubos para la colada y cosas así.

–Eso es cierto –admitió Crook, asintiendo con energía y dando vueltas por la habitación–. Pero me temo que no podré tener un uniforme de policía. No he matado a ningún policía últimamente.

Blount frunció el ceño pensativamente unos instantes y luego exclamó, golpeándose el muslo:

–Sí, sí que podemos. Tengo aquí la dirección de Florian y él conoce a todos los *costumiers* de Londres. Le telefonearé para que se traiga un disfraz de policía cuando venga. Y salió disparado hacia el teléfono.

–Oh, es maravilloso, padrino –exclamó Ruby, casi bailando–. Yo seré Colombina y usted será Pantalón.

El millonario se mantenía rígido, con una especie de pagana solemnidad.

–Creo, querida mía –dijo–, que debes buscar a otro para el papel de Pantalón.

–Yo seré Pantalón, si quieres –dijo el coronel Adams, quitándose el cigarro de la boca y hablando por primera y última vez.

–Deberíamos hacerle a usted una estatua –exclamó el canadiense al volver, radiante, del teléfono–. Ya está todo arreglado. El señor Crook será el payaso; es periodista y se sabe todos los viejos chistes. Yo puedo ser Arlequín. Sólo hace falta tener piernas largas y sal-

tar por todos lados. Mi amigo Florián dice que trae el disfraz de policía y que se lo pondrá por el camino. Podemos hacer la representación en este mismo vestíbulo, con el auditorio sentado en la escalera, que es bien ancha, una fila sobre otra. La puerta principal puede ser la parte de atrás del escenario, tanto abierta como cerrada. Cerrada, uno ve el interior de una casa inglesa. Abierta, un jardín a la luz de la luna. Es todo una cuestión de ilusión.

Y echando mano de un trozo de tiza de billar que, casualmente, llevaba en el bolsillo, lo pasó por el suelo del vestíbulo, a medio camino entre la puerta principal y la escalera, para señalar la línea de las candilejas.

Cómo se logró poner a punto tal conjunto de necedades sigue siendo un misterio. Pero todos se esforzaron con esa mezcla de descuido y aplicación que se produce cuando hay espíritus jóvenes en una casa. Y había espíritus jóvenes en esa casa esa noche, aunque no todos podrían haber distinguido las dos caras y los dos corazones en que ardían. Como siempre ocurre, la inventiva se fue haciendo cada vez más disparatada por la propia mansedumbre de las convenciones burguesas de la cual tenía que surgir. Colombina tenía un aspecto encantador con una llamativa falda que se parecía a la amplia pantalla de la lámpara del salón. El payaso y Pantalón se habían pintado la cara de blanco con harina suministrada por la cocinera, y de rojo, gracias a alguna otra criada, que permanecía (como todos los auténticos benefactores cristianos) en el anonimato. Arlequín, vestido de plata gracias a las cajas de cigarros, quería a toda costa romper los viejos candelabros victorianos para cubrirse con sus crista-

les relucientes, pero lograron impedírselo, no sin dificultad. En realidad lo habría hecho si no fuera que Ruby había desenterrado unas viejas joyas de imitación que había usado en un baile de disfraces, vestida de Reina de Diamantes. La verdad es que su tío, James Blount, estaba casi fuera de sí de excitación. Parecía un colegial. Inesperadamente puso una cabeza de burro de papel sobre el padre Brown, quien se la dejó puesta pacientemente, y hasta encontró un modo particular de mover las orejas. Incluso trató de poner una cola de burro de papel en los faldones de Sir Leopold Fischer, lo que nadie aprobó.

–Mi tío está loco –dijo Ruby a Crook, en torno a cuyos hombros había colocado con toda seriedad una ristra de salchichas–. ¿Por qué estará tan excitado?

–Él es Arlequín y usted su Colombina –dijo Crook–. Yo soy sólo el payaso que gasta las viejas bromas.

–Me gustaría que usted fuese Arlequín –dijo la joven, y dejó la ristra de salchichas balanceándose.

El padre Brown, aunque conocía detalladamente todo lo que se había hecho entre bastidores e incluso había recibido un conato de aplauso por su transformación de una almohada en un bebé de pantomima, fue a la parte delantera y se sentó entre el auditorio, con toda la solemne expectación de un niño que asiste a su primera función de teatro. Los espectadores eran pocos, algunos parientes, uno o dos vecinos y los sirvientes. Sir Leopold estaba en la primera fila y su amplia figura, con el cuello de piel, entorpecía considerablemente la visión del curita sentado tras él. Pero las autoridades artísticas nunca han logrado establecer que al cura se le escapara gran cosa. La pantomima era un caos completo, pero no desdeñable. Tenía una

chispa improvisadora que procedía fundamentalmente de Crook, el payaso. Crook era un hombre inteligente y esa noche estaba inspirado con una loca omnisciencia, una locura más sabia que el mundo, que ataca al joven que ha visto, por un instante, una cierta expresión en un cierto rostro. Hacía el papel del payaso, pero en realidad era casi todo: el autor (si es que había un autor), el apuntador, el decorador, el tramoyista y, sobre todo, la orquesta. En determinados momentos en la absurda representación, se lanzaba bruscamente sobre el piano y tocaba alguna música popular tan absurda como adecuada.

El punto culminante de la representación, como de todo lo demás, se produjo en el momento en que las dos hojas de la puerta principal se abrieron de golpe, mostrando el encantador jardín a la luz de la luna, pero mostrando más prominentemente al famoso invitado profesional: el gran Florian, disfrazado de policía. El payaso tocó al piano el coro de los policías de los Piratas de Penzance, pero la melodía quedó ahogada por un aplauso ensordecedor, ya que cada gesto del gran actor cómico era una admirable aunque contenida versión de la apariencia y manera de ser de un policía. Arlequín saltó sobre él y le golpeó en el casco; mientras el pianista tocaba «¿Dónde encontró usted ese sombrero...?», el policía se dio la vuelta con un asombro admirablemente fingido y entonces el Arlequín saltador le volvió a golpear, mientras el pianista tocaba unas cuantas notas de «Entonces le dimos otra». Luego Arlequín se precipitó a los brazos del policía y cayó sobre él, en medio de un estruendoso aplauso. Entonces el extraño actor hizo su famosa imitación de un hombre muerto, que aún se recuerda

en Putney. Era casi imposible creer que una persona viva pudiera parecer tan fláccida.

El atlético Arlequín le sacudió de un lado para otro como si fuera un saco, lo retorció y revolvió como si fuera una maza de gimnasia, al son de las más locas y divertidas melodías del piano. Cuando Arlequín levantaba al cómico policía pesadamente del suelo, el payaso tocaba «Me levanto soñando contigo». Cuando lo arrastraba cargado sobre su espalda, el payaso tocaba «Con mi hatillo sobre el hombro» y cuando finalmente Arlequín dejó caer al policía con un ruido de lo más convincente, el loco del piano tocó una alegre melodía cuya letra aún se cree que decía «Envié una carta a mi amor y la dejé caer en el camino».

Al llegar a este extremo de anarquía mental, la visión del padre Brown quedó completamente bloqueada, porque el magnate de las finanzas se puso en pie y empezó a hurgar frenéticamente en todos sus bolsillos. Luego se volvió a sentar nerviosamente, mientras seguía buscando y luego se volvió a poner en pie. Por un momento pareció muy probable que cruzara al otro lado de las candilejas; luego miró furioso al payaso que tocaba el piano y salió brusca y silenciosamente de la habitación.

El cura llevaba sólo unos pocos minutos más mirando la danza, absurda aunque no carente de elegancia, del Arlequín *amateur* sobre su enemigo espléndidamente inconsciente. Con arte verdadero aunque elemental, Arlequín fue bailando lentamente hacia la puerta que daba al jardín, iluminado por la luna y lleno de quietud. El adornado traje de papel de plata y joyas falsas, que había sido demasiado llamativo a la luz de las candilejas, parecía cada vez más má-

gico y plateado mientras se alejaba danzando bajo una luna brillante. El auditorio rompió a aplaudir entusiásticamente, cuando Brown notó un toque brusco en su brazo y una voz que le susurraba que se dirigiera al estudio del coronel.

Obedeció la invitación lleno de dudas, que no se disiparon ante la solemne comicidad de la escena que encontró en el estudio. Allí estaba sentado el coronel Adams, vestido todavía de Pantalón, con la nudosa ballena moviéndose sobre su frente, pero con sus pobres y viejos ojos tan tristes que hubieran frenado cualquier orgía. Sir Leopold Fischer estaba apoyado en la chimenea respirando dificultosamente a causa del pánico.

–Es un asunto muy doloroso, padre Brown –dijo Adams–. Se trata de que esos diamantes que todos vimos esta tarde parecen haber desaparecido del bolsillo de los faldones de mi amigo. Y como usted...

–Como yo –continuó el padre Brown con una amplia sonrisa– estaba sentado justo detrás de él...

–Nadie se atreverá a sugerir algo semejante –dijo el coronel Adams con una mirada a Fischer que más bien indicaba que algo así había sido sugerido–. Sólo le pido la ayuda que todo caballero podría dar.

–Que consiste en vaciar sus bolsillos –dijo el padre Brown, empezando a hacerlo y sacando de ellos siete chelines y seis peniques, un billete de ida y vuelta, un pequeño crucifijo de plata, un pequeño breviario y una barra de chocolate.

El coronel lo miró largamente y luego dijo:

–¿Sabe usted? Me gustaría ver lo que tiene dentro de la cabeza más que lo que tiene dentro de los bolsillos. Mi hija es una de las suyas, lo sé. Pues bien, últimamente... Y se detuvo.

–Últimamente –exclamó el viejo Fischer– la joven ha abierto la casa de su padre a un sanguinario socialista, que dice abiertamente que robaría cualquier cosa a un hombre más rico. Y eso es todo. Aquí está el hombre más rico... y no lo hay más rico.

–Si usted quiere saber lo que hay dentro de mi cabeza, puedo decírselo –dijo el padre Brown con tono cansado–. Cuál sea su valor, puede usted decidirlo más tarde. Pero lo primero que encuentro en ese bolsillo inutilizado es esto: los hombres que se proponen robar diamantes no hablan de socialismo. Es más probable –añadió tímidamente– que lo denuncien.

Sus interlocutores se agitaron y el cura continuó:

–Vean ustedes: más o menos, nosotros conocemos a esa gente. Ese socialista sería tan incapaz de robar un diamante como de robar una pirámide. Deberíamos fijarnos inmediatamente en el hombre al que no conocemos. El individuo que hacía de policía, Florian. ¿Dónde está exactamente en este momento?

Pantalón se puso en pie de un salto y abandonó rápidamente la habitación. Siguió una pausa, durante la cual el millonario miró al cura y el cura a su breviario. Luego Pantalón regresó y dijo con gravedad y concisión:

–El policía sigue tumbado en el escenario. El telón ha subido y bajado seis veces. Él sigue ahí.

El padre Brown dejó caer su breviario y se quedó mirando con una mirada de vacío mental. Muy lentamente empezó a volver una luz a sus ojos grises y luego hizo una pregunta que parecía absurda.

–Perdóneme, coronel, pero ¿cuándo murió su esposa?

–¡Mi esposa! –replicó el sorprendido militar–. Murió hace dos meses. Su hermano James llegó justo una semana después de su muerte.

El curita saltó como un conejo al que hubieran disparado.

–¡Vamos! –gritó con una excitación insólita en él–. ¡Vamos! Tenemos que examinar al policía.

Se precipitaron hacia el escenario, oculto ahora por el telón, pasando violentamente entre Colombina y el payaso (que parecían cuchichear muy amistosamente) y el padre Brown se inclinó sobre el postrado y cómico policía.

–Cloroformo –dijo levantándose–. No lo adiviné hasta ahora mismo.

Todos se quedaron paralizados de sorpresa y luego el coronel dijo lentamente:

–Por favor, díganos seriamente qué significa todo esto.

El padre Brown, de repente, se echó a reír a carcajadas, luego cesó de reír, aunque tuvo que luchar de vez en cuando por no hacerlo durante su explicación.

–Caballeros –dijo sin aliento–, no hay mucho tiempo para hablar. Tengo que correr tras el ladrón. Pero ese gran actor francés que desempeñó el papel de policía, este habilidoso cadáver con el que bailó Arlequín y al que lanzó de aquí para allá, era... –De nuevo le falló la voz y les dio la espalda dispuesto a echar a correr.

–¿Era? –gritó Fischer inquisitivamente.

–Un policía de verdad –dijo el padre Brown, y se alejó corriendo hacia la oscuridad.

Había huecos y emparrados en la parte más alejada del frondoso jardín, en el que los laureles y otros ar-

bustos inmortales mostraban, contra un cielo color zafiro y una luna de plata, incluso en mitad del invierno, los cálidos colores del sur. El alegre color verde de los laureles ondulantes, el profundo azul púrpura de la noche, la luna como un cristal gigantesco formaban un cuadro romántico casi exagerado. Y entre las ramas superiores de los árboles del jardín una extraña figura trepa, que no parece tanto romántica como imposible. Reluce de la cabeza a los pies, como si estuviera vestida de diez millones de lunas. La luna verdadera lo ilumina a cada movimiento y parece incendiar un nuevo fragmento de su persona. Pero se balancea, resplandeciente y triunfante, desde el árbol pequeño de este jardín hasta el árbol alto y extendido del otro y sólo se detiene porque una sombra se ha deslizado bajo el árbol más pequeño y se ha dirigido a él inequívocamente.

–Bien, Flambeau –dice la voz–, parece usted realmente una «Estrella Errante». Pero eso, finalmente, siempre significa una estrella fugaz.

La figura plateada y reluciente que está en lo alto parece inclinarse sobre los laureles y, segura de escapar, escucha a la breve figura que está abajo.

–Nunca hizo usted nada mejor, Flambeau. Fue muy hábil lo de venir del Canadá (con un billete de París, supongo) justo una semana después de la muerte de la señora Adams, cuando nadie se sentía capaz de hacer preguntas. Fue aún más hábil haber localizado «Las Estrellas Errantes» y el día exacto de la venida de Fischer. Pero lo que siguió no fue habilidad sino puro genio. Robar las piedras, me imagino, no le ofrecía a usted el menor problema. Lo podría haber hecho usted con un juego de manos de cien maneras

distintas además de fingir que colocaba una cola de burro de papel en la levita de Fischer. Pero en el resto se superó usted a sí mismo.

La figura plateada entre las hojas verdes parece detenerse como hipnotizada, aunque le resulta fácil huir. Sigue mirando al hombre que está debajo.

–Oh, sí –dice el hombre que está debajo–. Lo sé todo. Sé que usted no sólo impuso la pantomima, sino que hizo un doble uso de ella. Iba usted a robar las piedras silenciosamente. Tuvo noticias por un cómplice de que se sospechaba de usted y que un eficaz policía venía a desenmascararlo esa misma noche. Un ladrón común habría agradecido la advertencia y habría huido. Pero usted es un poeta. Usted ya había tenido la inteligente idea de ocultar las joyas entre el brillo de las joyas falsas del teatro. Ahora, usted vio que si el traje era el de un arlequín, la aparición de un policía resultaría de lo más adecuada. El buen oficial se puso en camino desde la estación de policía de Putney para encontrarlo a usted y cayó en la más insólita trampa que jamás se ha tendido en el mundo. Cuando se abrió la puerta principal, el policía entró directamente en el escenario de una pantomima navideña, donde podría ser sacudido, golpeado, dejado sin sentido y drogado por el arlequín danzante, entre las carcajadas de las personas más respetables de Putney. No, nunca hará usted nada mejor. Y ahora, a propósito, podría usted devolverme esos diamantes.

La verde rama sobre la que se columpiaba la reluciente figura crujió como asombrada. Pero la voz continuó:

–Quiero que los devuelva, Flambeau, y quiero que abandone usted este tipo de vida. Aún hay en usted

juventud, honor y humor. No crea usted que, en esa profesión, le durarán. Los hombres pueden mantener un cierto nivel de bondad, pero ningún hombre ha sido jamás capaz de mantener un nivel de maldad. El camino es descendente. El hombre bondadoso bebe y se vuelve cruel. El hombre sincero mata y miente sobre su crimen. He conocido a muchos hombres que empiezan como usted, un fuera de la ley honrado, un alegre ladrón de ricos, y terminaron cubiertos de fango. Maurice Blum empezó de anarquista de principios, padre de los pobres. Terminó como un espía asqueroso y delator que ambos lados usaban y despreciaban. Harry Burke empezó su movimiento de liberalidad con sinceridad; ahora vive a costa de una hermana medio muerta de hambre para beber sin cesar coñac con soda. Lord Amber se volvió hacia el hampa en una especie de gesto de caballería. Ahora es objeto de chantaje por parte de los peores buitres de Londres. El capitán Barillon era el gran caballero apache antes que usted. Murió en un manicomio, aullando de miedo de los soplones y peristas que lo habían traicionado y perseguido. Ya sé que los bosques que hay detrás de usted, Flambeau, parecen libres. Sé que podría usted desaparecer de repente en ellos como un mono. Pero algún día será usted un viejo mono gris, Flambeau. Se sentará usted en su bosque con frío en el corazón, próximo a la muerte y las copas de los árboles estarán muy desnudas.

Todo seguía inmóvil, como si el hombrecito de abajo sujetara al otro en el árbol con alguna larga e invisible correa. Siguió hablando:

–Su descenso ha comenzado. Usted solía jactarse de que no hacía nada despreciable pero esta noche

está usted haciendo algo despreciable. Está usted dejando que se sospeche de un muchacho honrado que ya tiene mucho en contra de él, está usted separándolo de la mujer que ama y que lo ama. Pero aún hará usted cosas más despreciables antes de morir.

Tres resplandecientes diamantes cayeron desde el árbol hasta el césped. El hombrecito se inclinó para recogerlos y cuando volvió a mirar hacia arriba la verde jaula del árbol había perdido su pájaro de plata.

La devolución de las gemas (accidentalmente recogidas por el padre Brown, cosa curiosa) hizo que la velada terminara triunfalmente. Y Sir Leopold, en el colmo del buen humor, dijo incluso al cura que aunque él mismo tenía puntos de vista más amplios, podría respetar a aquellos cuyo credo les obligaba a vivir enclaustrados e ignorantes de las cosas de este mundo.

5. El hombre invisible

En la fresca y azul penumbra de dos empinadas calles de Camden Town, la tienda de la esquina, una confitería, resplandecía como la brasa de un cigarro. Uno quizá debería decir más bien como la brasa de un fuego de artificio, porque la luz era multicolor y bastante compleja, rota por muchos espejos, deslizándose sobre muchos pasteles y dulces dorados y de alegres colores. Contra este brillante escaparate se pegaban las narices de muchos chicuelos de la calle, porque los bombones estaban todos envueltos en esos colores rojo, oro y verde metálico que son casi mejores que los propios bombones. Y la gigantesca tarta nupcial blanca que había en el escaparate resultaba a la vez remota y suficiente, exactamente como si el Polo Norte entero fuera bueno para comer. Tan provocativo arco iris podía, como es lógico, atraer a los jóvenes de la vecindad hasta las edades de diez o doce años. Pero esta esquina también resultaba atractiva para jóvenes de más edad. Y un joven de nada menos que veinticuatro años, miraba con atención el mismo escaparate. Para él, la tienda ofrecía un encanto arrebatador, pero su atracción no podía explicarse totalmente por los bombones que, sin embargo, estaba muy lejos de despreciar.

Era un joven alto, corpulento y pelirrojo, con un rostro decidido, pero con una actitud apática. Llevaba bajo el brazo una carpeta gris con unos bosquejos en blanco y negro que había vendido con mayor o menor éxito a una editorial desde que su tío (que era almirante) le había desheredado a causa del socialismo, como consecuencia de una conferencia que había pronunciado contra esa teoría económica. Su nombre era John Turnbull Angus.

Por fin se decidió a entrar y atravesó la confitería hasta la parte del fondo, que era una especie de salón de té, levantando apenas su sombrero en un gesto de saludo a la joven que servía. Era una muchacha morena elegante y despejada, de tez sonrosada y ojos oscursos y muy vivos. Tras la pausa normal, la joven se dirigió a él para tomarle la comanda.

Ésta era evidentemente la norma.

–Quiero, por favor –dijo el joven con precisión–, un bollo de medio penique y una taza pequeña de café solo. –Y justo antes de que la joven pudiera alejarse añadió:

–También quiero que se case usted conmigo.

La joven de la tienda se puso rígida de repente y dijo:

–No tolero ese tipo de bromas.

El joven pelirrojo levantó unos ojos grises de inesperada gravedad.

–Real y verdaderamente –dijo–, es una cosa muy seria, tan seria como el bollo de medio penique. Es cara como el bollo. Uno tiene que pagar por ella. Es indigesta, como el bollo. Hace daño.

La joven morena no había apartado ni un momento los ojos de él, sino que parecía estar estudiándolo

con una precisión casi trágica. Al final de su escrutinio su rostro mostró la sombra de una sonrisa y la joven se sentó en una silla.

–¿No le parece a usted –observó Angus con aire ausente– que es bastante cruel comer esos bollos de medio penique? Podrían crecer hasta ser bollos de un penique. Abandonaré este cruel deporte cuando estemos casados.

La joven morena se levantó de la silla y se dirigió a la ventana, sumida, evidentemente, en profunda aunque no antagónica reflexión. Cuando por fin se volvió de nuevo con aire resuelto, se quedó atónita al observar que el joven estaba extendiendo sobre la mesa varios objetos del escaparate. Había una pirámide de dulces de vivos colores, varias bandejas de emparedados y dos frascos de cristal que contenían ese misterioso oporto y ese igualmente misterioso jerez que utilizan los confiteros. En medio de esta ordenada disposición, el joven había colocado cuidadosamente la enorme masa de la tarta blanca que había sido el principal adorno del escaparate.

–¿Qué demonios está usted haciendo? –preguntó ella.

–Mi deber, querida Laura –empezó él.

–Por Dios, deténgase un minuto –exclamó ella– y no me hable usted de esa manera. ¿Qué significa todo esto?

–Una comida de ceremonia, señorita Hope.

–¿Y qué es eso? –preguntó ella impaciente señalando a la montaña de azúcar.

–La tarta nupcial, señora Angus –dijo él.

La joven se dirigió a ella, la levantó bastante ruidosamente y la devolvió al escaparate. Luego regresó y

colocando sus elegantes codos sobre la mesa miró al joven sin desagrado, pero con considerable exasperación.

–No me da usted el menor tiempo para pensar –dijo.

–No soy tan tonto –respondió él–. Ésa es mi humildad cristiana.

Ella seguía mirándolo. Pero tras su sonrisa había una gran dosis de gravedad.

–Señor Angus –dijo firmemente–, antes de seguir con esta tontería, tengo que decirle algo sobre mí misma de la manera más resumida posible.

–Encantado –replicó gravemente Angus–. También podría usted decirme algo sobre mí, ya que está a ello.

–Oh, por favor, cállese y escuche –dijo–. No es nada para avergonzarse, y no es nada que yo lamente especialmente. Pero ¿qué diría usted si hubiera algo que no me atañe y que, sin embargo, se ha convertido en mi pesadilla?

–En ese caso –dijo el joven seriamente– le sugeriría que volviese a traer la tarta.

–Bueno, tiene usted que escuchar primero mi historia –dijo Laura persistentemente–. Para empezar, debo decirle que mi padre era el dueño de una taberna llamada el Pez Rojo en Ludbury, y yo solía servir a la gente en el bar.

–A veces me he preguntado –dijo él– por qué había una especie de atmósfera cristiana en la confitería.

–Ludbury es un pueblecito soñoliento y verde en los Condados del Este y las únicas personas que venían al Pez Rojo eran viajantes ocasionales. El resto de los clientes era la gente más horrible que usted podría encontrarse, aunque usted nunca se la ha encon-

trado. Me refiero a hombres haraganes, que tenían apenas lo justo para vivir y que no tenían otra cosa que hacer más que apoyarse en la barra y apostar a las carreras de caballos, con ropas de mala calidad que resultaban aun demasiado buenas para ellos. Incluso esos desdichados jóvenes no eran muy comunes en nuestra taberna, pero había dos que eran demasiado comunes, comunes en todos los sentidos. Ambos tenían dinero propio y eran atrozmente perezosos y presumidos en el vestir. Pero, a pesar de todo, me daban cierta lástima, pues creo que se encerraban en nuestro pequeño bar porque cada uno de ellos tenía un ligero defecto físico, del tipo que hace que algunos patanes se rían. No era exactamente una deformidad, era más bien una peculiaridad. Uno de ellos era un hombre sorprendentemente pequeño, casi un enano, o por lo menos del tamaño de un jockey. No tenía el menor aspecto de jockey, sin embargo; tenía una cabeza redonda, pelo negro y una barba negra muy cuidada y ojos brillantes como un pájaro. Se pasaba la vida haciendo sonar las monedas en sus bolsillos. Jugueteaba con una enorme leontina de oro. Y siempre aparecía demasiado vestido como un caballero, por lo que se notaba que no lo era. No era ningún tonto, sin embargo, aunque fuese un holgazán inútil. Era sorprendentemente listo para todo tipo de cosas perfectamente inútiles: era una especie de malabarista aficionado, que hacía que quince cerillas se encendieran unas a otras como una traca de fuegos artificiales, o que cortaba un plátano o cualquier cosa semejante en forma de bailarina. Se llamaba Isidore Smythe y todavía puedo verlo, con su carita oscura acercándose a la barra, haciendo un canguro saltarín con cinco ciga-

rros. El otro individuo era más silencioso y más corriente, pero, por alguna razón, me inquietaba mucho más que el pobre y pequeño Smythe. Era muy alto y delgado, de pelo claro. Tenía una nariz prominente y podría haber sido casi guapo en un estilo espectral, pero tenía uno de los estrabismos más terribles que se pueda imaginar. Cuando te miraba de frente, no sabías dónde estabas, y menos aún qué estaba mirando. Me imagino que este defecto había amargado un poco al pobre tipo. Porque, mientras Smythe estaba siempre dispuesto a exhibir sus habilidades, James Welkin (que así se llamaba el hombre bizco) nunca hacía otra cosa más que beber en nuestro bar y dar grandes paseos solitarios por el campo gris y llano que nos rodeaba. De todos modos, creo que Smythe estaba también algo acomplejado por su corta estatura, aunque lo llevaba con más elegancia. Y así fue que me quedé verdaderamente confusa, así como atónita y muy triste, cuando ambos me pidieron en matrimonio en la misma semana.

»Pues bien, hice lo que, desde entonces, creo que fue una tontería, quizá. Pero, después de todo, estos monstruos eran en cierto modo amigos míos. Y me horrorizaba que pensaran que los rechazaba por la verdadera razón, que era su imposible fealdad. Así que me inventé una historia, según la cual nunca me casaría con nadie que no se hubiera abierto camino en la vida por sí mismo. Dije que para mí era una cuestión de principio no vivir de dinero heredado, como el de ellos. Dos días después de mis bienintencionadas palabras, empezó todo el problema. Lo primero que supe es que se habían ido los dos a buscar fortuna, como en un absurdo cuento de hadas. No los

volví a ver desde entonces. Pero he tenido dos cartas del hombrecito llamado Smythe y la verdad es que son muy sorprendentes.

–¿Supo usted algo del otro hombre? –preguntó Angus.

–No, nunca escribió –dijo la joven, tras un momento de vacilación–. La primera carta de Smythe decía simplemente que se había puesto en camino a pie hacia Londres con Welkin, pero Welkin era un andarín tan excepcional que el hombrecito se había quedado atrás, descansando junto a la carretera. Allí se enroló en una compañía ambulante de espectáculos y en parte porque era casi un enano y en parte porque era realmente un tipo muy listo, le fue muy bien en el espectáculo y pronto fue contratado en el Aquarium, para hacer unos juegos malabares que ahora no recuerdo. Ésa fue su primera carta. La segunda fue mucho más sorprendente y me llegó la semana pasada.

Angus terminó su taza de café y la miró con mirada amable y paciente. La boca de la muchacha hizo una ligera mueca risueña mientras continuaba.

–Supongo que habrá visto usted en las vallas publicitarias los anuncios del «Servicio Silencioso Smythe». Sería usted la única persona que no se habría fijado. Yo no sé mucho de esas cosas, pero es un invento de maquinaria de precisión para hacer mecánicamente todo el trabajo doméstico. Ya sabe usted: «Pulse un botón: un mayordomo que nunca bebe». «Gire la palanca: diez doncellas que no coquetean nunca.» Tiene usted que haber visto los anuncios. Pues bien, sean lo que sean esas máquinas, el caso es que producen montañas de dinero. Y todo ese dinero va a parar al hombrecillo a quien conocí en Ludbury.

No puedo evitar alegrarme de que el pobre hombre haya tenido suerte. Pero la verdad llana y simple es que me aterra que aparezca en cualquier momento y me diga que se ha abierto camino en la vida, lo cual es absolutamente cierto.

–¿Y el otro hombre? –repitió Angus con una obstinada calma.

Laura Hope se puso en pie de repente.

–Mi querido amigo –dijo–. Creo que es usted algo brujo. Sí, tiene usted razón. No he recibido ni una línea del otro hombre y no tengo ni la menor idea de qué es o dónde está. Pero es de él de quien tengo miedo. Él es quien invade mi vida por todas partes. Él es quien me está volviendo medio loca. En realidad, creo que ya estoy loca del todo. Porque he notado su presencia donde no podía estar y he oído su voz donde no podía haber hablado.

–Bueno, querida mía –dijo el joven alegremente–. Si fuera el mismo Satanás, ya no tiene nada que hacer, porque ahora ya se lo ha contado usted a alguien. La soledad le vuelve a uno loco, jovencita. Pero ¿cuándo le pareció a usted sentir y oír a su estrábico amigo?

–Oí a James Welkin reír tan claramente como le oigo a usted hablar –dijo la joven con firmeza–. No había nadie a mi alrededor, porque yo estaba justo delante de la tienda, en la esquina, y podía ver las dos calles al mismo tiempo. Se me había olvidado su forma de reír aunque era tan rara como su estrabismo. No me había acordado de él desde hacía casi un año. Pero es la pura verdad que unos segundos después me llegó la primera carta de su rival.

–¿Oyó usted hablar o chillar o algo al espectro? –preguntó interesado Angus.

Laura se estremeció de repente y dijo con voz firme:

–Sí, justo cuando había acabado de leer la segunda carta de Isidore Smythe anunciando su éxito, oí decir a Welkin: «De todos modos no será usted suya». Lo oí con toda claridad, como si estuviese en la habitación. Es horrible. Creo que debo de estar loca.

–Si estuviera usted loca de verdad –dijo el joven– pensaría usted que estaba cuerda. Pero es cierto que parece haber algo raro en ese caballero invisible. Dos cabezas son mejor que una –le ahorro alusiones a cualquier otro órgano– y en realidad, como hombre tenaz y práctico que soy, si usted me permitiera sacar de nuevo la tarta nupcial del escaparate...

Mientras pronunciaba estas palabras, hubo una especie de chirrido metálico en la calle, y un coche pequeño, conducido a enorme velocidad, apareció delante de la tienda y se detuvo. Casi al mismo tiempo, un hombre de corta estatura con un reluciente sombrero de copa apareció con paso firme en la parte anterior de la tienda.

Angus, que hasta ese momento, por razones de higiene mental, había mantenido una neutralidad divertida, reveló la tensión de su espíritu saliendo bruscamente de la zona posterior y enfrentándose con el recién llegado. Una mirada le bastó para confirmar las desquiciadas sospechas de un hombre enamorado. Este individuo repulido pero enanoide, con barba negra puntiaguda insolentemente erguida, inteligentes e inquietos ojos, dedos bien moldeados pero nerviosos, no podía ser más que el hombre que le acababan de describir, Isidore Smythe, que hacía muñecas con cáscaras de plátanos y cajas de cerillas; Isidore Smythe,

que había hecho millones con mayordomos abstemios y honestas doncellas metálicas. Por un instante los dos hombres, instintivamente conscientes de la actitud posesiva de cada uno, se miraron con esa curiosa y fría generosidad que es la esencia misma de la rivalidad.

El señor Smythe, sin embargo, no hizo ninguna alusión a la razón profunda de su antagonismo, sino que dijo sencilla y explosivamente:

–¿Ha visto la señorita Hope lo que hay en el escaparate?

–¿En el escaparate? –repitió el sorprendido Angus.

–No hay tiempo para explicar otras cosas –dijo el millonario con tono cortante–. Aquí está pasando algo raro que debe ser investigado.

Señaló con su bastón al escaparate que había perdido muchos de sus objetos, debido a los preparativos nupciales del señor Angus. Y este caballero se quedó atónito al ver a lo largo del cristal, por la parte de fuera, una larga tira de papel pegada a él y que ciertamente no había estado allí cuando él había mirado desde fuera hacía un rato. Siguiendo al animoso Smythe hasta la calle, encontró que en el cristal exterior alguien había pegado cuidadosamente una tira de papel de sellos y que en ella había escrito con una letra desaparramada el siguiente mensaje: «Si se casa usted con Smythe, éste morirá».

–Laura –dijo Angus asomando su roja y voluminosa cabeza por la puerta–. No está usted loca.

–Ésa es la letra de Welkin –dijo Smythe con aspereza–. Hace años que no lo veo, pero siempre me ha estado molestando. En los últimos quince días, ha hecho entregar cinco cartas amenazadoras en mi piso y no logro no siquiera averiguar quién las deja, y menos

aún si es el propio Welkin. El portero de los apartamentos jura que no ha visto a nadie sospechoso y aquí ha pegado una especie de friso en un escaparate, mientras la gente que había en la tienda...

–En efecto –dijo Angus modestamente–, mientras la gente que había en la tienda tomaba el té. Bien, caballero, le aseguro que admiro su sentido común para tratar tan directamente este asunto. Podemos hablar más tarde de otras cosas. El tipo no puede estar todavía muy lejos, porque puedo jurar que no había ningún papel cuando me dirigí por última vez al escaparate, hará unos diez o quince minutos. Por otro lado, está demasiado lejos para que lo alcancemos, aparte de que no sabemos en qué dirección ir. Mi consejo, señor Smythe, es que ponga usted este asunto inmediatamente en manos de algún investigador eficaz, mejor privado que público. Yo conozco a un individuo enormemente hábil, que se ha establecido a unos cinco minutos de aquí en coche. Se llama Flambeau y aunque tuvo una juventud algo tormentosa, es un hombre perfectamente honrado ahora y su cabeza vale el dinero que cobra. Vive en el Edificio Lucknow en Hampstead.

–Qué curioso –dijo el hombrecito arqueando sus negras cejas–. Yo vivo en el Edificio Himalaya, justo en la esquina. Quizá no le importaría a usted venir conmigo. Yo puedo ir a mi casa y reunir esos extraños documentos de Welkin mientras usted corre a buscar a su amigo el detective.

–Es usted muy amable –dijo Angus cortésmente–. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

Los dos hombres, con una extraña especie de improvisada justicia, se despidieron solemnemente de la

joven y saltaron al veloz cochecito. Cuando Smythe, al volante de su coche, dobló la amplia esquina de la calle, Angus vio, divertido, un gigantesco cartel del «Servicio Silencioso de Smythe», que era el retrato de una gigantesca muñeca metálica sin cabeza, que llevaba un cazo con la leyenda «Una Cocinera Que Nunca Se Enfada».

–Lo uso en mi propio piso –dijo el hombrecillo de la barba negra, riéndose–, en parte como publicidad y en parte porque son realmente útiles. La verdad es que esas grandes muñecas mecánicas mías traen el carbón o el clarete o un horario de ferrocarriles más deprisa que cualquier criado de carne y hueso que he conocido, si sabe uno qué botón hay que apretar. Pero nunca negaré, entre nosotros, que esos sirvientes tienen también sus desventajas.

–¿Ah, sí? –dijo Angus–. ¿Hay algo que no pueden hacer?

–Sí –replicó Smythe tranquilamente–. No pueden decirme quién dejó esas cartas amenazadoras en mi piso.

El coche de Smythe era pequeño y rápido como él. En realidad, como el servicio doméstico, era un invento suyo. Si era un charlatán publicitario, era del tipo que cree en lo que vende. La sensación de algo pequeño y veloz se acentuaba a medida que pasaban por las largas y blancas curvas de la carretera a la luz mortecina pero clara de la tarde. Pronto las blancas curvas se hicieron más pronunciadas y mareantes. Iban subiendo espirales, como dicen en las religiones modernas. En efecto, estaban coronando una parte de Londres que es casi tan empinada como Edimburgo, aunque no tan pintoresca. Las terrazas

se superponían a otras y la singular torre de pisos a la que se dirigían se levantaba por encima de ellas con grandeza casi egipcia, dorada por el uniforme crepúsculo. Al doblar la esquina y entrar en la zona de viviendas conocida como Edificio Himalaya, se produjo un cambio tan brusco como si se hubiera abierto una ventana: frente a ellos había una torre de pisos encaramada sobre Londres como si estuviera sobre un verde mar de pizarra. Frente al edificio, en el otro lado de la curva calle de grava, había un espacio de matorrales más parecido a un seto empinado o a un dique que a un jardín y un poco más abajo corría una corriente de agua artificial, una especie de canal, como si fuera el foso de esa protegida fortaleza. Cuando el coche recorría a toda velocidad la calle, dejó atrás, en una esquina, el puesto ambulante de un vendedor de castañas y justo en el otro extremo de la curva, Angus pudo distinguir la difusa silueta azul de un policía que caminaba lentamente. Ésas eran las únicas figuras humanas en la soledad de ese barrio periférico. Pero Angus tuvo la sensación irracional de que expresaban la inefable poesía de Londres. Sintió que eran como figuras en un cuento.

El cochecito llegó hasta la casa adecuada como una bala y su dueño salió de él disparado. Un instante después estaba interrogando a un conserje de alta estatura y brillantes galones y a un empleado de corta estatura en mangas de camisa para averiguar si alguien o algo había surgido en relación con su vivienda. Se le aseguró que nadie ni nada había pasado el control de los vigilantes desde que él había preguntado la última vez. En vista de ello, Smythe y un Angus bastante

desconcertado subieron como un cohete en el ascensor hasta llegar a la última planta.

–Entre usted un momento –dijo Smythe, sin aliento–. Quiero enseñarle las cartas de Welkin. Luego podría usted ir a buscar a su amigo aquí a la vuelta–. Apretó un botón oculto en la pared y la puerta se abrió sola.

Daba a un largo y amplio vestíbulo, cuyo único rasgo llamativo, desde el punto de vista de lo que es corriente, eran las filas de altas figuras mecánicas semihumanas que se alineaban a ambos lados como maniquíes de sastre. Como éstos, no tenían cabeza. Y como los maniquíes de sastre, tenían una considerable e innecesaria joroba en los hombros, así como una protuberancia como un pichón en el pecho. Pero fuera de eso no se parecían más a una figura humana que cualquier máquina automática en una estación, que fuera de tamaño más o menos humano. Tenían dos grandes ganchos a modo de brazos, para transportar bandejas. Y estaban pintadas de verde brillante o de rojo o de negro, para distinguir unas de otras. En lo demás, no eran más que máquinas automáticas y nadie les habría prestado mayor atención.

En esta ocasión, al menos, nadie lo hizo. Porque entre las dos filas de estos muñecos domésticos había algo más interesante que la mayor parte de la maquinaria del mundo. Era un trozo de papel, blanco y medio roto, con algo escrito en tinta roja. El ágil inventor se lanzó sobre él casi tan pronto como se hubo abierto la puerta. Se lo entregó a Angus sin decir una palabra. La tinta roja no estaba seca todavía y el mensaje decía: «Si ha ido usted a verla hoy, lo mataré».

Hubo un breve silencio y luego Isidore Smythe dijo apagadamente:

–¿Quiere usted un poco de whisky? Yo noto que no me vendría mal.

–Gracias; a mí no me vendría mal un poco de Flambeau –dijo Angus, preocupado–. Este asunto me parece a mí que es bastante serio. Voy a buscarlo inmediatamente.

–De acuerdo –dijo el otro, con un tono alegre digno de admiración–. Tráigalo tan rápidamente como pueda.

Pero cuando Angus cerraba la puerta, vio cómo Smythe apretaba un botón y una de las figuras mecánicas abandonaba su puesto y se deslizaba por una ranura del suelo, llevando una bandeja con un sifón y un frasco de licor. Había algo extrañamente fatídico en la idea de dejar al hombrecito solo, rodeado de esos criados inanimados, que despertaban a la vida al cerrarse la puerta.

Seis escalones más abajo del descansillo de Smythe estaba el hombre en mangas de camisa, con un cubo. Angus se detuvo para hacerle prometer, con el incentivo de una propina futura, que se quedaría ahí hasta que él regresara con el detective y que controlaría a cualquier desconocido que subiera esas escaleras. Corriendo hasta la entrada principal, hizo las mismas advertencias al conserje, quien le informó de que, por suerte, no había puerta trasera. No contento con esto, habló con el policía errante y le indujo a quedarse frente a la puerta y vigilarla. Y finalmente se detuvo un instante para comprar un penique de castañas y preguntar al castañero cuánto tiempo pensaba quedarse en la vecindad.

El castañero, subiéndose el cuello de la chaqueta, le dijo que probablemente se iría pronto, porque le parecía que iba a nevar. En efecto, la tarde se iba oscureciendo y el frío arreciaba, pero Angus, haciendo uso de toda su elocuencia, procedió a clavar al castañero en su puesto de observación.

–Caliéntese usted con las castañas –le dijo apremiantemente–. Cómaselas todas. Yo le compensaré adecuadamente. Le daré una libra si espera usted aquí hasta que yo vuelva y me dice si alguien, hombre, mujer o niño, entra en esa casa donde está el conserje.

Luego echó a andar a buen paso, con una última ojeada a la torre sitiada.

–He rodeado el apartamento, por lo menos –se dijo–. Los cuatro no pueden ser cómplices del señor Welkin.

El Edificio Lucknow estaba, por así decir, en una plataforma más baja de esa colina de casas, cuya cima podría decirse que era el Edificio Himalaya. El piso semiprofesional de Flambeau estaba en la planta baja y presentaba en todo un enorme contraste con la maquinaria americana y el frío lujo de hotel del piso del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, lo recibió en un estudio rococó, adornado con sables, arcabuces, objetos orientales curiosos, frascos de vino italiano, utensilios primitivos de cocina, un peludo gato persa y un cura católico, bajito y polvoriento, que parecía completamente fuera de lugar allí.

–Éste es mi amigo, el padre Brown –dijo Flambeau–. Tenía muchas ganas de que lo conociera usted. Hace un tiempo espléndido, un poco frío para un meridional como yo.

–Sí, creo que se mantendrá despejado –dijo Angus sentándose en una turca tapizada con rayas violeta.

–No –dijo el curita calmosamente–. Ha empezado a nevar.

En efecto, mientras pronunciaba estas palabras, empezaron a flotar ante la oscura ventana los primeros copos de nieve que ya había pronosticado el castañero.

–Bien –dijo Angus laboriosamente–. Me temo que he venido por un asunto profesional y bastante inquietante, por cierto. Ocurre, Flambeau, que a la vuelta de la esquina de su casa, hay un individuo que necesita urgentemente su ayuda. Sufre constantemente la persecución y las amenazas de un enemigo invisible, un truhán al que nadie ha visto.

Y Angus contó toda la historia de Smythe y Welkin, empezando con la historia de Laura y continuando con la suya propia, la risa diabólica en la esquina de dos calles vacías, las extrañas palabras pronunciadas con toda claridad en una habitación vacía. Flambeau se iba mostrando cada vez más interesado y el curita parecía ajeno a todo ello, como un mueble más en la habitación. Cuando Angus llegó al papel de sellos garrapateado y pegado al escaparate, Flambeau se puso en pie, pareciendo llenar toda la habitación con su enorme figura.

–Si no le importa –dijo–, creo que sería mejor que me contara usted el resto camino de la casa de este hombre. Me da la impresión de que no hay tiempo que perder.

–Encantado –dijo Angus, levantándose también–. Aunque ahora mismo está a salvo, porque he dejado a cuatro hombres vigilando el único acceso a su refugio.

Salieron a la calle con el curita trotando tras ellos con la docilidad de un perrito. Se limitó a decir, en tono alegre, como por dar conversación:

–Qué rápidamente cuaja la nieve en el suelo.

Al tiempo que subían por las aceras de las empinadas calles ya cubiertas de polvo plateado. Angus iba terminando su historia. Y cuando llegaron a la calle curva con la torre de pisos, pudo dedicar toda su atención a los cuatro centinelas. El castañero, tanto antes como después de recibir la libra, juró testarudamente que había vigilado la puerta y no había visto entrar a ningún visitante. El policía fue aún más enfático. Él tenía experiencia con toda clase de delincuentes, de alto copete y de los bajos fondos. No era tan inexperto como para esperar que un tipo sospechoso lo pareciera. Había estado pendiente de cualquier tipo de persona y, a fe suya, que no había aparecido nadie. Y cuando los tres hombres rodearon al reluciente conserje, que sonreía en medio del porche, el veredicto fue aún más firme.

–Tengo derecho a preguntar a cualquiera, sea un duque o un barrendero, a qué viene al edificio –dijo el amable y engalanado gigante–, y puedo jurar que no he tenido que preguntar a nadie desde que este caballero salió.

El insignificante padre Brown, que se mantenía un poco retirado, mirando modestamente al suelo, se aventuró a decir humildemente:

–¿Nadie ha subido y bajado las escaleras, pues, desde que empezó a nevar? Empezó cuando todavía estábamos en casa de Flambeau.

–No, señor. Nadie ha estado aquí, puede usted creerme –dijo el conserje, con sonriente autoridad.

–Entonces, ¿qué es esto? –preguntó el cura, mirando al suelo con ojos inexpresivos como un pez.

Los demás miraron también al suelo. Y Flambeau profirió una violenta exclamación, gesticulando a la francesa. Porque era absolutamente cierto que en medio de la entrada custodiada por el hombre de uniforme con adornos dorados, de hecho, justo entre las arrogantes y estiradas piernas del coloso, había una larga fila de pisadas grises sobre la blanca nieve.

–¡Dios mío! –exclamó involuntariamente Angus–. ¡El hombre invisible!

Sin otra palabra, dio media vuelta y se lanzó escaleras arriba, seguido por Flambeau. Pero el padre Brown se quedó mirando a su alrededor la calle cubierta de nieve, como si hubiera perdido interés en su investigación.

Flambeau, claramente, estaba dispuesto a echar abajo la puerta, pero el escocés, con más razón pero menos intuición, palpó el marco de la puerta hasta dar con el botón invisible. Y la puerta se abrió lentamente.

Apareció sustancialmente el mismo atestado vestíbulo de antes, que estaba más oscuro, aunque aquí y allá lucían los últimos rayos carmesí del crepúsculo y una o dos de las máquinas sin cabeza habían cambiado de sitio con algún propósito y estaban desperdigadas por la habitación en penumbra. Sus colores verdes y rojos parecían más oscuros en el anochecer y su parecido con una figura humana había aumentado ligeramente al haberse difuminado sus formas. Pero en medio de todas ellas, exactamente donde antes había estado el papel escrito en tinta roja, había algo muy

parecido a tinta roja que se hubiese vertido de un tintero. Pero no era tinta roja.

Con una combinación muy francesa de razón y violencia, Flambeau se limitó a decir «Asesinato» y lanzándose al interior del piso lo exploró de arriba abajo en cinco minutos. Pero si esperaba encontrar un cadáver, no lo encontró. Isidore Smythe no estaba allí, ni vivo ni muerto. Tras la más exhaustiva búsqueda, los dos hombres se reunieron en el vestíbulo, con los rostros cubiertos de sudor y ojos sorprendidos.

–Amigo mío –dijo Flambeau en francés, en su excitación–, no sólo su asesino es invisible, sino que vuelve invisible a la víctima.

Angus miró en torno suyo la oscura habitación llena de maniquíes y en algún rincón celta de su alma escocesa sintió un estremecimiento. Uno de los muñecos de tamaño natural estaba justo al lado de la mancha de sangre, a la que hacía sombra, llamado quizá por el hombre asesinado un instante antes de sucumbir. Uno de los ganchos que hacían las veces de brazos estaba un poco levantado y Angus tuvo de repente la horrible fantasía de que la propia criatura metálica de Smythe lo había golpeado. La materia se había rebelado y estas máquinas habían matado a su creador. Pero aun así, ¿que habían hecho con él?

–¿Se lo habían comido? –susurraba en su oído la pesadilla. Y Angus se sintió enfermo durante un instante ante la idea de unos desgarrados restos humanos, deglutidos y aplastados por la maquinaria acéfala.

Con un esfuerzo decidido recobró la cordura y dijo a Flambeau:

–Bien, pues aquí estamos. El pobre tipo se ha evaporado y dejado una marca roja en el suelo. El asunto no pertenece a este mundo.

–Sólo podemos hacer una cosa –dijo Flambeau–. Tanto si pertenece a este mundo como si pertenece al otro, tengo que bajar y hablar con mi amigo.

Descendieron, pasando al hombre del cubo, quien de nuevo aseguró que no había dejado pasar a ningún intruso, hasta llegar al conserje y al castañero que andaba por ahí también y ambos insistieron de nuevo en la eficacia de su vigilancia. Pero cuando Angus miró a su alrededor para obtener la cuarta confirmación, algo nervioso de no verlo, preguntó:

–¿Dónde está el policía?

–Perdóneme –dijo el padre Brown–, es culpa mía. Acabo de enviarlo calle abajo a investigar una cosa... que creí que merecía la pena investigar.

–Bien, pues necesitamos que vuelva en seguida –dijo Angus con brusquedad– porque el desdichado individuo de arriba no sólo ha sido asesinado, sino que se ha evaporado.

–¿Cómo? –preguntó el cura.

–Padre –dijo Flambeau, tras una pausa–, le juro que para mí lo ocurrido corresponde más a su departamento que al mío. Nadie ha entrado en la casa, ni amigo ni enemigo, pero Smythe ha desaparecido, como si lo hubieran robado los duendes. Si eso no es algo sobrenatural...

Se interrumpió ante una imagen insólita: el enorme policía de azul rodeaba la esquina de la calle a la carrera. Se dirigió de inmediato a Brown.

–Tenía usted razón, señor –dijo sin aliento–. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre señor Smythe en el canal que hay ahí abajo.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

–¿Bajó corriendo y se ahogó? –preguntó.

–Nunca bajó, eso lo puedo jurar –dijo el policía–, y tampoco se ahogó, porque murió de una gran puñalada en el corazón.

–¿Y sin embargo ustedes no vieron entrar a nadie? –dijo Flambeau con tono grave.

–Caminemos un poco calle abajo –dijo el cura.

Cuando llegaban al final de la calle, el padre Brown exclamó de repente:

–¡Qué estúpido soy! Se me olvidó preguntar al policía una cosa. Me pregunto si encontraron un saco de color marrón claro.

–¿Por qué un saco marrón claro? –preguntó Angus atónito.

–Porque si fuera un saco de cualquier otro color, habría que empezar a investigar de nuevo el caso –dijo el padre Brown–; pero si era un saco marrón claro, entonces el asunto ha concluido.

–Me encanta oírlo –dijo Angus con tono irónico–. En lo que a mí concierne, no ha empezado.

–Tiene usted que contárnoslo todo –dijo Flambeau, con una extraña y profunda sencillez, como un niño.

Inconscientemente, caminaban con pasos cada vez más rápidos por la larga calle, al otro lado de la pronunciada curva, con el padre Brown a la cabeza, a buen paso, pero en silencio. Al fin dijo con una vaguedad casi conmovedora.

–Bueno, me temo que lo van a encontrar ustedes muy prosaico. Siempre empezamos por el extremo abstracto de las cosas y esta historia no se puede empezar por ningún otro lado. ¿No han observado ustedes una cosa curiosa, que la gente nunca contesta a lo

que se le dice? Contesta a lo que uno quiere decir o a lo que cree que uno quiere decir. Imaginemos que una señora dice a otra en una casa de campo: «¿Hay alguien con ustedes aquí?». La señora no contesta «sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etc.», aunque a lo mejor la doncella está en ese momento presente en el salón o el mayordomo detrás de su silla. La dama dice: «No hay nadie con nosotros», refiriéndose a «la clase de gente a la que usted alude». Pero imaginemos que un médico está investigando una epidemia y pregunta «¿quién hay en la casa?». Entonces la dama se acordará del mayordomo, de la doncella y del resto. La lengua siempre se usa así. Nunca le contestan a uno literalmente a una pregunta, incluso cuando contestan la verdad. Cuando esos cuatro hombres perfectamente honrados dijeron que nadie había entrado en el edificio, no querían decir nadie literalmente. Se referían a nadie de quien pudieran sospechar que se trataba del hombre al que ustedes buscaban. Sí que entró un hombre en la casa y volvió a salir, pero no se dieron cuenta.

–¿Un hombre invisible? –preguntó Angus alzando sus pelirrojas cejas.

–Un hombre mentalmente invisible –dijo el padre Brown.

Un minuto o dos después, continuó su relato con la misma voz modesta, como un hombre que busca mentalmente su camino.

–Naturalmente, uno no puede pensar en un hombre así hasta que se piensa en él. Aquí es donde está su listeza. Pero a mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres cositas del relato que nos hizo el señor Angus. En primer lugar, estaba el hecho de que este Welkin era

aficionado a dar largos paseos. Luego estaba la gran cantidad de papel engomado en el escaparate. Y luego, y eso es lo más importante, estaban las dos cosas que dijo la joven, cosas que no podían ser ciertas. No se enfade usted –se apresuró a añadir, al ver el súbito gesto del escocés con la cabeza–; ella creía que eran ciertas, pero no podían serlo. Una persona no puede estar completamente sola en la calle un segundo después de recibir una carta. No puede estar completamente sola en la calle cuando empieza a leer una carta que acaba de recibir. Tiene que haber alguien bien cerca de ella; alguien que debe ser mentalmente invisible.

–¿Por qué tiene que haber alguien cerca de ella? –preguntó Angus.

–Porque –dijo el padre Brown– descartadas las palomas mensajeras, alguien tuvo que haberle entregado la carta.

–¿Quiere usted decir, de verdad –preguntó con energía Flambeau–, que Welkin llevaba las cartas de su rival a su dama?

–Sí –dijo el cura–. Welkin llevaba las cartas de su rival a su dama. No le quedaba más remedio.

–Oh, no puedo resistir más –estalló Flambeau–. ¿Quién es ese tipo? ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo va vestido generalmente un hombre invisible?

–Va vestido bastante elegantemente de rojo, azul y oro –replicó rápida y decididamente el cura– y con ese notable e incluso llamativo traje entró en el Edificio Himalaya bajo cuatro pares de ojos humanos, mató a Smythe a sangre fría y volvió a salir a la calle llevando su cadáver en los brazos...

–Reverendo señor –exclamó Angus, quedándose quieto–. ¿Está usted loco de remate o lo estoy yo?

–No está usted loco –dijo Brown–. Simplemente es usted poco observador. No se ha fijado usted en un hombre como éste, por ejemplo.

Dio tres pasos rápidos hacia delante y puso la mano en el hombro de un cartero que había pasado apresuradamente junto a ellos sin que se dieran cuenta, bajo la sombra de los árboles.

–Por alguna razón –dijo Brown pensativamente– nadie ve a los carteros. Sin embargo, tienen pasiones como todos los hombres e incluso llevan grandes sacos donde se puede ocultar muy fácilmente un cadáver de pequeño tamaño.

El cartero, en vez de volverse con naturalidad, se había escabullido y había tropezado contra la valla del jardín. Era un hombre delgado, de barba rubia y aspecto muy corriente, pero cuando volvió su alarmado rostro por encima del hombro, los ojos que se clavaron en los tres hombres tenían un estrabismo casi diabólico.

Flambeau volvió a sus sables, sus alfombras púrpura y su gato persa, porque tenía muchas cosas de que ocuparse. John Turnbull Angus volvió junto a la damisela de la confitería, con la cual ese imprudente joven logra encontrarse muy cómodo. Pero el padre Brown caminó bajo las estrellas por las colinas cubiertas de nieve durante muchas horas con un asesino y lo que se dijeron no se sabrá nunca.

6. El honor de Israel Gow

Cuando el padre Brown, envuelto en una manta escocesa de color gris, llegó al final de un gris valle escocés y divisó el extraño castillo de Glengyle, caía la tarde, tormentosa, olivácea y plateada. El castillo cerraba un extremo del valle u hondonada como un callejón sin salida. Y parecía el fin del mundo. Con sus inclinados techos y torrecillas de pizarra verde mar, a la manera de los viejos castillos franco-escoceses, recordaba a un inglés los siniestros sombreros puntiagudos de las brujas en los cuentos de hadas. Y los pinares que se mecían en torno a los verdes torreones parecían, comparados con él, tan negros como una innumerable bandada de cuervos. Esta nota de una maldad soñadora, casi dormida, no era una mera fantasía producida por el paisaje. Porque, en verdad, sobre ese lugar se cernía una de esas nubes de orgullo y locura y misterioso dolor que pesan más fuertemente sobre las casas nobles de Escocia que sobre cualquier otro hijo de hombre. Porque Escocia tiene una doble dosis del veneno llamado herencia: el sentido de la sangre en el aristócrata y el sentido de la fatalidad en el calvinista.

El sacerdote había distraído un día de sus asuntos en Glasgow para reunirse con su amigo Flambeau, el detective privado, que estaba en el castillo de Glengyle con otro detective oficial, investigando la vida y la

muerte del difunto conde de Glengyle. Esa misteriosa persona era el último representante de una raza cuyo valor, locura y violenta astucia habían sido terribles incluso entre la siniestra nobleza de su nación en el siglo XVI. Nadie se había metido más profundamente que ellos en esa laberíntica ambición, de cámaras dentro de otras cámaras, que constituía el palacio de mentiras construido en torno a la reina María de Escocia.

En la zona corría una coplilla que daba cándido testimonio del motivo y resultado de sus maquinaciones:

Como la verde savia para los agitados árboles
así es el oro para los Ogilvie...

Durante muchos siglos no había habido un señor decente en Glengyle y con la era victoriana se podría pensar que todas sus excentricidades estaban agotadas. Sin embargo, el último Glengyle satisfizo su tradición tribal haciendo la única cosa que le quedaba para hacer: desapareció. No quiero decir que se marchó al extranjero. Según todos los datos, seguía en el castillo, si es que estaba en alguna parte. Pero aunque su nombre estaba en el registro eclesiástico y en el extenso y rojo libro de la nobleza, nadie lo vio jamás.

Si alguien lo vio, fue un solitario sirviente, una mezcla de criado y jardinero. Era tan sordo que la gente más práctica daba por supuesto que era mudo, mientras que los más discernidores decían que era medio idiota. Era un labriego flaco y pelirrojo, con una mandíbula y una barbilla que expresaban obstinación y ojos de un azul muy oscuro, al que se cono-

cía con el nombre de Israel Gow, y era el único y silencioso sirviente en esa propiedad abandonada, pero la energía con la que cavaba patatas y la regularidad con que desaparecía en la cocina, daban la impresión a la gente de que preparaba comidas para un amo y que el extraño conde seguía escondido en el castillo. Cuando la sociedad necesitaba alguna otra prueba de que estaba ahí, el sirviente insistía siempre en que el señor no recibía. Una mañana el jefe de la corporación municipal y el ministro (porque los Glengyle eran presbiterianos) fueron convocados al castillo. Allí encontraron que el jardinero, criado y cocinero había añadido a sus muchas funciones la de enterrador y había encerrado a su noble señor en un ataúd. Todavía no estaba claro si este extraño hecho había sido investigado, poco o mucho, pero la cosa es que nunca había sido investigado legalmente hasta que Flambeau había ido al lugar, dos o tres días antes. Para entonces el cuerpo de Lord Glengyle (si es que era su cuerpo) llevaba ya algún tiempo yaciendo en el pequeño cementerio de la iglesia en la colina.

Cuando el padre Brown atravesó el jardín en penumbra y llegó bajo la sombra del castillo, las nubes eran espesas y todo el aire húmedo y tormentoso. Contra la última línea del crepúsculo verde y dorado vio una negra silueta humana: un hombre con un sombrero de chimenea, con una gran azada sobre el hombro. La combinación daba la impresión de un extraño sacristán. Pero cuando el padre Brown se acordó del criado sordo que sacaba patatas, lo encontró natural. Sabía algo de la mentalidad del campesino escocés. Sabía que la respetabilidad exigía que sintiese la necesidad de vestirse de negro para una investigación

oficial; también sabía que su sentido del ahorro le impediría perder una hora de cavar a pesar de la investigación. Incluso la sorpresa y la mirada suspicaz del individuo, cuando el cura pasó junto a él, le parecían en consonancia con el carácter vigilante y el celo de ese tipo humano.

El propio Flambeau abrió la gran puerta de entrada y con él estaba un hombre delgado de pelo gris, que llevaba unos papeles en la mano: el inspector Craven, de Scotland Yard. El gran vestíbulo estaba casi desnudo y vacío, pero los pálidos y despectivos rostros de uno o dos de los preversos Ogilvie los miraban bajo las negras pelucas antiguas desde lienzos ennegrecidos.

El padre Brown siguió a los detectives a una habitación interior y se encontró con que los dos aliados habían estado sentados a una larga mesa de roble, uno de cuyos extremos estaba cubierto de papeles garrapateados, rodeados de whisky y cigarros. El resto de la mesa estaba ocupado por una serie de objetos separados, colocados a cierta distancia unos de otros. Eran unos objetos absolutamente inexplicables. Uno de ellos parecía un montoncito de relucientes cristales rotos. Otro parecía un alto montón de polvo marrón. Un tercero parecía un simple palo de madera.

–Parecen tener ustedes una especie de museo geológico aquí –dijo, al sentarse, el padre Brown, indicando brevemente con la cabeza el polvo marrón y los fragmentos cristalinos.

–No un museo geológico –replicó Flambeau–, digamos más bien un museo psicológico.

–Oh, por Dios –exclamó riendo el policía–, no empecemos con esas palabras tan complicadas.

–¿No sabe usted qué significa psicología? –pregun-

tó con amistosa sorpresa Flambeau–. Psicología quiere decir estar mal de la cabeza.

–De todos modos, no lo entiendo bien –replicó el policía.

–Bueno –dijo Flambeau con firmeza–. Quiero decir que sólo hemos averiguado una cosa acerca de Lord Glengyle: era un maníaco.

La negra silueta de Gow con su alto sombrero y su azada pasó por delante de la ventana débilmente destacada contra el cielo que se iba oscureciendo. El padre Brown lo miró pasivamente y contestó:

–Puedo entender que debe de haber habido algo raro en ese hombre, o si no no se habría enterrado vivo, ni habría tenido tal prisa de enterrarse muerto. Pero ¿qué le hace a usted pensar que estaba loco?

–Bien –dijo Flambeau–, escuche usted la lista de cosas que el señor Craven ha encontrado en la casa.

–Tenemos que conseguir una vela –dijo Craven de repente–. Se está preparando una tormenta y está demasiado oscuro para leer.

–¿Ha encontrado usted alguna vela –preguntó Brown, sonriendo– entre esas cosas extrañas?

Flambeau levantó gravemente el rostro y fijó sus ojos oscuros en el de su amigo.

–Eso también es curioso –dijo–. Veinticinco velas y ni rastro de un candelabro.

En la habitación que se oscurecía por momentos, al tiempo que aumentaba el viento en el exterior, Brown bordeó la mesa hasta llegar al lugar donde había un manojo de velas de cera entre otros objetos incoherentes. Al hacerlo se inclinó accidentalmente sobre el montón de polvo marrón rojizo. Un estrepitoso estornudo rasgó el silencio.

–¡Vaya! –exclamó–, ¡rapé!

Cogió una de las velas, la encendió cuidadosamente, regresó y la colocó en el cuello de la botella de whisky. El inquieto viento nocturno, que soplaba a través de la destartalada ventana, hacía ondear la larga llama como si fuera una bandera. Y por todos los costados del castillo podían oír las millas y millas de negros pinares que se agitaban como un negro mar en torno a una roca.

–Leeré el inventario –empezó Craven gravemente, cogiendo uno de los papeles–. Es el inventario de lo que hemos encontrado suelto y no explicado en el castillo. Tiene usted que comprender que el lugar está prácticamente desmantelado y abandonado. Pero una o dos de las habitaciones, evidentemente, han sido ocupadas por alguien, con un estilo sencillo pero no sórdido. Alguien que no era el criado Gow. La lista es la siguiente:

»Primer artículo: Una cantidad muy considerable de piedras preciosas, casi todas diamantes, todas sueltas, sin engastar. Por supuesto, es natural que los Ogilvie tuvieron joyas de familia, pero esas joyas son las que casi siempre están engarzadas como ornamentos. Los Ogilvie parecen haber guardado las suyas sueltas en los bolsillos, como si fueran calderilla.

»Segundo artículo: Montones y montones de rapé suelto, sin guardar en un cuerno o en una petaca incluso, sino dejados sobre las chimeneas, en el aparador, en el piano, en cualquier parte. Parece como si el anciano caballero no se hubiera tomado la molestia de mirar en una bolsa o levantar una tapadera.

»Tercer artículo: Aquí y allá por toda la casa, curiosos montoncillos de diminutas piezas de metal, algu-

nas como pequeños muelles de acero y otras con forma de ruedas microscópicas. Como si hubieran sido las tripas de algún juguete mecánico.

»Cuarto artículo: Las velas de cera, que tienen que colocarse en cuellos de botella porque no hay palmatorias ni candelabros. Me gustaría llamarle la atención sobre cuánto más extraño es todo esto que lo que imaginamos. Porque para el misterio central estamos preparados: todos hemos notado inmediatamente que había algo raro en el último conde. Hemos venido para averiguar si realmente vivió aquí, si realmente murió aquí, si ese espantapájaros pelirrojo que lo enterró tuvo que ver algo con su muerte. Pero imagine usted lo peor que se le ocurra, la solución más horripilante y melodramática que quiera. Imagine que el criado mató en realidad al amo, o imagine que el amo no está realmente muerto, o imagine que el amo está disfrazado de criado o imagine que el criado está enterrado en lugar del amo. Invente cualquier tragedia a lo Wilkie Collins y aún no habrá explicado usted por qué hay velas sin candelabros o por qué un anciano caballero de buena familia tenía la costumbre de derramar rapé sobre el piano. El centro de la historia lo podemos imaginar. Son las cosas que lo bordean las que son misteriosas. Ni la más volcánica imaginación puede relacionar rapé y diamantes y velas de cera y trozos de mecanismos de relojería.

–A mí me parece ver la relación –dijo el sacerdote–. Este Glengyle odiaba la Revolución francesa. Era un entusiasta del *ancien régime* y trataba de reproducir exactamente la vida familiar de los últimos Borbones. Tenía rapé porque era un lujo del siglo XVIII, velas de cera porque con ellas se alumbraban en ese siglo; pie-

zas mecánicas de metal porque representaban la afición a la cerrajería de Luis XVI; los diamantes reproducen el collar de diamantes de María Antonieta.

Los dos hombres lo miraban boquiabiertos.

–¡Qué idea tan extraordinaria! –exclamó Flambeau–. ¿Cree usted realmente que ésa es la verdad?

–Estoy completamente seguro de que no –respondió el padre Brown–. Pero ustedes dijeron que nadie podría relacionar rapé y diamantes y mecanismos de relojería con velas de cera. Y yo les demuestro que se puedan relacionar sin más. La verdad, estoy completamente seguro, es algo mucho más profundo.

Hizo una pausa y escuchó el gemido del viento en las torrecillas. Luego dijo:

–El difunto conde de Glengyle era un ladrón. Vivió una doble vida como desesperado ladrón de viviendas. No tenía candelabros porque sólo usaba velas cortas en la lámpara de la que se servía. El rapé lo usaba como los peores ladrones franceses han usado la pimienta: para arrojarlo de repente, en grandes cantidades, a la cara de un perseguidor o de un capturador. Pero la prueba final está en la curiosa coincidencia de los diamantes y las ruedecillas de acero. ¿No les resulta evidente? Los diamantes y las pequeñas ruedas de acero son los únicos instrumentos con los que se puede cortar un cristal.

La rama de un pino quebrado azotó pesadamente, impulsada por una ráfaga de viento, el cristal de la ventana que había tras ellos, como en una imitación de un ladrón, pero no se volvieron. Seguían con los ojos fijos en el padre Brown.

–Diamantes y ruedas metálicas –repitió pensativo Craven–. ¿Es eso todo lo que le hace a usted pensar que ésa es la verdadera explicación?

–No creo que sea la verdadera explicación –replicó el sacerdote plácidamente–. Pero usted dijo que nadie podría relacionar los cuatro artículos. La verdadera historia, naturalmente, es algo mucho más trivial. Glengyle había encontrado, o creía haber encontrado, piedras preciosas en su propiedad. Alguien le había embaucado con esos brillantes sueltos, diciendo que habían aparecido en las cavernas del castillo. Las ruedecillas son algún instrumento para cortar diamantes. Tenía que hacerlo muy rudimentariamente y poco a poco, con la ayuda de algún pastor o algún individuo primitivo de esas colinas. El rapé es el lujo máximo de esos pastores escoceses. Es la única cosa con la que se les puede sobornar. No tenían candelabros porque no los necesitaban: sujetaban las velas con las manos cuando exploraban los subterráneos.

–¿Es eso todo? –preguntó Flambeau tras una larga pausa–. ¿Hemos llegado a la aburrida verdad al fin?

–Oh, no –dijo el padre Brown.

Al tiempo que el viento moría en los pinares más distantes, con un largo ulular que parecía burlón, el padre Brown, con rostro completamente impasible, continuó:

–Sólo he sugerido esas cosas porque ustedes dijeron que nadie podía relacionar convincentemente el rapé con la relojería y las velas con los diamantes. Se puede explicar el universo con diez teorías falsas. Se puede explicar el misterio del castillo de Glengyle con diez teorías falsas. Pero queremos una explicación verdadera del castillo y del universo. ¿No hay otras pruebas?

Craven se rió y Flambeau se levantó sonriendo y caminó a lo largo de la mesa.

–Los artículos cinco, seis y siete –dijo– son ciertamente más variados que instructivos. Una curiosa colección, no de lápices con mina de plomo, sino de las minas de los lápices solas. Un palo de bambú sin sentido, con la parte de arriba bastante astillada. Podría ser el instrumento del crimen. Lo único es que no hay ningún crimen. Las otras cosas que quedan son unos pocos misales viejos y unas estampitas católicas que los Ogilvie conservaban, supongo, desde la Edad Media, quizá porque su orgullo de estirpe era más fuerte que su puritanismo. Los pusimos en el museo sólo porque están curiosamente cortados y profanados.

La persistente tempestad exterior empujó una amenazadora masa de nubes sobre Glengyle que sumió en la oscuridad la larga habitación, en el momento en el que el padre Brown cogía las estampas para examinarlas. Habló antes de que la oscuridad hubiera desaparecido. Pero era la voz de un hombre completamente nuevo.

–Señor Craven –dijo (y su voz parecía la de un hombre diez años más joven)–: tiene usted una orden de registro para examinar esa tumba ¿no es cierto? Cuanto antes lo hagamos, mejor; hay que llegar al fondo de este horrible asunto. Yo, en su lugar, empezaría ahora mismo.

–¿Ahora? –repitió el atónito detective–. ¿Y por qué ahora?

–Porque esto es un asunto muy serio –respondió Brown–. Esto no es rapé desparramado o unos pedruscos sueltos, que podrían estar ahí por mil razones diferentes. Sólo hay una razón, que yo sepa, para hacer esto. Y esa razón llega hasta las raíces del mundo. Estas estampas religiosas no han sido manchadas o

desgarradas o pintarrajeadas, lo cual podría ser el resultado del descuido o de la intolerancia, por niños o por protestantes. Estas estampas han sido manejadas muy cuidadosamente y de una manera muy peculiar. En cada sitio en el que aparecía el Hombre de Dios, muy ornamentado, en las viejas estampas, se ha suprimido cuidadosamente. La única otra cosa que se ha eliminado también es el halo que rodea la cabeza del Niño Jesús. Por lo tanto, insisto, cojamos nuestra orden de registro, nuestra azada y nuestra hacha y vayamos a abrir ese ataúd.

–¿Qué quiere usted decir? –exigió el policía de Londres.

–Quiero decir –respondió el curita y su voz parecía levantarse ligeramente por encima del rugido de la tormenta–, quiero decir que el gran demonio del universo puede estar sentado en la torre más alta de este castillo en este momento, tan grande como cien elefantes, rugiendo como el Apocalipsis. Hay magia negra en el fondo de todo esto.

–Magia negra –repitió en voz baja Flambeau, porque era un hombre demasiado ilustrado para no saber de tales cosas–. Pero ¿qué pueden significar estas otras cosas?

–Algo censurable, me imagino –replicó Brown impacientemente–. ¿Cómo puedo yo saberlo? ¿Cómo puedo adivinar todos los laberintos subterráneos? Quizá puede uno fabricar un sistema de tortura a base de rapé y de bambú. Quizá los locos codician cera y limaduras de acero. Quizá hay una droga que vuelve loco hecha de las minas de los lápices. Nuestro único atajo para llegar al misterio está en lo alto de la colina, en la tumba.

Sus compañeros apenas se dieron cuenta de que habían obedecido y lo seguían hasta que un golpe del viento nocturno les azotó los rostros en el jardín. Sin embargo, lo habían obedecido como autómatas. Porque Craven se encontró con un hacha en la mano y la orden de exhumación en el bolsillo. Flambeau llevaba la pesada azada del extraño jardinero. El padre Brown tenía consigo el librito de cantos dorados del cual se había arrancado el nombre de Dios.

El sendero que subía por la colina hasta el patio de la iglesia era tortuoso pero corto. Sólo la fuerza del viento lo hacía parecer difícil y largo. Hasta donde alcanzaba la vista, cada vez más lejos a medida que subían la loma, había mares y más mares de pinos, inclinados todos en la misma dirección a causa del viento. Y ese gesto universal parecía tan vano como extenso, tan inútil como si el viento silbara en un planeta deshabitado y sin propósito. Por toda esa infinita extensión de bosques gris azulados cantaba, fuerte y penetrantemente, esa antigua tristeza que está en el corazón de todo lo pagano. Uno podía imaginar que las voces procedentes del mundo subterráneo de follaje insondable eran gritos de los dioses paganos perdidos y errantes: dioses que vagaban en ese bosque irracional y que nunca podrían encontrar el camino de regreso al cielo.

–Tengan ustedes en cuenta –dijo el padre Brown en voz baja pero natural– que los escoceses, antes de que Escocia existiera, eran unas gentes peculiares. Pero en la época prehistórica, me imagino que realmente adoraban a los demonios. Ésa es la razón –añadió suavemente– por la que aceptaron tan rápidamente la teología puritana.

–Mi buen amigo –dijo Flambeau, volviéndose con cierta agitación–, ¿qué significa todo ese rapé?

–Mi buen amigo –replicó Brown, con la misma seriedad–. Hay una marca común a todas las religiones genuinas: el materialismo. Y la adoración del demonio es una religión perfectamente genuina.

Habían llegado a la cima cubierta de hierba de la colina, uno de los pocos lugares donde no había pinares aplastantes y rugidores. Un recinto miserable, bordeado en parte de madera y en parte de alambre que la tormenta hacía sonar: allí estaba el cementerio. Pero cuando el inspector Craven llegó a la esquina de la tumba y Flambeau hubo clavado su azada con la hoja hacia abajo y se hubo apoyado en ella, ambos temblaban casi tanto como la temblorosa valla de madera y alambre. A los pies de la tumba crecían grandes y altos cardos, de color gris plateado, medio putrefactos. Una o dos veces, cuando un vilano de cardo se desprendía al viento y volaba junto a él, Craven saltó levemente, como si hubiera pasado un dardo.

Flambeau introdujo la hoja de la azada a través de la hierba rumorosa hasta alcanzar la arcilla mojada. Luego pareció detenerse y apoyarse en ella como si fuera un cayado.

–Siga usted –dijo el cura muy suavemente–. Sólo tratamos de encontrar la verdad. ¿De qué tiene usted miedo?

–Tengo miedo de encontrarla –dijo Flambeau.

El detective de Londres habló de repente con voz aguda y cacareante que quería ser alegre y natural:

–Me pregunto por qué se escondió de esa manera. Por algo desagradable, supongo. ¿Sería un leproso?

–Algo peor que eso –dijo Flambeau.

–¿Y qué se imagina usted que podría ser peor que un leproso? –preguntó el otro.

–No me lo imagino –dijo Flambeau.

Durante unos terribles minutos siguió cavando en silencio y luego dijo con voz ahogada:

–Me parece que no tiene la forma que debería.

–Tampoco la tenía aquel pedazo de papel, usted lo sabe –dijo el padre Brown calmosamente–, y sobrevivimos incluso a aquel pedazo de papel.

Flambeau siguió cavando con ciega energía. Pero la tempestad había barrido las grises y aplastantes nubes que cubrían las colinas como si fueran humo y ahora aparecieron grises campos débilmente estrellados, antes de que hubiera dejado al descubierto la forma de un rudimentario ataúd de madera y lograra levantarlo hasta la hierba. Craven se adelantó con su hacha; un cardo le rozó y retrocedió. Luego dio una zancada más decidida y a hachazos forzó la tapa con una energía como la de Flambeau hasta que logró levantarla y allí estaba, resplandeciente a la luz grisácea de las estrellas, lo que contenía el ataúd.

–Huesos –dijo Craven, y luego añadió–: Pero es un hombre–, como si eso fuera algo inesperado.

–¿Está... –preguntó Flambeau con una voz extrañamente vacilante–, está bien?

–Eso parece –dijo broncamente el policía, inclinándose sobre los oscuros y putrefactos restos–. Espere un momento.

El corpulento Flambeau dejó escapar un gigantesco suspiro.

–Y ahora que lo pienso –exclamó–, ¿en nombre de qué locura no había de estar bien? ¿Qué es lo que posee a los hombres en estas malditas y frías montañas?

Creo que es la negra y vacía repetición: todos estos bosques y sobre todo ello el antiguo horror de lo inconsciente. Es como el sueño de un ateo. Pinos y más pinos y millones de pinos más.

–¡Dios mío! –exclamó el hombre que estaba junto al ataúd–. ¡Pero si no tiene cabeza!

Mientras el policía y Flambeau se quedaban rígidos, el sacerdote, por primera vez, se mostró sobresaltado y preocupado.

–¡No tiene cabeza! –repitió–. ¿Cabeza? –Casi como si hubiera esperado cualquier otra carencia.

Visiones absurdas de un niño sin cabeza nacido en el seno de la familia Glengyle, de un joven acéfalo escondiéndose en el castillo, de un hombre descabezado caminando por esas viejas salas o ese maravilloso jardín cruzaron una tras otra por sus mentes. Pero en ese instante de estupor la visión no prendió en ellos, conscientes de su irracionalidad. Se quedaron escuchando los ruidosos bosques y el cielo alborotador con aire estúpido, como animales exhaustos. La capacidad de pensar parecía algo enorme que de repente hubiera excedido a sus posibilidades.

–Hay tres hombres sin cabeza –dijo el padre Brown– en torno a esta tumba abierta.

El pálido policía abrió la boca para hablar y la dejó abierta como un paleto, mientras el viento rasgaba el cielo con un largo grito. Luego miró el hacha que tenía en las manos como si no le perteneciera y la dejó caer.

–Padre –dijo Flambeau, con esa voz infantil y grave que raras veces usaba–. ¿Qué hemos de hacer?

La respuesta de su amigo saltó con la contenida prontitud de una pistola que se dispara.

–¡Dormir! –exclamó el padre Brown–. Dormir. Hemos llegado al final de todas las vías. ¿Sabe usted qué es el sueño? ¿Sabe usted que todo hombre que duerme cree en Dios? Es un sacramento; porque es un acto de fe y es un alimento. Y necesitamos un sacramento, aunque sea sólo un sacramento natural. Nos ha ocurrido algo que ocurre muy pocas veces a los hombres. Quizá la peor cosa que puede ocurrirle a los hombres.

Craven cerró la boca y dijo:

–¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote volvió su rostro hacia el castillo y respondió:

–Hemos encontrado la verdad; y la verdad carece de sentido.

Echó a andar sendero abajo con un paso firme y atrevido que era muy infrecuente en él y cuando llegaron al castillo de nuevo se sumió en el sueño con la sencillez de un perro.

A pesar de su mística alabanza del sueño, el padre Brown se levantó antes que los demás, con la excepción del silencioso jardinero. Y lo encontraron fumando una pipa de gran tamaño y observando a ese experto en sus mudas tareas en el huerto. Al amanecer la conmocionante tormenta había terminado con lluvias torrenciales y el día ofrecía una frescura curiosa. El jardinero parecía incluso haber conversado, pero a la vista de los detectives plantó su azada con gesto huraño en un macizo y diciendo algo acerca de su desayuno, se deslizó entre las filas de repollos y se encerró en la cocina.

–Es un hombre muy valioso –dijo el padre Brown–. Hace maravillas con las patatas. Aunque –añadió con

desapasionada caridad– tiene sus defectos; ¿quién de nosotros no los tiene? No cava este bancal con suficiente regularidad. Ahí, por ejemplo –y pisoteó de repente en un punto–. Esa patata me llena de dudas.

–¿Y por qué? –preguntó Craven, divertido con el nuevo pasatiempo del hombrecito.

–Tengo dudas sobre ella –dijo el cura– porque el viejo Gow también tenía dudas. Puso su azada metódicamente en todas partes menos en ésta. Debe de ser una patata extraordinaria.

Flambeau sacó la azada e impetuosamente la clavó en el lugar. Mezclado con la tierra, levantó algo que no parecía una patata, sino más bien una seta monstruosa, excesivamente desarrollada. Pero sonó fríamente contra la azada, rodó como una pelota y mostraba una siniestra mueca sonriente.

–El conde de Glengyle –dijo con tristeza Brown. Y miró fijamente la calavera.

Luego, tras un momento de meditación, le quitó la azada a Flambeau y diciendo que debían esconderla de nuevo, volvió a enterrar la calavera. Luego apoyó su menguado cuerpo y su enorme cabeza en el gran mango de la azada que estaba rígidamente clavado en la tierra y sus ojos adquirieron una expresión vacía mientras que su frente se llenaba de arrugas.

–Si uno pudiera concebir el significado de esta última monstruosidad –murmuró.

Y apoyándose en el asa de la azada, se cubrió la frente con las manos, como hacen los hombres en la iglesia.

El cielo se iba iluminando por todas partes de azul y plata. Los pájaros piaban en los diminutos árboles del huerto, tan fuerte que parecía que eran los pro-

pios árboles los que hablaban. Pero los tres hombres permanecían silenciosos.

–Bueno, me rindo –dijo violentamente Flambeau por fin–. Mi cerebro y este mundo no encajan y ya no puedo más. Rapé, libros de oraciones estropeados, las tripas de cajas de música...

Brown levantó su atormentada frente y golpeó la azada con una impaciencia muy insólita en él.

–Oh, vamos, vamos –exclamó–. Todo eso está claro como el agua. Entendí todo lo del rapé y la maquinaria y lo demás nada más abrir los ojos esta mañana. Y desde entonces lo he aclarado todo con el viejo Gow, el jardinero, que no es tan sordo ni tan estúpido como pretende. No hay nada fuera de lugar en estos artículos dispersos. Me equivoqué con el misal desgarrado, también. No hay ninguna cosa mala en eso. Pero esto último, profanar tumbas y robar cabezas de hombres muertos. ¿No hay nada malo en eso? Seguro que tiene que ver con la magia negra. Eso no encaja en la sencilla historia del rapé y las velas. –Y caminando arriba y abajo, fumó su pipa con aire malhumorado.

–Mi querido amigo –dijo Flambeau con humor algo tétrico–. Debe usted tener cuidado conmigo y recordar que en tiempos fui un malhechor. La gran ventaja de esta condición es que yo mismo me inventaba la historia y la representaba a mi conveniencia. Esta profesión de detective que me hace esperar es demasiado para mi impaciencia francesa. Toda mi vida, para lo bueno y para lo malo, he hecho las cosas en el acto. Ni siquiera pospuse nunca una visita al dentista...

La pipa del padre Brown se le cayó de la boca y se rompió en tres pedazos sobre el camino de grava. Los ojos le daban vueltas, como a un perfecto idiota.

–¡Señor, qué imbécil soy! –decía una y otra vez–. ¡Señor, qué imbécil! –Luego, con una especie de borrachera, empezó a reírse.

–¡El dentista! –repetía–. ¡Seis horas en este abismo espiritual y todo porque no me acordé del dentista! ¡Una idea tan sencilla, tan hermosa y pacífica! Amigos míos, hemos pasado una noche en el infierno. Pero ahora ha salido el sol, los pájaros cantan y la radiante imagen del dentista consuela al mundo.

–Lograré que se explique usted sensatamente –exclamó Flambeau abalanzándose sobre el padre Brown–, aunque tenga que usar las torturas de la Inquisición.

El padre Brown logró contener lo que parecía ser una momentánea tendencia a bailar en el césped bañado ya por el sol y exclamó quejosamente, como un niño:

–¡Oh, déjenme ser un poco bobo unos instantes! No saben ustedes cuán desgraciado me he sentido. Y ahora sé que no ha habido ningún pecado grave en todo este asunto. Sólo un poco de locura, quizá, y eso ¿a quién le importa?

Giró una vez y los miró con gravedad.

–Ésta no es una historia criminal –dijo–. Más bien es la historia de una extraña y retorcida honradez. Nos las habemos con el único hombre sobre la tierra quizá que no ha tomado más que lo que le correspondía. Es un estudio sobre la primitiva lógica viva que ha sido la religión de esta raza.

»Esa coplilla local sobre la casa de Glengyle,

Como la verde savia para los agitados árboles
así es el oro rojo para los Ogilvie...

era literal, además de metafórica. No quería decir meramente que los Glengyle buscaban la riqueza; es también cierto que acumulaban oro, literalmente: tenían una gigantesca colección de ornamentos y utensilios de ese metal. Eran, en efecto, unos avaros cuya manía se manifestaba de esa forma. A la luz de ese hecho, revisen ustedes todas las cosas que encontramos en el castillo: diamantes sin sus monturas de oro que lo contienen; minas de lápiz sin los portaminas de oro; un bastón sin su mango de oro; mecanismos de relojería sin las cajas de oro de los relojes. Y, por loco que pueda sonar, debido a que los halos y el nombre de Dios de los viejos misales eran de oro verdadero, también se los llevaron.

El jardín parecía iluminarse, la hierba brillaba más al sol cada vez más potente, a medida que surgía la absurda verdad. Flambeau encendió su cigarrillo mientras su amigo continuaba.

–Se los llevaron –continuó el padre Brown–; se los llevaron, pero no fueron robados. Los ladrones nunca habrían dejado este misterio. Los ladrones se habrían llevado las cajas de oro del rapé, con rapé y todo, los portaminas de oro, con mina y todo. Aquí nos encontramos con un hombre con una conciencia peculiar, pero con conciencia ciertamente. Encontré a ese loco moralista esta mañana en el huerto de la cocina y me contó toda la historia: el difunto arzobispo Ogilvie era lo más cercano a una buena persona que ha nacido en Glengyle. Pero su amarga virtud se convirtió en misantropía. La deshonestidad de sus antepasados lo tenía destrozado y, por alguna razón, llegó a la conclusión de que todos los hombres eran deshonestos. De manera más especial desconfiaba de la filantropía o li-

beralidad. Y juró que si podía encontrar un hombre que tomara exactamente lo que le correspondía, le daría todo el oro de Glengyle. Una vez hecho este reto a la humanidad, se encerró, sin la menor esperanza de que su reto fuera aceptado. Un día, sin embargo, un muchacho sordo y al parecer corto de luces procedente de un pueblo distante le trajo un telegrama atrasado. Y Glengyle, con su acre sentido del humor, le dio una moneda nueva de cuarto de penique. Al menos, eso creyó que le había dado, pero cuando revisó su calderilla, se encontró con el cuarto de penique y con que, en cambio, faltaba un soberano. El incidente le ofreció un amplio campo de despreciativa especulación. En cualquier caso, el chico mostraría la repulsiva codicia de la especie. O bien desaparecería, un ladrón que roba una moneda, o volvería abyectamente con ella, lleno de virtud: un presuntuoso en busca de recompensa. A altas horas de la noche, Lord Glengyle oyó llamar a la puerta y tuvo que saltar de la cama –vivía solo– para abrir la puerta al idiota sordo. El idiota traía no el soberano, sino exactamente diecinueve chelines, once peniques y tres cuartos de penique, en calderilla.

»Entonces la absurda exactitud de esta acción penetró en el cerebro del loco aristócrata como si le prendiera fuego. Juró que era Diógenes, que había buscado durante largo tiempo a un hombre honrado y por fin lo había encontrado. Hizo un nuevo testamento, que yo he visto. Hizo entrar al literal muchacho en su gigantesca y descuidada mansión y lo formó como único sirviente y, en cierta peculiar manera, heredero y, entienda lo que entienda esa extraña criatura, entendió perfectamente las dos ideas fijas de su

amo: la primera, que el derecho lo es todo, y la segunda, que él mismo iba a heredar el oro de Glengyle. Hasta aquí, eso es todo. Y es muy sencillo. Este hombre ha arrancado todo el oro de la casa y no se ha quedado con una sola cosa que no fuera oro, ni siquiera un grano de rapé. Arrancó el pan de oro de una vieja estampa, completamente convencido de que dejaba intacto el resto. Todo eso lo entendí. Pero no podía entender el asunto de la calavera. Estaba realmente muy inquieto con esa cabeza enterrada entre las patatas. Me perturbaba extraordinariamente. Hasta que Flambeau lo resolvió. Todo quedará en orden. El viejo volverá a poner la cabeza en la tumba cuando haya quitado el oro de la dentadura.

Y, en efecto, cuando Flambeau cruzó la colina esa mañana, vio a ese extraño ser, el avaro justo, cavando en la tumba profanada, con la bufanda escocesa en torno a su cuello flotando al viento de la montaña y el solemne sombrero de copa en la cabeza.

7. La forma errónea

Algunas de las grandes carreteras que parten de Londres hacia el norte se adentran en el campo manteniendo un fragmentario y espectral aspecto de calle, con grandes zonas sin edificaciones a los lados, pero con la misma alineación que si las hubiera. De vez en cuando surge un grupo de tiendas, seguido por un campo cercado, luego una taberna famosa y más tarde un huerto o un vivero, a continuación una casa particular de grandes dimensiones y luego otro campo y otra taberna y así una y otra vez. Si alguien camina por una de esas carreteras, pasará frente a una casa que probablemente le llamará la atención, aunque quizá no pueda explicarse por qué. Es una casa larga y baja, paralela a la carretera, pintada de blanco y verde pálido, con una terraza y persianas y porches cubiertos con esas pintorescas cúpulas como sombrillas de madera que tienen a veces algunas casas anticuadas En realidad, se trata de una casa anticuada, muy inglesa y muy típica de las afueras de una ciudad, en el sentido de casa antigua y rica al estilo de Clapham. Y sin embargo, la casa tiene aspecto de haber sido construida fundamentalmente para un clima cálido. La pintura blanca y las persianas evocan vagamente *puggarees** e

* *puggaree:* expresión anglo-india, del indi *pagri,* 'turbante'. Bufanda de muselina que sujeta el sombrero o casco y cuelga a veces por detrás para protegerse del sol. *(N. de la T.)*

incluso palmeras. No puedo precisar la raíz de esa sensación. Quizá la casa fue construida por un angloindio.

Como digo, cualquiera que pasara por esa casa se sentiría oscuramente fascinado por ella, sentiría que era una casa de la que se podía contar alguna historia. Y tendría razón, como podrán ustedes saber en seguida. Porque ésta es la historia: la historia de los extraños sucesos que se produjeron realmente en la semana de Pentecostés del año 18...

Quien pasara ante la casa el jueves anterior al domingo de Pentecostés hacia las cuatro y media de la tarde, habría visto abrirse la puerta principal y al padre Brown, de la iglesia de San Mungo, que salía por ella, fumando una pipa de gran tamaño, en compañía de un amigo suyo francés, muy alto, llamado Flambeau, que fumaba un cigarrillo muy pequeño. Estas personas pueden resultar o no resultar interesantes para el lector, pero la verdad es que no eran lo único interesante que se veía cuando se abrió la puerta de la casa blanca y verde. Había otras peculiaridades en la casa, que es preciso describir para empezar, no sólo para que el lector pueda comprender esta trágica historia, sino también para que se dé cuenta de lo que la apertura de la puerta revelaba.

La casa entera estaba construida en forma de te, pero una te con una sección muy larga en la parte que cruza y una base muy corta. La parte larga era toda la fachada de la casa, paralela a la calle, con la puerta principal en el centro. Tenía dos plantas y en ella estaban casi todas las habitaciones importantes. La parte corta, que arrancaba de la puerta principal y llegaba hasta la parte de atrás de la casa, tenía una sola planta y consistía en dos habitaciones rectangulares que se

comunicaban. La primera de esas dos habitaciones era el estudio en el que el famoso señor Quinton escribía sus fantásticos poemas y cuentos orientales. La habitación más alejada era un invernadero acristalado lleno de flores tropicales de una belleza excepcional y casi monstruosa y en tardes como ésta estaba inundada de la brillante luz del sol. Así, cuando la puerta principal estaba abierta, muchos transeúntes ocasionales se detenían para mirar asombrados. Porque la sucesión de opulentas habitaciones desembocaba en una especie de fantástico escenario en un cuento de hadas: nubes purpúreas y soles dorados, estrellas de color carmesí que eran a la vez de una nitidez abrasadora y al mismo tiempo transparentes y distantes.

Leonard Quinton, el poeta, había dispuesto personalmente y con el mayor cuidado ese efecto. Y es dudoso que haya expresado de manera tan perfecta su personalidad en cualquiera de sus poemas. Porque era un hombre que bebía los colores y se bañaba en ellos, que se entregaba a su pasión por el color descuidando en cierto modo la forma (o incluso las buenas formas). Por esa razón había consagrado su genio de manera tan total al arte y la imaginería orientales, a esas sorprendentes alfombras o a esos bordados cegadores en los que todos los colores parecían haber caído en un caos feliz, sin ser ejemplo o enseñanza de nada. Quinton, sin un completo éxito artístico, pero con reconocida imaginación e inventiva, había intentado componer historias épicas y amorosas que reflejaran el aluvión de color violento e incluso cruel; cuentos sobre cielos tropicales de oro ardiente o cobre rojo como la sangre; de héroes orientales que montaban, tocados con tiaras de doce turbantes, elefantes pintados de púrpura o de

azul pavo real; de joyas gigantescas que ni cien negros podían transportar, pero que ardían con antiguos y extrañamente coloreados fuegos.

En resumen (para decir las cosas desde un punto de vista más normal), Quinton trataba abundantemente de cielos orientales, bastante peores que muchos infiernos occidentales, de monarcas orientales a los que podríamos quizá tachar de maníacos y de joyas orientales que un joyero de Bond Street (si los cien negros tambaleantes las llevaran a su joyería) podría quizá no considerar auténticas. Quinton era un genio, pero un genio enfermizo. E incluso su condición enfermiza se manifestaba más en su vida que en su obra. Era de temperamento débil e irascible y su salud se había resentido muy considerablemente a causa de sus experimentos con el opio. Su esposa –una mujer hermosa, trabajadora y, de hecho, explotada– objetaba a lo del opio, pero objetaba mucho más a un eremita indio de carne y hueso, de túnica blanca y amarilla, que su marido había insistido en tener de invitado desde hacía meses, un Virgilio que guiara su espíritu a través de los cielos y los infiernos de Oriente.

De este artístico hogar es del que salieron aquella tarde el padre Brown y su amigo. Y a juzgar por sus caras, lo hicieron con gran alivio. Flambeau había conocido a Quinton en sus locos años de estudiante en París y habían reanudado la relación durante un fin de semana. Pero aparte de que Flambeau tenía últimamente actitudes mucho más responsables, el hecho es que ahora no había encajado bien con el poeta. Flambeau no creía que atragantarse de opio y escribir versitos eróticos sobre papel pergamino fuera

la manera en que un caballero debía arruinar su existencia. En el momento en que los dos amigos se detenían en el escalón de la puerta, antes de dar un paseo por el jardín, la verja delantera se abrió con violencia y un joven con un sombrero hongo echado hacia atrás subió las escaleras a trompicones en su apresuramiento. Era un joven de aspecto disipado, con una espléndida corbata roja torcida, como si hubiera dormido con ella puesta, que no paraba de juguetear y dar latigazos al aire con uno de esos bastoncillos nudosos.

–Oigan –dijo sin aliento–. Quiero ver a Quinton. Tengo que verlo. ¿Se ha ido?

–Creo que el señor Quinton está aquí –dijo el padre Brown, limpiando su pipa–, pero no sé si podrá usted verlo. En estos momentos está su médico con él.

El joven, que no parecía del todo sobrio, entró tambaleándose en el vestíbulo. Y en ese preciso instante salió el médico del estudio de Quinton, cerrando la puerta y empezando a ponerse los guantes.

–¿Ver al señor Quinton? –dijo el doctor fríamente–. No, me temo que no puede usted. Es más, no debe usted hacerlo bajo ningún concepto. Nadie debe verlo. Acabo de darle su somnífero.

–No, pero mire usted –dijo el joven de la corbata roja, tratando de sujetar afectuosamente al médico por las solapas de su chaqueta–. Dese usted cuenta. Estoy completamente sin blanca. Yo...

–Es inútil, señor Atkinson –dijo el médico, obligándolo a retroceder–. Cuando usted pueda alterar los efectos de una medicina, yo cambiaré mi decisión. –Y, calándose el sombrero, salió a la luz del sol y se unió a

los otros dos. Era un hombrecito de cuello corto y robusto bien humorado, con un breve bigote, absolutamente corriente, que daba, sin embargo, una impresión de capacidad.

El joven del sombrero hongo, que no parecía dotado del menor tacto para tratar a la gente, aparte de tirar de sus ropas, se quedó fuera de la puerta, tan atontado como si lo hubieran arrojado a puntapiés y miró en silencio a los otros tres que se alejaban caminando por el jardín.

–Le he dicho una gran mentira –observó riéndose el médico–. La verdad es que al pobre Quinton no le toca tomar el somnífero hasta dentro de una media hora. Pero no voy a permitir que esa bestezuela lo moleste, cuando sólo quiere pedirle prestado un dinero que no devolverá aunque pudiese. Es un sucio bribonzuelo, aunque sea hermano de la señora Quinton, que es una mujer como hay pocas.

–Sí –dijo el padre Brown–. Es una buena mujer.

–Así que tengo la intención de quedarme por el jardín hasta que ese bicho se haya ido –continuó el médico– y luego entraré a dar a Quinton su medicina. Atkinson no puede entrar, porque he cerrado la puerta con llave.

–En ese caso, doctor Harris –dijo Flambeau–, podemos pasear hasta la parte de atrás bordeando el invernadero. No tiene entrada por ahí, pero merece la pena verlo, aunque sea desde fuera.

–Sí, y así yo podría echar una ojeada a mi paciente –dijo riéndose el médico– porque se suele tumbar en una cama turca que está justo al final del invernadero, entre todas esas ponsetias rojo sangre. A mí me sacaría de quicio. Pero ¿qué hace usted?

El padre Brown se había detenido un instante y había cogido de entre la alta hierba, donde estaba casi totalmente oculto, un extraño y torcido cuchillo oriental, incrustado exquisitamente de piedras de colores y metales.

–¿Qué es esto? –preguntó el padre Brown, mirándolo con cierto desagrado.

–Supongo que es de Quinton –dijo el doctor Harris descuidadamente–. Tiene toda clase de cachivaches chinos por la casa. O quizá es de ese pacífico hindú al que tiene dominado.

–¿Qué hindú? –preguntó el padre Brown, que seguía mirando la daga que tenía en la mano.

–Una especie de mago indio –dijo el médico, sin darle importancia–, un farsante, por supuesto.

–¿No cree usted en la magia? –preguntó el padre Brown sin levantar los ojos.

–¿Magia? ¡Qué tontería! –dijo el médico.

–Es muy hermoso –dijo el cura, en voz baja y soñadora–. Los colores son muy hermosos. Pero la forma está mal.

–¿Mal para qué? –preguntó asombrado Flambeau.

–Para cualquier cosa. Tiene forma inadecuada, en abstracto. ¿No ha tenido usted nunca la misma impresión respecto del arte oriental? Los colores son embriagadoramente hermosos. Pero las formas son viles y malas, deliberadamente viles y malas. He visto cosas malvadas en una alfombra turca.

– *Mon Dieu!* –exclamó Flambeau, riéndose.

–Hay letras y símbolos en una lengua que desconozco, pero sé que representan palabras malvadas –continuó el sacerdote, en voz cada vez más baja–. Las líneas se tuercen a propósito, como serpientes que se vuelven repentinamente para huir.

–¿De qué diablos está usted hablando? –dijo el médico, riéndose estrepitosamente.

Flambeau respondió sosegadamente:

–El padre se ve a veces acometido de un ataque místico de ese tipo. Pero se lo advierto seriamente: nunca le ha ocurrido más que cuando hay cerca algo malvado.

–¡Bah! –dijo el científico.

–Pero mírenlo –exclamó el padre Brown, estirando el brazo mientras sujetaba el torcido cuchillo como si fuera una reluciente serpiente–. ¿No ven que su forma es incorrecta? ¿No ven que no tiene un propósito saludable y claro? No es puntiagudo, como las lanzas. No es curvo, como una guadaña. No parece un arma. Parece un instrumento de tortura.

–Bueno, como no parece gustarle –dijo el jovial Harris–, será mejor que se la devolvamos a su dueño. ¿Aún no hemos llegado al final de este maldito invernadero? Esta casa también tiene una forma inadecuada, si usted quiere.

–No lo comprende usted –dijo el padre Brown, sacudiendo la cabeza–. La forma de la casa es peculiar, incluso risible. Pero no hay nada *malo* en ella.

Según hablaban bordearon la curva de cristal que remataba el invernadero, una curva ininterrumpida, porque en ese extremo no había ni puerta ni ventana de acceso al mismo. El cristal, sin embargo, era transparente y el sol aún brillante, aunque empezaba a ponerse. Por ello no sólo podían ver las exuberantes flores que había dentro sino también la frágil figura del poeta, con una chaqueta de terciopelo marrón, yaciendo lánguidamente en el diván, medio dormido, al parecer, con un libro. Era un hombre pálido y delga-

do, con alborotado pelo castaño y una barbita cuyo efecto era paradójico, pues le hacía parecer menos viril. Esos rasgos resultaban muy familiares a los tres paseantes, pero aunque no hubiera sido así, es dudoso que hubieran mirado a Quinton en ese momento. Todos tenían los ojos fijos en otro objeto.

Justo en su camino, exactamente delante del extremo curvo de la construcción de cristal, había un hombre de elevada estatura, con una túnica de un blanco impoluto que le caía hasta los pies. La cara, el cuello y el desnudo y moreno cráneo del hombre en cuestión brillaban a la luz del sol poniente como un espléndido bronce. Miraba a través del cristal al durmiente y estaba más inmóvil que una montaña.

–¿Quién es? –exclamó el padre Brown, retrocediendo casi sin aliento.

–Ah, es sólo el farsante indio –gruñó Harris–. Pero no sé qué demonios hace aquí.

–Parece que estuviera practicando el hipnotismo –dijo Flambeau, mordiéndose los negros bigotes.

–¿Por qué los que no saben nada de medicina se pasan la vida diciendo tonterías sobre el hipnotismo? –exclamó el médico–. Mucho más parece un robo.

–Bueno, hablaremos con él, en cualquier caso –dijo Flambeau, que era un hombre siempre dispuesto a la acción. De una larga zancada llegó al lugar donde estaba el indio. Su elevada estatura superaba incluso la del indio e inclinándose con plácido atrevimiento, le dijo:

–Buenas tardes, caballero. ¿Desea usted algo?

Muy lentamente, como un barco de gran calado que virara en un puerto, el amplio rostro amarillo se volvió y miró al fin por encima del blanco hombro.

Les sorprendió enormemente observar que los amarillos párpados estaban cerrados, como si el hombre estuviera dormido.

–Muchas gracias –respondió el rostro en excelente inglés–. No deseo nada. –Luego, entreabriendo los párpados, entre los que apareció una fracción de sus opalescentes globos oculares, repitió: –No deseo nada. –Finalmente abrió los ojos del todo, con una mirada alarmante y dijo: –No deseo nada. –Y se alejó rápidamente hacia el jardín que se oscurecía por momentos.

–El cristiano es más modesto –murmuró el padre Brown–. Él quiere algo.

–¿Qué diablos estaba haciendo? –preguntó Flambeau, frunciendo el ceño y bajando la voz.

–Me gustaría hablar con usted más tarde –dijo el padre Brown.

Aún había luz del sol, pero era la luz rojiza del atardecer y la masa de árboles y árboles del jardín destacaba contra ella cada vez más oscura. Rodearon el extremo del invernadero y caminaron en silencio por el otro lado para volver a la puerta principal. Según avanzaban, parecían despertar algo, del mismo modo que se asusta a un pájaro, en la esquina más pronunciada entre el estudio y el edificio principal. Y de nuevo vieron al faquir con su blanca túnica, que salía de la sombra y se escurría hacia la puerta principal. Para su sorpresa, sin embargo, no había estado solo. Se vieron repentinamente detenidos y obligados a eliminar de sus rostros la sorpresa de la aparición de la señora Quinton, con su abundante pelo rubio y pálido rostro cuadrado, la cual avanzaba hacia ellos a la luz crepuscular. Parecía algo seria, pero se manifestó con entera cortesía.

–Buenas noches, doctor Harris –fue todo lo que dijo.

–Buenas noches, señora Quinton –dijo el diminuto médico jovialmente–. Voy a darle ahora mismo el somnífero a su marido.

–Sí –dijo ella con voz clara–. Creo que ya es hora. –Y les sonrió a todos, entrando rápidamente en la casa.

–Esa mujer está al límite de sus fuerzas –dijo el padre Brown–. Es el tipo de mujer que cumple con su deber durante veinte años y luego hace algo terrible.

El diminuto médico lo miró por primera vez con ojos de interés.

–¿Estudió usted alguna vez medicina? –preguntó.

–Usted tiene que saber algo de la mente, además del cuerpo –respondió el cura–. Nosotros tenemos que saber algo del cuerpo, además de la mente.

–Bien –dijo el médico–. Creo que iré a darle su brebaje a Quinton.

Habían doblado la esquina de la fachada anterior y se acercaban a la puerta principal. Al ir a entrar por ella vieron al hombre de la túnica blanca por tercera vez. Venía tan derecho hacia la puerta principal que parecía completamente increíble que no hubiera salido del estudio que estaba justo frente a la puerta. Pero sabían que la puerta del estudio estaba cerrada con llave.

El padre Brown y Flambeau, sin embargo, no hicieron ningún comentario sobre esta curiosa contradicción y el doctor Harris no era un hombre dado a reflexionar sobre lo imposible. Permitió salir al omnipresente asiático y luego entró rápidamente en el vestíbulo. Allí encontró una figura a la que ya había olvi-

dado. El tonto de Atkinson seguía rondando por ahí, canturreando y tocando las cosas con su nudoso bastón. El rostro del médico mostró una expresión de asco y decisión y murmuró rápidamente a sus compañeros:

–Tengo que volver a cerrar con llave la puerta, porque si no, esta rata se colará ahí dentro. Pero no tardaré más de dos minutos en salir.

Abrió rápidamente la puerta y la volvió a cerrar tras él, evitando apenas un torpe intento de entrada del joven del hongo. El joven se dejó caer impacientemente sobre una silla del vestíbulo. Flambeau contemplaba un dibujo persa que había en la pared. El padre Brown, que parecía estar en una especie de atolondramiento, miraba estúpidamente la puerta. Unos cuatro minutos más tarde la puerta se abrió de nuevo. Esta vez Atkinson fue más rápido. Saltó hacia adelante, sostuvo la puerta un instante y gritó:

–Quinton, necesito...

Del otro extremo del estudio les llegó la voz clara de Quinton, con una mezcla de bostezo y de risa cansada.

–Oh, sé muy bien lo que quiere. Tómelo y déjeme en paz. Estoy escribiendo una canción sobre pavos reales.

Antes de que se cerrara la puerta voló por la abertura una moneda de medio soberano. Y Atkinson, tambalcándose, la recogió con singular destreza.

–Así que eso ya está arreglado –dijo el médico, y cerrando la puerta furioso los precedió hacia el jardín.

–El pobre Leonard puede quedarse un poco tranquilo ahora –añadió, dirigiéndose al padre Brown–. Estará cerrado y solo una o dos horas.

–Sí –respondió el sacerdote–. Y su voz parecía bastante animada cuando lo dejamos. –Luego miró gravemente a su alrededor y vio la figura desgarbada de Atkinson, de pie, haciendo sonar el medio soberano que tenía en el bolsillo y más allá, en el crepúsculo púrpura, la figura del indio, sentado muy erguido en un bancal de hierba, con el rostro mirando hacia el sol poniente. Luego dijo bruscamente:

–¿Dónde está la señora Quinton?

–Ha subido a su habitación –dijo el médico–. Se puede ver su sombra tras la persiana.

El padre Brown miró hacia arriba y observó ceñudamente una oscura silueta tras la ventana iluminada por la luz de gas.

–Sí –dijo–, ésa es su sombra –y caminó un par de yardas y se dejó caer sobre un banco del jardín.

Flambeau se sentó a su lado. Pero el médico era una de esas personas llenas de energía que están siempre de pie.

Se alejó fumando en la penumbra y los dos amigos se quedaron solos.

–Padre –dijo Flambeau en francés–, ¿qué le ocurre a usted?

El padre Brown se quedó en silencio e inmóvil durante unos segundos y luego dijo:

–La superstición es algo irreligioso, pero hay algo raro en la atmósfera de este lugar. Creo que es ese indio, por lo menos en parte.

Se sumió en el silencio y observó la distante silueta del indio, que seguía sentado rígidamente, como si estuviera haciendo oración. A primera vista parecía inmóvil, pero mientras el padre Brown lo observaba, vio que se balanceaba muy levemente con un movi-

miento rítmico, igual que las oscuras copas de los árboles se balanceaban levísimamente bajo la brisa que subía por los senderos casi sin luz del jardín y que hacía que las hojas caídas se movieran ligeramente.

El paisaje se oscurecía rápidamente, como si se estuviera preparando una tormenta, pero aún podían ver las diferentes figuras cada una en su lugar. Atkinson estaba apoyado en un árbol, con expresión apática. La mujer de Quinton seguía en la ventana. El médico había ido paseando hasta el final del invernadero: podían ver su cigarro como un fuego fatuo. Y el faquir seguía rígidamente sentado con su balanceo, mientras que los árboles que había sobre él empezaban a balancearse también y casi a rugir. Efectivamente, se avecinaba una tormenta.

–Cuando ese indio nos habló –continuó Brown en voz baja y tono coloquial– tuve una especie de visión, una visión de él y de todo su universo. Sin embargo, se limitó a decir la misma cosa tres veces. Cuando dijo primero «no deseo nada», ello sólo significaba que él era impenetrable, que Asia no se delata a sí misma. Luego dijo de nuevo «no deseo nada» y yo supe que quería decir que él era autosuficiente, como un cosmos, que no necesitaba un Dios ni admitía tener pecados. Y cuando por tercera vez dijo «no deseo nada», lo dijo con ojos llameantes. Y yo supe que quería decir literalmente lo que decía. Que la nada era su deseo y su hogar, que ansiaba la nada como si fuera vino; que la aniquilación, la mera destrucción de todo y de cualquier cosa...

Cayeron dos gotas de agua; y por alguna razón Flambeau se sobresaltó y miró hacia arriba, como si le hubieran picado. Y en ese mismo instante el médico

que estaba al final del invernadero empezó a correr hacia ellos, gritando algo mientras corría.

Cuando llegó junto a ellos el inquieto Atkinson daba una vuelta más cerca ya de la parte delantera de la casa. Y el médico lo agarró por el cuello con una fuerza incontrolable.

–¡Traidor! –gritó–. ¿Qué le ha estado haciendo usted, perro?

El sacerdote se había puesto en pie de un salto y tenía la voz acerada de un militar al mando de las tropas.

–Nada de peleas –dijo fríamente–. Somos suficientes para contener a quien queramos. ¿Qué ocurre, doctor?

–Algo le pasa a Quinton –dijo el médico, que estaba muy pálido–. Lo he visto a través de los cristales y no me gusta la forma en que está tumbado. En cualquier caso, yo no lo dejé así.

–Vayamos a verlo –dijo cortésmente el padre Brown–. Puede usted dejar en paz al señor Atkinson. No lo he perdido de vista desde que oímos la voz de Quinton.

–Me quedaré aquí para vigilarlo –dijo Flambeau apresuradamente–. Vayan ustedes a ver qué pasa.

El médico y el sacerdote volaron hasta la puerta del estudio, la abrieron y entraron precipitadamente en la habitación. Al hacerlo, casi se cayeron sobre una gran mesa de caoba que había en el centro, en la que solía escribir el poeta. La habitación estaba sólo iluminada por un pequeño fuego encendido para dar calor al enfermo. En medio de la mesa había una sola hoja de papel, dejada ahí evidentemente a propósito. El médico la cogió, le echó un vistazo y se la entregó al

padre Brown y exclamando «Dios mío, Dios mío, mire usted esto» se lanzó hacia el invernadero, donde las terribles flores tropicales parecían una evocación carmesí del crepúsculo.

El padre Brown leyó tres veces las palabras escritas en el papel. Esas palabras decían: «Muero por mi propia mano; sin embargo, ¡muero asesinado!». Estaban escritas con la caligrafía absolutamente inimitable, por no decir ilegible, de Leonard Quinton.

Luego el padre Brown, aún con el papel en la mano, se dirigió al invernadero, cuando su amigo médico volvía con expresión de seguridad y de desolación.

–Lo ha hecho –dijo Harris.

Juntos atravesaron la maravillosa y antinatural belleza de los cactos y las azaleas y encontraron a Leonard Quinton, poeta y fabulador, con la cabeza colgando fuera del diván y sus rojos bucles barriendo el suelo. Clavada en el costado izquierdo asomaba la extraña daga que habían encontrado en el jardín y su mano sin fuerza todavía descansaba en la empuñadura.

Fuera, la tormenta se había desencadenado de golpe, como la noche en Coleridge y el jardín y el tejado de cristal estaban oscuros debido a la lluvia torrencial. El padre Brown parecía más interesado en estudiar el papel que el cadáver. Se lo acercaba a los ojos y parecía tratar de leerlo en la penumbra. Luego lo puso contra la difusa luz y al hacerlo un relámpago los iluminó un instante con tal intensidad que, en contraste, el papel parecía negro.

Apagado el relámpago llegó el trueno, tras el cual la voz del padre Brown dijo en la oscuridad:

–Doctor, este papel tiene una forma incorrecta.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó el doctor Harris con mirada ceñuda.

–No es cuadrado –respondió Brown–. Tiene una especie de borde cortado en el ángulo. ¿Qué significa eso?

–¿Cómo diablos podría yo saberlo? –gruñó el médico–. ¿Cree usted que debemos mover a este pobre hombre? Está muerto.

–No –respondió el sacerdote–. Tenemos que dejarlo como está y llamar a la policía. –Pero seguía examinando atentamente el papel.

Al regresar a través del estudio, el padre Brown se detuvo junto a la mesa y cogió un par de tijeritas de uñas.

–Ah –exclamó con alivio–. Con esto lo hizo. Sin embargo... –Y frunció las cejas.

–Oh, deje usted de enredar con ese pedazo de papel –dijo exasperadamente el médico–. Era una manía suya. Tenía cientos de papeles. Los cortaba siempre así –y señaló una pila de papel todavía sin usar sobre otra mesa más pequeña. El padre Brown fue hasta ella y cogió una hoja. Tenía la misma forma irregular.

–Así es –dijo–. Y aquí veo las esquinas cortadas. Y ante la indignación de su compañero se puso a contarlas.

–Todo está en orden –dijo con una sonrisa de disculpa–. Veintitrés hojas y veintidós esquinas cortadas en ellas. Y como veo que está usted impaciente, vayamos a reunirnos con los demás.

–¿Quién se lo va a decir a su mujer? –preguntó el doctor Harris–. ¿Querría ir usted ahora mientras yo envío a un criado por la policía?

–Como usted quiera –dijo el padre Brown con indiferencia. Y salió a la puerta del vestíbulo.

Aquí también se encontró con un drama, aunque de un tipo más grotesco. Allí estaba nada menos que su corpulento amigo Flambeau en una actitud a la que ya hacía tiempo que no estaba acostumbrado, mientras que en el camino que había al pie de los escalones, en el suelo y pataleando estaba el afable Atkinson, sin su sombrero hongo ni su bastón, que habían sido lanzados por el sendero en direcciones opuestas. Atkinson se había cansado por fin de la casi paternal custodia de Flambeau y había tratado de golpearlo, lo cual no era juego de niños tratándose del Rey de los Apaches, aun después de su abdicación.

Flambeau estaba a punto de saltar sobre su enemigo y apresarlo de nuevo cuando el sacerdote le golpeó suavemente en el hombro.

–Reconcíliese usted con el señor Atkinson, amigo mío –dijo–. Pídanse perdón mutuamente y dense las buenas noches. No hay necesidad de que se quede más tiempo.

Luego, mientras Atkinson se levantaba con aire dudoso, recogía su sombrero y su bastón y se dirigía hacia la puerta del jardín, el padre Brown dijo con voz más seria:

–¿Dónde está ese indio?

Los tres (porque el médico ya se había unido a ellos) se volvieron involuntariamente hacia el sombrío bancal de hierba entre los agitados árboles, purpúreos a la luz del crepúsculo, donde habían visto por última vez al hombre moreno, balanceándose durante sus extrañas oraciones. El indio había desaparecido.

–Maldita sea –dijo el médico, pataleando furioso–. Ahora sé que fue ese negro horrendo el que lo hizo.

–Yo pensé que no creía usted en la magia –dijo el padre Brown calmosamente.

–Y no creía –dijo el médico, revolviendo los ojos–. Sólo sé que odié a ese demonio amarillo cuando pensé que era un farsante. Y lo odiaré aún más si llego a pensar que es un mago de verdad.

–Bueno, el que se haya escapado no tiene importancia –dijo Flambeau–. Porque no habríamos podido probar nada contra él ni hecho nada. Uno no puede ir al policía local con una historia de suicidio provocado por brujería o autosugestión.

Entre tanto, el padre Brown había entrado en la casa y se dirigía a dar la noticia a la mujer del muerto.

Cuando volvió a salir tenía un aspecto pálido y algo trágico. Pero nunca se supo qué se dijeron en la entrevista, ni siquiera cuando se supo todo.

Flambeau, que hablaba tranquilamente con el médico, se sorprendió de ver reaparecer tan pronto a su amigo, pero Brown no se dio por aludido y se limitó a llevarse aparte al médico.

–Ha enviado usted a buscar a la policía, ¿no es así? –preguntó.

–Sí –respondió Harris–. Deberían de estar aquí dentro de diez minutos.

–¿Me hará usted un favor? –dijo el cura serenamente–. La verdad es que hago colección de estas curiosas historias que a menudo contienen, como en el caso de nuestro amigo hindú, elementos que difícilmente podrían aparecer en un informe policial. Lo que quiero es que escriba usted un informe sobre este caso para mi uso privado. Su profesión requiere

inteligencia –dijo, mirando grave y fijamente al médico–. A veces pienso que usted conoce detalles de este asunto que no ha considerado adecuado mencionar. Mi profesión, como la suya, es confidencial y trataré cualquier cosa que usted escriba con el máximo secreto. Pero escríbalo todo.

El médico, que había escuchado pensativamente con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, miró al sacerdote de frente un instante y dijo:

–De acuerdo. –Y entró en el estudio, cerrando la puerta tras él.

–Flambeau –dijo el padre Brown–, hay un largo asiento allí en la terraza, donde podemos fumar, resguardados de la lluvia. Es usted mi único amigo en el mundo y quiero hablar con usted. O, quizá, guardar silencio con usted.

Se instalaron cómodamente en el asiento de la terraza. El padre Brown, en contra de su costumbre, aceptó un buen cigarro y lo fumó concentradamente y en silencio, mientras la lluvia silbaba y golpeaba el tejado de la terraza.

–Amigo mío –dijo por fin–, éste es un caso muy extraño. Muy extraño.

–Eso creo yo –dijo Flambeau casi estremeciéndose.

–Usted lo califica de extraño y yo también –dijo el padre Brown–y sin embargo, queremos decir dos cosas completamente opuestas. La mente moderna siempre confunde dos ideas diferentes: el misterio en el sentido de lo que es asombroso y el misterio en el sentido de lo que es complicado. Ésa es la mitad del problema en lo que atañe a los milagros. Un milagro es sorprendente, pero es sencillo, es sencillo porque es un milagro. Es el poder que viene directamente de

Dios (o del demonio) en vez de indirectamente a través de la naturaleza o de la voluntad humana. Pues bien, usted quiere decir que este asunto es asombroso porque es milagroso, porque es brujería practicada por un indio malvado. Compréndame, yo no digo que no fuera espiritual o diabólico. Sólo el cielo o el infierno saben a causa de qué influencias circundantes se cometen extraños pecados. Pero en lo que se refiere a este asunto, mi tesis es ésta: si se trató de pura magia, como usted cree, entonces es asombroso; pero no es misterioso, es decir, no es complicado. La calidad de un milagro es misteriosa, pero su modo de producirse es sencillo. Ahora bien, la forma de producirse este asunto ha sido lo contrario de sencilla.

La tormenta, que había cedido un poco, parecía arreciar de nuevo, y hubo momentos de pesadez ambiental, como de truenos débiles. El padre Brown dejó caer la ceniza de su cigarro y continuó:

–En este incidente –dijo– ha habido un elemento retorcido, feo y complejo que no corresponde a los rayos directos del cielo o del infierno. Igual que uno conoce el camino torcido de un caracol, yo conozco el camino torcido de un hombre.

Un relámpago blanco pareció abrir un ojo enorme, como haciendo un guiño, para dejar el cielo a oscuras de nuevo. El cura prosiguió:

–De todas esas cosas torcidas, la más torcida de todas era la forma de esa hoja de papel. Era más retorcida que la daga que lo mató.

–Se refiere usted al papel en que Quinton confesaba su suicidio –dijo Flambeau.

–Me refiero al papel en el que Quinton escribió «Muero por mi propia mano» –respondió el padre

Brown–. La forma de ese papel, mi querido amigo, era equivocada; una forma equivocada como no he visto otra en este mundo perverso.

–Sólo le faltaba un ángulo –dijo Flambeau– y tengo entendido que todo el papel de Quinton estaba cortado de esta manera.

–Era una manera muy rara –dijo el otro– y una manera muy mala, en mi opinión y para mi gusto. Reflexione, Flambeau: este Quinton (¡Dios lo tenga en su gloria!) era quizá un poquito canalla en algunos aspectos, pero era realmente un artista, tanto con el lápiz como con la pluma. Su caligrafía, aunque difícil de leer, era atrevida y hermosa. No puedo probar lo que digo. No puedo probar nada. Pero le digo a usted con absoluta convicción que él nunca hubiera cortado ese miserable trocito de una hoja de papel. Si hubiera querido cortar papel para acoplarlo a algo, o para doblarlo, o para lo que fuera, hubiera hecho un corte completamente diferente con las tijeras. ¿Recuerda usted la forma? Era una forma mezquina. Era una forma errónea. Así. ¿No la recuerda usted?

Y agitó su cigarro encendido en la oscuridad, haciendo unos cuadrados irregulares tan rápidamente que Flambeau creía verlos realmente como ígneos jeroglíficos en la oscuridad, jeroglíficos como aquellos de los que hablaba su amigo, que son indescifrables, pero que no pueden significar nada bueno.

–Pero –dijo Flambeau, cuando el cura volvió a colocarse el cigarro en la boca y se echó hacia atrás, contemplando el tejado– suponga usted que otra persona usó las tijeras. ¿Por qué otra persona, cortando trocitos del papel de Quinton, haría que éste se suicidara?

El padre Brown seguía todavía echado hacia atrás y mirando al techo, pero se quitó el cigarro de la boca y dijo:

–Quinton no se suicidó.

Flambeau lo miró asombrado.

–Pero bueno –exclamó–. Entonces ¿por qué confesó que se había suicidado?

El sacerdote se inclinó de nuevo hacia delante, colocó los codos sobre las rodillas, miró al suelo y dijo en voz baja y clara:

–Nunca confesó que se hubiera suicidado.

Flambeau apartó su cigarro.

–¿Quiere usted decir que el papel era una falsificación?

–No –dijo el padre Brown–, el propio Quinton lo escribió.

–Bueno, pues ahí lo tiene usted –dijo indignado Flambeau–. Quinton escribió «Muero por mi propia mano» con su propia mano en un sencillo pedazo de papel.

–De forma errónea –dijo el cura serenamente.

–¡Oh, al diablo la forma! –exclamó Flambeau–. ¿Qué tiene que ver la forma con eso?

–Había veintitrés papeles cortados –prosiguió Brown imperturbable– y sólo veintidós trocitos cortados. Por lo tanto, uno de los trocitos había sido destruido, probablemente el del papel escrito. ¿Eso le sugiere a usted algo?

A Flambeau se le hizo la luz y dijo:

–Había algo más escrito por Quinton en el papel, alguna palabra más: «Les dirán que muero por mi propia mano» o «No crean que muero...».

–Caliente, caliente, como dicen los niños –respondió su amigo–. Pero el trocito tenía apenas media pul-

gada de ancho; no había sitio para una palabra y mucho menos para cinco. ¿Se le ocurre a usted algo apenas mayor que una coma que el hombre con la maldad en su corazón tenía que eliminar porque habría sido un testimonio contra él?

–No se me ocurre nada –dijo Flambeau al cabo de un rato.

–¿Y las comillas? –dijo el cura–. Y lanzó su cigarro a la oscuridad como una estrella fugaz.

Flambeau se había quedado sin habla y el padre Brown dijo, como quien regresa a lo fundamental:

–Leonard Quinton era un fabulador y estaba escribiendo una fábula oriental sobre brujería e hipnotismo. El...

En ese momento la puerta se abrió bruscamente detrás de ellos y el médico salió con el sombrero puesto. Puso un largo sobre en las manos del cura.

–Ése es el documento que me pidió –dijo– y debo regresar a mi casa. Buenas noches.

–Buenas noches –dijo el padre Brown, mientras el médico caminaba a paso rápido hacia la puerta del jardín. Había dejado la puerta de la casa abierta, por lo que un haz de luz de gas caía sobre ellos, lo que permitió a Brown abrir el sobre y leer lo siguiente:

«Querido padre Brown:

»*Vicisti Galilaee!* O dicho de otro modo, malditos sean sus ojos, que son muy penetrantes. ¿Es posible que haya algo, después de todo, en ese oficio suyo?

»Yo soy un hombre que, desde muy joven, creyó en la naturaleza y en todas las funciones e instintos naturales, tanto si los hombres los consideraban morales o inmorales. Mucho antes de hacerme médico,

cuando era un colegial que tenía ratones y arañas, creía que ser un buen animal era lo mejor del mundo. Pero en estos momentos estoy conmocionado. He creído en la naturaleza. Pero parece que la naturaleza podría traicionar a un hombre. ¿Puede haber algo de cierto en las tonterías de usted? Me estoy poniendo realmente morboso.

»Yo estaba enamorado de la mujer de Quinton. ¿Qué había de malo en eso? La naturaleza me impulsaba a ello y el amor es lo que mueve al mundo. También creía, con toda sinceridad, que ella sería más feliz con un animal sano como yo que con ese pequeño lunático atormentador. ¿Qué había de malo en eso? Yo me limitaba a enfrentarme con los hechos, como un hombre de ciencia. Ella habría sido más feliz.

»De acuerdo con mi propio credo, yo era completamente libre de matar a Quinton, lo cual sería lo mejor para todo el mundo, él incluido. Pero como animal saludable, yo no tenía la intención de matarme a mí mismo. Decidí, por lo tanto, que nunca lo haría hasta que viera una oportunidad que me dejara completamente a salvo. Vi esa oportunidad esta mañana.

»Hoy he estado tres veces en total en el estudio de Quinton. La primera vez que estuve, Quinton no habló más que del fantástico cuento llamado "La maldición de un santo" que estaba escribiendo y que trataba de cómo un eremita indio había hecho que un coronel inglés se suicidara pensando en él. Me enseñó las últimas páginas e incluso me leyó el último párrafo, que decía algo así: El conquistador del Punjab, un mero esqueleto amarillo, pero todavía gigantesco, logró apoyarse en un codo y murmuró en el oído de su sobrino: "Muero por mi propia mano. ¡Pero muero

asesinado!". Daba la casualidad, una de esas casualidades entre cien, de que esas últimas palabras comenzaban una página. Abandoné el estudio y salí al jardín embriagado ante la terrible oportunidad que se me presentaba.

»Paseamos alrededor de la casa y ocurrieron otras dos cosas que me eran favorables. Usted se mostraba suspicaz ante la presencia del indio y encontró una daga que el indio podría usar con toda probabilidad. Aprovechando la oportunidad de guardármela en el bolsillo, regresé al estudio de Quinton, cerré la puerta con llave y le di su somnífero. No se mostró dispuesto a contestar a Atkinson, pero yo le insté a que lo hiciera y lo calmara, porque quería una prueba clara de que Quinton estaba vivo la segunda vez que abandoné la habitación. Quinton yacía en el invernadero y yo salí por el estudio. Soy un hombre rápido manualmente y en un minuto y medio había hecho lo que quería hacer. Arrojé al fuego toda la primera parte del manuscrito de Quinton, donde se redujo a cenizas. Luego vi que las comillas no podían aparecer, así que recorté la hoja y para hacerlo todo más plausible, recorté todas las hojas no usadas también. Luego salí, con el conocimiento de que la confesión de suicidio de Quinton quedaba sobre la mesa grande del estudio, mientras Quinton yacía vivo, pero dormido, en el invernadero.

»El último acto fue a la desesperada. Puede usted adivinarlo. Fingí que había visto a Quinton muerto y me precipité en su habitación. Lo entretuve a usted con el papel. Y, dado que soy un hombre rápido de manos, maté a Quinton mientras usted leía su confesión de suicidio. Estaba medio dormido, debido al

somnífero, y puse su propia mano en el cuchillo y se lo clavé. El cuchillo era de una forma tan rara que nadie salvo un cirujano podría haber calculado el ángulo de inclinación necesario para alcanzar el corazón. Me pregunto si usted se dio cuenta de eso.

»Cuando hube terminado, ocurrió algo extraordinario. La naturaleza me abandonó. Me sentí enfermo. Me sentí exactamente como si hubiera cometido alguna mala acción. Creo que me va estallar el cerebro. Siento una especie de desesperado placer al pensar que se lo he contado todo a alguien, que no tendré que vivir solo con ese conocimiento si me caso y tengo hijos. ¿Qué me ocurre? La locura... ¿o se trata del remordimiento, como si uno formara parte de un poema de Byron? No puedo seguir escribiendo.

JAMES ERSKINE HARRIS.»

El padre Brown dobló cuidadosamente el papel y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, justo en el momento en que sonaba un fuerte campanilleo en la puerta del jardín y los impermeables mojados de varios policías relucían en la carretera.

8. Los pecados del príncipe Saradine

Cuando Flambeau se tomó su mes de vacaciones y dejó su oficina de Westminster, lo hizo en un pequeño velero, tan pequeño que la mayor parte del tiempo funcionaba como bote de remos. Además, se fue de vacaciones por los ríos de los condados del este de Inglaterra, ríos tan pequeños que el bote parecía un bote mágico navegando sobre la tierra firme, a través de prados y campos de trigo. El barco sólo tenía capacidad para dos personas y para las cosas más esenciales y Flambeau lo había aprovisionado con aquellas cosas que su especial filosofía consideraba esenciales. Al parecer, se reducían a cuatro: latas de salmón, por si tenía hambre; revólveres cargados, por si deseaba pelear; una botella de coñac, por si se desmayaba; y un sacerdote, por si se moría. Con este escaso equipaje, navegó lentamente por los riachuelos de Norfolk, con la intención de llegar a los Broads finalmente, pero deleitándose entre tanto con los jardines que colgaban sobre los ríos, las praderas, las mansiones y los pueblos que se reflejaban en ellos, deteniéndose para pescar en las pozas y en las curvas y, en cierto sentido, abrazando las orillas.

Como verdadero filósofo que era, Flambeau no tenía ningún propósito concreto para sus vacaciones. Pero, como verdadero filósofo, tenía un pretexto. Te-

nía una especie de difuso propósito que se tomaba con la seriedad precisa: si tenía éxito, coronaría sus vacaciones; pero si no, el fracaso no las estropearía. Hacía muchos años, cuando había sido el rey de los ladrones y el personaje más famoso de París, había recibido extravagantes cartas de aplauso, denuncia e incluso de amor, pero había una que, por alguna razón, no había olvidado. Era simplemente una tarjeta de visita, metida en un sobre con matasellos inglés. Por detrás de la tarjeta, en francés y en tinta verde, se leía lo siguiente: «Si algún día se retira usted y se vuelve honrado, venga a verme. Quiero conocerlo, porque he conocido a todos los grandes hombres de mi época. Aquel truco suyo de hacer que un detective arrestara al otro fue la escena más espléndida de la historia francesa». Por delante, elegantemente grabada, la tarjeta decía: «Príncipe Saradine, Casa del Cañaveral, Isla del Cañaveral, Norfolk».

No se había interesado mucho entonces por el príncipe, fuera de cerciorarse de que había sido un personaje brillante y a la moda en el sur de Italia. Se decía que de joven se había fugado con una mujer casada de clase alta; la escapada no era nada sorprendente en su mundo social, pero la gente la recordaba porque había ocasionado una tragedia adicional: el supuesto suicidio del marido ultrajado, quien, al parecer, se había lanzado por un precipicio en Sicilia. Luego el príncipe vivió en Viena durante algún tiempo, pero en los últimos años parecía haber viajado de manera constante e infatigable. Cuando Flambeau, como el propio príncipe, abandonó el círculo de las celebridades europeas y se estableció en Inglaterra, se le ocurrió que podría hacer una visita

por sorpresa a ese eminente exiliado en los Broads de Norfolk. No tenía la menor idea de si lograría encontrar el lugar. Y, ciertamente, era un sitio suficientemente pequeño y olvidado. Pero, según se desarrollaron los acontecimientos, lo encontró mucho antes de lo que esperaba.

Habían amarrado el bote una noche bajo un bancal cubierto de alta hierba y pequeños árboles podados. Después de tanto remar, se retiraron temprano a dormir y, lógicamente, se despertaron antes de que amaneciera. Para ser más exactos, se despertaron cuando aún era de noche, porque una luna, grande y amarillenta, empezaba a ponerse en el bosque de hierbas que había sobre sus cabezas y el cielo era de un vívido color violeta azulado, nocturno y brillante.

Los dos hombres recordaron a un tiempo la infancia, esa época mágica y aventurera en la que la maleza le cubre a uno como si fuera un bosque. Erguidas contra la gran luna baja, las margaritas parecían realmente margaritas gigantes y los dientes de león, dientes de león gigantes. Todo ello les recordaba en cierto modo el friso del papel de las paredes de una habitación infantil. El desnivel del lecho del río era suficiente como para dejarlos hundidos bajo las raíces de todos los arbustos y flores y hacer que miraran hacia arriba a la hierba.

–¡Por Dios! –exclamó Flambeau–. Esto es como estar en un país de duendes.

El padre Brown se sentó muy tieso en el bote y se santiguó. El movimiento fue tan brusco que su amigo le preguntó, levemente sorprendido, qué pasaba.

–La gente que escribió las baladas medievales –respondió el cura– sabía más de duendes y hadas que us-

ted. No sólo ocurren cosas agradables en el país de los duendes.

–¡Bah! –dijo Flambeau–. Con una luna tan hermosa sólo podrían ocurrir cosas agradables. Soy de la opinión de que sigamos adelante y veamos qué ocurre. Podemos morirnos y pudrirnos antes de volver a ver una luna semejante en una atmósfera igual.

–De acuerdo –dijo el padre Brown–. Yo no he dicho que fuera siempre malo entrar en el país de los duendes. Sólo dije que es siempre peligroso.

Navegaron lentamente río arriba, mientras la luz aumentaba. El resplandor violeta del cielo y el dorado pálido de la luna iban difuminándose hasta desaparecer en ese vasto cosmos incoloro que precede a los colores del amanecer. Cuando las primeras y débiles franjas de rojo, oro y gris dividieron el horizonte de lado a lado, se vieron interrumpidas por la masa negra de una ciudad o un pueblo enclavado en la orilla del río, justo delante de ellos. Había ya una media luz cómoda, en que todo era visible, cuando llegaron bajo los tejados colgantes y los puentes de esta aldea ribereña. Las casas, con sus largos, bajos e inclinados tejados, parecían bajar a beber al río, como gigantescas reses grises y rojas. La aurora, cada vez más amplia y luminosa, se había convertido ya en plena luz del día antes de que vieran a nadie en los desembarcaderos y puentes de ese silencioso pueblo. Finalmente vieron a un hombre de aspecto plácido y próspero, en mangas de camisa, con una cara tan redonda como la de la luna que acababa de desaparecer, con rayos de rojas patillas que le bordeaban la parte inferior del rostro, que estaba apoyado en un poste por encima de la lenta corriente. Si-

guiendo un impulso imposible de analizar, Flambeau se puso en pie en el tambaleante bote y preguntó a gritos al hombre si conocía la Casa del Cañaveral o la isla del Cañaveral. La sonrisa del hombre próspero se ensanchó ligeramente y se limitó a señalar río arriba hacia la siguiente vuelta. Flambeau siguió adelante sin decir nada.

El bote dobló muchas verdes revueltas semejantes a la que acababan de pasar y siguió muchos tramos del río llenos de juncos y de silencio como aquél. Pero antes de que la búsqueda se hubiera vuelto monótona, doblaron un recodo particularmente abrupto y llegaron al silencio de una especie de laguna o lago, cuya vista los dejó instintivamente paralizados. Porque en medio de esta parte más ancha del agua, rodeado por todas partes de juncos, había un islote largo y bajo ocupado casi totalmente por una casa como un bungalow, larga y baja, hecha de bambú o de alguna caña tropical resistente. Los palos derechos de bambú que constituían las paredes eran de color amarillo pálido, los palos inclinados del tejado eran de un rojo más oscuro o marrón, pero por lo demás la larga casa era sólo repetición y monotonía. La temprana brisa de la mañana agitaba los juncos en torno a la isla y cantaba en la extraña casa acorralada como si tocara una gigantesca flauta pánica.

–¡Dios mío! –exclamó Flambeau–. ¡Aquí está, después de todo! Aquí está la isla del Cañaveral, indiscutiblemente. Y eso sólo puede ser la Casa del Cañaveral. Estoy seguro de que aquel hombre gordo de las patillas era un duende.

–Quizá –observó imparcialmente el padre Brown–. Si lo era, era un duende malo.

Pero no había acabado de hablar cuando ya el impetuoso Flambeau había acercado el bote a la costa en medio de las sonoras cañas y se encontraron en el largo y curioso islote junto a la vieja y silenciosa casa.

La casa, por así decir, daba la espalda al río y al único lugar donde se podía desembarcar. La entrada principal estaba al otro lado y daba al largo jardín de la isla. Los visitantes, por tanto, se acercaron a ella por un pequeño sendero que corría en torno casi de tres lados de la casa muy pegado a los bajos aleros. A través de tres ventanas diferentes en tres lados diferentes podían ver la misma habitación, larga y luminosa, de paredes de madera clara, con un gran número de espejos y preparada para servir en ella un elegante almuerzo. La puerta principal, cuando por fin llegaron a ella, tenía una maceta azul turquesa a cada lado. Les abrió un mayordomo de la especie más deprimente –alto, delgado, gris y apático– quien murmuró que el príncipe Saradine estaba ausente, pero se le esperaba de un momento a otro. La casa estaba preparada para él y sus invitados. La exhibición de la tarjeta garrapateada de tinta verde despertó un temblor mínimo de vida en la cara apergaminada de ese deprimido sirviente y con cierta cortesía vacilante sugirió a los desconocidos que se quedaran.

–Su Alteza puede llegar en cualquier momento –dijo– y le disgustaría no haber coincidido con algún invitado suyo. Tenemos órdenes de tener siempre a punto un almuerzo frío para él y sus amigos y estoy seguro de que desearía que les fuera ofrecido.

Lleno de curiosidad ante esta aventura menor, Flambeau asintió graciosamente y siguió al anciano, quien lo introdujo ceremoniosamente en la larga ha-

bitación cubierta de madera clara. No había nada muy notable en ella, salvo la poco frecuente combinación de muchas ventanas altas y estrechas que se alternaban con muchos espejos apaisados, lo cual daba un singular aspecto de ligereza y falta de sustancia al lugar. Era como almorzar al aire libre, en cierto sentido. Había un par de cuadros poco llamativos en las esquinas. Uno era una fotografía gris de gran tamaño de un hombre muy joven vestido de uniforme y el otro un apunte en tiza roja de dos muchachos de pelo largo. Al preguntar Flambeau si el hombre vestido de militar era el príncipe, el mayordomo contestó secamente que no. Era el hermano más joven del príncipe, el capitán Stephen Saradine, dijo. Y con ello el viejo pareció quedarse mudo de repente, sin el menor interés en conversar.

Una vez concluido el almuerzo con licores y un exquisito café, los visitantes recorrieron el jardín, la biblioteca y fueron presentados al ama de llaves, una hermosa dama morena, de no poca majestad, como una *madonna* plutónica. Al parecer ella y el mayordomo eran los únicos supervivientes del servicio extranjero que había tenido el príncipe. Los restantes criados actuales eran nuevos y habían sido contratados en Norfolk por el ama de llaves. Esta dama era llamada señora Anthony, pero hablaba con un ligero acento italiano y Flambeau estaba seguro de que Anthony era una versión para Norfolk de algún nombre más latino. El señor Paul, el mayordomo, también tenía un leve aspecto extranjero, pero su manera de hablar y su formación profesional eran bien inglesas, como lo son las de los criados de más categoría de la nobleza cosmopolita.

A pesar de ser agradable y excepcional, el lugar tenía una curiosa tristeza luminosa. Las horas pasaban en él con la lentitud de los días. Las largas habitaciones, con sus muchas ventanas, estaban llenas de luz, pero parecía una luz muerta. Y por encima de los demás ruidos ocasionales, el sonido de una conversación, el entrechocar de unos vasos o los pasos de los criados, desde todos los lados de la casa se podía oír el ruido melancólico del río.

–Hemos girado equivocadamente y hemos venido a un lugar equivocado –dijo el padre Brown, mirando por la ventana los juncos de color gris verdoso y la corriente plateada–. No importa; a veces uno puede hacer el bien siendo la persona adecuada en el lugar inadecuado.

El padre Brown, aunque generalmente era un hombre callado, resultaba un hombrecillo extrañamente asequible, y en esas pocas pero interminables horas inconscientemente penetró mucho más en los secretos de la Casa del Cañaveral que su amigo, el detective profesional. El padre Brown tenía esa capacidad de silencio acogedor que es esencial para las confidencias. Y sin decir apenas una palabra, probablemente sacó de sus nuevos conocidos todo lo que éstos hubieran contado en cualquier caso. El mayordomo era ciertamente incomunicativo por naturaleza. Manifestaba un adusto afecto, casi animal, por su amo, quien, según dijo, había sido muy maltratado. El principal causante de los malos tratos parecía ser el hermano de su alteza, cuyo solo nombre parecía alargar la larga y delgada mandíbula del anciano y plegar su nariz ganchuda con gesto de menosprecio. Al parecer, el capitán Stephen era un inútil y había sacado a su bondadoso

hermano cantidades enormes de dinero, obligándolo a abandonar la vida social y a vivir modestamente en este retiro. Eso es todo lo que Paul, el mayordomo, estaba dispuesto a decir y Paul era obviamente parcial.

El ama de llaves italiana era algo más comunicativa, porque, imaginaba Brown, estaba menos contenta. El tono con el que hablaba de su amo era ligeramente acre, aunque no exento de un cierto temor. Flambeau y su amigo estaban en la habitación de los espejos, examinando el apunte rojo de los dos muchachos, cuando entró rápidamente el ama de llaves a causa de alguna tarea doméstica. Esta reluciente habitación cubierta de espejos tenía la peculiaridad de que todo el que entraba en ella aparecía reflejado en cuatro o cinco espejos a la vez. Y el padre Brown, sin volverse, se cortó en mitad de una frase crítica a la familia. Pero Flambeau, que estaba mirando el retrato con el rostro casi pegado a él, ya estaba diciendo en voz alta:

–Los hermanos Saradine, me imagino. Los dos tienen un aspecto bien candoroso. Sería difícil decir quién es el hermano bueno y quién el malo.

Luego, al darse cuenta de la presencia de la dama, cambió de conversación con alguna trivialidad y salió hacia el jardín. Pero el padre Brown seguía mirando fijamente el apunte hecho con lápiz rojo. Y la señora Anthony seguía mirando fijamente al padre Brown.

La dama tenía grandes ojos castaños, de expresión trágica, y su tez olivácea brillaba con un peculiar y doloroso aire de incertidumbre, como quien duda de la identidad o las intenciones de un desconocido. Ya fuera porque la sotana y el credo del curita despertaban en ella recuerdos de la confesión o porque imaginaba

que él sabía más de lo que sabía, el hecho es que le dijo en voz baja, como a un compañero de conspiración:

–En un aspecto, tiene razón su amigo. Dice que sería difícil distinguir al hermano bueno del malo. Oh, sería difícil, muy difícil, distinguir al bueno.

–No la comprendo –dijo el padre Brown.

La mujer dio un paso hacia él con ceño amenazador y una especie de arremetida salvaje, como un toro que baja los cuernos.

–No hay ninguno bueno –dijo con voz silbante–. Fue una maldad que el capitán se llevara todo ese dinero, pero no creo que hubiera mucha bondad en el príncipe al darlo. El capitán no es el único hombre con algo en su contra.

El rostro apartado del clérigo manifestó una súbita comprensión y sus labios pronunciaron silenciosamente la palabra «chantaje». En ese momento, la mujer volvió bruscamente su blanca faz, mirando por encima del hombre y estuvo a punto de caerse. La puerta se había abierto sin ruido y el pálido Paul apareció como un fantasma en el umbral. Debido al inquietante efecto de las paredes de espejos, parecía como si cinco Pauls hubieran entrado por cinco puertas simultáneamente.

–Su Alteza acaba de llegar –dijo Paul.

Al mismo tiempo la figura de un hombre había pasado por delante de la primera ventana, cruzando el cristal bañado por el sol como en un escenario iluminado. Un instante después pasó por la segunda ventana y los espejos repitieron en marcos sucesivos el mismo perfil aguileño y la misma figura en movimiento. Caminaba muy erguido, con aspecto vivaz,

pero tenía el pelo completamente blanco y una tez de un extraño marfil amarillento. Tenía el tipo de nariz romana, corta y curva que suele corresponder con mejillas y mentón largos y estrechos, pero en su caso quedaban parcialmente ocultos por los bigotes y la perilla. El bigote era mucho más oscuro que la barba, lo que le daba un aspecto algo teatral y su ropa era también algo llamativa, en el mismo sentido, con un sombrero de copa blanco, una orquídea en el ojal, un chaleco amarillo, lo mismo que los guantes que sacudía y volteaba al caminar. Cuando llegó a la puerta principal, oyeron al estirado Paul abrir y luego la voz del recién llegado que decía alegremente:

–Bueno, ya ves que he venido. –El estirado señor Paul se inclinó y contestó de manera inaudible. Durante unos minutos intercambiaron unas frases que no pudieron oír desde la sala. Luego el mayordomo dijo:

–Todo está a su disposición. –Y el príncipe Saradine, golpeando los guantes, entró en la habitación para saludar a los visitantes. Una vez más se repitió la espectral escena: cinco príncipes que entraban en una habitación con cinco puertas.

El príncipe colocó el sombrero blanco y los guantes amarillos sobre la mesa y tendió la mano muy cordialmente.

–Encantado de tenerle aquí, señor Flambeau –dijo–. Le conozco muy bien por su reputación, si es que no es una observación indiscreta.

–En absoluto –respondió Flambeau–. No soy nada susceptible. Hay muy pocas reputaciones conquistadas merced a una conducta intachable.

El príncipe le lanzó una mirada cortante para ver si la respuesta sugería algo personal. Luego se rió y los invitó a sentarse, cosa que también él hizo.

–Es un lugar agradable este –dijo con aire displicente–. No hay mucho que hacer, me temo, pero la pesca es estupenda.

El cura, que lo miraba con la grave mirada de un bebé, se sentía asaltado por alguna impresión indefinible. Miró el pelo canoso, cuidadosamente rizado, el rostro blanco amarillento y la figura esbelta y ligeramente presuntuosa. Todas estas características no eran extrañas, aunque quizá una pizca *prononcé*, como el disfraz de una figura detrás de las candilejas. El interés indefinible surgía de algo diferente, en la propia estructura del rostro. Brown se sentía atormentado por la impresión de haber visto ese rostro antes. El hombre parecía un viejo amigo suyo disfrazado. Luego recordó los espejos y atribuyó esa impresión suya a algún efecto psicológico de esa multiplicación de las máscaras humanas.

El príncipe Saradine distribuyó sus deberes sociales entre sus invitados con gran jovialidad y tacto. Al ver que el detective tenía aficiones deportivas e interés en practicarlas durante sus vacaciones, guió a Flambeau, con su bote, hasta el mejor sitio para pescar en el río y volvió veinte minutos después en su propia canoa para reunirse con el padre Brown en la biblioteca y consagrarse con la misma cortesía a los placeres más filosóficos del sacerdote. Parecía saber mucho, tanto de pesca como de libros, aunque en lo que a éstos se refiere, no del tipo más edificante. Hablaba cinco o seis idiomas, aunque en general sólo en su forma más coloquial. Evidentemente, había vivido en diferentes

ciudades y frecuentado ambientes muy heterogéneos, porque algunas de sus historias más divertidas eran sobre antros de juego y fumaderos de opio, salteadores de caminos australianos o bandidos italianos. El padre Brown sabía que el otrora famoso príncipe Saradine había pasado los últimos pocos años viajando incesantemente, pero no había pensado que los viajes fueran tan reprobables o tan divertidos.

En verdad, a pesar de toda su dignidad de hombre de mundo, el príncipe Saradine irradiaba, para un observador sensible como el sacerdote, un cierto aire de intranquilidad e incluso de falta de fiabilidad. Su rostro expresaba gustos exigentes, pero su mirada era inestable. Tenía pequeños tics nerviosos, como un hombre entregado a la bebida o a las drogas. Y no se ocupaba, ni había manifestado hacerlo, de ningún aspecto relacionado con la casa. Todo lo referente a ella estaba en manos de los dos viejos sirvientes, especialmente el mayordomo, que era claramente la piedra angular de la casa. El señor Paul, en efecto, no era tanto un mayordomo como un administrador o incluso un chambelán. Cenaba a solas, pero casi con tanta pompa como su amo; era temido por todos los criados; y consultaba con el príncipe correcta pero firmemente, más bien como si fuera el notario del príncipe. La melancólica ama de llaves era una mera sombra en comparación con él. Parecía borrarse ante los demás y sólo servía al mayordomo y Brown ya no volvió a oír esos murmullos ardientes que medio le habían hablado del hermano menor que chantajeaba al mayor.

El padre Brown no podía estar seguro de que el príncipe estuviera siendo explotado de esa manera por el ausente capitán, pero había algo incierto y se-

creto en torno a Saradine que hacía que la historia fuese completamente plausible.

Cuando entraron de nuevo en la larga sala con las ventanas y los espejos, la tarde amarilla iba cayendo sobre el río y las laderas llenas de sauces llorones y un avetoro se dejó oír en la distancia, como un duende que tocara su diminuto tambor. La mente del sacerdote volvió a notar la misma impresión extraña de algo triste y malo, en un país de duendes.

–Ojalá hubiera regresado Flambeau –murmuró.

–¿Cree usted en el destino? –preguntó el inquieto príncipe Saradine de repente.

–No –respondió su invitado–. Creo en el día del juicio final.

El príncipe dio la espalda a la ventana y lo miró con extraña expresión, con el rostro en sombras contra el sol poniente.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó.

–Quiero decir que estamos en el lado inadecuado del decorado –respondió el padre Brown–. Las cosas que ocurren aquí no parecen significar nada; significan algo en alguna otra parte. En alguna otra parte, el verdadero culpable recibirá su merecido. Aquí a menudo parece recaer sobre la persona indebida.

El príncipe emitió un ruido inexplicable, como un animal. Sus ojos brillaban extrañamente en su rostro en sombra. En la mente del padre Brown surgió otra idea nueva y aguda. ¿Había otra explicación para la mezcla de brillantez y brusquedad en Saradine? ¿Era el príncipe...? ¿Estaba completamente cuerdo? Saradine repetía «la persona indebida, la persona indebida» muchas más veces de lo que es lógico en una conversación social.

Entonces el padre Brown cayó tardíamente en la cuenta de una segunda verdad. En los espejos que tenía delante pudo ver cómo se abría la puerta silenciosamente y el silencioso señor Paul aparecía por ella, con su habitual y pálida impasibilidad.

–Creí conveniente advertir inmediatamente –dijo con el mismo respeto rígido de un viejo abogado de la familia– que un bote con seis remeros ha llegado al desembarcadero y hay un caballero sentado en la popa.

–¡Un bote! –repitió el príncipe–. ¿Un caballero? –Y se puso en pie.

Hubo un silencio sorprendido alterado sólo por el extraño ruido del pájaro entre las juncias.

Y luego, antes de que nadie hubiera podido hablar de nuevo, una nueva cara y una nueva silueta pasaron de perfil por delante de las tres ventanas iluminadas por el sol, como el príncipe había pasado una o dos horas antes. Pero salvo por la coincidencia de que ambos rostros eran aquilinos, tenían muy poco en común. En vez del blanco y flamante sombrero de copa de Saradine, apareció un sombrero negro de forma anticuada o extranjera; bajo él había una cara joven y solemne, afeitada, con firme barbilla azulada, que recordaba vagamente a Napoleón de joven. La asociación se apoyaba en que había algo viejo y extraño en toda su apariencia, como la de un hombre que nunca se hubiera preocupado de cambiar la moda de sus mayores. Llevaba una levita azul gastada, un chaleco rojo de corte militar y una especie de pantalones blancos de tela basta, comunes entre los primeros victorianos, pero muy incongruentes hoy en día. En medio de toda esa vestimenta de guardarropía, su rostro oli-

váceo destacaba extrañamente juvenil y monstruosamente sincero.

–¡Demonios! –dijo el príncipe Saradine, y poniéndose el sombrero blanco fue él mismo a la puerta y la abrió al jardín sobre el que se ponía el sol.

Para entonces el recién llegado y sus seguidores se habían colocado en el césped como un pequeño ejército de teatro. Los seis remeros habían atracado el bote, adentrándolo en la ribera y lo custodiaban casi amenazadoramente con los remos erguidos como lanzas. Eran unos hombres de piel oscura y algunos llevaban pendientes en las orejas. Pero uno de ellos se había adelantado y se mantenía junto al joven de piel olivácea y chaleco rojo, sosteniendo un estuche negro de gran tamaño y forma inusual. El joven dijo:

–¿Su nombre es Saradine?

Saradine asintió con aire despreocupado.

El recién llegado tenía apagados ojos castaños, perrunos, absolutamente opuestos a los inquietos y relucientes ojos grises del príncipe. Pero una vez más el padre Brown se sintió torturado por la impresión de haber visto en alguna parte una réplica de ese rostro. Y una vez más recordó las repeticiones de la habitación de los espejos y atribuyó a eso la coincidencia.

–¡Dichoso palacio de cristal! –murmuró–. Le hace ver a uno todo demasiadas veces. Es como un sueño.

–Si es usted el príncipe Saradine –dijo el joven– permítame decirle que mi nombre es Antonelli.

–Antonelli –repitió el príncipe lánguidamente–. Me parece recordar ese nombre.

–Permítame presentarme –dijo el joven italiano.

Con la mano izquierda se quitó cortésmente su anticuado sombrero de copa; con la derecha cruzó la

cara del príncipe Saradine con una bofetada tan fuerte que el sombrero de copa blanco rodó por las escaleras y uno de los tiestos azules se tambaleó en su pedestal.

El príncipe, fuera lo que fuese, no era evidentemente un cobarde. Se lanzó a la garganta de su enemigo y estuvo a punto de tirarlo sobre la hierba. Pero su enemigo logró zafarse con un aire particularmente inadecuado de apresurada cortesía.

–Está bien –dijo sin aliento, en un inglés vacilante–. He insultado. Daré satisfacción. Marco, abre el estuche.

El hombre de los pendientes, que estaba a su lado con el gran estuche negro, procedió a abrirlo. Sacó de él dos largos estoques italianos, con empuñaduras y hojas de espléndido acero que plantó con las puntas hacia abajo en el césped. El extraño joven en pie de cara a la entrada con su cetrino y vengativo rostro, las dos espadas clavadas en la hierba como dos cruces en un cementerio y la fila de remadores detrás daban a toda la escena la extraña apariencia de un bárbaro tribunal de justicia.

Pero el resto seguía igual: la interrupción había sido repentina y el oro del sol poniente aún brillaba en el césped y el avetoro aún tronaba como si anunciara algún acontecimiento pequeño pero terrible.

–Príncipe Saradine –dijo el hombre llamado Antonelli–: cuando yo era un niño de cuna, usted mató a mi padre y se llevó a mi madre. Mi padre fue más afortunado que ella. No lo mató usted con justicia, como voy a matarlo yo a usted. Usted y mi malvada madre lo condujeron hasta una parte solitaria de Sicilia y lo arrojaron por un precipicio y luego siguieron su camino. Yo podría imitarle a usted si quisiera, pero imitarle a usted es

demasiado vil. Pero éste es el fin del mundo y de usted. Ahora lo he encontrado y le doy la oportunidad que nunca dio usted a mi padre. Elija una de estas espadas.

El príncipe Saradine, con las cejas fruncidas, pareció dudar un momento, pero aún le zumbaban los oídos de la bofetada y dio un salto hacia delante y arrancó una de las espadas. El padre Brown también había saltado hacia delante para tratar de conciliar la disputa; pero pronto se dio cuenta de que su presencia no hacía más que empeorar las cosas. Saradine era un masón francés y un ateo furibundo y un sacerdote le irritaba por la ley de los contrarios. En cuanto al otro hombre, ni sacerdote ni lego le conmovían en absoluto. Ese joven, de rostro napoleónico y ojos castaños, era algo mucho más firme que un puritano: era un pagano. Era un simple destructor procedente del alborear de la tierra, un hombre de la edad de piedra: un hombre de piedra.

Sólo quedaba una esperanza: hacer acudir a las otras personas de la casa. Y el padre Brown corrió a ella. Se encontró, sin embargo, con que el autócrata Paul había dado permiso a todos los criados para salir de la isla y que sólo la melancólica señora Anthony se movía inquieta por las largas habitaciones. Pero en el momento en que volvió un rostro fantasmal hacia él, uno de los enigmas de la casa de los espejos quedó resuelto. Los pesados ojos castaños de Antonelli eran los pesados ojos castaños de la señora Anthony, y en una especie de iluminación el padre Brown comprendió la mitad del asunto.

–Su hijo está fuera –dijo, sin desperdiciar palabras–. O él o el príncipe morirán. ¿Dónde está el señor Paul?

–Está en el embarcadero –dijo la mujer débilmente–. Está... está... haciendo señales para pedir ayuda.

–Señora Anthony –dijo seriamente el padre Brown–. No hay tiempo para tonterías. Mi amigo está en su bote pescando río abajo. El bote de su hijo está custodiado por sus hombres. Sólo hay una canoa. ¿Qué está haciendo el señor Paul con ella?

–¡Santa María! No lo sé –dijo–. Y cayó desmayada cuan larga era sobre el suelo cubierto de esteras.

El padre Brown la llevó hasta un sofá, le lanzó un cacharro de agua sobre la cara, gritó pidiendo ayuda y luego salió corriendo hacia el embarcadero del islote. Pero la canoa estaba ya en medio del agua y el viejo Paul remaba río arriba con una energía increíble para sus años.

–¡Salvaré a mi amo! –gritaba con ojos brillantes de loco–. ¡Todavía lo salvaré!

El padre Brown no pudo hacer otra cosa más que contemplar cómo el bote luchaba contra corriente y rogar para que el viejo lograra despertar a tiempo al pueblecito.

–Un duelo es ya de sobra malo –murmuró, frotándose su áspero pelo grisáceo–, pero hay algo que no encaja en este duelo, incluso como tal duelo. Lo noto en mi interior. Pero ¿qué puede ser?

Mientras estaba allí contemplando el agua, un espejo ondulante del crepúsculo, oyó procedente del otro extremo del jardín de la isla un ruido leve pero inconfundible: el frío choque del acero. Volvió la cabeza.

Allá en el cabo o promontorio más alejado del alargado islote, sobre una banda de hierba más allá de los últimos macizos de rosas, los duelistas ya habían cru-

zado las espadas. Sobre ellos, la tarde era una cúpula de oro puro y a pesar de la distancia se los distinguía con toda claridad. Se habían quitado las chaquetas, pero el chaleco amarillo de Saradine y sus blancos cabellos, el chaleco rojo y los pantalones blancos de Antonelli brillaban bajo la luz uniforme como los colores de los muñecos mecánicos danzantes. Las dos espadas brillaban desde el puño hasta la punta como dos alfileres de diamantes. Había algo terrible en que, de lejos, las dos figuras parecieran tan pequeñas y tan alegres. Parecían dos mariposas tratando de clavarse la una a la otra en un corcho.

El padre Brown corrió tan aprisa como pudo. Sus cortas piernas se movían como ruedas. Pero cuando llegó al campo de batalla vio que había llegado demasiado tarde y demasiado pronto: demasiado tarde para impedir la pelea, bajo la sombra de los hoscos sicilianos apoyados en sus remos, y demasiado pronto para predecir cuál iba a ser el desastroso resultado de la misma. Los dos hombres estaban singularmente igualados: el príncipe usaba su destreza con una especie de seguridad cínica y el siciliano usaba la suya con cuidado asesino. Pocas peleas de esgrima se pueden haber contemplado en anfiteatros repletos de gente mejores que la que tintineaba y brillaba en esa isla olvidada en el río lleno de cañas. La vertiginosa batalla llevaba tanto tiempo equilibrada que la esperanza volvió a renacer en el indignado sacerdote. Había muchas probabilidades de que Paul volviera en seguida con la policía. Sería un cierto alivio que Flambeau regresara de su pesca porque Flambeau, físicamente, equivalía a cuatro hombres. Pero no se veía a Flambeau por ninguna parte y, lo que era mucho más extraño, no se

veía a Paul ni a la policía. No había ninguna otra embarcación de ningún género. En esa isla perdida en esa laguna vasta y sin nombre, estaban tan aislados como en una roca en medio del Pacífico.

Justo cuando hacía esa constatación mental, los estoques resonaron con más fuerza, el príncipe levantó los brazos y la punta de la espada salió por detrás entre los omoplatos. Cayó describiendo una gran curva, casi como quien da media voltereta. La espada salió disparada de su mano como una estrella fugaz y se hundió en el lejano río; y él se dejó caer al suelo con una entrega tan profunda que rompió un rosal de gran tamaño y levantó una nube de tierra roja, como el humo de algún sacrificio pagano. El siciliano había hecho su ofrenda de sangre al fantasma de su padre.

El sacerdote se arrodilló inmediatamente junto al cadáver, pero sólo para cerciorarse de que era un cadáver. Mientras estaba todavía haciendo las últimas y desesperadas pruebas, oyó por vez primera voces en el río y vio un bote de la policía que se detenía en el embarcadero, con policías, oficiales importantes y el propio y excitado Paul. El curita se puso en pie con un gesto de clara duda.

–¿Por qué razón –murmuró–, por qué razón no podía haber llegado antes?

Unos siete minutos después, la isla estaba ocupada por una multitud de gentes del pueblo y de policías y estos últimos habían detenido al victorioso duelista, recordándole ritualmente que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra.

–No diré nada –dijo el monomaníaco, con un rostro maravillosamente en paz–. Nunca diré nada más. Soy muy feliz y lo único que quiero es que me ahorquen.

Luego cerró los labios cuando se lo llevaban y, aunque extraño, es rigurosamente cierto que no volvió a despegarlos excepto para decir «culpable» cuando lo juzgaron.

El padre Brown había contemplado el jardín repentinamente lleno de gente, el arresto del vengador y la retirada del cadáver tras ser examinado por el médico, más bien como uno contempla la desintegración de un sueño desagradable. Estaba inmóvil, como un hombre en una pesadilla. Dio su nombre y dirección como testigo, pero rechazó la oferta de un bote para ir a la orilla y se quedó solo en el jardín de la isla, mirando el rosal aplastado y todo el verde escenario de aquella rápida e inexplicable tragedia. La luz iba desapareciendo a lo largo del río, mientras se levantaba una neblina en las riberas pantanosas. Unos cuantos pájaros revoloteaban aún vacilantemente sobre ella.

Clavada tenazmente en el fondo de su subconsciente (que era extremadamente vivo) había una inexplicable certeza de que quedaba todavía algo por explicar. Esta sensación le había acompañado durante todo el día y no podía explicarse mediante su fantasía del «país de los espejos». De alguna manera, no había presenciado la verdadera historia, sino un juego o una mascarada. Y, sin embargo, la gente no se deja ahorcar o atravesar el cuerpo por una espada para representar una función.

Sentado en los escalones del embarcadero, dando vueltas a todas estas cosas, empezó a tomar conciencia de la línea alta y oscura de una vela que se aproximaba silenciosamente por el reluciente río y se puso en pie de golpe, con una oleada tal de emoción que casi se echó a llorar.

–¡Flambeau! –exclamó. Y estrechó las manos de su amigo una y otra vez para asombro de éste, que llegaba tranquilamente con sus aparejos de pesca–. ¡Flambeau! –volvió a decir el padre Brown–. ¡No le han matado a usted!

–¿Matado? –repitió el pescador atónito–. ¿Y por qué habrían de matarme?

–¡Oh, porque casi todo el mundo ha muerto! –dijo su compañero bastante incoherentemente–. Saradine ha sido asesinado y Antonelli quiere que lo ahorquen y su madre se ha desmayado y yo debo confesar que no sé si estoy en este mundo o en el otro. Pero gracias a Dios, usted está en el mismo mundo que yo. –Y cogió al sorprendido Flambeau del brazo.

Se alejaron del embarcadero y al llegar a los aleros de la casa de bambú miraron por una de las ventanas, como habían hecho cuando llegaron a la casa por primera vez. Sus ojos contemplaron una escena, iluminada por las lámparas, bien calculada para asombrarlos. La mesa del largo comedor estaba dispuesta para la cena cuando el asesino de Saradine había caído como un rayo sobre la isla. Y la cena se estaba celebrando con toda placidez, porque la señora Anthony estaba sentada, algo hosca, en un extremo de la mesa, mientras que a la cabecera estaba el señor Paul, el *major domo*, comiendo y bebiendo los mejores productos, con los azulados ojos empañados que resaltaban de manera extraña en su rostro. Su macilento porte era inescrutable pero no exento, en absoluto, de satisfacción.

Con un gesto de gran impaciencia, Flambeau golpeó la ventana, la abrió de golpe e introdujo su indignada cabeza en la iluminada habitación.

–¡Muy bien! –exclamó–. Puedo entender que necesiten ustedes un refrigerio, pero la verdad es que robar la cena de su amo que yace asesinado en el jardín...

–He robado muchísimas cosas durante mi larga y agradable existencia –replicó el extraño anciano plácidamente–. Esta cena es una de las pocas cosas que no he robado. Esta cena y esta casa y el jardín me pertenecen.

El expresivo rostro de Flambeau acusó una idea que se le acababa de pasar por la cabeza.

–¿Quiere usted decir –empezó– que el testamento del príncipe Saradine...?

–Yo soy el príncipe Saradine –dijo el viejo, masticando una almendra salada.

El padre Brown, que estaba contemplando los pájaros en el jardín, saltó como si le hubieran disparado y acercó a la ventana su rostro blanco como el papel.

–*¿Quién* es usted? –repitió con voz aguda.

–El príncipe Paul Saradine, *à vos ordres* –dijo cortésmente el venerable anciano, levantando una copa de jerez–, vivo aquí apartado, porque soy un tipo muy hogareño. Y en aras de la modestia, me hago llamar señor Paul, para diferenciarme de mi infortunado hermano, el señor Stephen. Ha muerto, me dicen, hace poco... en el jardín. Naturalmente, yo no tengo la culpa de que los enemigos lo persigan hasta este lugar. Ello se debe a su lamentable vida irregular. No era nada hogareño.

Se quedó en silencio y continuó mirando la pared opuesta justo por encima de la cabeza inclinada y melancólica de la mujer. Vieron claramente el parecido familiar que les había obsesionado en el muerto. Lue-

go los hombros del anciano empezaron a levantarse y estremecerse levemente, como si estuviera ahogándose, pero no se le alteró el rostro.

–¡Dios mío! –exclamó Flambeau, tras una pausa–. ¡Se está riendo!

–Venga usted –dijo el padre Brown, que estaba muy pálido–. Vámonos de esta casa infernal. Vayamos a un bote decente de nuevo.

Cuando se empezaron a alejar de la isla la noche había cubierto los juncos y el río y navegaron corriente abajo en la oscuridad, calentándose con dos grandes cigarros que lucían como las linternas color carmesí de un barco. El padre Brown apartó el cigarro de la boca y dijo:

–Supongo que ahora ya ha adivinado usted toda la historia ¿no? Después de todo, es muy primitiva. Un hombre tenía dos enemigos. Era un hombre sagaz. Y descubrió que dos enemigos valen más que uno.

–Eso no lo entiendo –respondió Flambeau.

–¡Oh, es muy sencillo en realidad! –replicó su amigo–. Sencillo, pero cualquier cosa salvo inocente. Los dos Saradine eran unos bribones; pero el príncipe, el mayor, era el tipo de bribón que llega a la cumbre; y el más joven, el capitán, de los que se hunden en el fango. Este lamentable militar pasó de mendigo a chantajista y un mal día encontró la manera de dominar a su hermano, el príncipe. Evidentemente no se trataba de algo trivial, porque el príncipe Saradine era un hombre francamente disipado y no tenía una reputación que perder por meros pecados sociales. De hecho, era un asunto que le habría supuesto la horca y Stephen colocó literalmente una soga en torno al cuello de su hermano. Había logrado descubrir la ver-

dad sobre el asunto siciliano y podía probar que Paul había matado al viejo Antonelli en las montañas. El capitán se cobró abundantemente el precio del silencio durante diez años, hasta que incluso la gran fortuna del príncipe empezó a disiparse.

»Pero el príncipe Saradine tenía otro peso sobre sus espaldas, además del de chupador de sangre de su hermano. Sabía que el hijo de Antonelli, un niño en el momento del crimen, había sido educado en la bárbara lealtad siciliana y vivía sólo para vengar a su padre, no con la horca (carecía de las pruebas legales de Stephen) sino con las viejas armas de la *vendetta*. El muchacho había practicado la esgrima hasta alcanzar la perfección y cuando tuvo la edad suficiente para usar su arte mortal, el príncipe Saradine empezó a viajar, como decían los periódicos de sociedad. La verdad es que empezó a huir para salvar su vida, yendo de un lugar a otro como un criminal perseguido. Pero con un hombre infatigable tras sus huellas. Ésa era la situación del príncipe Paul, nada agradable, por cierto. Cuanto más dinero gastaba en eludir a Antonelli, menos tenía para silenciar a Stephen. Cuanto más daba para callar a Stephen, menos oportunidades le quedaban de poder escapar finalmente de Antonelli. Y entonces es cuando demostró que era un gran hombre, un genio como Napoleón.

»En vez de resistir a sus dos antagonistas, se rindió a ambos de repente. Cedió, como un luchador japonés, y sus enemigos cayeron postrados a sus pies. Abandonó su carrera alrededor del mundo y entregó su dirección al joven Antonelli. Luego cedió todo a su hermano. Le envió dinero suficiente para ropas elegantes y viajes, con una carta que decía más o menos lo si-

guiente: "Esto es todo lo que me queda: Me has dejado sin blanca. Todavía tengo una casita en Norfolk con unos sirvientes y una bodega y si quieres más de mí, está a tu disposición. Ven a tomar posesión de ella si quieres, y yo viviré allí tranquilamente como amigo tuyo o representante o lo que quieras". Él sabía que el siciliano no había visto nunca a los hermanos Saradine, salvo, quizás, en fotografías. Sabía que se parecían algo, con sus barbas grises y afiladas. Entonces se afeitó la barba y esperó. La trampa funcionó. El desdichado capitán, con sus ropas nuevas, entró triunfalmente en la casa como un príncipe y se encontró con la espada del siciliano.

»Hubo una dificultad, y ello honra a la naturaleza humana. Las personas malvadas como Saradine se equivocan a veces al no esperar ninguna virtud en el género humano. Él dio por supuesto que el golpe del siciliano, cuando se produjera, sería a escondidas, violento y anónimo, como el golpe del que se quería vengar. Pensaba que la víctima sería acuchillada por la noche, o recibiría un tiro desde detrás de un seto o moriría sin poder hablar. El príncipe Paul pasó un momento muy malo cuando la caballerosidad de Antonelli planteó un duelo formal, con todas sus posibles explicaciones. Fue entonces cuando lo encontré huyendo en su bote con mirada alocada. Huía, con la cabeza descubierta, en embarcación abierta, antes de que Antonelli descubriera quién era.

»Pero aunque estaba muy preocupado, no estaba desesperado. Conocía al aventurero y conocía al fanático. Era muy probable que Stephen, el aventurero, se callara, por el mero e histriónico placer de desempeñar su papel, por su deseo de quedarse con su nueva y

confortable residencia, por su confianza de canalla en la suerte y por su destreza como espadachín. Era seguro que Antonelli, el fanático, se callaría y se dejaría ahorcar sin contar asuntos de su familia. Paul se mantuvo en el río hasta que supo que la pelea había terminado. Entonces llamó a las gentes del pueblo, trajo a la policía y vio cómo se llevaban para siempre a sus dos enemigos vencidos y se sentó sonriendo a cenar.

–¡Riéndose, vive Dios! –dijo Flambeau estremeciéndose–. ¿Es que sacan esas ideas de Satanás?

–La idea se la dio usted –respondió el cura.

–¡Dios no lo quiera! –exclamó Flambeau–. ¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

El cura sacó de su bolsillo una tarjeta de visita y la alumbró con el débil resplandor de su cigarro; estaba escrita en tinta verde.

–¿No recuerda usted la original invitación que le hizo? –preguntó–. ¿Y sus cumplidos acerca de su éxito criminal? ¿Aquella maniobra suya –dice– de conseguir que un detective arreste al otro? Se ha limitado a imitar su maniobra. Con un enemigo a cada lado, se quitó hábilmente de en medio y dejó que chocaran y se mataran el uno al otro.

Flambeau arrancó de las manos al sacerdote la tarjeta del príncipe Saradine y la rompió furioso en pedacitos.

–Ahí va lo último de ese viejo pirata –dijo mientras esparcía los pedazos por las olas oscuras de la corriente, que se dispersaban–. Pero puede que incluso envenenen a los peces.

El último destello de la tarjeta blanca escrita con tinta verde se hundió y desapareció. El cielo mostró un débil y brillante color que anunciaba el amanecer

y la luna tras las altas hierbas empezó a perder brillantez. Siguieron deslizándose en silencio.

–Padre –dijo de repente Flambeau–. ¿Usted cree que fue todo un sueño?

El cura meneó la cabeza, en señal de discrepancia o de agnosticismo, pero permaneció mudo. A través de la oscuridad les llegó un olor de espinos y de huertos, lo que indicaba que se estaba levantando el viento. Un instante después hizo balancear el pequeño bote e hinchó la vela y los empujó por el serpenteante río hacia lugares más felices y hacia los hogares de hombres inofensivos.

9. El martillo de Dios

El pueblecito de Bohun Beacon estaba en lo alto de una colina tan empinada que la alta torre de su iglesia parecía el pico de una pequeña montaña. Al pie de la iglesia había una herrería, toda roja, habitualmente, por el reflejo del fuego y siempre abarrotada de martillos y pedazos de hierro. Frente a ella, sobre un primitivo cruce de caminos de adoquines estaba «El jabalí azul», la única taberna del lugar. Y en este cruce, al alborear un día de luz plomiza y plateada, se encontraron dos hermanos y hablaron. Uno empezaba el día y el otro lo terminaba. El reverendo y honorable Wilfred Bohun era muy devoto y se disponía a la austera práctica de la oración y la contemplación al amanecer. El honorable coronel Norman Bohun, su hermano mayor, no era devoto en absoluto y estaba sentado, vestido de etiqueta, en un banco junto a la puerta de «El jabalí azul», bebiendo lo que un observador filosófico era libre de considerar su último vaso del martes o su primer vaso del miércoles. Al coronel le traía sin cuidado.

Los Bohun eran una de las pocas familias aristocráticas que verdaderamente se remontaban a la Edad Media y cuyo pendón realmente había ondeado en Palestina. Pero es un gran error suponer que tales casas conservan las tradiciones caballerescas. Pocos con-

servan las tradiciones, salvo los pobres. Los aristócratas no viven según las tradiciones sino según las modas. Los Bohun habían sido bribones bajo la reina Ana y petimetres bajo la reina Victoria. Pero, como más de una de las casas realmente antiguas, habían decaído en los dos últimos siglos para convertirse en meros borrachos y dandis degenerados, hasta que incluso se había rumoreado que había en la familia una vena de locura. Ciertamente había algo apenas humano en la voraz persecución del placer por parte del coronel, y su permanente decisión de no regresar a casa hasta el amanecer tenía un toque de la horrenda claridad del insomnio. Era un hermoso ejemplar físico, alto, entrado ya en años, pero con un cabello sorprendentemente amarillo. Habría parecido sencillamente rubio y leonino, pero sus ojos azules estaban tan hundidos en su rostro que parecían negros. Estaban un poco demasiado juntos. Sus bigotes eran amarillos y muy largos. Y desde las aletas de la nariz hasta la mandíbula tenía unos surcos muy marcados que daban una expresión despreciativa a su rostro. Sobre su traje de etiqueta llevaba un abrigo de un curioso color amarillo pálido, que parecía más un batín ligero que un abrigo y en la cabeza, echado hacia atrás, llevaba un sombrero de ala extraordinariamente ancha, de brillante color verde; evidentemente era alguna curiosidad oriental cogida al azar. Se enorgullecía de aparecer con tan incongruentes atuendos, orgulloso también de que siempre lograba que parecieran congruentes.

Su hermano, el clérigo, también tenía el mismo pelo amarillo y la misma elegancia, pero iba severamente vestido de negro hasta la barbilla y completamente afeitado. Era un hombre cultivado y un poco nervio-

so. Parecía no vivir más que para su religión. Pero había quienes decían (especialmente el herrero, que era presbiteriano) que era más bien el amor a la arquitectura gótica que el amor a Dios lo que lo motivaba y que su continua presencia en la iglesia, como un fantasma, era sólo otra forma más pura de la casi morbosa sed de belleza que lanzaba a su hermano tras las mujeres y el vino. Esta acusación era dudosa, mientras que la piedad real del hombre era innegable. En realidad, la acusación era sobre todo una incomprensión ignorante del amor a la soledad y a la oración privada y se basaba en que a menudo se encontraba al clérigo de rodillas, no ante el altar, sino en lugares extraños, en las criptas o en las galerías o incluso en el campanario. En ese momento se disponía a entrar en la iglesia atravesando el patio del herrero, pero se detuvo y frunció un poco el ceño al ver los cavernosos ojos de su hermano que miraban en la misma dirección. La hipótesis de que el coronel estuviera interesado en la iglesia era algo que no merecía la pena ni considerar. Sólo quedaba el taller del herrero y aunque el herrero era un puritano y, por lo tanto, no pertenecía a su feligresía, Wilfred Bohun había oído de algún escándalo en relación con su bella y bastante famosa mujer. Lanzó una mirada suspicaz hacia el taller y el coronel se puso en pie, riéndose, para hablar con él.

–Buenos días, Wilfred –dijo–. Como un buen amo, velo sobre mi gente. Voy a visitar al herrero.

Wilfred miró al suelo y dijo:

–El herrero no está. Ha ido a Greenford.

–Lo sé –contestó el otro con risa silenciosa–. Por eso voy a visitarlo.

–Norman –dijo el clérigo, con la vista clavada en un guijarro del camino–, ¿no tienes nunca miedo del rayo?

–¿Qué quieres decir? –preguntó el coronel–. ¿Eres aficionado a la meteorología?

–Quiero decir –dijo Wilfred sin levantar los ojos– si no piensas a veces que Dios podría fulminarte en medio de la calle.

–Discúlpame –dijo el coronel–. Ya veo que lo tuyo es el folklore.

–Y yo sé que tu afición es la blasfemia –replicó el clérigo, herido en lo único vivo de su naturaleza–. Pero si no temes a Dios, tienes buenas razones para temer al hombre.

El hermano mayor levantó las cejas cortésmente.

–¿Temer al hombre? –dijo.

–Barnes, el herrero, es el hombre de mayor tamaño y fuerza en cuarenta millas a la redonda –dijo severamente el clérigo–. Sé que no eres ni cobarde ni débil, pero él podría lanzarte por encima del muro.

Estas palabras, verdaderas, hicieron su efecto y la arruga que descendía por la aleta de la nariz y la boca se oscureció y se hizo más marcada. Durante unos segundos, el coronel mostró un fuerte gesto de menosprecio. Pero inmediatamente recobró el cruel buen humor que le era propio y se rió, mostrando unos incisivos grandes como los de un perro bajo el bigote amarillo.

–En ese caso, mi querido Wilfred –dijo desenfadadamente– fue muy acertado que el último de los Bohun haya venido parcialmente cubierto con su armadura.

Y se quitó el extraño sombrero redondo color verde, mostrando que estaba forrado de acero. Wilfred

vio que era, en efecto, un yelmo ligero, japonés o chino, arrancado de un trofeo que colgaba en el viejo vestíbulo de la casa solariega.

–Era el primero que encontré –explicó su hermano con ligereza– siempre el sombrero más próximo... y la mujer más próxima.

–El herrero está en Greenford –dijo Wilfred gravemente–. No se sabe a qué hora regresará.

Y sin más dio la vuelta y entró en la iglesia con la cabeza inclinada, santiguándose como quien quiere librarse de un espíritu impuro. Tenía prisa por olvidar tanta bajeza en la fresca penumbra de sus altos claustros góticos; pero esa mañana estaba escrito que su tranquila serie de ejercicios se viera interrumpida por pequeños sobresaltos en todas partes. Al entrar en la iglesia, que hasta entonces siempre había estado vacía a esa hora, una figura arrodillada se puso rápidamente en pie y vino hacia la luz del día que entraba por la puerta. Cuando el clérigo la vio, se quedó inmovilizado por la sorpresa. El devoto madrugador era el tonto del pueblo, un sobrino del herrero, a quien ni la iglesia ni ninguna otra cosa le importaban ni podían importarle. Siempre lo llamaban «Joe el loco» y parecía no tener otro nombre. Era un muchacho moreno, fuerte y desgarbado, de cara gruesa y blanca, pelo negro liso y la boca siempre abierta. Cuando pasó junto al sacerdote, su aspecto de bobalicón no dio la menor indicación de lo que había estado haciendo o en qué había estado pensando. Nunca se le había visto rezar antes. ¿Qué clase de oraciones podría haber dicho ahora? Sin duda muy extrañas.

Wilfred Bohun permaneció clavado en el mismo sitio lo suficiente para ver al tonto salir al sol e incluso

para ver a su depravado hermano saludándolo con una especie de jovialidad paternal. Lo último que vio fue al coronel tirando peniques a la boca abierta de Joe, con aspecto de tratar seriamente de dar en el blanco.

Esta fea estampa iluminada por el sol de la estupidez y la crueldad de la tierra empujaron finalmente al ascético clérigo a buscar en sus oraciones purificación y nuevas ideas. Se dirigió a un banco de la galería, justo debajo de una vidriera de colores que le era muy grata y que siempre apaciguaba su espíritu. Era una vidriera azul con un ángel portador de lirios. Allí empezó a pensar menos en el idiota, con su rostro pálido y su boca de pez. Empezó a pensar menos en su depravado hermano, caminando de aquí para allá como un escuálido león con su terrible hambre. Se hundió más y más en los colores fríos y dulces de flores plateadas y cielo como un zafiro.

En ese lugar lo encontró media hora más tarde Gibbs, el zapatero del pueblo, al que habían enviado con cierta prisa. Se levantó con prontitud, porque sabía que nada de escasa importancia habría traído a Gibbs a ese lugar. Como en muchos pueblos, el zapatero era ateo y su aparición en la iglesia era aún más extraordinaria que la de Joe el loco. Era una mañana de enigmas teológicos.

–¿Qué ocurre? –dijo Wilfred Bohun bastante secamente, pero alargando una mano temblorosa hacia su sombrero.

El ateo habló en un tono que, viniendo de él, era sorprendentemente respetuoso e incluso, por así decir, bruscamente compasivo.

–Debe usted disculparme, señor –dijo en un ronco murmullo–, pero no nos pareció bien no informarle a

usted inmediatamente. Me temo que ha ocurrido algo terrible, señor. Su hermano...

Wilfred apretó sus frágiles manos.

–¿Qué maldad ha hecho ahora? –preguntó con una intensidad involuntaria.

–Verá usted, señor –dijo el zapatero, carraspeando–. Me temo que no ha hecho nada y no hará nada. Me temo que se la han hecho a él. Sería mejor que bajase usted.

El clérigo siguió al zapatero por una breve escalera de caracol que los llevó hasta una entrada bastante elevada sobre la calle. Bohun vio la tragedia de una sola ojeada, bajo él, como en un plano. En el patio del herrero había cinco o seis hombres, la mayoría vestidos de negro, uno de ellos con uniforme de inspector. Eran el médico, el ministro presbiteriano y el sacerdote de la capilla católica a la que pertenecía la mujer del herrero. El cura estaba hablando con ella, muy rápidamente, en voz baja, mientras ella, una mujer magnífica con pelo rojo dorado, sollozaba incontroladamente en un banco. Entre estos dos grupos y justo fuera del principal montón de martillos, yacía un hombre vestido de etiqueta, caído con las piernas y los brazos extendidos, boca abajo. Desde la altura en que se encontraba Wilfred podía reconocer cada detalle de su traje y de su aspecto, hasta los anillos de la familia Bohun que llevaba en los dedos; pero el cráneo era sólo un horrible manchón, como una estrella de negrura y de sangre.

Wilfred dio una sola ojeada y bajó corriendo las escaleras hasta el patio. El médico, que era el médico de la familia, lo saludó pero él apenas se dio cuenta. Sólo podía tartamudear.

–Mi hermano está muerto. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es este horrible misterio?

Hubo un silencio entristecido. Y luego el zapatero, que era el más audaz de los presentes, respondió:

–Horrible sí lo es, señor, pero no hay mucho misterio.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó Wilfred, con el rostro blanco como el papel.

–Está de sobra claro –respondió Gibbs–. Sólo hay un hombre en cuarenta millas a la redonda que hubiera podido dar un golpe semejante y es el hombre que más motivos tenía para hacerlo.

–No debemos prejuzgar nada –intervino el médico, un hombre alto, de barba negra, bastante agitadamente–. Pero me incumbe a mí corroborar lo que el señor Gibbs dice acerca de la naturaleza del golpe. Es un golpe increíble. El señor Gibbs dice que sólo un hombre en esta región podría haberlo hecho. Yo mismo habría dicho que nadie podría haberlo hecho.

Un estremecimiento de superstición recorrió la delgada figura del clérigo.

–Creo que no entiendo –dijo.

–Señor Bohun –dijo el médico en voz baja–, literalmente, no sé con qué compararlo. Es inadecuado decir que el cráneo quedó aplastado como una cáscara de huevo. Hay fragmentos de huesos incrustados en el cuerpo y en el suelo, como balas incrustadas en una pared de barro. Fue la mano de un gigante.

Se quedó callado un momento, mirando lúgubremente a través de sus anteojos; luego añadió:

–Esta circunstancia tiene una ventaja: que libra de sospecha a la mayor parte de la gente, de un plumazo. Si usted o yo o cualquier hombre normalmente cons-

tituido en el país fueran acusados de este crimen, nos declararían inocentes, como se declararía inocente a un niño acusado de robar la Columna de Nelson.

–Eso es lo que yo digo –repitió obstinadamente el zapatero–: sólo hay un hombre que podría haberlo hecho y ése es el hombre que lo habría hecho. ¿Dónde está Simeon Barnes, el herrero?

–Está en Greenford –dijo el cura con voz titubeante.

–Más probablemente en Francia –masculló el zapatero.

–No; no está en ninguno de esos lugares –dijo una voz tímida y anodina, que procedía del curita católico que se había unido al grupo–. En realidad, viene por el camino en estos momentos.

El curita no tenía un aspecto interesante, con su tieso pelo castaño y una cara redonda e inexpresiva. Pero aunque hubiera sido un Apolo, nadie le habría mirado en ese momento. Todos se volvieron y miraron el camino que se retorcía por la llanura a sus pies, por el cual, efectivamente, caminaba, a grandes zancadas y con un martillo al hombro, Simeon el herrero. Era un hombre huesudo y gigantesco, con oscuros y siniestros ojos hundidos y una oscura perilla. Caminaba y hablaba tranquilamente con otros dos hombres. Y aunque nunca tenía un aspecto particularmente alegre, parecía encontrarse a sus anchas.

–¡Dios mío! –exclamó el zapatero ateo–. Y ahí esta el martillo con el que lo hizo.

–No –dijo el inspector, que era un hombre de aspecto sensato, con un bigote rubio muy pálido, hablando por vez primera–. Allí está el martillo con el que lo hizo, junto al muro de la iglesia. Lo hemos dejado, igual que el cuerpo, tal como estaba.

Todos se volvieron a mirar y el curita cruzó el patio y miró en silencio la herramienta sin tocarla. Era uno de los martillos más pequeños y más ligeros y no habría llamado la atención entre todos los demás. Pero en el borde metálico había sangre y pelos amarillos.

Tras un silencio, el curita habló sin levantar los ojos, con una nueva nota en su voz apagada.

–No se puede decir que el señor Gibbs tuviera razón al afirmar que no había ningún misterio. Hay por lo menos el misterio de por qué un hombre tan grande trató de dar un golpe tan grande con un martillo tan pequeño.

–Eso no tiene importancia –exclamó Gibbs, febrilmente–. ¿Qué vamos hacer con Simeon Barnes?

–Dejarlo en paz –dijo el cura calmosamente–. Viene aquí por propia voluntad. Yo conozco a los dos hombres que vienen con él. Son dos individuos excelentes de Greenford y han venido para algo relacionado con la capilla presbiteriana.

Justo mientras hablaba, el gigantesco herrero doblaba la esquina de la iglesia y entraba en su propio patio. Entonces se quedó completamente quieto y se le cayó el martillo de la mano. El inspector, que había mantenido un decoro impenetrable, se acercó a él inmediatamente.

–No le preguntaré, señor Barnes –dijo–, si sabe usted algo sobre lo que ha ocurrido aquí. No está usted obligado a hablar. Yo espero que no sepa usted nada y que pueda probarlo. Pero debo cumplir el formalismo de arrestarlo a usted en nombre del Rey por el asesinato del coronel Norman Bohun.

–No está usted obligado a decir nada –dijo el zapatero con una excitada oficiosidad–. Tienen que pro-

barlo todo. No han probado todavía que es el coronel Bohun quien está ahí con la cabeza aplastada.

–Eso no se sostendrá –dijo el médico en un aparte al cura–. Eso está sacado de las novelas policíacas. Yo era el médico del coronel y conocía su cuerpo mejor que él mismo. Tenía unas manos muy hermosas, pero muy peculiares. Los dedos índice y corazón tenían la misma longitud. No hay la menor duda de que es el coronel.

Cuando miraba el cadáver descerebrado que estaba en el suelo, los ojos de hierro del inmóvil herrero lo siguieron y se detuvieron sobre él también.

–¿Está muerto el coronel Bohun? –dijo el herrero con toda calma–. Entonces se ha condenado.

–¡No diga nada! ¡No diga nada! –exclamó el zapatero ateo, dando saltos de un lado para otro en un éxtasis de admiración por el sistema legal inglés. No hay hombre más legalista que el librepensador inglés.

El herrero lo miró por encima del hombro con la augusta expresión del fanático.

–Es lógico que los infieles como usted se escabullan como zorros porque la ley del mundo les favorece –dijo–. Pero Dios guarda a los suyos en su bolsillo, como verá usted hoy mismo.

Luego señaló al coronel y dijo:

–¿Cuándo murió este perro pecador?

–Modere su lengua –dijo el médico.

–Modere la lengua de la Biblia y yo moderaré la mía. ¿Cuando murió?

–Yo lo vi vivo a las seis de la mañana –tartamudeó Wilfred Bohun.

–Dios es bueno –dijo el herrero–. Señor inspector, no tengo la menor objeción a ser arrestado. Es usted

quien quizá tenga que objetar a arrestarme. No me molesta salir de los tribunales libre de toda culpa. Usted quizá se sentirá molesto si tiene que salir de los tribunales con un fracaso en su carrera.

El sólido inspector miró por primera vez al herrero con ojos animados, igual que el resto de los presentes, excepto el extraño curita, que seguía contemplando el diminuto martillo que había asestado el golpe terrible.

–Hay dos hombres ahí fuera –continuó el herrero con lenta expresión–, dos honrados comerciantes de Greenford a quienes todos ustedes conocen, que jurarán que me han visto desde antes de medianoche hasta el amanecer y mucho después en la sala de reuniones de nuestra misión de renovación, que se reúne durante toda la noche, por la velocidad a la que salvamos almas. En el propio Greenford, veinte personas podrían jurar que me vieron durante todo ese tiempo. Si yo fuera un descreído, señor inspector, le dejaría caer en su propia trampa, pero como cristiano que soy, me siento obligado a darle a usted su oportunidad y preguntarle si quiere que presente mi coartada aquí o en los tribunales.

El inspector pareció preocupado por vez primera y dijo:

–Por supuesto, me alegrará que quede usted libre de toda sospecha.

El herrero salió del patio con el mismo paso largo y tranquilo y volvió con sus dos amigos de Greenford que, efectivamente, eran amigos de casi todos los presentes. Cada uno de ellos se expresó de tal modo que nadie puso en duda sus palabras y la inocencia de Simeon quedó tan de manifiesto como la gran iglesia que se erguía sobre ellos.

Se produjo luego uno de esos silencios que resultan más extraños e insufribles que cualquier conversación. Sin venir a cuento, el clérigo, por hablar de algo, dijo al cura católico:

–Parece usted muy interesado en ese martillo, padre Brown.

–Sí lo estoy –dijo el padre Brown–, ¿por qué es tan pequeño?

El médico se volvió hacia ellos.

–¡Caramba, es cierto! –exclamó–, ¿quién usaría un martillo pequeño si hay diez más grandes al lado?

Luego bajó la voz y dijo al oído del clérigo:

–Sólo el tipo de persona que no puede levantar un martillo grande. No es una cuestión de fuerza o de valor entre los sexos. Es una cuestión de capacidad de levantamiento en los hombros. Una mujer decidida podría cometer diez crímenes con un martillo ligero sin descomponerse un ápice. No podría matar un escarabajo con un martillo pesado.

Wilfred Bohun lo miraba, como hipnotizado, con una especie de horror, mientras el padre Brown escuchaba, con la cabeza un poco inclinada a un lado, verdaderamente interesado y atento. El médico continuó siseando con énfasis:

–¿Por qué esos idiotas suponen siempre que la única persona que odia al amante de la mujer es el marido de ésta? Nueve de cada diez veces, la persona que más odia al amante de la mujer es la propia mujer. ¿Quién sabe con qué insolencia o con qué perfidia se comportó él con ella? Mírenla.

Hizo un gesto leve hacia la mujer pelirroja que estaba en el banco. Ésta había levantado la cabeza y las lágrimas se iban secando en su espléndido rostro. Pero

tenía los ojos fijos en el cadáver, con una mirada eléctrica que rayaba en la idiotez.

El reverendo Wilfred Bohun hizo un gesto desgarrado, como rechazando todo deseo de saber; el padre Brown, sacudiendo de la manga unas cenizas que habían volado desde la fragua, habló con su tono apagado.

–Es usted como la mayoría de los médicos –dijo–. Su ciencia mental es realmente sugestiva. Pero su ciencia física es completamente imposible. Estoy de acuerdo con que la mujer quiere matar a su cómplice mucho más a menudo que el marido engañado. Y estoy de acuerdo con que una mujer siempre elegirá un martillo pequeño en vez de uno grande. Pero la dificultad aquí es la imposibilidad física. No ha nacido mujer capaz de aplastar el cráneo de un hombre de esa manera. –Luego, tras un momento de reflexión, añadió:

–Esta gente no ha comprendido todo el asunto. La víctima llevaba un yelmo de hierro y el golpe lo deshizo como si fuera cristal. Miren a esa mujer. Miren sus brazos.

Volvieron a quedarse todos en silencio y el médico dijo bastante malhumorado:

–Bueno, puede que yo esté equivocado; hay objeciones de todo tipo. Pero me mantengo firme en el punto principal. Ningún hombre, salvo un idiota, habría elegido el martillo pequeño si podía usar uno grande.

Al oír esto, las delgadas y temblorosas manos de Wilfred Bohun se alzaron hasta su cabeza y se aferraron a su escaso pelo amarillo. Tras un instante, las dejó caer y exclamó:

–¡Ésa es la palabra que no encontraba! Usted la ha dicho.

Luego continuó, dominando su alterada actitud:

–Las palabras que usted ha dicho son «ningún hombre salvo un idiota habría elegido el martillo pequeño».

–Sí –dijo el médico–. ¿Y bien?

–Pues bien –dijo el clérigo–, ningún hombre salvo un idiota lo hizo. –El resto lo miró fijamente y él continuó con una agitación febril y femenina:

–Yo soy sacerdote –exclamó vacilantemente– y un sacerdote no debería derramar sangre. Quiero decir... quiero decir que no debería enviar a nadie al patíbulo. Y doy gracias a Dios de que ahora veo claramente quién es el criminal, porque es un criminal que no puede ir al patíbulo.

–¿No lo denunciará usted? –inquirió el médico.

–No lo colgarían si lo denunciara –respondió Wilfred, con una sonrisa desolada pero curiosamente feliz–. Cuando entré esta mañana en la iglesia, encontré a un loco rezando, al pobre Joe, que siempre ha estado mal de la cabeza. Dios sabe qué rezaba. Pero con esa gente extraña no es increíble suponer que sus plegarias fueran absurdas. Es muy probable que un lunático rece antes de matar a un hombre. Cuando vi por última vez al pobre Joe, estaba con mi hermano. Mi hermano se estaba burlando de él.

–¡Dios mío! –exclamó el médico–. Eso tiene sentido, por fin. Pero ¿cómo explicaría usted...?

El reverendo Wilfred casi temblaba de excitación ante su propia percepción de la verdad.

–¿No se dan cuenta? ¿No se dan cuenta –exclamó febrilmente– de que es la única teoría que cubre las

dos cosas raras ocurridas, que aclara los dos enigmas? Los dos enigmas son el martillo pequeño y el enorme golpe. El herrero podría haber asestado el golpe pero no habría cogido un martillo pequeño. Su mujer habría elegido el martillo pequeño, pero no habría asestado el golpe enorme. Pero el loco podría haber hecho las dos cosas. En lo que se refiere al martillo pequeño, bueno, era un loco y podría haber cogido cualquier cosa. Y en cuanto al enorme golpe, ¿no sabe usted, doctor, que un loco en pleno ataque puede tener la fuerza de diez hombres?

El médico respiró profundamente y luego dijo:

–¡Dios mío! Me parece que está usted en lo cierto.

El padre Brown llevaba un rato mirando al hablante con ojos tan fijos y tan firmes, grises y bovinos, que ya no parecían tan insignificantes como el resto de su cara. Cuando se hizo el silencio, dijo con claro respeto:

–Señor Bohun, la teoría que usted ha elaborado es la única hasta ahora que resulta consistente en todos los aspectos y que es esencialmente irrefutable. Creo, por tanto, que merece usted que le diga que sé positivamente que no es la verdadera. –Y el extraño hombrecito se apartó de ellos y volvió a mirar el martillo.

–Ese individuo parece saber más de lo que debería –murmuró irritado el médico de Wilfred–. Los sacerdotes católicos son condenadamente taimados.

–No, no –dijo Bohun, con una especie de fatiga feroz–. Fue el loco. Fue el loco.

El grupo constituido por los dos clérigos y el médico se había apartado del grupo más oficial formado por el inspector y el hombre al que había arrestado. Ahora, sin embargo, que su propio grupo se había disgregado, oyeron las voces de los otros. El cura levantó

los ojos calmosamente y luego los volvió a bajar cuando oyó decir al herrero en voz alta:

–Espero haberle convencido, señor inspector. Soy un hombre fuerte, como usted dice, pero no podría haber lanzado mi martillo desde Greenford. Mi martillo no tiene alas para recorrer volando media milla sobre setos y campos.

El inspector se rió amistosamente y dijo:

–No. Creo que puede usted considerarse fuera de este asunto, aunque es una de las más extrañas coincidencias que he visto en mi vida. Sólo puedo pedirle que nos ayude cuanto pueda para encontrar a un hombre tan grande y tan fuerte como usted mismo. ¡Podría usted sernos muy útil, aunque sólo fuera para sujetarlo, vive Dios! Me imagino que no tiene usted idea de quién podría tratarse.

–Puede que tenga una idea –dijo el pálido herrero–, pero no es un hombre. –Luego, al ver los ojos asustados que se volvían hacia su mujer, que seguía en el banco, puso su gigantesca mano en el hombro de ella y dijo:

–Tampoco es una mujer.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó jovialmente el inspector–. ¿No pensará usted que las vacas manejan martillos, verdad?

–Creo que ninguna cosa de carne y hueso manejó ese martillo –dijo el herrero con voz ahogada–. Se podría decir que el hombre murió solo.

Wilfred dio un paso hacia adelante, inesperadamente, y lo miró con ojos ardientes.

–¿Quiere usted decir, Barnes –se oyó la voz cortante del zapatero–, que el martillo saltó solo y aplastó a ese hombre?

–Ah, señores, pueden ustedes mirarme y burlarse –exclamó Simeon–, sí, ustedes, señores clérigos, que nos hablan los domingos de cómo el Señor castigó misteriosamente a Senaquerib. Yo creo que Dios, que está presente, invisible, en todas las casas, defendió el honor de la mía y dejó muerto ante la puerta al que la deshonraba. Creo que la fuerza de ese golpe es la fuerza de un terremoto y ninguna otra.

Wilfred dijo, con una voz imposible de describir:

–Yo mismo dije a Norman que tuviera cuidado con el rayo.

–Ese agente está fuera de mi jurisdicción –dijo el inspector con una leve sonrisa.

–Usted no está fuera de la de Él –respondió el herrero–. No lo olvide. Y volviendo sus anchas espaldas, entró en la casa.

Wilfred, muy alterado, fue apartado del lugar por el padre Brown, que era un hombre natural y amistoso.

–Salgamos de este horrible lugar, señor Bohun –dijo–. ¿Puedo visitar su iglesia? Me han dicho que es una de las más antiguas de Inglaterra. A nosotros nos interesan bastante –añadió con un gesto cómico– las viejas iglesias inglesas.

Wilfred Bohun no sonrió, porque no era un hombre con sentido del humor. Pero asintió con bastante vehemencia, encantado de explicar los esplendores góticos a alguien probablemente más capaz de comprenderlos que el herrero presbiteriano o el zapatero ateo.

–No faltaba más –dijo–. Podemos entrar por este lado. Y precedió al padre Brown por la parte elevada a la que se accedía por el tramo de escaleras. El padre

Brown empezaba a subir el primer escalón para seguirlo cuando sintió una mano en el hombro y al volverse vio la oscura y delgada figura del médico, con sombrío rostro cargado de suspicacia.

–Señor –dijo bruscamente el médico–. Usted parece saber algún secreto de este impenetrable asunto. ¿Puedo preguntarle si va usted a reservárselo?

–Veamos, doctor –respondió el cura, sonriendo muy cordialmente–, hay una excelente razón por la que un hombre de mi profesión se reservaría algo cuando no está seguro de ello y esa razón es que es siempre su deber reservárselo cuando está seguro. Pero si usted cree que he sido reticente hasta el punto de la descortesía con usted o con cualquier otro, voy a transgredir esta costumbre mía hasta el límite de lo posible. Le daré a usted dos pistas muy significativas.

–Le escucho –dijo el médico sombríamente.

–Primero –dijo el padre Brown calmosamente–, el asunto entra claramente en su campo. Es una cuestión de ciencia física. El herrero se equivoca, quizá, no al decir que el golpe procedía de Dios, sino ciertamente al decir que se produjo milagrosamente. No hubo ningún milagro, doctor, excepto en el sentido en que el hombre mismo es un milagro, con su extraño corazón, perverso y al mismo tiempo parcialmente heroico. La fuerza que aplastó ese cráneo es una fuerza bien conocida por los científicos, una de las más debatidas fuerzas de la naturaleza.

El médico, que lo miraba ceñuda y fijamente, sólo dijo:

–¿Y la otra pista?

–La otra pista es ésta –dijo el cura–: ¿Recuerda usted que el herrero, aunque cree en los milagros, habló

desdeñosamente del cuento fantástico de que su martillo tuviera alas y hubiera volado media milla a través del campo?

–Sí –dijo el médico–, lo recuerdo.

–Bueno –añadió el padre Brown con una amplia sonrisa–. Ese cuento fantástico es lo más próximo a la verdad que se ha dicho hoy aquí. –Y con esas palabras se volvió y subió la escalinata en pos del clérigo.

El reverendo Wilfred, que había estado esperándolo, pálido e impaciente, como si este pequeño retraso fuera lo único que le faltaba en su estado nervioso, lo llevó inmediatamente a su rincón favorito de la iglesia, ese sector de la galería junto al tejado artesonado iluminado por la maravillosa vidriera con el ángel. El curita católico exploró y admiró todo exhaustivamente, hablando alegremente pero en voz baja todo el tiempo. Cuando en el curso de su exploración encontró la salida lateral y la escalera de caracol por la que Wilfred había bajado precipitadamente para encontrar muerto a su hermano, el padre Brown corrió también, pero hacia arriba, con la agilidad de un mono y su voz clara llegó desde una plataforma exterior que había encima.

–Venga usted aquí, señor Bohun –llamó–. Le sentará bien el aire.

Bohun lo siguió y salió a una especie de galería de piedra o balcón en la parte exterior del edificio, desde donde se podía ver la iluminada llanura sobre la cual se erguía su pequeña colina, cubierta de bosques hasta el horizonte púrpura y salpicada de aldeas y granjas. Desde ahí se veía claramente el patio cuadrado del herrero, donde seguía el inspector tomando notas y el cadáver yacía todavía como una mosca aplastada.

–Podría ser el mapa del mundo, ¿verdad? –dijo el padre Brown.

–Sí –dijo Bohun, asintiendo gravemente.

Inmediatamente debajo de ellos y a su alrededor las líneas del edificio gótico caían al vacío con una ligereza enfermiza, parecida al suicidio. En la arquitectura medieval hay un elemento de energía titánica que hace que, desde cualquier aspecto que se considere, parece estar siempre alejándose, como el fuerte lomo de un caballo enloquecido. Esta iglesia estaba construida con piedras antiguas y mudas, entre las que crecía el musgo, y moteada de nidos de pájaros. Y sin embargo, cuando la contemplaban desde abajo, se elevaba como una fuente hacia las estrellas; y cuando la veían, como ahora, desde arriba, se precipitaba como una catarata en un abismo silencioso. En efecto, los dos hombres que estaban en la torre estaban solos con el aspecto más terrible del gótico: la desproporción y el acortamiento monstruosos, las perspectivas vertiginosas, la visión disminuida de cosas grandes que parecían pequeñas y cosas pequeñas que parecían grandes. Un caos total de piedra en medio del aire. La piedra, enorme por su proximidad, destacaba sobre un fondo de campos y granjas, diminutos en la distancia. Un pájaro u otro animal labrado en piedra en una esquina de la iglesia parecía un gigantesco dragón que caminara o volara, empequeñeciendo los pastos y los pueblos que había debajo. Todo ello producía una peligrosa sensación de vértigo, como si los hombres estuvieran sostenidos en medio del aire entre las alas giratorias de unos espíritus colosales. Y la vieja iglesia toda, tan alta y espléndida como una catedral, parecía estar asentada sobre el campo iluminado por el sol como un aguacero.

–Creo que hay algo bastante peligroso en estar en estos sitios elevados, aun para rezar –dijo el padre Brown–. Las alturas son para ser contempladas desde abajo, no para mirar desde ellas.

–¿Quiere usted decir que uno podría caerse? –preguntó Wilfred.

–Quiero decir que el alma podría caer, aunque no caiga el cuerpo –dijo el otro sacerdote.

–Creo que no le comprendo –observó confusamente Wilfred.

–Considere usted, por ejemplo, al herrero –continuó tranquilamente el padre Brown–: es un buen hombre, pero no es un cristiano: es duro, imperioso, incapaz de perdonar. Pues bien, su religión escocesa fue creada por hombres que oraban en lo alto de colinas y escarpados riscos y aprendieron a mirar al mundo desde arriba, en vez de mirar al cielo. La humildad es madre de gigantes. Uno ve grandes cosas desde el valle, y cosas pequeñas desde las cumbres.

–Pero él... él no lo hizo –dijo Bohun con voz temblorosa.

–No –dijo el otro con un tono peculiar de voz–. Nosotros sabemos que no lo hizo.

Un momento después siguió, mientras contemplaba tranquilamente la llanura con sus pálidos ojos grises.

–Conocí a un hombre –dijo– que empezó a orar con otros ante el altar, pero que se aficionó a orar en lugares altos y solitarios, en rincones o nichos, en el campanario o en la torre. Y un día, en uno de esos lugares que producen vértigo, donde todo el mundo parecía girar como una rueda bajo él, su cerebro empezó también a dar vueltas y se creyó que era Dios. De

modo que aunque era un hombre bueno, cometió un tremendo crimen.

El rostro de Wilfred miraba para otro lado, pero sus huesudas manos se pusieron blancas y amoratadas, por la fuerza con que se sujetaba a la barandilla de piedra.

–Creyó que le había sido encomendada a *él* la misión de juzgar al mundo y fulminar al pecador. Nunca habría pensado nada semejante si hubiera estado de rodillas con otros hombres en el suelo. Pero veía a todos los hombres caminando como si fueran insectos. Vio a uno, en especial, que se pavoneaba justo debajo de él, insolente y bien visible gracias a un sombrero verde brillante: un insecto venenoso.

Los grajos graznaban en las esquinas del campanario. Pero nada más se oía, mientras el padre Brown continuaba.

–Le tentó también el hecho de que tenía en su mano uno de los más terribles instrumentos de la naturaleza. Me refiero a la fuerza de la gravedad, esa loca y creciente carrera mediante la cual, cuando se emplea, todas las criaturas terrestres vuelven al corazón de la tierra. Fíjese: ahí está el inspector paseando justo bajo nosotros en la herrería. Si yo lanzara un guijarro por encima de este parapeto, sería como una bala en el momento en que lo alcanzara. Si dejara caer un martillo, aunque fuera un martillo pequeño...

Wilfred Bohun colocó una pierna sobre la barandilla y el padre Brown lo sujetó en el acto por el cuello.

–Por esa puerta, no –le dijo muy suavemente–. Esa puerta lleva al infierno.

Bohun se tambaleó, apoyándose contra el muro y lo miró con ojos terribles.

–¿Cómo sabe usted todo esto? –exclamó–. ¿Es usted un demonio?

–Soy un hombre –respondió gravemente el padre Brown–. Y, por tanto, tengo dentro de mí todos los demonios. Escúcheme –dijo tras una breve pausa–. Yo sé lo que hizo usted; por lo menos, puedo adivinarlo en gran parte. Cuando dejó a su hermano, le acometía a usted una rabia nada injustificada, hasta el punto que cogió el martillo al pasar, casi dispuesto a matarlo en ese instante, con toda la perversidad que salía de su boca. Pero usted retrocedió, guardó el martillo bajo su chaqueta cerrada y corrió a la iglesia. Usted reza apasionadamente en muchos lugares, bajo la ventana del ángel, en la plataforma que está encima, en una plataforma aún más alta, desde la que pudo ver el sombrero oriental del coronel como el dorso de un escarabajo verde que se arrastraba. Luego algo se quebró en su alma y dejó usted caer el rayo de Dios.

Wilfred se llevó una mano sin fuerzas a la cabeza y preguntó en voz baja:

–¿Cómo sabía usted que su sombrero parecía un escarabajo verde?

–Ah, eso –dijo el otro con una leve sonrisa–. Eso era de sentido común. Pero óigame aún. Digo que sé todo esto. Pero nadie más lo sabrá. El siguiente paso le corresponde a usted. Yo no haré nada más. Guardaré este conocimiento bajo el secreto de confesión. Si me pregunta usted por qué, hay muchas razones y sólo una que le concierne. Dejo el asunto en sus manos porque usted no ha errado todavía mucho, para como suelen actuar los asesinos. No ayudó a atribuir el crimen al herrero, cuando hubiera sido fácil hacerlo; o a su mujer, lo cual era igualmente fácil. Trató usted de

que se culpara al tonto del pueblo, porque sabía que no sufriría. Ése fue uno de los rayos de luz que es asunto mío encontrar en los asesinos. Y ahora baje al pueblo y siga su camino libre como un pájaro. Yo he dicho mi última palabra.

Bajaron la escalera de caracol en completo silencio y salieron a la luz del sol junto a la herrería. Wilfred Bohun soltó cuidadosamente el cerrojo de la puerta de madera del patio y dirigiéndose al inspector dijo:

–Vengo a entregarme. He matado a mi hermano.

10. El ojo de Apolo

Ese singular brillo brumoso, al mismo tiempo confusión y transparencia, que es el extraño secreto del Támesis, iba perdiendo su tono gris para alcanzar su máximo resplandor a medida que el sol llegaba al cenit sobre Westminster y los dos hombres cruzaban el puente de Westminster. Uno de ellos era muy alto y el otro muy bajo. Podrían haber sido comparados, de una manera imaginativa, con la arrogante torre del reloj del parlamento y con los cargados y más humildes hombros de la abadía, porque el hombre bajo iba vestido de sacerdote. La descripción oficial del hombre alto era Hercule Flambeau, detective privado, que se dirigía a su nueva oficina en un nuevo edificio de apartamentos, frente a la entrada de la abadía. La descripción oficial del hombre bajo era el reverendo J. Brown, de la iglesia de San Francisco Javier, en Camberwell, de donde venía, tras asistir a un moribundo, para ver la nueva oficina de su amigo.

El edificio era de estilo americano, alto como un rascacielos y de estilo americano también por el buen funcionamiento de su maquinaria de teléfonos y ascensores. Pero apenas se había acabado de construir y todavía no tenía todo el personal de servicio necesario. Sólo tres inquilinos se habían instalado ya en él. La oficina inmediatamente encima de la de Flambeau

estaba ocupada, igual que la que estaba justo debajo. Los dos pisos superiores y los tres inferiores estaban totalmente vacíos. Pero la primera mirada a la nueva torre de pisos se detenía en algo mucho más llamativo. Salvo por algunos restos de andamiaje, la única cosa llamativa que había en la fachada del edificio estaba justamente en la oficina inmediatamente superior a la de Flambeau. Era una enorme efigie dorada del ojo humano, rodeada de rayos dorados y ocupaba tanto espacio como dos o tres ventanas de la oficina.

–¿Qué demonios es eso? –preguntó, paralizado, el padre Brown.

–Ah, una nueva religión –dijo Flambeau riéndose–. Una de esas nuevas religiones que le perdonan a uno los pecados diciendo que nunca los cometió uno. Parecido a la ciencia cristiana, diría yo. Un tipo que dice llamarse Kalon (no sé como se llama, salvo que ése no puede ser su nombre) ha alquilado el piso encima del mío. Debajo tengo a dos señoritas mecanógrafas y a ese farsante extravagante encima de mí. Se llama a sí mismo el nuevo sacerdote de Apolo y adora al sol.

–Pues que tenga cuidado –dijo el padre Brown–. El sol era el más cruel de todos los dioses. Pero ¿qué significa ese ojo monstruoso?

–Si lo he entendido bien, es una teoría suya –respondió Flambeau– según la cual un hombre puede soportar cualquier cosa si su mente es lo bastante firme. Sus dos grandes símbolos son el sol y el ojo abierto. Dicen que si un hombre fuera realmente sano, podría mirar al sol.

–Si un hombre fuera realmente sano –dijo el padre Brown–, no se molestaría en mirarlo.

–Bueno, eso es todo lo que le puedo decir sobre la nueva religión –continuó Flambeau descuidadamente–. Pretende, naturalmente, que puede curar todas las enfermedades físicas.

–¿Puede curar la única enfermedad espiritual? –preguntó el padre Brown con toda seriedad.

–¿Y cuál es la única enfermedad espiritual? –preguntó sonriendo Flambeau.

–Oh, el creerse que uno está completamente bien –dijo su amigo.

Flambeau estaba más interesado en la pequeña y tranquila oficina debajo de la suya que en el llamativo templo superior. Era un meridional lúcido, incapaz de concebirse a sí mismo más que como católico o como ateo. Y las nuevas religiones, brillantes o pálidas, no le interesaban en absoluto. Pero la humanidad siempre le interesaba, especialmente cuando era hermosa. Además, las dos jóvenes del piso de abajo eran dos personajes interesantes, a su modo. La oficina pertenecía a dos hermanas, ambas esbeltas y morenas, una de ellas alta y llamativa. Tenía un perfil aquilino, una tez oscura y un aire intenso y era una de esas mujeres a las que uno recuerda siempre de perfil, como el filo agudo de un arma. Parecía ir por la vida a hachazos. Tenía unos ojos extraordinariamente brillantes, pero su brillo era más acerado que diamantino. Y su figura, delgada y erguida, era un poco demasiado rígida para resultar atractiva. Su hermana menor era como su sombra disminuida, un poco más gris, un poco más pálida y más insignificante. Ambas llevaban trajes negros de corte muy severo, con puños y cuellos algo masculinos. Hay miles de damas cortantes y esforzadas de ese tipo en

las oficinas de Londres, pero el interés de estas dos mujeres estribaba más en su situación real que en la aparente.

La realidad era que Pauline Stacey, la hermana mayor, era la heredera de un título y de medio condado, así como de mucho dinero. Había crecido en palacios y jardines, hasta que una frígida fiereza, muy característica de la mujer moderna, la había llevado a lo que consideraba una vida más dura y más elevada. De hecho, no había renunciado a su dinero. En ello habría habido una entrega romántica o monástica totalmente ajena a su fuerte afán de dominio.

Conservaba su riqueza, gustaba de decir ella, para consagrarla a objetivos sociales prácticos. Una parte de ella estaba invertida en un negocio, el núcleo de un emporio modelo de mecanografía; otra parte estaba distribuida en varias ligas y causas para el progreso de ese trabajo entre las mujeres. Hasta qué punto Joan, su hermana y socia, compartía este idealismo ligeramente prosaico, nadie lo sabía con seguridad. Pero seguía a su líder con una devoción perruna que era de algún modo más atractiva –con su toque trágico– que la inflexible energía de la mayor. Porque Pauline Stacey no tenía nada en común con la tragedia. Al parecer, negaba su existencia.

Su rígida rapidez y su fría impaciencia habían divertido mucho a Flambeau cuando entró por vez primera en el edificio. Había estado esperando en el vestíbulo para ver si aparecía el joven ascensorista, que generalmente subía a los visitantes a los distintos pisos. Pero esta joven de brillantes ojos de halcón se había negado abiertamente a aguantar tal demora oficial. Dijo con tono cortante que sabía manejar perfectamente el as-

censor y que no dependía de ningún muchacho ni de ningún hombre tampoco. Aunque su piso estaba en la tercera planta, se las arregló en pocos segundos de subida para informar a Flambeau de un gran número de sus interesantes puntos de vista, sin venir a cuento. En líneas generales, se referían a que ella era una moderna mujer trabajadora y amaba toda la moderna maquinaria de trabajo. Sus brillantes ojos oscuros ardían de ira abstracta contra aquellos que rechazan la ciencia mecánica y piden el regreso a las ideas románticas. Todo el mundo, dijo, debería ser capaz de manejar máquinas, igual que ella era capaz de manejar el ascensor. Casi pareció molestarle que Flambeau le abriera la puerta del ascensor. Y este caballero subió hasta su piso, sonriendo sin saber exactamente qué pensar ante una declaración de independencia tan belicosa.

La joven tenía ciertamente un temperamente rápido y práctico. Los gestos de sus delgadas y elegantes manos eran bruscos o incluso destructivos. En una ocasion Flambeau entró en su oficina para un encargo de mecanografía y encontró que acababa de tirar al suelo un par de anteojos de su hermana y los había pisoteado. Estaba en medio de una parrafada ética sobre «las enfermizas ideas médicas» y la morbosa admisión de debilidad que tal instrumento implicaba. Desafió a su hermana a que se atreviera a traer de nuevo a la oficina una porquería artificial y perjudicial como ésa. Le preguntó si es que debía esperarse de ella que se pusiera piernas de madera o pelo postizo u ojos de cristal. Y mientras hablaba sus ojos brillaban como terribles cristales.

Flambeau, bastante sorprendido ante este fanatismo, no pudo evitar preguntar a la señorita Pauline

(con su directa lógica francesa) por qué un par de anteojos eran un signo más morboso de debilidad que un ascensor y por qué, si la ciencia podía ayudarnos en un sentido, no podría ayudarnos en otro.

–Eso es completamente diferente –dijo altivamente Pauline Stacey–. Las baterías y los motores y todas esas cosas son signo de la fuerza del hombre, sí, señor Flambeau, y de la fuerza de las mujeres también. Manejaremos esas grandes máquinas que devoran la distancia y desafían el tiempo. Eso es algo grande y espléndido, es realmente ciencia. Pero estos repugnantes apoyos y parches que venden los médicos son sólo signos de cobardía. Los médicos se dedican a las piernas y a los brazos como si fuéramos inválidos congénitos y esclavos enfermos. ¡Pero yo nací libre, señor Flambeau! La gente sólo piensa que necesita esas cosas porque se la ha educado en el miedo en vez de educarla en el poder y el valor, igual que esas tontas niñeras que dicen a los niños que no miren al sol, de manera que no lo pueden hacer sin parpadear. Pero ¿por qué entre todas las estrellas habría de haber una que yo no pueda ver? El sol no es mi amo y yo abriré los ojos y lo miraré, siempre que se me antoje.

–Sus ojos –dijo Flambeau con una reverencia al estilo extranjero– deslumbrarán al sol. –Le complacía hacer cumplidos a esa extraña y rígida belleza en parte porque la desconcertaba un poco al hacerlo. Pero mientras subía a su oficina respiró profundamente y silbó, diciéndose: «Así que ha caído en las manos de ese brujo de arriba con su ojo dorado». Porque, aunque sabía poco sobre la nueva religión de Kalon y no le importaba nada, estaba enterado de sus peculiares ideas sobre la contemplación del sol.

Pronto descubrió que el lazo espiritual entre los pisos superior e inferior al suyo era estrecho e iba en aumento. El hombre que se hacía llamar Kalon era un ejemplar magnífico, digno, en sentido físico de ser el pontífice de Apolo. Era casi tan alto como Flambeau y mucho más guapo, con barba dorada, ojos de un azul intenso y una cabellera peinada hacia atrás como un león. Físicamente correspondía al animal rubio de Nietzsche, pero toda esa belleza animal aumentaba, brillaba y se suavizaba gracias a un auténtico intelecto y a su espiritualidad. Si se parecía a los grandes reyes sajones, también se parecía a los reyes que fueron al mismo tiempo santos. Y ello a pesar de la incongruencia populachera de su entorno: la oficina en un edificio de Victoria Street, el empleado de la antesala (un joven vulgar con cuello y puños duros) que se sentaba entre él y el pasillo, el nombre en un placa de latón en la puerta y el emblema dorado de su credo colgando sobre la calle, como el anuncio de un oculista. Toda esa vulgaridad no lograba eliminar en el hombre llamado Kalon la fuerza y la inspiración que emanaban de su alma y de su cuerpo. A pesar de todo, en presencia de este charlatán, uno se sentía en presencia de un gran hombre. Incluso con la amplia chaqueta de lino que llevaba como ropa de trabajo en la oficina resultaba una figura fascinante y formidable. Y cuando se revestía con las túnicas blancas y se coronaba con una diadema de oro para saludar diariamente al sol, tenía un aspecto realmente tan espléndido que la risa de la gente que a veces pasaba por la calle cesaba súbitamente. Tres veces al día, el nuevo adorador del sol salía a su pequeño balcón, de cara a todo Westminster, para decir una letanía en honor a su bri-

llante dios: al amanecer, al atardecer y otra al toque del mediodía. Y justamente cuando las campanadas del mediodía todavía resonaban débilmente desde las torres del parlamento es cuando el padre Brown, el amigo de Flambeau, miró por primera vez hacia arriba y vio al blanco sacerdote de Apolo.

Flambeau había visto ya diferentes veces estas diarias salutaciones de Febo y se lanzó al interior del alto edificio sin mirar siquiera si su amigo el cura lo seguía. Pero el padre Brown, ya fuera por un interés profesional en el ritual o por un fuerte interés individual en las necedades, se detuvo y miró hacia arriba al balcón del adorador del sol, igual que se podría haber detenido a mirar una representación de marionetas. Kalon el profeta estaba ya erguido, con vestiduras plateadas y las manos levantadas y el sonido de su voz extrañamente penetrante se podía oír a lo largo de toda la bulliciosa calle, entonando su letanía solar. Ya estaba a la mitad de la misma, con los ojos fijos en el disco encendido. Es dudoso que oyera algo o a alguien en este mundo. Es sustancialmente cierto que no vio al empequeñecido cura de cara redonda que, entre la muchedumbre de la calle, lo miraba con ojos parpadeantes. Ésa era quizá la diferencia más notable incluso entre esos dos hombres tan distanciados. El padre Brown no podía mirar nada sin parpadear; pero el sacerdote de Apolo podía mirar al sol del mediodía sin que se le moviera un párpado.

–¡Oh sol! –exclamó el profeta–. ¡Oh estrella que eres demasiado grande para brillar junto a las demás estrellas! ¡Oh fuente que fluyes mansamente en ese secreto lugar llamado espacio! Blanco padre de todas las cosas blancas y frescas, llamas blancas y flores blan-

cas y cimas blancas. Padre que eres más inocente que tus más inocentes y mansos hijos; pureza original, en cuya paz...

De repente se oyeron un ruido precipitado y un choque como el de un cohete que se estrella acompañados de unos gritos estridentes e incesantes. Cinco personas entraron corriendo en el portal del edificio al tiempo que otras tres salían corriendo y durante un instante nadie fue capaz de oír a nadie. La sensación de que algo horrible acababa de ocurrir pareció llenar media calle durante unos segundos de malas noticias, malas noticias que resultaban aún peores porque nadie sabía qué había ocurrido. Dos figuras permanecieron quietas después de la conmoción: el rubio sacerdote de Apolo en lo alto de su balcón y el poco agraciado sacerdote de Cristo debajo de él.

Por fin la figura gigantesca de Flambeau, con su titánica energía, apareció en la puerta de entrada del edificio y dominó a la pequeña concentración de gente. Gritando con toda su fuerza, como una sirena de barco, dio órdenes de que alguien, quien fuera, buscara un médico. Y cuando se volvió hacia la oscura entrada, repleta de gente, su amigo el padre Brown se coló tras él sin llamar la atención. Mientras se escurría y avanzaba entre la multitud seguía oyendo la magnífica y monótona melodía del sacerdote del sol que seguía invocando al dios feliz amigo de las fuentes y de las flores.

El padre Brown encontró a Flambeau y a otras seis personas en torno al recinto cerrado donde normalmente descendía el ascensor. Pero el ascensor no había descendido. Otra cosa había descendido. Otra cosa que debería haber utilizado el ascensor.

Flambeau llevaba cuatro minutos contemplando esa cosa. Había visto la figura ensangrentada con el cráneo deshecho de aquella hermosa mujer que negaba la existencia de la tragedia. No le cabía la menor duda de que se trataba de Pauline Stacey. Y aunque había enviado a buscar un médico, no le cabía la menor duda de que estaba muerta.

No podía recordar con seguridad si le había gustado o no esa mujer. Había muchas cosas en ella para amar y para disgustar. Pero había sido una persona y la insoportable expresión patética de lo cotidiano le atravesaba con el dolor punzante de la pérdida. Recordaba su lindo rostro y sus pedantes discursos con una repentina y secreta claridad que constituye toda la amargura de la muerte. En un instante, como una centella inesperada, como un rayo de origen ignoto, ese hermoso y desafiante cuerpo se había precipitado por el hueco abierto del ascensor para encontrar la muerte al llegar abajo. ¿Había sido un suicidio? Con una optimista tan descarada parecía imposible. ¿Un asesinato? Pero ¿quién había en esos pisos prácticamente vacíos para matar a nadie? Con palabras roncas y precipitadas, que quería que sonaran fuertes y repentinamente se habían vuelto débiles, preguntó dónde estaba Kalon. Una voz, generalmente grave, serena y firme, le aseguró que Kalon había estado en el balcón adorando al sol durante los últimos quince minutos. Cuando Flambeau oyó la voz y sintió la mano del padre Brown, volvió su rostro atezado y dijo bruscamente:

–Entonces, si ha estado allí todo el tiempo, ¿quién puede haberlo hecho?

–Quizá –dijo el otro–, podríamos subir y averiguarlo. Tenemos media hora antes de que llegue la policía.

Dejando el cuerpo de la heredera muerta en manos de los médicos, Flambeau corrió escaleras arriba hasta la oficina de mecanografía, la encontró completamente vacía y corrió a su propia oficina. Una vez en ella, volvió un rostro blanco y descompuesto hacia su amigo.

–La hermana –dijo con una serenidad tremenda–. La hermana parece haber salido a dar un paseo.

El padre Brown asintió.

–O quizá haya subido a la oficina del hombre del sol –dijo–. Si yo fuera usted lo verificaría y luego podríamos hablar en su oficina. No –añadió de repente, como si recordara algo–, ¿es que nunca dejaré de ser tan estúpido? Hablaremos, por supuesto, en la oficina de abajo.

Flambeau se lo quedó mirando. Pero siguió al curita escaleras abajo hasta la oficina de las Stacey, donde ese impenetrable pastor se sentó en una amplia butaca de cuero rojo que había en la misma entrada, desde la cual podía ver las escaleras y los descansillos, y se dispuso a esperar. No tuvo que esperar mucho tiempo. Unos cuatro minutos después tres personas bajaron las escaleras, con un solo punto en común: su solemnidad. La primera era Joan Stacey, la hermana de la muerta: evidentemente *había estado* arriba en el templo transitorio de Apolo; la segunda era el propio sacerdote de Apolo, que había terminado su letanía y bajaba las escaleras vacías en toda majestad: con su túnica blanca, su barba y el pelo con raya al medio, recordaba en algo a la imagen del Cristo de Doré abandonando el pretorio; el tercero era Flambeau, con ceño sombrío y algo perplejo.

La señorita Joan Stacey, morena, con rostro contraído y pelo prematuramente canoso, fue derecha a

su propio escritorio y desplegó sus papeles con gesto eficiente. Esa sola acción hizo que todos recuperaran la cordura. Si la señorita Joan Stacey era una asesina, desde luego era una asesina de mucho aplomo. El padre Brown la observó durante algún tiempo con una curiosa y leve sonrisa y luego, sin perderla de vista, se dirigió a otra persona.

–Profeta –dijo, dirigiéndose, es de suponer, a Kalon–. Me gustaría que me hablara usted ampliamente de su religión.

–Me sentiré muy orgulloso de hacerlo –dijo Kalon, inclinando la cabeza, todavía coronada–, pero no estoy seguro de comprender.

–Pues es muy sencillo –dijo el padre Brown, con su forma de expresarse francamente dubitativa–. Se nos enseña que si un hombre tiene unos principios básicos realmente malos, ello debe de ser en parte culpa suya. Pero, a pesar de ello, podemos establecer alguna diferencia con el hombre que insulta su plena conciencia más o menos atiborrada de sofismas. Así pues, ¿usted cree realmente que el asesinato es algo malo?

–¿Se trata de una acusación? –preguntó muy serenamente Kalon.

–No –respondió Brown, con la misma suavidad–. Es el discurso de la defensa.

En la larga y sorprendida quietud de la habitación, el profeta de Apolo se puso lentamente en pie y verdaderamente fue como si saliera el sol. Llenó la habitación con su luz y su vitalidad tan majestuosamente que se podría pensar que con la misma facilidad habría llenado Salisbury Plain. La túnica que cubría su figura parecía adornar toda la habitación de colgaduras clásicas; su gesto épico parecía señalar panoramas

de mayor grandeza, hasta el punto de que la figura negra y pequeña del clérigo moderno parecía un defecto y una intrusión, un borrón redondo y negro en el esplendor de Hélade.

–Por fin nos encontramos, Caifás –dijo el profeta–. Su iglesia y la mía son las únicas realidades de esta tierra. Yo adoro al sol y usted el oscurecimiento del sol, usted es el sacerdote del Dios moribundo y yo el del Dios vivo. Su actual acción de sospecha y calumnia es digna de su hábito y de su credo. Toda su iglesia no es más que una policía vestida de negro. Ustedes no son otra cosa que espías y detectives que buscan arrancar a los hombres confesiones de culpabilidad, ya sea mediante la traición o la tortura. Usted haría admitir a los hombres el crimen, yo les haría admitir la inocencia. Usted los convencería del pecado, yo de la virtud. Lector de los libros del mal, escuche una palabra más antes de que yo destruya para siempre sus infundadas pesadillas. No podría usted entender ni de la manera más difusa lo poco que me importa el que pueda usted declararme culpable o no. Las cosas que usted califica de deshonor, la terrible horca, son para mí lo mismo que es para un hombre adulto un ogro en un libro de cuentos infantiles. Usted dijo que me ofrecía el discurso de la defensa. Me importa tan poco la nube que constituye esta vida que yo le ofrezco el discurso de la acusación. Sólo hay una cosa que se pueda decir en contra de mí en este asunto y la diré yo mismo. La mujer que ha muerto era mi amor y mi prometida; no según lo que sus capillas de pacotilla llaman la ley, sino de acuerdo con una ley más firme de lo que usted jamás podría entender. Ella y yo vivíamos en un mundo diferente del de usted y pisábamos lugares de

cristal mientras que usted se afana a través de túneles y pasillos de ladrillo. Bien, sé que los policías, teológicos o de otro tipo, siempre imaginan que donde ha habido amor necesariamente puede surgir el odio. Así que ahí tiene usted el primer punto para la acusación. Pero el segundo punto es más sólido y no se lo escatimo a usted. No sólo es cierto que Pauline me amaba sino que también lo es que esta misma mañana, antes de morir, se sentó a esa mesa y escribió un testamento dejándome a mí y a mi nueva iglesia medio millón de libras: Vamos, ¿dónde están las esposas? ¿Se imagina usted que me importan las absurdas cosas que pueda usted hacerme? La cárcel será sólo como esperar por ella en una estación al borde del camino. La horca será sólo llegar hasta ella en un veloz automóvil.

Hablaba con la conmocionante autoridad de un orador y Flambeau y Joan Stacey lo miraban con sorprendida admiración. El rostro del padre Brown no parecía expresar otra cosa que el más profundo sufrimiento. Miraba al suelo con la frente arrugada por el dolor. El profeta del sol se apoyó con elegancia en la chimenea y prosiguió:

–En pocas palabras le he presentado todo el caso contra mí, el único caso posible contra mí. En menos palabras aún, lo haré pedazos, de modo que no quedará ni rastro de él en pie. En cuanto a si he cometido este crimen, la verdad se contiene en una sola frase: no pude haber cometido este crimen. Pauline Stacey cayó desde este piso a la planta baja a las doce y cinco minutos. Cien personas comparecerán para dar testimonio de que yo estaba en el balcón de mi propia oficina desde justo antes de que dieran las doce hasta las doce y cuarto, el tiempo habitual de mi oración públi-

ca. El empleado de mi oficina (un joven respetable de Clapham, con el que no tengo la menor conexión) jurará que estuvo sentado en el antedespacho toda la mañana y que no hubo ninguna comunicación entre esa zona y el balcón. Jurará que llegué más de diez minutos antes de la hora, quince minutos antes de que hubiera la menor noticia del accidente y que no abandoné el balcón en todo ese tiempo. Nadie ha tenido nunca una coartada tan completa. Podría citar como testigo a media población de Westminster. Creo que más vale que guarde usted de nuevo las esposas. El caso está cerrado. Pero para terminar, para que no quede ni una gota de esa estúpida sospecha en el aire, le diré todo lo que usted quiere saber. Creo que sé cómo mi desdichada amiga encontró la muerte. Puede usted, si quiere, culparme de ello, o culpar por lo menos a mi fe y a mi filosofía. Pero ciertamente no podrá encarcelarme. Es bien sabido de todos los estudiosos de las verdades más elevadas que ciertos adeptos e *illuminati*, en el curso de la historia, han alcanzado el poder de levitación, es decir, de elevarse por los aires. No es más que una parte de la conquista general de la materia que es el principal elemento de nuestra sabiduría oculta. La pobre Pauline tenía un temperamento impulsivo y ambicioso. Yo pienso, para decir la verdad, que ella creía haber profundizado más en los misterios de lo que, en realidad, había logrado. Y a menudo me decía, cuando bajábamos juntos en el ascensor, que si la voluntad de una persona era lo bastante fuerte, podría descender flotando sin daño, como una pluma. Yo creo solemnemente que en un momento de éxtasis de nobles pensamientos intentó el milagro. Su voluntad, o su fe, deben de haberle fa-

llado en el instante crucial y la inferior ley de la materia se vengó terriblemente. Ésa es toda la historia, caballeros, muy triste y, como ustedes piensan, muy presuntuosa y malvada, pero ciertamente no criminal ni relacionada conmigo en manera alguna. Yo siempre la consideraré el heroico fracaso para el progreso de la ciencia y la lenta escalada del cielo.

Era la primera vez que Flambeau veía vencido al padre Brown. Seguía mirando al suelo, con ceño arrugado y expresión de dolor, como si estuviera avergonzado. Era imposible evitar la sensación, que las etéreas palabras del profeta habían alimentado, de que ahí había un hosco sospechador profesional de hombres, aplastado por un espíritu más orgulloso y más puro de libertad natural y de salud. Por fin dijo, parpadeando, como si sufriera algún dolor físico:

–Bien, si eso es así, lo único que tiene usted que hacer es recoger el testamento del que habló antes de irse. Me pregunto dónde lo dejó la pobre mujer.

–Estará allí en su escritorio, junto a la puerta, supongo –dijo Kalon, con esa forma de hablar como de total inocencia que parecía absolverlo de todo–. Me insistió en que lo escribiría esta mañana y, de hecho, la vi escribiendo cuando subí en el ascensor a mi oficina.

–¿Estaba su puerta abierta entonces? –preguntó el cura, con los ojos en un extremo de la estera.

–Sí –dijo serenamente Kalon.

–¡Ah! Ha estado abierta desde entonces –dijo el otro y prosiguió su silencioso estudio de la estera.

–Hay un papel aquí –dijo la hosca señorita Joan con una voz algo rara. Había ido hasta el escritorio de su hermana, junto a la puerta, y tenía en la mano un

folio azul. Había una ácida sonrisa en su rostro que parecía inadecuada para esa escena u ocasión y Flambeau la miró con aire ceñudo.

El profeta Kalon se mantuvo alejado del papel con la misma majestuosa indiferencia que había mostrado en todo momento. Pero Flambeau lo tomó de la mano de la joven y lo leyó con el mayor asombro. En efecto, empezaba con la forma protocolaria de un testamento, pero después de las palabras «doy y lego todo lo que posea a mi muerte» la escritura cesaba bruscamente con una serie de rayas y no aparecía por ninguna parte el nombre de ningún beneficiario. Flambeau, sorprendido, pasó el papel a su amigo, quien le echó una ojeada y, en silencio, lo entregó al sacerdote del sol.

Un instante después ese digno pontífice, con su espléndida y majestuosa túnica, había cruzado de dos zancadas la habitación y se alzaba con toda su estatura sobre Joan Stacey, con los ojos azules fuera de las órbitas.

–¿Qué clase de triquiñuelas ha estado usted haciendo? –exclamó–. Eso no es todo lo que escribió Pauline.

Se quedaron de una pieza al oírle hablar con una voz completamente diferente, con un chillón acento yanqui; su majestuosidad y su buen acento inglés habían desaparecido, como quien se quita una capa.

–Eso es lo único que hay en su escritorio –dijo Joan y lo miró fijamente con la misma sonrisa diabólica.

De repente el hombre empezó a soltar blasfemias y torrentes de palabras incrédulas. Había algo horripilante en la desaparición de su máscara. Era como si hubiera caído la cara verdadera de un hombre.

–Escúcheme bien –gritó con fuerte acento americano, cuando se hubo quedado sin aliento tras todas sus maldiciones–. Yo puedo ser un aventurero, pero usted es una asesina. Sí, caballeros, aquí está explicada esa muerte y sin ninguna levitación. La pobre muchacha estaba escribiendo un testamento a mi favor; su maldita hermana entra, le arranca la pluma, la arrastra hasta el hueco del ascensor y la tira abajo antes de que pueda acabarlo. ¡Caray! Me da la impresión de que después de todo necesitamos las esposas.

–Como usted ha observado acertadamente –replicó Joan, con una calma que horrorizaba–, su secretario es un joven muy respetable, que sabe lo que significa un juramento. Y jurará ante cualquier tribunal que estuve en la oficina de usted ocupándome de un trabajo de mecanografía desde los cinco minutos anteriores y hasta los cinco minutos posteriores a la caída de mi hermana. El señor Flambeau podrá decir que me encontró allí.

Hubo un silencio.

–¡Pues entonces –exclamó Flambeau–, Pauline estaba sola cuando cayó y fue un suicidio!

–Estaba sola cuando cayó –dijo el padre Brown–, pero no fue un suicidio.

–Entonces, ¿cómo murió? –preguntó impaciente Flambeau.

–Fue asesinada.

–Pero estaba completamente sola –objetó el detective.

–Fue asesinada cuando estaba completamente sola –respondió el cura.

Todos miraron al padre Brown, pero éste seguía sentado con la misma actitud abatida, con una arruga

en su redonda frente y un aspecto de vergüenza y dolor impersonales; su voz era opaca y triste.

–Lo que quiero saber –chilló Kalon, lanzando un juramento–, es cuándo va a venir la policía a llevarse a esta maldita y perversa hermana. Fue asesinada por su propia hermana; me arrebató medio millón de libras que eran mías, tan sagradamente como...

–Vamos, vamos, profeta –interrumpió Flambeau, con un gesto de desprecio–. Recuerde usted que este mundo es sólo una nube.

El hierofante del dios Sol hizo un esfuerzo por volver a subir a su pedestal.

–No es el mero dinero –exclamó–, aunque eso serviría para hacer avanzar la causa en el mundo entero. Es que ésa era la voluntad de mi amada. Para Pauline todo esto era sagrado. A los ojos de Pauline...

El padre Brown se puso en pie de un salto, tan súbitamente que la butaca se cayó a sus espaldas. Estaba mortalmente pálido y sin embargo parecía electrizado de esperanza. Sus ojos brillaban.

–¡Eso es! –exclamó con voz clara–. Ésa es la forma de empezar. A los ojos de Pauline...

El alto profeta se apartó del diminuto cura con un apresuramiento casi salvaje.

–¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo se atreve? –gritaba repetidamente.

–A los ojos de Pauline –repitió el cura, mientras los suyos brillaban cada vez más–. Siga usted, en nombre de Dios, siga usted. El crimen más vil que los genios del mal hayan inspirado siempre pesa menos después de la confesión. Y yo le imploro que confiese. Siga, siga: a los ojos de Pauline...

–¡Déjeme, ser demoníaco! –tronó Kalon, luchando como un gigante encadenado–. ¿Quién es usted, maldito espía, para tejer su tela de araña en torno a mí y mirar y observar? ¡Déjeme marchar!

–¿Lo detengo? –preguntó Flambeau lanzándose hacia la salida, ya que Kalon había logrado abrir la puerta de par en par.

–No, déjelo pasar –dijo el padre Brown, con un extraño y profundo suspiro que parecía surgir de lo hondo del universo–. Deje pasar a Caín, pues pertenece a Dios.

Cuando hubo salido, se hizo un pesado silencio en la habitación, que para la ardorosa naturaleza de Flambeau fue como una lenta agonía de interrogantes. La señorita Joan Stacey ordenó con toda tranquilidad los papeles de su escritorio.

–Padre –dijo Flambeau al fin–, no sólo la curiosidad, sino mi deber, me impelen a averiguar, si puedo, quién cometió el crimen.

–¿Qué crimen? –preguntó el padre Brown.

–El que nos ocupa, por supuesto –replicó su impaciente amigo.

–Nos ocupamos de dos crímenes –dijo Brown–, crímenes de muy diferente alcance y cometidos por criminales muy diferentes.

La señorita Joan Stacey, una vez reunidos y guardados sus papeles, se dispuso a cerrar con llave su cajón. El padre Brown continuó, haciéndole tan poco caso como ella a él.

–Los dos crímenes –observó– fueron cometidos aprovechando la misma debilidad de la misma persona, en una lucha por hacerse con su dinero. El autor del crimen más grave se encontró burlado por el cri-

men más pequeño. La persona que cometió el crimen más pequeño se quedó con el dinero.

–Oh, no siga usted como si fuera un conferenciante –protestó Flambeau–, dígalo en pocas palabras.

–Lo puedo decir con una sola palabra–replicó su amigo.

La señorita Joan Stacey se colocó su negro sombrero de mujer profesional con un hosco fruncimiento de cejas muy profesional delante de un espejito y, mientras continuaba la conversación, cogió su bolso y su paraguas, sin el menor apresuramiento, y salió de la habitación.

–La verdad está en una sola palabra y muy corta –dijo el padre Brown–. Pauline Stacey era ciega.

–¡Ciega! –repitió Flambeau, poniéndose en pie lentamente, lo que puso aún más de manifiesto su enorme estatura.

–Era por una enfermedad congénita –continuó Brown–. Su hermana habría empezado a usar gafas si Pauline la hubiera dejado; pero su filosofía, o su manía, era que uno no debe fomentar esas dolencias cediendo a ellas. No estaba dispuesta a admitir la nube que cubría sus ojos, o trataba de hacerla desaparecer a fuerza de voluntad. De modo que sus ojos empeoraron debido al esfuerzo, pero aún estaba por ocurrir lo peor. Y ocurrió gracias a este maravilloso profeta, o como quiera que se autotitule, que le enseñó a mirar al sol ardiente con los ojos abiertos. Eso era aceptar a Apolo. ¡Dios mío! Si estos nuevos paganos fueran siquiera como los viejos paganos, serían un poco más astutos. Los viejos paganos sabían que la mera adoración desnuda de la naturaleza tenía sus riesgos. Sabían que el ojo de Apolo puede fulminar y dejar ciego.

Hubo una pausa y el cura continuó con voz suave e incluso conmovida:

–Tanto si ese demonio la cegó deliberadamente como si no, no hay duda de que la mató deliberadamente gracias a su ceguera. La absoluta sencillez del crimen es repugnante. Usted sabe que ellos subían y bajaban en esos ascensores sin recurrir al ascensorista. Usted sabe también lo suave y silenciosamente que se deslizan los ascensores. Kalon llevó el ascensor hasta el descansillo de la joven y la vio, por la puerta abierta, escribiendo lentamente, sin ver, el testamento que le había prometido. La llamó alegremente y le dijo que le dejaba ahí el ascensor y que saliera cuando hubiera terminado. Luego apretó un botón y subió silenciosamente hasta su propio piso, atravesó su oficina, salió a su balcón y quedó a salvo, rezando ante la calle llena de gente cuando la pobre muchacha, terminada su tarea, corrió alegremente hasta donde su amante y el ascensor habían de recibirla y dio un paso...

–¡No lo cuente! –exclamó Flambeau.

–Él debía haber recibido medio millón de libras por sólo apretar ese botón –continuó el curita con la voz inexpresiva con la que solía hablar de semejantes horrores–. Pero eso salió mal. Salió mal porque había otra persona que también quería el dinero y que también conocía el secreto de la vista de la pobre Pauline. Había una cosa en relación con ese testamento que creo que nadie observó: aunque estaba sin terminar y sin firma, la otra señorita Stacey y alguna persona de su servicio lo habían firmado ya como testigos. Joan había firmado primero, diciendo que Pauline podía acabar de redactarlo más tarde, con el típico menosprecio femenino por los pro-

cedimientos legales. Por lo tanto, Joan quería que su hermana firmara el testamento sin verdaderos testigos. ¿Por qué? Pensé en la ceguera y tuve la seguridad de que había querido que Pauline firmara a solas porque había querido que no lo firmara en absoluto. La gente como las Stacey usa siempre plumas estilográficas; pero esto era particularmente natural en el caso de Pauline. Gracias a la costumbre y a su fuerte voluntad y memoria, todavía podía escribir casi tan bien como si fuera capaz de ver; pero no podía saber cuándo necesitaba tinta. Por lo tanto, su hermana le cargaba cuidadosamente las estilográficas, todas, salvo esta pluma en concreto. Ésta *no* la cargó. La poca tinta que quedaba se consumió en unas pocas líneas y luego la pluma se quedó vacía. Y el profeta perdió quinientas mil libras y cometió uno de los más brutales e ingeniosos crímenes de la historia para nada.

Flambeau se acercó a la puerta abierta y oyó subir a la policía por la escalera. Se volvió y dijo:

–Debe de haber analizado usted todo muy a fondo para haber logrado atribuir el crimen a Kalon en diez minutos.

El padre Brown hizo un gesto de sorpresa.

–¡Oh! A él... –dijo–. No; tuve que analizar todo muy a fondo para averiguar lo referente a la señorita Joan y la pluma estilográfica. Pero ya sabía que Kalon era el asesino antes de entrar en el portal.

–¡No lo dirá usted en serio! –exclamó Flambeau.

–Lo digo completamente en serio –respondió el cura–. Le digo que supe que lo había hecho incluso antes de saber qué había hecho.

–Pero ¿por qué?

–Estos estoicos paganos –dijo Brown pensativamente–, siempre fracasan debido a su fortaleza. Desde la calle se oyó una caída y un grito y el sacerdote de Apolo no se sorprendió ni se volvió. Yo no sabía lo que era; pero supe que él lo estaba esperando.

11. La muestra de la espada rota

Los mil brazos del bosque eran grises y sus millones de dedos, plateados. En un cielo de oscura pizarra verde azulada las estrellas eran frías y brillantes como hielo hecho trizas. Todo ese campo de bosques espesos y escasos habitantes ofrecía un aspecto de rigidez, a causa de la escarcha densa y quebradiza. Los negros huecos entre los troncos de los árboles parecían negras e insondables cavernas de un inmisericorde infierno escandinavo, un infierno de frío incalculable. Incluso la cuadrada torre de piedra de la iglesia parecía nórdica hasta el paganismo, como si fuera una torre bárbara en medio de las rocas marinas de Islandia. Era una noche bien inadecuada para que alguien decidiera explorar un cementerio. Pero, por otra parte, quizá merecía la pena explorarlo.

El cementerio surgía abruptamente de entre los extensos bosques grises, como una especie de joroba u hombro de verde césped que parecía gris a la luz de las estrellas. La mayor parte de las tumbas estaba en un plano inclinado y el sendero que llevaba hasta la iglesia era tan empinado como una escalera. En lo alto de la colina, en el único sitio llano y elevado, estaba el monumento que daba fama al lugar. Contrastaba extrañamente con las tumbas anodinas que había a su alrededor, ya que era obra de uno de los mayores es-

cultores de la Europa moderna. Y, sin embargo, su fama quedaba olvidada inmediatamente a causa de la fama del hombre cuya efigie había plasmado. La luz de las estrellas, a pinceladas leves y plateadas, mostraba la figura de metal macizo de un soldado yacente, con las fuertes manos unidas en gesto de eterna adoración y la magnífica cabeza reposando sobre un cañón. El venerable rostro llevaba barba, o más bien patillas, al estilo anticuado y grave del coronel Newcome. El uniforme, aunque sólo insinuado con unos pocos y sencillos toques, era el de la guerra moderna. A su costado derecho había una espada, cuya punta estaba rota; en el lado izquierdo había una biblia. En las luminosas tardes veraniegas llegaban caravanas de americanos y de gente culta de las proximidades para ver el sepulcro. Pero incluso entonces sentían que el vasto bosque y su única elevación deforme, que eran el cementerio y la iglesia, constituían un lugar extrañamente silencioso y descuidado. En la heladora oscuridad de pleno invierno, se podía pensar que uno estaba solo con las estrellas. Sin embargo, en la quietud de esos rígidos bosques, se oyó crujir un portón de madera y las figuras desdibujadas de dos hombres vestidos de negro ascendieron por el pequeño sendero hasta la tumba.

La fría luz de las estrellas era tan débil que nada se podía distinguir en ellos, salvo que si bien ambos iban de negro, uno de ellos era enormemente alto y el otro (quizá por contraste) era casi sorprendentemente bajo. Llegaron hasta la gran tumba labrada del heroico guerrero y se quedaron unos minutos contemplándola. No había ningún ser humano en muchas millas a la redonda y quizá ningún ser viviente, incluso. Y una ima-

ginación morbosa podría haberse preguntado si ellos mismos eran humanos. En cualquier caso, el principio de su conversación podría haber parecido extraño. Tras el primer silencio, el hombre bajo dijo al otro:

–¿Dónde oculta un hombre astuto un guijarro?

Y el hombre alto respondió en voz baja:

–En la playa.

El hombre bajo asintió y tras un corto silencio dijo:

–¿Dónde esconde un hombre astuto una hoja?

Y el otro respondió:

–En el bosque.

Hubo otro silencio y luego el hombre alto prosiguió:

–¿Quiere usted decir que cuando un hombre astuto tiene que esconder un diamante auténtico es sabido que lo esconde entre diamantes falsos?

–No, no –dijo el hombre bajito, riéndose–. No removamos el pasado.

Golpeó contra el suelo los pies helados un par de veces y luego dijo:

–No estoy pensando en aquello en absoluto, sino en algo diferente. Algo bastante raro. Encienda una cerilla, por favor.

El hombre alto hurgó en su bolsillo y en seguida, tras un ruido rasposo, una llamita pintó de color dorado todo el costado liso del monumento. En él estaban grabadas en letras negras las célebres palabras que tantos americanos leían con reverencia:

«Consagrado a la memoria del General Sir Arthur St. Clare, Héroe y Mártir, que Siempre Venció a sus Enemigos y Siempre los Perdonó y Finalmente fue Traidoramente Asesinado por ellos. Que Dios, en Quien él Confió, lo Recompense y lo Vengue».

La cerilla quemó los dedos del hombre alto, se apagó y cayó al suelo. Iba a encender otra, pero su diminuto compañero lo detuvo.

–Ya basta, mi querido Flambeau; ya he visto lo que quería. O más bien, no he visto lo que no quería. Y ahora tenemos que caminar una milla y media por la carretera hasta la taberna más próxima e intentaré contarle todo el asunto. Dios sabe que un hombre se merece un buen fuego y una cerveza cuando se atreve a contar semejante historia.

Descendieron el empinado sendero, cerraron la crujiente puerta y echaron a andar a paso firme y rápido por la helada carretera del bosque. Llevaban recorrido un cuarto de milla entero antes de que el hombre bajito hablara de nuevo. Dijo:

–Sí. El hombre astuto esconde un guijarro en la playa. Pero ¿qué hace si no hay playa? ¿Sabe usted algo del grave asunto de St. Clare?

–No sé nada de generales ingleses, padre Brown –respondió riendo el hombre alto–, aunque sé un poco de policías ingleses. Sólo sé que me ha arrastrado usted durante mucho tiempo a todos los lugares donde se honra a este individuo, sea quien sea. Se podría pensar que está enterrado en seis lugares diferentes. He visto el monumento al general St. Clare en la abadía de Westminster; he visto una estatua ecuestre rampante del general St. Clare en el Embankment; he visto una placa conmemorativa del general St. Clare en la calle en la que nació; y otra en la calle en la que vivió. Y ahora me arrastra usted, de noche, hasta su ataúd en el cementerio del pueblo. Estoy empezando a cansarme de su grandiosa personalidad, sobre todo porque no tengo la

menor idea de quién era. ¿Por qué persigue usted todas esas criptas y efigies?

–Sólo estoy buscando una palabra –dijo el padre Brown–. Una palabra que no está en ninguna parte.

–Bueno –dijo Flambeau–. ¿Me va usted a contar algo o no?

–Tengo que dividirlo en dos partes –observó el cura–. Primero está lo que todo el mundo sabe. Y luego está lo que yo sé. Ahora bien, lo que todo el mundo sabe es breve y sencillo. Y es también totalmente falso.

–Estupendo –dijo alegremente el hombre alto llamado Flambeau–. Empecemos por el revés. Empecemos con lo que todo el mundo sabe y que no es verdad.

–Si no es del todo falso, por lo menos es muy inadecuado –continuó Brown–, porque la realidad es que todo lo que el público sabe se reduce exactamente a lo siguiente: la gente sabe que Arthur St. Clare era un gran general inglés, cubierto de éxitos militares. Sabe que tras espléndidas y sin embargo prudentes campañas en la India y en África, estaba al mando de las tropas británicas en Brasil cuando el gran patriota brasileño Olivier dio su ultimátum. Sabe que, en esa ocasión, St. Clare, con un número muy pequeño de hombres, atacó a Olivier, que tenía grandes tropas, y fue capturado tras una heroica resistencia. Y sabe que tras su captura y para horror del mundo civilizado St. Clare fue ahorcado en el árbol más cercano. Se le encontró balanceándose allí tras la retirada de los brasileños, con su espada rota colgando en torno al cuello.

–¿Y esa historia popular es falsa? –sugirió Flambeau.

–No –dijo su amigo suavemente–; esa historia es muy cierta, hasta donde llega.

–Bueno, pues llega de sobra lejos –dijo Flambeau–. Pero si la historia popular es cierta, ¿cuál es el misterio?

Habían pasado cientos de árboles grises y fantasmales antes de que el diminuto cura respondiera. Luego se mordió pensativamente el dedo y dijo:

–Pues el misterio es un misterio psicológico. O más bien es el misterio de dos caracteres psicológicos. En ese asunto brasileño, dos de los hombres más famosos de la historia moderna actuaron extrañamente en contra de su carácter. No se olvide de que Olivier y St. Clare eran los dos unos héroes, en el sentido antiguo de la palabra, de eso no hay duda. Era como la lucha entre Héctor y Aquiles. Ahora bien, ¿qué diría usted de una situación en la que Aquiles apareciera como un ser tímido y Héctor como un traidor?

–Siga –dijo el hombre alto impacientemente mientras el otro volvía a morderse el dedo.

–Sir Arthur era un soldado del viejo tipo religioso, del tipo que nos salvó durante el Motín* –continuó Brown–. Siempre fue más partidario del deber que de la precipitación. Y a pesar de su valentía personal era decididamente un comandante prudente, al que indignaba la innecesaria pérdida de soldados. Sin embargo, en esta última batalla intentó algo que hasta un niño podía ver que era absurdo. Uno no necesita ser un estratega para ver que era una locura, igual que uno no necesita ser un estratega para apartarse

* La rebelión de las tropas nativas bengalíes, 1857-1858. *(N. de la T.)*

del camino de un automóvil. Pues bien, ése es el primer misterio: ¿qué le había pasado a la cabeza del general inglés? El segundo enigma es qué había pasado en el corazón del general brasileño. El presidente Olivier puede ser considerado un visionario o un estorbo, pero incluso sus enemigos admitían que era generoso hasta el punto de comportarse como un caballero andante. Siempre ponía en libertad casi a la mitad de los prisioneros que capturaba o incluso los colmaba de prebendas. Hombres que realmente le habían hecho daño salían conmovidos por su sencillez y bondad. ¿Por qué demonios habría de vengarse diabólicamente una sola vez en su vida y, además, en una ocasión en que no había recibido ningún daño? Pues allí lo tiene. Uno de los hombres más sagaces del mundo actuó como un idiota sin ningún motivo. Uno de los hombres más bondadosos del mundo actuó como un canalla sin ningún motivo. Ésa es la historia. Y ahí la tiene usted, amigo mío.

–No, de ninguna manera –dijo el otro con un resoplido–. Ahí la tiene usted y más le vale contármelo todo.

–Pues bien –prosiguió el padre Brown–. No es justo decir que la impresión popular es lo que acabo de decir, sin añadir que desde entonces han ocurrido dos cosas. No puedo decir que hayan arrojado una nueva luz, porque nadie les encuentra sentido. Pero arrojaron una nueva oscuridad, arrojaron oscuridad en nuevas direcciones. La primera cosa fue la siguiente: el médico de cabecera de los St. Clare se peleó con la familia y empezó a publicar una serie de violentos artículos, en los que decía que el difunto general era un maníaco religioso. Pero en realidad, tal como estaba

expresado, eso sólo significaba que era un hombre religioso. En cualquier caso, la historia se olvidó. Todo el mundo sabía, naturalmente, que St. Clare tenía algunas de las excentricidades propias de la piedad puritana. El segundo incidente fue mucho más llamativo. En el infortunado y desvalido regimiento que hizo aquel desesperado ataque en el Río Negro, había un tal capitán Keith, que en esa época estaba prometido a la hija de St. Clare y que más tarde se casó con ella. Era uno de los oficiales capturados por Olivier y como todos los demás, salvo el general, parece haber sido tratado con generosidad y puesto rápidamente en libertad. Unos veinte años después este hombre, que era ya el teniente coronel Keith, publicó una especie de autobiografía titulada «Un oficial británico en Birmania y Brasil». En el punto en el que el lector busca lleno de interés un relato sobre el misterio del desastre de St. Clare aparecen las siguientes palabras:

«En todo el libro he narrado las cosas exactamente como ocurrieron, ya que mantengo la anticuada opinión de que la gloria de Inglaterra es suficientemente vieja como para cuidar de sí misma. La excepción en este sentido es el asunto de la derrota junto al Río Negro. Y mis razones, aunque privadas, son honorables e ineludibles. Añadiré, sin embargo, lo siguiente para hacer justicia a dos hombres muy distinguidos. El general St. Clare ha sido acusado de incapacidad en esta ocasión; yo puedo, al menos, dar testimonio de que esta acción, adecuadamente comprendida, fue una de las más brillantes y sagaces de su vida. Se acusa también al presidente Olivier de haber actuado salvaje e injustamente. Creo que el honor de un ene-

migo merece que se diga que actuó en esta ocasión con una generosidad aún mayor de lo que en él era característico. Para decirlo de una manera sencilla, puedo asegurar a mis compatriotas que St. Clare no se comportó en absoluto como un tonto ni Olivier actuó bestialmente. Eso es todo lo que tengo que decir: no habrá ninguna fuerza humana que me induzca a añadir una palabra».

A través de las ramas entrelazadas que había ante ellos empezó a lucir una luna enorme y helada, como una brillante bola de nieve y a la luz de ella pudo el narrador refrescar su recuerdo del texto del capitán Keith, leyéndolo en un trozo de papel impreso. Cuando lo dobló y lo puso de nuevo en su bolsillo, Flambeau levantó la mano en un gesto muy francés.

–Un momento, un momento –exclamó lleno de excitación–. Creo que lo voy a adivinar a la primera.

Siguió caminando, respirando fuerte, con la morena cabeza y el fuerte cuello inclinados hacia delante, como un hombre que quiere ganar una carrera. El curita, divertido e interesado, tenía ciertas dificultades en seguirlo al trote. Justo delante de ellos los árboles se apartaban un poco a derecha e izquierda y la carretera descendía a través de un valle claro, iluminado por la luna, hasta que luego volvía a esconderse como un conejo en la masa de otro bosque. La entrada a ese bosque más lejano parecía pequeña y redonda, como el negro agujero de un remoto túnel de ferrocarril. Pero estaba ya a unas cien yardas, como la boca de una caverna, antes de que Flambeau hablara de nuevo.

–Ya lo tengo –exclamó por fin, golpeándose el muslo con su enorme mano–. Cuatro minutos de reflexión y le puedo contar toda la historia.

–Muy bien –asintió su amigo–. Cuéntela.

Flambeau levantó la cabeza pero bajó la voz:

–El general Sir Arthur St. Clare –dijo– procedía de una familia en la que la locura era hereditaria. Y su único propósito era ocultar este hecho a su hija e incluso, si era posible, a su futuro yerno. Con razón o sin ella, creyó que la crisis final estaba próxima y decidió suicidarse. Sin embargo, un suicidio común no haría más que proclamar aquello que justamente temía. A medida que se acercaba la campaña, su cerebro se nubló cada vez más y al fin, en un momento de locura, sacrificó su deber público en beneficio de sus intereses privados. Se lanzó temerariamente al ataque, con la esperanza de caer al primer tiro. Cuando vio que lo único que había logrado eran la captura y el descrédito, la bomba retardada que albergaba su cerebro explotó y rompió su propia espada y se ahorcó.

Flambeau miró fijamente a la gris fachada boscosa que tenía delante, con su única y negra abertura, como la entrada de una tumba, a la que les conducía su camino. Quizá había algo amenazador en una carretera tragada tan repentinamente por el bosque que reforzó su vívida visión de la tragedia, porque el hecho es que se estremeció.

–Una historia terrible –repitió el sacerdote con la cabeza inclinada–. Pero no es la verdadera historia.

Luego echó la cabeza hacia atrás con una especie de desánimo y exclamó:

–Oh, desearía que lo hubiera sido.

El alto Flambeau se volvió a mirarlo.

–La suya es una historia limpia –exclamó el padre Brown, profundamente conmovido–. Una sencilla, pura y honrada historia, tan transparente y blanca como esa luna. La locura y la desesperación son bien inocentes. Hay cosas peores, Flambeau.

Flambeau miró desconcertado a la luna así invocada. Y desde donde él estaba una negra rama de un árbol se curvaba exactamente como un cuerno del demonio.

–Padre, padre –exclamó Flambeau gesticulando a la francesa y avanzando aún más rápidamente–. ¿Quiere usted decir que fue peor que eso?

–Peor que eso –dijo el otro como un grave eco. Y se hundieron en el negro claustro del bosque, que se extendía junto a ellos como un difuso tapiz de troncos, como uno de los oscuros pasillos en una pesadilla.

Pronto estuvieron en las entrañas más profundas del bosque, sintiendo próximo a ellos el follaje que no podían ver. El cura dijo de nuevo:

–¿Dónde esconde un hombre sagaz una hoja? En el bosque. Pero ¿qué hace si no hay bosque?

–De acuerdo, de acuerdo –dijo irritado Flambeau–, ¿qué hace?

–Planta un bosque para ocultarla –dijo el sacerdote con tono sombrío–. Un terrible pecado.

–Vamos a ver –exclamó impacientemente su amigo, porque el sombrío bosque y la sombría conversación le estaban poniendo algo nervioso–. ¿Me va usted a contar esa historia o no? ¿Qué otros testimonios hay?

–Hay otros tres testimonios fragmentarios –dijo el otro– que he descubierto aquí y allá y se los contaré en orden lógico y no en orden cronológico. En primer lugar, por supuesto, la autoridad en lo que se refiere a la batalla y sus resultados está constituida por los propios

despachos de Olivier, que son de lo más lúcido. Estaba atrincherado con dos o tres regimientos en una zona elevada que caía sobre el Río Negro, al otro lado del cual había un terreno más bajo y más pantanoso. Más allá, el terreno se elevaba de nuevo suavemente y allí estaba la primera avanzada inglesa, apoyada por otras tropas que estaban, sin embargo, muy en la retaguardia. Las fuerzas británicas en conjunto eran muy superiores en número. Pero este regimiento en concreto estaba lo bastante lejos de su base como para que Olivier considerara la posibilidad de cruzar el río para aislarlo del resto. A la caída del sol, sin embargo, había decidido mantener su propia posición, que era particularmente fuerte. Al amanecer del día siguiente, se quedó paralizado de sorpresa al ver que ese puñado perdido de ingleses, sin el menor apoyo en la retaguardia, se había lanzado a cruzar el río, la mitad por el puente que estaba a la derecha y la otra mitad por un vado un poco más arriba y estaban todos agrupados en la orilla pantanosa debajo de las posiciones brasileñas.

»Ya era de sobra increíble que intentaran un ataque con tan pocos hombres contra esa posición, pero Olivier observó algo aún más extraordinario. Porque en vez de intentar hacerse con terreno más sólido, este regimiento de locos, que había dejado atrás el río en una carga absurda, no hizo nada más, sino que se quedó allí, clavado en el cenagal como moscas en un pastel. No hace falta decir que los brasileños los diezmaron con su artillería, a la que sólo podían responder con valiente pero ineficaz fuego de fusiles. Pero no se rindieron. Y el breve informe de Olivier termina con un expresivo tributo de admiración al místico valor de esos imbéciles. "Nuestra línea avanzó finalmen-

te", escribe Olivier, "y los empujó hasta el río; capturamos al propio general St. Clare y varios otros oficiales. El coronel y el mayor habían caído en la batalla. No puedo evitar decir que pocos espectáculos más hermosos puede haber habido en la historia que la resistencia hasta el final de este extraordinario regimiento, con los oficiales heridos cogiendo los rifles de los soldados muertos y el propio general haciéndonos frente a caballo y con la cabeza descubierta y una espada rota".

»Sobre lo que aconteció al general después, Olivier se calla, lo mismo que el capitán Keith.

–Bien –gruñó Flambeau–. Siga con el siguiente testimonio.

–Encontrar el siguiente testimonio –dijo el padre Brown– llevó bastante tiempo, pero no será largo de contar. Encontré al fin, en un asilo en los Lincolnshire Fens, a un viejo soldado que no sólo había resultado herido en el Río Negro sino que se había arrodillado junto al coronel del regimiento cuando murió. Este último era un tal coronel Clancy, un irlandés fuerte como un toro. Y parece que murió tanto de ira como a consecuencia de las balas. Él, en cualquier caso, no era responsable de ese ridículo ataque, sino que debió de serle impuesto por el general. Sus últimas y edificantes palabras, según mi informador, fueron éstas: «Y ahí va ese maldito mono viejo con la punta de su espada rota. Ojalá fuera su cabeza». Observará usted que todo el mundo parece haberse dado cuenta de este detalle de la hoja rota de la espada aunque la mayoría lo consideraba con algo más de reverencia que el difunto coronel Clancy. Y ahora el tercer testimonio. –El camino por el que atravesaban el bosque empezó

a hacerse más empinado y el padre Brown se detuvo un momento para tomar aliento antes de proseguir su relato. Luego continuó con el mismo tono aséptico–: Hace sólo uno o dos meses, murió en Inglaterra un oficial brasileño, que se había peleado con Olivier y había abandonado su país. Era muy conocido tanto aquí como en el continente, un español llamado Espado. Yo mismo lo conocí. Era un viejo petimetre, de tez amarilla y nariz ganchuda. Por diversas razones privadas, tuve acceso a los documentos que había dejado. Era católico, claro está, y yo le había acompañado en sus últimos momentos. No había nada entre sus cosas que iluminara algún aspecto del feo asunto de St. Clare, excepto cinco o seis cuadernos corrientes que constituían el diario de un soldado inglés. Sólo puedo suponer que fueron encontrados por los brasileños en poder de uno de los soldados que cayeron. En cualquier caso, el diario terminaba bruscamente en la noche anterior a la batalla.

»Pero el relato del último día de vida de ese pobre hombre era ciertamente digno de ser leído. Lo tengo aquí conmigo, pero está demasiado oscuro para leerlo aquí, así que haré un resumen. La primera parte está llena de bromas, evidentemente comunes entre los hombres, acerca de alguien llamado "El Buitre". No parece que esta persona, quienquiera que fuese, fuera uno de ellos o siquiera un inglés. Tampoco se habla de él exactamente como si perteneciera al enemigo; suena más bien como si fuera una especie de intermediario local y no combatiente; quizá un guía o un periodista. Se le había visto encerrado hablando con el viejo coronel Clancy, pero se le veía más a menudo hablando con el mayor. En realidad, el mayor es

una figura bastante destacada en el relato de este soldado. Era un hombre delgado, de pelo oscuro, llamado Murray, un irlandés del norte y puritano. Hay bromas continuas sobre el contraste entre la austeridad de este hombre del Ulster y el carácter amistoso del coronel Clancy. Hay también alguna broma acerca de la ropa de vivos colores del Buitre.

»Pero sobre todas estas cosas sin trascendencia aparece aquí y allá lo que bien se podría llamar una nota de corneta. Detrás del campamento inglés, y casi paralela al río, discurría una de las pocas carreteras importantes de esa zona. Por el oeste, la carretera se curvaba hacia el río, que cruzaba por el puente antes mencionado. Por el este, la carretera se adentraba en la espesura y a unas dos millas junto a ella estaba la siguiente avanzadilla inglesa. Desde esa dirección llegó por la carretera esa noche el brillo y el ruido de la caballería ligera, en la que aun el simple autor del diario pudo reconocer con asombro al general con su escolta. Montaba el gran caballo blanco que ha podido usted ver tan a menudo en los periódicos ilustrados y en los cuadros de la Academia. Y puede usted estar seguro de que el saludo con el que lo recibieron no fue meramente protocolario. Él, en cambio, no perdió tiempo en ceremonias, sino que, saltando de la silla inmediatamente, se unió al grupo de oficiales y les dirigió unas palabras firmes y confidenciales. Lo que llamó más la atención a nuestro amigo, el autor del diario, fue su especial disposición a discutir las cosas con el mayor Murray. Pero, en realidad, esta elección, mientras no fuera excesiva, no era extraña en absoluto. Los dos hombres estaban hechos para simpatizar; ambos eran hombres que "leían su Biblia"; ambos

pertenecían al viejo tipo de oficial religioso. Sea como fuese, lo cierto es que cuando el general volvió a montar, seguía hablando seriamente con Murray y que mientras hacía caminar despacio a su caballo carretera abajo hacia el río, el alto irlandés seguía caminando junto a sus riendas enzarzado en una intensa conservación. Los soldados los miraron hasta que desaparecieron tras un grupo de árboles donde la carretera se volvía hacia el río. El coronel había regresado a su tienda y los hombres a sus piquetes; el hombre del diario se había quedado rezagado cuatro minutos más y vio algo maravilloso: el gran caballo blanco que había marchado lentamente carretera abajo, como en tantos desfiles, volvió al galope, volando por la carretera arriba como si quisiera a toda costa ganar una carrera. Al principio creyeron que se había desbocado con su jinete encima, pero pronto vieron que el propio general, un excelente jinete, lo instaba a correr a toda velocidad. Caballo y jinete llegaron hasta ellos como una exhalación; y entonces, frenando al vertiginoso animal, el general los miró a todos con el rostro encendido y llamó al coronel como si fuera la trompeta del Juicio Final. Tengo la impresión de que todos los conmocionantes acontecimientos de esa catástrofe cayeron unos sobre otros como plomo en la mente de hombres como nuestro amigo el autor del diario.

»Con la aturdida excitación de un sueño se encontraron formando filas, como quien cae literalmente fulminado, y se enteraron de que iban a atacar inmediatamente al otro lado del río. El general y el mayor, se dijo, habían encontrado algo en el puente y sólo les quedaba tiempo para luchar por sus vidas. El mayor había regresado inmediatamente para llamar a la re-

serva que estaba detrás de ellos, junto a la carretera. Era dudoso que incluso esa rápida petición de ayuda pudiera llegar a ellos a tiempo. Pero tenían que cruzar la corriente esa noche y tomar la zona alta por la mañana. El diario termina bruscamente con toda la agitación y emoción de esa romántica marcha nocturna.

El padre Brown subía un poco adelantado; el sendero del bosque se iba haciendo más pequeño, más empinado y más retorcido, hasta el punto de que tenían la sensación de estar subiendo una escalera de caracol. La voz del sacerdote llegó desde lo alto en la oscuridad.

–Había otra cosa pequeña y enorme al mismo tiempo. Cuando el general los instó a dar su caballeresca carga, sacó la mitad de la espada de la vaina y luego, como avergonzándose de tal gesto melodramático, la volvió a envainar. De nuevo la espada, ¿se da usted cuenta?

Por las ramas entrecruzadas sobre sus cabezas se filtró una media luz, reflejando la sombra de una red en torno a sus pies. Ahora subían de nuevo hacia la débil luminosidad de la noche desnuda. Flambeau se sintió rodeado de una atmósfera de verdad, pero no de una idea. Absolutamente desconcertado, respondió:

–Bueno ¿qué pasa con la espada? Los oficiales generalmente llevan espadas, ¿no?

–No se las menciona mucho en la guerra moderna –dijo el otro fríamente–, pero en este asunto uno se encuentra la bendita espada en todas partes.

–Bueno ¿y qué hay con eso? –gruñó Flambeau–. Era un incidente colorista sin más trascendencia: la hoja del viejo que se rompe en su última batalla. Cualquiera podría apostar que los periódicos le saca-

rían partido, como han hecho. En todas esas tumbas y placas aparece rota en la punta. Espero que no me haya arrastrado usted a esta expedición polar simplemente porque dos hombres con sentido comercial vieran la espada rota de St. Clare.

–No –exclamó el padre Brown, con una voz seca como un tiro de pistola–, pero ¿quién vio la espada entera?

–¿Qué quiere usted decir? –exclamó el otro y se quedó inmóvil bajo las estrellas. Acababan de salir de repente de las grises puertas del bosque.

–Digo que quién vio la espada sin romper –repitió el padre Brown obstinadamente–. No el autor del diario, en cualquier caso, el general la envainó a tiempo.

Flambeau miró a su alrededor a la luz de la luna, como un hombre que se ha quedado ciego de repente podría mirar al sol. Y su amigo continuó, por primera vez en tono excitado.

–Flambeau –exclamó–. No lo puedo probar, ni siquiera después de haber buscado entre las tumbas. Pero estoy seguro de ello. Déjeme añadir un último y minúsculo hecho que da la vuelta a todo el asunto. El coronel, por una extraña casualidad, fue uno de los primeros en caer bajo el fuego. Resultó herido mucho antes de que las tropas se les acercaran. Pero vio la espada rota de St. Clare. ¿Por qué estaba rota? ¿Cómo se rompió? Amigo mío, estaba rota antes de la batalla.

–¡Oh! –dijo su amigo con una especie de desesperación jovial–. ¿Y puede usted decirme dónde está el otro pedazo?

–Se lo puedo decir –dijo rápidamente el cura–. En la esquina nordeste del cementerio de la catedral protestante de Belfast.

–Ah, ¿sí? –preguntó el otro–. ¿La ha buscado usted?

–No pude –replicó Brown, con franco disgusto–. Hay un gran monumento de mármol encima de ella. Un monumento al heroico mayor Murray, que cayó luchando gloriosamente en la célebre batalla del Río Negro.

Flambeau pareció recuperar de repente su vitalidad.

–Quiere usted decir –exclamó roncamente– que el general St. Clare odiaba a Murray y lo asesinó en el campo de batalla porque...

–Sigue usted lleno de pensamientos sencillos y nobles –dijo el otro–. Fue peor que eso.

–Bien –dijo Flambeau–. Mi reserva de imaginación de maldades se ha agotado.

El cura parecía muy dudoso de dónde empezar y al final dijo de nuevo:

–¿Dónde escondería un hombre sagaz una hoja? En el bosque.

El otro no respondió.

–Si no lo hubiese, haría un bosque. Y si desease esconder una hoja seca, haría un bosque seco.

Seguía sin haber respuesta y el sacerdote añadió aún más suave y mansamente:

–Y si un hombre tuviera que esconder un cadáver, haría un campo de cadáveres para esconderlo en él.

Flambeau empezó a caminar a toda velocidad, incapaz de tolerar el menor retraso en el tiempo o en el espacio. Pero el padre Brown prosiguió como si estuviera completando la última frase.

–Sir Arthur St. Clare, como ya he dicho, era un hombre que leía su Biblia. Ése era su problema.

¿Cuándo entenderá la gente que es inútil que un hombre lea su Biblia a menos que lea también la Biblia de los demás? Un impresor lee una Biblia para buscar erratas. Un mormón lee su Biblia y encuentra la poligamia. Un partidario de la ciencia cristiana lee la suya y encuentra que no tenemos brazos ni piernas. St. Clare era un soldado protestante de la vieja escuela angloindia. Ahora bien, reflexione usted sobre lo que eso podía significar y, por Dios, nada de hipocresías. Podría significar un hombre físicamente formidable viviendo bajo un sol tropical en una sociedad oriental y empapándose sin sensatez ni guía de un libro oriental. Por supuesto, leía el Antiguo Testamento en vez del Nuevo Testamento. Por supuesto, encontró en el Antiguo Testamento todo lo que quería: lujuria, tiranía, traición. Oh, se podría decir que era honrado, como usted dice. Pero ¿de qué le sirve a un hombre ser honrado en su adoración de la deshonestidad? En cada uno de los cálidos y secretos países a los que ese hombre fue mantuvo un harén, torturó testigos, amasó una fortuna ilícita; pero ciertamente habría dicho con mirada firme que lo hacía a la mayor gloria de Dios. Mi propia teología queda suficientemente expresada en la pregunta «¿de qué Dios?». En cualquier caso, lo que ocurre con ese tipo de maldad es que abre una puerta tras otra al infierno y siempre se entra en estancias más y más pequeñas. Ésta es la verdadera acusación que se puede hacer al delito, que un hombre no se vuelve cada vez más alocado sino cada vez más y más miserable. St. Clare se vio pronto ahogado de dificultades a causa de los sobornos y el chantaje y necesitaba cada vez más dinero. Y en el momento de la batalla del Río Negro había caído de esfera en esfera

hasta ese lugar que Dante convierte en la parte más baja del universo.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó de nuevo su amigo.

–Quiero decir *eso* –replicó el cura, y señaló de repente un charco helado que brillaba a la luz de la luna–. ¿Recuerda usted a quiénes pone Dante en el último círculo de hielo?

–A los traidores –dijo Flambeau, estremeciéndose. Al mirar a su alrededor el inhumano paisaje de árboles con sus burlonas y casi obscenas siluetas, casi podía imaginar que era Dante y el sacerdote de voz como un arroyo, un Virgilio que lo guiaba a través de una tierra de pecados eternos.

La voz prosiguió.

–Olivier, como usted sabe, era un quijote y no era capaz de permitir un servicio secreto ni espías. Sin embargo, existían, como muchas otras cosas, sin que él lo supiera. El que llevaba el asunto era mi viejo amigo Espado; era el petimetre vestido de vivos colores, cuya nariz ganchuda le valió el apodo de «El Buitre». Haciéndose pasar por una especie de filántropo en el frente, se introdujo en el ejército inglés y finalmente logró llegar hasta el único hombre corrupto y, válgame Dios, ése era el jefe supremo. St. Clare necesitaba dinero desesperadamente y en gran cantidad. El desacreditado médico de cabecera amenazaba con hacer aquellas extraordinarias denuncias que luego empezaron y quedaron interrumpidas; había rumores de actividades monstruosas y prehistóricas en Park Lane; de cosas hechas por un cristiano inglés que olían a sacrificios humanos y hordas de esclavos. Hacía falta dinero, también, para la dote de su hija, por-

que para él la fama de la riqueza era tan embriagadora como la propia riqueza. El general dio el último paso, informó a Brasil y el dinero le llegó en enormes cantidades procedente de los enemigos de Inglaterra. Pero otro hombre había hablado con Espado, El Buitre, además de él. Por algún procedimiento el moreno y torvo joven mayor del Ulster había averiguado la horrenda verdad, y cuando caminaban juntos lentamente carretera abajo hacia el puente, Murray le dijo al general que tenía que dimitir inmediatamente o sería juzgado por un consejo de guerra y fusilado. El general contemporizó con él hasta que llegaron al borde de los árboles tropicales junto al puente; y allí, junto al río cantarín y las palmeras encendidas por el sol (puedo ver el cuadro claramente) el general desenvainó su espada y la hundió en el cuerpo del mayor.

La carretera invernal bordeó una loma cubierta de cortante escarcha, en la que los arbustos y matorrales adquirían amenazadoras formas negras. Pero a Flambeau le pareció que detrás de ella podía ver difusamente el borde de una aureola que no era la luz de las estrellas y la luna, sino algún fuego hecho por los hombres. Los siguió mirando mientras la historia se aproximaba a su fin.

–St. Clare era un perro infernal, pero era un perro de raza. Podría jurar que nunca se sintió más lúcido ni más fuerte que cuando el pobre Murray quedó muerto a sus pies. Nunca, en todos sus triunfos, como el capitán Keith dijo con toda verdad, se comportó el gran hombre con tanta grandeza como en esta última derrota, menospreciado por el mundo entero. Miró fríamente su arma para limpiar la sangre; vio que la punta que había clavado en la espalda de su víctima se había

roto y había quedado dentro del cuerpo. Vio con toda calma, como si mirara a través de la ventana de un club, todo lo que iba a suceder a continuación. Vio que los hombres iban a encontrar un cadáver inexplicable; que extraerían una punta de espada inexplicable; que se darían cuenta de la inexplicable espada rota o de la ausencia de espada. Había matado, pero no había silenciado el asunto. Pero su potente intelecto hizo frente a este revés inesperado: todavía había una manera. Podía hacer que el cadáver fuera menos inexplicable. Podía crear una colina de cadáveres para cubrir este cadáver. Veinte minutos después, ochocientos soldados ingleses marchaban hacia su muerte.

El resplandor más cálido detrás del negro bosque invernal aumentó su brillo y Flambeau siguió caminando más deprisa para alcanzarlo. El padre Brown apresuró también el paso. Pero parecía seguir totalmente absorto en su relato.

–Tal era el valor de aquel puñado de ingleses y tal el genio de su jefe, que si hubieran atacado inmediatamente la colina, incluso su disparatada marcha podría haber tenido algún éxito. Pero la perversa mente que jugaba con ellos como peones tenía otros propósitos y otras razones. Debían permanecer en la zona pantanosa junto al puente por lo menos hasta que un montón de cadáveres ingleses pareciera un espectáculo normal. Y luego, la grandiosa escena final: el soldado y santo de plateados cabellos entregaría su espada rota para evitar más matanzas. Oh, estuvo muy bien organizado para ser una improvisación. Pero creo (no lo puedo probar) que fue mientras estaban clavados allí en los pantanos cubiertos de sangre cuando alguien tuvo sus dudas... y adivinó todo.

Se quedó callado un momento y luego dijo:

–Hay una voz que no puedo localizar que me dice que el hombre que adivinó era el enamorado, el hombre que iba a casarse con la hija del viejo general.

–Pero ¿qué pasó con Olivier y con la horca? –preguntó Flambeau.

–Olivier, en parte por su caballerosidad y en parte por política, rara vez entorpecía su avance con prisioneros –explicó el narrador–. En la mayoría de los casos ponía en libertad a todo el mundo. Y en este caso puso en libertad a todo el mundo.

–A todo el mundo menos al general –dijo Flambeau.

–A todo el mundo –insistió el sacerdote.

Flambeau frunció sus negras cejas.

–No lo acabo de entender del todo –dijo.

–Hay otra escena, Flambeau –dijo Brown con su voz apagada más mística–. No la puedo probar. Pero puedo hacer más que eso: la puedo ver. Están levantando el campamento por la mañana, en las desnudas y tórridas colinas. Allí están los uniformes brasileños formados para marchar. Allí están la roja camisa y la larga barba negra de Olivier, que ondea al viento mientras permanece en pie, con su sombrero de ala ancha en la mano. Está despidiendo al gran enemigo al que deja en libertad, al sencillo veterano inglés de cabellos como la nieve, que le da las gracias en nombre de sus hombres. Los ingleses supervivientes están detrás de él, cuadrados todos; junto a ellos están los pertrechos y los vehículos para la retirada. Redoblan los tambores. Los brasileños se ponen en marcha. Los ingleses están inmóviles como estatuas. Y así aguantan hasta que el último sonido y el último destello del

enemigo han desaparecido del horizonte tropical. Entonces cambian todos su postura instantáneamente, como muertos que resucitaran; los cincuenta rostros se vuelven hacia el general, unos rostros que no se pueden olvidar.

Flambeau se sobresaltó.

–¡Ah! –exclamó–. No querrá usted decir...

–Sí –dijo el padre Brown con voz profunda y conmovida–. Fue una mano inglesa la que puso la cuerda en torno al cuello de St. Clare; yo creo que fue la mano que puso el anillo en el dedo de su hija. Fueron manos inglesas las que lo arrastraron hasta el árbol de la vergüenza; las manos de hombres que lo habían adorado y seguido a la victoria. Y fueron almas inglesas (¡Dios nos perdone y soporte a todos!) las que lo miraron balanceándose bajo aquel sol extranjero en la verde horca de la palmera y rezaron, llenas de odio, para que se fuera al infierno.

Cuando alcanzaron la cima de la colina apareció de golpe ante ellos la fuerte luz escarlata de una taberna inglesa con cortinas rojas. Estaba a un lado del camino, como si se apartara un poco para ofrecer más amplia hospitalidad. Sus tres puertas estaban abiertas, invitadoras, e incluso desde donde estaban podían oír el murmullo y la risa de seres humanos felices por una noche.

–No hace falta que le diga más –dijo el padre Brown–. Lo juzgaron en la selva y lo destruyeron. Y luego, por el honor de Inglaterra y de su hija, se juramentaron para silenciar para siempre la historia de la bolsa del traidor y la espada del asesino. Quizá, Dios lo quiera, trataron de olvidarla. En cualquier caso, tratemos de olvidarla nosotros. Aquí está la taberna.

–Estoy completamente de acuerdo –dijo Flambeau. Y estaba justo a punto de entrar en el iluminado y ruidoso bar cuando retrocedió y casi se cayó en el camino.

–Pero mire usted, ¡en nombre del demonio! –exclamó, señalando rígidamente a una muestra cuadrada de madera que colgaba sobre la carretera. Mostraba difusamente la forma primitiva de una empuñadura de sable y una hoja rota. Y, con letras falsamente arcaicas, se leía: «La muestra de la espada rota».

–¿No lo esperaba usted? –preguntó suavemente el padre Brown–. Es el dios de esta región; la mitad de las tabernas, parques y calles llevaban nombres relacionados con él y con su historia.

–Yo creí que ya habíamos terminado con ese ser repugnante –exclamó Flambeau. Y escupió en la carretera.

–Nunca se acabará con él en Inglaterra –dijo el cura, mirando hacia abajo–, mientras el bronce sea resistente y la piedra permanezca. Sus estatuas de mármol inflamarán las almas de jóvenes orgullosos e inocentes durante siglos, la tumba en su pueblo natal olerá a lealtad y a lirios. Millones de personas que nunca lo conocieron lo amarán como a un padre. Un hombre al que los pocos que lo conocieron al final lo trataron como a estiércol. Será un santo; y la verdad sobre él no se dirá nunca, porque he tomado por fin una decisión. Hay tanto positivo y tanto negativo en revelar un secreto que he puesto mi conducta a prueba. Todos esos periódicos desaparecerán; la actitud anti-Brasil ya ha sido superada; Olivier es colmado de honores en todas partes. Pero me dije a mí mismo que

si en alguna parte, por su nombre, en metal o mármol que durarán como las pirámides, el coronel Clancy o el capitán Keith o el presidente Olivier o cualquier otro hombre inocente fueran acusados falsamente entonces yo hablaría. Si lo único que encontraba es que St. Clare era alabado falsamente, guardaría silencio. Y lo guardaré.

Entraron en la taberna de cortinas rojas, que no sólo era acogedora, sino incluso lujosa en el interior. Sobre una mesa había una maqueta plateada de la tumba de St. Clare, con la cabeza de plata inclinada y la espada de plata rota. En las paredes había fotografías coloreadas del monumento y del sistema de caravanas que llevaba a los turistas a visitarlo. Se sentaron en los cómodos bancos tapizados.

–Venga usted, hace frío –exclamó el padre Brown–. Pidamos vino o cerveza.

–O coñac –dijo Flambeau.

12. Los tres instrumentos de la muerte

Tanto por vocación como por convicción, el padre Brown sabía mejor que la mayoría de nosotros que siempre se dignifica a los hombres tras su muerte. Pero incluso él sintió una sensación de incongruencia cuando lo despertaron al alba y le dijeron que Sir Aaron Armstrong había sido asesinado. Había algo absurdo e inadecuado en un acto secreto de violencia en relación con una figura tan divertida y popular. Porque el hecho es que Sir Aaron Armstrong era divertido hasta el punto de resultar cómico y popular hasta tal extremo que era casi una leyenda. Era como enterarse de que Sunny Jim se había ahorcado o que el señor Pickwick había muerto en Hanwell. Porque aunque Sir Aaron era un filántropo y, en consecuencia, se ocupaba de los aspectos más oscuros de nuestra sociedad, se enorgullecía de hacerlo de la manera más alegre posible. Sus discursos políticos y sociales eran torrentes de anécdotas y de grandes risotadas; su salud

física era espléndida; su ética se basaba en el optimismo más absoluto; y se ocupaba del problema del alcoholismo (su tema favorito) con esa alegría inmortal o incluso monótona que tan a menudo revela al próspero abstemio total.

La historia oficial de su conversión era tema frecuente de los estrados y púlpitos más puritanos: cómo, siendo sólo un muchacho, había sido apartado de la teología escocesa para caer en el whisky escocés; cómo había superado ambas trampas y se había convertido (como él mismo decía modestamante) en lo que era. Sin embargo, cuando aparecía en los innumerables banquetes y congresos a los que asistía con su amplia barba blanca, su rostro angelical y sus relucientes anteojos, resultaba difícil creer que alguna vez hubiera sido algo tan enfermizo como un bebedor o un calvinista. Uno tenía la impresión de que era el ser más concienzudamente alegre de todos los nacidos.

Había vivido en el barrio rural de Hampstead, en una hermosa casa, alta y estrecha, una torre moderna y prosaica. La parte más estrecha de sus estrechas paredes colgaba sobre el empinado y verde bancal del ferrocarril y los trenes que pasaban sacudían constantemente la casa. Sir Aaron Armstrong, como siempre explicaba bulliciosamente, carecía de nervios. Pero si el tren sobresaltaba a menudo a la casa, esa mañana se cambiaron las tornas y fue la casa la que dio un susto al tren.

La máquina frenó y se detuvo justo al otro lado del punto donde un ángulo de la casa tropezaba con la pendiente de césped. La detención de la mayor parte de las cosas mecánicas es siempre lenta; pero la causa viviente de ello había sido muy rápida. Un hombre

completamente vestido de negro, hasta (según se recordaba) los guantes, que eran también amenazadoramente negros, apareció en la loma por encima de la máquina y agitó sus negras manos como un negro molino de viento. Esto, por sí mismo, no habría detenido ni siquiera a un tren que marchara lentamente. Pero el hombre profirió un grito del cual se habló después como de algo completamente antinatural y nuevo. Era uno de esos gritos que se perciben con terrible claridad, aunque no podamos oír qué es lo que se grita. La palabra pronunciada en este caso era «¡asesinato!».

Pero el maquinista del tren jura que habría parado de todos modos aunque sólo hubiera oído el terrible y firme acento y no la palabra.

Una vez detenido el tren, la mirada más superficial podría captar muchos aspectos de la tragedia. El hombre vestido de negro sobre el césped era Magnus, el criado de Sir Aaron Armstrong. El aristócrata optimista se había reído a menudo de los negros guantes de su lúgubre criado. Pero nadie se encontraba en disposición de reírse de él en esos momentos.

En cuanto uno o dos curiosos saltaron la vía y cruzaron el borde lleno de humo, vieron, caído casi en el fondo del bancal, el cuerpo de un anciano con un batín amarillo forrado de un brillante color escarlata. Un trozo de cuerda parecía enganchado en su pierna, enredado probablemente en una pelea. Había alguna mancha de sangre, aunque poca cosa. Pero el cuerpo estaba doblado o quebrado en una postura imposible para un ser vivo. Era Sir Aaron Armstrong. Tras unos momentos de desconcierto, apareció un hombre alto de barba rubia, en quien algunos de los viajeros reco-

nocieron al secretario del muerto, Patrick Royce, en tiempos muy conocido en ambientes bohemios e incluso célebre en las artes bohemias. De una manera vaga pero aún más convincente, expresó el mismo dolor que el criado. Para cuando el tercer miembro de ese hogar, Alice Armstrong, hija del difunto, hubo llegado tambaleándose al jardín, el maquinista había decidido terminar su detención. Sóno el silbato y el tren jadeó en busca de ayuda en la siguiente estación.

El padre Brown había sido llamado tan deprisa a petición de Patrick Royce, el alto secretario ex bohemio. Royce era irlandés de nacimiento. Y era de esos católicos negligentes que nunca se acuerdan de su religión más que cuando están realmente en apuros. Pero la petición de Royce podría no haber sido atendida tan prontamente si no fuera que uno de los detectives oficiales era amigo y admirador del detective privado Flambeau, y era imposible ser amigo de Flambeau sin oír innumerables historias acerca del padre Brown. De ahí que cuando el joven detective (cuyo nombre era Merton) llevó al curita a través de los campos hasta la línea férrea, su conversación fuera más confidencial de lo que podría esperarse entre dos perfectos desconocidos.

–Por lo que veo hasta ahora –dijo el señor Merton con toda candidez–, esto no tiene el menor sentido. No hay ningún sospechoso. Magnus es un solemne idiota, demasiado tonto para ser un asesino. Royce es el mejor amigo de Sir Aaron desde hace años. Y su hija le adoraba sin la menor duda. Además, es demasiado absurdo. ¿Quién querría matar a un viejo tan alegre como Armstrong? ¿Quién mancharía sus manos con la sangre de un hombre que se dedicaba a

pronunciar discursos después de un banquete? Sería como matar a Papá Noel.

–Sí, era una casa alegre –asintió el padre Brown–. Era una casa alegre mientras él vivió. ¿Cree usted que será alegre ahora que está muerto?

Merton hizo un gesto de sobresalto y miró a su compañero con ojos despiertos.

–¿Ahora que está muerto? –repitió.

–Sí –continuó imperturbable el cura–. *Él* era alegre. Pero ¿comunicaba su alegría? Francamente ¿eran los demás tan alegres como él?

En la mente de Merton se abrió una rendija que dejó pasar esa extraña luz de sorpresa gracias a la cual vemos por primera vez cosas que siempre hemos sabido. Había visitado a menudo a los Armstrong a propósito de asuntos policiacos sin importancia que tenían que ver con la labor del filántropo. Y, ahora que lo pensaba, en realidad la casa en sí misma era muy deprimente. Las habitaciones eran de techos muy altos y muy frías, la decoración era pobre y provinciana; los pasillos llenos de corrientes se alumbraban con una luz eléctrica más desolada que la luz de la luna. Y aunque la cara rojiza y la barba plateada del anciano habían ardido como una hoguera en cada habitación o pasillo, no quedaba tras él ningún calor. Sin duda esta incomodidad espectral del lugar se debía en parte a la propia vitalidad y exuberancia de su dueño. Él no necesitaba estufas ni lámparas, solía decir, sino que llevaba consigo su propio calor. Pero cuando Merton evocó a los otros ocupantes de la casa, se vio obligado a admitir que ellos también eran como sombras de su amo. El taciturno sirviente, con sus mostruosos guantes negros, era casi una pesadilla. Royce, el secretario,

era de sobra consistente, un hombre fuerte como un toro, vestido de *tweed*, con una barba corta. Pero su barba de un tono rubio pajizo estaba sorprendentemente salpicada de gris, como la tela de *tweed* de su traje, y su ancha frente estaba surcada de arrugas prematuras. Era un hombre de buen carácter, pero era el suyo un buen carácter triste, casi desgarrado. Tenía aspecto, en conjunto, de ser una especie de fracasado en la vida. En cuanto a la hija de Armstrong, resultaba casi increíble que fuera su hija, tan pálido era su color y delicado su aspecto general. Era atractiva, pero había un estremecimiento en toda su figura que era como el de una hilera de álamos. Merton se había preguntado a veces si es que había adquirido el hábito de estremecerse al paso estrepitoso de los trenes.

–Mire usted –dijo el padre Brown, parpadeando modestamente–. No estoy seguro de que la alegría de Armstrong sea tan alegre... para otra gente. Usted dice que nadie podría matar a un viejo tan feliz, pero yo no estoy seguro: *ne nos inducas in tentationem*. Si alguna vez yo decidiera matar a alguien –añadió con toda sencillez–, me atrevería a decir que podría ser a un optimista.

–¿Por qué? –preguntó divertido Merton–. ¿Cree usted que a la gente le disgusta la alegría?

–A la gente le gusta que haya risas frecuentes –respondió el padre Brown–, pero no creo que le guste una sonrisa permanente. La alegría sin humor es algo difícil de soportar.

Caminaron un trecho en silencio junto al bancal de césped, agitado por el viento, paralelo a la vía férrea y justo cuando llegaron bajo la extensa sombra de la alta casa de Armstrong, el padre Brown dijo de

repente, como quien rechaza un pensamiento perturbador, más que como una consideración seria:

–Por supuesto, la bebida no es ni mala ni buena en sí misma. Pero no puedo evitar el pensar que los hombres como Armstrong necesitan un vaso de vino de vez en cuando que los entristezca.

El superior de Merton, un detective canoso y eficiente llamado Gilder, estaba en la ladera verde esperando al responsable oficial de la investigación, hablando con Patrick Royce, cuyos anchos hombros e hirsutos cabellos y barba se elevaban por encima de él. Esto llamaba aún más la atención porque Royce siempre caminaba con una especie de fuerte inclinación y parecía realizar sus pequeñas obligaciones secretariales y domésticas con aire apesadumbrado y humillado, como un búfalo que tirara de una carretilla.

Levantó la cabeza con insólito placer a la vista del cura y se apartó con él unos cuantos pasos. Entre tanto Merton se dirigió muy respetuosamente al detective más viejo, aunque no sin una cierta impaciencia juvenil.

–Bueno, señor Gilder, ¿ha avanzado usted mucho en este misterioso caso?

–No hay ningún misterio –replicó Gilder, mirando con ojos soñadores y entrecerrados a los grajos.

–Para mí, por lo menos, lo hay –dijo Merton, sonriendo.

–Es muy sencillo, muchacho –observó el detective de más categoría, acariciándose la barba gris y puntiaguda–. Tres minutos después de que usted se hubiera ido a buscar al pastor del señor Royce, el asunto entero quedó aclarado. ¿Conoce usted a ese criado de rostro descolorido y guantes negros que detuvo el tren?

–Lo reconocería en cualquier parte. Siempre me ha atacado los nervios.

–Pues bien –continuó despacio Gilder–, cuando el tren continuó su viaje, el hombre se había ido también. Un criminal muy tranquilo, ¿no le parece?, que se escapa en el mismo tren que fue a alertar a la policía.

–¿Está usted bien seguro, supongo –observó el joven–, de que mató a su amo?

–Sí, muchacho, estoy bien seguro –replicó secamente Gilder–, por la insignificante razón de que se llevó veinte mil libras en valores que estaban en el escritorio de su amo. No; la única cosa que se podría llamar una dificultad es saber cómo lo mató. El cráneo está roto como si se hubiera utilizado un instrumento muy pesado, pero no hay arma alguna alrededor y al asesino le habría resultado difícil llevársela, a menos que fuera tan pequeña que no llamara la atención.

–Quizá el arma era demasiado grande para llamar la atención –dijo el cura con una curiosa risita.

Gilder se volvió al oír esta absurda observación y preguntó con bastante sequedad qué quería decir Brown.

–Ya sé que es una manera tonta de expresarlo –dijo el padre Brown en tono de disculpa–. Parece como un cuento fantástico. Pero el pobre hombre fue asesinado con el palo de un gigante, un gran palo verde, demasiado grande para ser visto, y al que damos el nombre de tierra. Se despedazó contra este bancal verde sobre el que nos encontramos.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó rápidamente el detective.

El padre Brown levantó su rostro redondo hacia la estrecha fachada de la casa y la miró parpadeando in-

cesantemente. Los otros siguieron su mirada y vieron que en lo alto de esa pared ciega del edificio, había una ventana abierta, en el ático.

–¿No ve usted –explicó, señalando un poco torpemente, como un niño–, que lo arrojaron desde allí?

Gilder observó ceñudamente la ventana y luego dijo:

–Pues sí, es posible, ciertamente. Pero no veo por qué está usted tan seguro de ello.

Brown abrió mucho sus ojos grises.

–Pues es fácil –dijo–. Hay un trozo de cuerda en torno a una pierna del muerto. ¿No ve usted el otro trozo de cuerda enganchado allí arriba en el ángulo de la ventana?

A esa altura la cuerda parecía la más tenue partícula de polvo o de pelo, pero el agudo y viejo detective se mostró de acuerdo.

–Tiene usted toda la razón, señor –dijo al padre Brown–. Ciertamente, usted gana.

Casi no había terminado de hablar cuando un tren especial, con un solo vagón, tomó la curva de la vía férrea a la izquierda de ellos y, cuando se detuvo, bajó de él otro grupo de policías, en medio del cual se veía la cara atemorizada de Magnus, el criado que había huido.

–¡Caramba! Lo han atrapado –exclamó Gilder y se adelantó con renovada vivacidad.

–¿Tienen ustedes el dinero? –preguntó al primer policía. Éste lo miró con una expresión bastante curiosa y dijo:

–No.

Luego añadió:

–Por lo menos, no aquí.

–¿Quién es el inspector, por favor? –preguntó el hombre llamado Magnus.

Cuando habló todos comprendieron inmediatamente por qué su voz había detenido un tren. Era un hombre de aspecto insignificante, con pelo negro liso, rostro incoloro y un vago aire oriental en los ojos de párpados rasgados y en la línea de la boca. Su origen y su nombre, en efecto, habían quedado en una especie de nebulosa desde que Sir Aaron lo había «rescatado» de un trabajo de camarero en un restaurante y (según decían algunos) de cosas más infames. Pero su voz era tan vívida como inexpresivo era su rostro. Ya fuera debido a la búsqueda de la precisión en una lengua extranjera, ya por deferencia a su amo (que había estado algo sordo) la voz de Magnus tenía un peculiar tono estridente y penetrante y todo el grupo dio un salto al oírlo hablar.

–Siempre supe que esto ocurriría –dijo en voz alta, imperturbable y descarado al mismo tiempo–. Mi pobre y viejo amo se burlaba de mí porque vestía de negro. Pero siempre dije que así estaría preparado para su funeral.

E hizo un leve movimiento con sus manos enguantadas de negro.

–Sargento –dijo el inspector Gilder mirando airado las negras manos–. ¿No le pone usted las esposas a este individuo? Me parece bastante peligroso.

–La verdad, señor –dijo el sargento, con la misma peculiar mirada de asombro de antes–. No creo que podamos.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó el otro en tono cortante–. ¿No le han arrestado ustedes?

La delgada boca se estiró en un leve gesto de desprecio y el pitido de un tren que se acercaba parecía hacerse eco, extrañamente, de la burla.

–Lo arrestamos –replicó gravemente el sargento–, justo cuando salía de la comisaría de Highgate, donde había depositado todo el dinero de su amo al cuidado del inspector Robinson.

Gilder miró al criado con el mayor asombro.

–¿Por qué diablos hizo usted eso? –preguntó a Magnus.

–Para ponerlo a salvo del criminal, naturalmente –replicó plácidamente el criado.

–Sin duda alguna –dijo Gilder–, el dinero de Sir Aaron podría haber estado a salvo con su propia familia.

El final de la frase quedó ahogado en el rugido del tren al pasar vibrando y traqueteando. Pero a través del horrible ruido que esa desdichada casa soportaba periódicamente, pudieron oír las palabras de la respuesta de Magnus, con la claridad de una campana:

–No tengo ninguna razón para confiar en la familia de Sir Aaron.

Todos los hombres, inmóviles, tuvieron la fantasmagórica sensación de que había otra persona presente y Merton apenas se sorprendió cuando levantó los ojos y vio la pálida cara de la hija de Armstrong por encima del hombro del padre Brown. Era todavía joven y hermosa, de una manera suave, pero su pelo era de un color castaño tan apagado y sin matices que según la luz que hubiera a veces parecía completamente gris.

–Tenga usted cuidado con lo que dice –dijo ásperamente Royce–. Va a asustar usted a la señorita Armstrong.

–Eso espero –dijo el hombre con su voz penetrante.

La mujer se sobresaltó y todo el mundo se quedó a la expectativa, mientras el individuo proseguía:

–Estoy bastante acostumbrado a los estremecimientos de la señorita Armstrong. La he visto temblar durante años. Unos decían que temblaba de frío y otros de miedo, pero yo sé que temblaba de odio y de perversa ira y esta mañana esos sentimientos se han colmado. Habría escapado ya con su amante y todo el dinero si no hubiera sido por mí. Desde que mi pobre amo le prohibió casarse con este sinvergüenza borracho...

–Deténgase –dijo finalmente Gilder–. No tenemos por qué oír sus fantasías y sospechas de la familia. A menos que tenga usted pruebas concretas, sus meras opiniones...

–¡Oh! Yo le daré pruebas concretas –le interrumpió Magnus con su acento cortante–. Tendrá usted que llamarme a declarar, señor inspector, y yo tendré que decir la verdad. Y la verdad es ésta: un instante después de que el viejo fuera arrojado sangrando por la ventana, yo entré corriendo en el ático y encontré a su hija desvanecida en el suelo con una daga roja en la mano. Permítame que la entregue a las autoridades competentes.

Sacó del bolsillo del faldón de su levita un cuchillo largo con mango de asta, con una mancha roja en él y se lo entregó cortésmente al sargento. Luego retrocedió de nuevo y sus ojos oblicuos casi desaparecieron en su grueso rostro con un gesto oriental de menosprecio.

Merton sintió una revulsión casi física al mirar a ese hombre y dijo a Gilder en voz baja:

–Usted creería antes a la señorita Armstrong que a él, ¿no?

El padre Brown levantó un rostro tan absurdamente fresco que parecía como si se lo acabara de lavar.

–Sí –dijo, irradiando candor–, pero ¿contradice la señorita Armstrong a este hombre?

La joven profirió un extraño gritito de sorpresa. Todos la miraron. Su figura estaba rígida, como paralizada. Sólo su rostro, enmarcado por su descolorido pelo castaño, mostraba una viva y pasmosa sorpresa. Se mantenía allí en pie como alguien a quien han atrapado a lazo y estrangulado.

–Este hombre –dijo gravemente el señor Gilder–, dice de hecho que se la encontró con un cuchillo en la mano, inconsciente, después del asesinato.

–Dice la verdad –respondió Alice.

Lo siguiente que ocurrió es que Patrick Royce se acercó en dos zancadas al grupo con su enorme cabeza agachada y pronunció estas sorprendentes palabras:

–Bueno, si tengo que desaparecer, me daré un gusto primero.

Levantó su gigantesco hombro y lanzó un puñetazo de hierro contra el fofo rostro oriental de Magnus, dejándolo tirado en el césped tan aplastado como una estrella de mar. Dos o tres de los policías sujetaron a Royce; pero a todos los demás les pareció como si toda razón hubiera desaparecido y el universo se estuviera convirtiendo en una loca payasada.

–No vuelva usted a hacer eso, señor Royce –dijo autoritariamente Gilder–. Lo arrestaré por asalto.

–No, no lo hará usted –respondió el secretario con una voz que sonaba como un gong de hierro–. Me arrestará usted por asesinato.

Gilder lanzó una mirada alarmada al hombre que estaba en el suelo; pero dado que el ultrajado individuo se estaba ya levantando y secándose un poco de sangre en un rostro sustancialmente indemne, sólo dijo secamente:

–¿Qué quiere usted decir?

–Es muy cierto, como dice este tipo –explicó Royce–, que la señorita Armstrong se desmayó con un cuchillo en la mano. Pero no había cogido el cuchillo para atacar a su padre, sino para defenderlo.

–Para defenderlo –replicó gravemente Gilder–. ¿De quién?

–De mí –respondió el secretario.

Alice lo miró con expresión compleja y desconcertante. Luego dijo en voz baja:

–Después de todo, estoy contenta de que sea usted valiente.

–Suban ustedes conmigo –dijo Patrick Royce cansadamente–, y les enseñaré todo el maldito asunto.

El ático, que era la zona privada del secretario (y bien pequeña para un ermitaño tan voluminoso) mostraba en efecto todos los vestigios de un violento drama. Hacia el centro del piso, en el suelo, había un revólver grande, como si lo hubieran desechado. Más cerca, a la izquierda, había rodado una botella de whisky, abierta pero no vacía del todo. El tapete de la mesita estaba caído y pisoteado y un trozo de cuerda, como el que se había encontrado en el cadáver, había sido arrojado de cualquier manera a través del alféizar de la ventana. Había dos floreros rotos en la chimenea y uno en la alfombra.

–Estaba borracho –dijo Royce. Y la sencilla confesión de este hombre prematuramente abatido tenía,

por así decir, el patetismo del primer pecado de un bebé.

–Todos ustedes están informados sobre mí –continuó roncamente–. Todos saben cómo empezó mi historia y bien puede acabar igual. Hubo un tiempo en que se me consideraba un hombre inteligente y podría haber sido también un hombre feliz. Armstrong salvó lo que quedaba de un cerebro y un cuerpo que rodaban por las tabernas y fue siempre amable conmigo a su manera, el pobre. Lo único es que no me dejó casarme con Alice. Y todo el mundo dirá que tenía razón de sobra. Bien, pueden ustedes sacar sus propias conclusiones y no querrán que yo entre en detalles. Ésa es mi botella de whisky medio vacía; ése es mi revólver descargado sobre la alfombra. La cuerda que se encontró en el cadáver era mía y desde mi ventana fue arrojado el cadáver. No necesitan ustedes detectives para descubrir mi tragedia; es bastante corriente en este mundo. Me entrego yo mismo a la horca. ¡Y vive Dios que ya basta!

En respuesta a una señal suficientemente delicada, los policías rodearon al gigantón para llevárselo; pero su diplomacia se vio alterada por el notable espectáculo del padre Brown a cuatro patas sobre la alfombra de la entrada de la habitación, como si estuviera ocupado en alguna oración muy poco digna en apariencia. Dado que era una persona totalmente insensible a la opinión social que su aspecto podía merecer, permaneció en esa postura, pero levantó su rostro iluminado hacia todos los presentes, con lo que parecía un cuadrúpedo con una cómica cabeza humana.

–Oigan –dijo bondadosamente–, esto no encaja en absoluto, ¿saben? Al principio dijeron que no había-

mos encontrado ninguna arma. Pero ahora tenemos demasiadas: tenemos el cuchillo para clavar y la cuerda para estrangular y la pistola para disparar. ¡Y después de todo se rompió el cuello cayéndose por una ventana! Eso no sirve. No es económico.

Y sacudió la cabeza sobre el suelo como hacen los caballos al pastar.

El inspector Gilder había abierto la boca con serias intenciones, pero antes de que pudiera hablar, la grotesca figura que seguía en el suelo prosiguió animadamente:

–Además, hay tres cosas completamente imposibles: primero, estos agujeros en la alfombra, donde cayeron las seis balas. ¿Por qué habría nadie de disparar a la alfombra? Un borracho apunta a la cabeza de su enemigo, a aquello que lo mira riéndose. No se enzarza con sus pies o pone sitio a sus zapatillas. Luego está la cuerda –y habiendo terminado con la alfombra, el padre Brown levantó las manos y se las metió en los bolsillos, pero continuó, tan tranquilo, de rodillas–. ¿Qué tipo de borrachera podemos concebir en la que un hombre tratara de colocar una cuerda en torno al cuello de otro y finalmente la colocara en torno a la pierna? En cualquier caso, Royce no estaba suficientemente borracho, porque si no, ahora estaría dormido como un tronco. Y luego, y eso es lo más evidente de todo, está la botella de whisky. Ustedes sugieren que un alcohólico peleó para hacerse con la botella de whisky y, una vez conseguida, la dejó rodar a un rincón, derramando la mitad y dejando el resto. Ésa es la última cosa que un alcohólico haría.

Se puso torpemente en pie y dijo al autoacusado asesino con voz de claro pesar:

–Lo lamento muchísimo, mi querido señor, pero su historia es realmente una tontería.

–Señor –dijo Alice Armstrong en voz baja al sacerdote–. ¿Puedo hablar con usted a solas un momento?

Esta petición obligó al comunicativo clérigo a salir al pasillo y antes de que pudiera abrir la boca en la otra habitación, la muchacha hablaba con extraña precisión.

–Es usted un hombre inteligente –dijo–, y está usted tratando de salvar a Patrick. Lo sé. Pero es inútil. El centro de todo esto es algo muy feo y cuanto más averigüe usted, más habrá contra el desdichado hombre al que amo.

–¿Por qué? –preguntó Brown mirándola firmemente.

–Porque –respondió ella con igual firmeza– yo misma lo vi cometer el crimen.

–¡Ah! –dijo Brown, inconmovible–. ¿Y qué hizo él?

–Yo estaba en la habitación de al lado –explicó la joven–. Las dos puertas estaban cerradas, pero de repente oí una voz, como nunca había oído en la vida, que rugía «¡es el infierno, el infierno, el infierno!», una y otra vez y luego las dos puertas se estremecieron con la primera explosión del revólver. Éste se disparó tres veces más antes de que yo lograra abrir las dos puertas y encontrara la habitación llena de humo. Pero la pistola humeaba en la mano de mi pobre y demente Patrick y yo vi con mis propios ojos cómo disparaba el último tiro asesino. Luego saltó sobre mi padre, que estaba agarrado al alféizar de la ventana, aterrorizado, y aferrándolo, trató de estrangularlo con la cuerda que le lanzó sobre la cabeza, pero que se deslizó por sus hombros, en la pelea, hasta los pies.

Luego se quedó apretada en torno a una pierna y Patrick la arrastró como un loco. Yo cogí un cuchillo de la estera y colocándome entre ambos logré cortar la cuerda antes de desmayarme.

–Ya –dijo el padre Brown, con la misma fría corrección–. Muchas gracias.

Mientras la joven se hundía bajo el peso de sus recuerdos, el cura pasó muy tieso a la otra habitación, donde encontró a Gilder y Merton solos con Patrick Royce, que estaba sentado en una silla y esposado. El padre Brown dijo sumisamente al inspector:

–¿Podría decir una palabra al prisionero en presencia de usted? ¿Y no podrían quitarle esas absurdas esposas durante unos minutos?

–Es un hombre muy fuerte –dijo Merton en voz baja–. ¿Por qué quiere usted que se las quitemos?

–Pues, la verdad, pensé –replicó el sacerdote humildemente– que quizás podría tener el gran honor de estrechar su mano.

Ambos detectives se lo quedaron mirando y el padre Brown añadió:

–¿No se lo va a contar, señor Royce?

El hombre sentado en la silla sacudió su despeinada cabeza y el cura se volvió impacientemente.

–Entonces lo haré yo –dijo–. Las vidas privadas son más importantes que las reputaciones públicas. Voy a salvar a los vivos y dejar que los muertos entierren a los muertos.

Se dirigió a la ventana fatal y miró por ella parpadeando mientras proseguía:

–Les dije que en este caso había demasiadas armas y sólo una muerte. Les digo ahora que no eran armas y que no fueron usadas para causar la muerte. Todos

esos siniestros instrumentos, el lazo, el cuchillo ensangrentado, la pistola que se disparó, eran instrumentos de una curiosa misericordia. No se usaron para matar a Sir Aaron sino para salvarlo.

–¡Para salvarlo! –repitió Gilder–. ¿Y de qué?

–De sí mismo –dijo el padre Brown–. Era un maníaco suicida.

–*¿Qué?* –exclamó Merton con voz incrédula–. ¿Y la religión de la alegría...?

–Es una religión cruel –dijo el cura mirando por la ventana–. ¿Por qué no le dejarían llorar un poco, como sus antepasados lloraban? Sus planes se hicieron rígidos, sus grandes proyectos se enfriaron; detrás de la máscara alegre estaba la mente vacía del ateo. Al fin, para mantener su alegre apariencia pública, volvió a beber, cosa que había dejado hacía tiempo. Pero quien ha sido abstemio siente un horror especial en relación con el alcoholismo, pues imagina y espera ese infierno psicológico acerca del cual ha advertido a los demás. El problema atacó prematuramente al pobre Armstrong y esta mañana estaba en tal estado que, aquí sentado, gritaba que estaba en el infierno, con una voz tan distorsionada que su hija no la reconoció. Estaba loco por morir y con las mil astucias de los locos se había rodeado de la muerte bajo muchas formas: el lazo corredizo y el revólver de su amigo y un cuchillo. Royce entró por casualidad y actuó a toda velocidad. Lanzó el cuchillo a la estera que había tras él, cogió el revólver y como no tenía tiempo para descargarlo lo disparó hasta vaciarlo sobre la alfombra. El suicida vio una cuarta forma de morir y se precipitó a la ventana. Su salvador hizo lo único que podía hacer: correr tras él con la cuerda y tratar de atarlo de pies y

manos. Entonces fue cuando esa desdichada joven entró corriendo e interpretando mal la pelea, luchó por liberar a su padre. Al principio sólo logró cortar los nudillos del pobre Royce, de los que procede toda la sangre de este pequeño asunto. Pero, claro está, ustedes ya se habrán dado cuenta de que manchó de sangre la cara del criado, aunque no le hizo ninguna herida, ¿no? Lo único es que, antes de desmayarse, esa pobre mujer logró cortar la cuerda que sujetaba a su padre, de modo que éste se precipitó por la ventana hasta la eternidad.

Hubo un largo silencio roto lentamente por el ruido metálico de las esposas que Gilder estaba quitando a Patrick Royce, a quien dijo:

–Creo que debería usted haberme dicho la verdad, señor. Usted y la joven valen mucho más que las necrologías de Armstrong.

–Al diablo las necrologías de Armstrong –exclamó bruscamente Royce–. ¿No ven ustedes que fue porque ella no debe saberlo?

–¿Qué es lo que no debe saber? –preguntó Merton.

–Pues qué va a ser, imbécil, que ella mató a su padre. Si no hubiera sido por ella, ahora estaría vivo. Podría volverse loca si lo supiera.

–No, no creo que se volviera loca –observó el padre Brown mientras recogía su sombrero–. Creo, de verdad, que debería usted decírselo. Los errores, por más criminales que sean, no envenenan la vida como los pecados; en cualquier caso, creo que ahora pueden ustedes ser más felices. Tengo que regresar a la Escuela de Sordomudos.

Cuando salía al césped batido por el viento, un conocido de la comisaría de Highgate lo detuvo y le dijo:

–Ha llegado el investigador oficial. La investigación va a empezar ahora mismo.

–Tengo que volver a la Escuela de Sordomudos –dijo el padre Brown–. Lamento no poder quedarme para la investigación.

Índice

1. La cruz azul 7
2. El jardín secreto 36
3. Las extrañas pisadas 66
4. Las Estrellas Errantes 95
5. El hombre invisible 116
6. El honor de Israel Gow 141
7. La forma errónea 163
8. Los pecados del príncipe Saradine 190
9. El martillo de Dios 219
10. El ojo de Apolo 244
11. La muestra de la espada rota 268
12. Los tres instrumentos de la muerte 295

PV - VERNE
PRISON

nguage	Spanish
thor	Chesterton, G.K.
tle	El candor del padre
pe	Fiction
BN13	9788420679891

www.brightbooks.co.u

Oscar Wilde
El retrato de Dorian Gray

Yasmina Khadra
Lo que sueñan los lobos
Los corderos del señor

Jane Austen
Emma

Tariq Ali
A la sombra del granado

Charles Dickens
Historia de dos ciudades

Elmore Leonard
Tú ganas, Jack

Horacio Vázquez-Rial
La capital del olvido

Henry James
El retrato de una dama

Hitonari Tsuji
El Buda blanco

Amin Maalouf
Identidades asesinas

Raymond Chandler
El sueño eterno

Gustave Flaubert
Salambó

Jorge Amado
Gabriela, clavo y canela

Honoré de Balzac
El tío Goriot

Amin Maalouf
Las cruzadas vistas por los árabes

Max Gallo
Los romanos. Tito

Yasmina Khadra
Las sirenas de Bagdad

Andy Oakes
El primer ciudadano

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte

3466119

Inspirado en un amigo del autor, el personaje del padre Brown –el sacerdote que oculta un insólito conocimiento del mal y de la condición humana tras su aspecto anodino, su inseparable paraguas y sus eternos paquetes de papel de estraza– es el protagonista de estas singulares aventuras en las que el autor une en el ámbito de la narración policíaca su humor peculiar, sus dotes de psicólogo y la crítica social. *El candor del padre Brown* reúne doce narraciones, cada una de las cuales propone un enigma a primera vista indescifrable.

Gilbert K. Chesterton (1874-1936) nació en Londres y se distinguió por su carácter crítico y su gusto por la paradoja. Otras obras de Chesterton en Alianza Editorial: *El hombre que era Jueves* (BT 8036) y *La sagacidad del padre Brown* (BT 8065).

Alianza 13 20 Editorial

ISBN 978-84-206-798[illegible]

9 788420 679891

http://www.alianzaeditorial.es